

Min Yoongi está obsesionado con Park Jimin, un cliente habitual de la carnicería donde trabaja. Min Yoongi ha llegado a pensar que lo que siente por Park, es amor y, como consecuencia del "amor", Yoongi asedia a las personas que rodean a Jimin: profesores perversos, amigos que se pasan de la raya con él y parejas. Aparte de conseguir entrar en su casa por la noche y observarlo mientras duerme.

Yoongi oculta todo sus hazañas con el negocio de la carnicería: vende parte de los cuerpos de sus víctimas a los clientes. Yoongi está desequilibrado. El secreto que Jimin esconde tras su apariencia inocente, es la clave de su equilibrio y su plenitud absoluta.

Pero, ¿qué pasaría si dos animales salvajes pretendan estar vivos cuando están tan putrefactos y muertos al igual que los cadáveres de los que se alimentan?

Algunas de las situaciones contenidas en esta historia, pueden ser consideradas ofensivas, se recomienda discreción. Estas son usadas únicamente con propósitos de ocio y entretenimiento para el lector, nunca para promover su contenido.

Esta narrativa contiene material no apto para menores e inclusive episodios con violencia, sexo, diálogos inapropiados o provocativos y asesinatos.

*Si no te gusta la lectura, abandónala.
No denuncies.*

DontCryMurder. © | 2019.

The first one

(Prologue: Presentation)

Esta historia, no es una cualquiera.

La primera línea, la primera oración que respeta la primera sangría de éste texto, no obliga al lector a quedarse. Si bien podría decirse que la humilde persona de pensamientos puros que ha decidido leer, ya sea por aburrimiento o curiosidad, quizás ambas, lo ha hecho porque quiso; por ello la invito a que me acompañe. A que sufra al leer. Ría. Maldiga. E incluso, deje de lado -por un momento - su humanidad y ética. Que sea consciente de que dichas prácticas son solo un conjunto de leyes establecidas por el hombre que complementan al orden por el cual se rige a una sociedad.

Olvidaos de la sociedad.

Olvidaos de la ética.

Aquí todos somos monstruos. Animales celosos de sus presas. Bestias asesinas.

«¿Os gustan los animales?
¿Verdad que sí.»

A mí me encantan los animales. Y, justamente, esta historia va de eso: de animales. De atroces animales que buscan destruirse entre sí mismos cegados por un amor que no debería ser correspondido por nadie.

Cuando habláis de amor, ¿qué se os viene a la cabeza?

Como yo no soy una persona normal (dentro de los estándares psicológicos), debo actuar como tal. Lo que yo respondería, sería: "Amor es un sacrificios... como el de Di Caprio por la pelirroja." Porque, si le llegase a quitar la referencia a Titanic, la gente se lo tomaría bastante mal.

Esta historia también va de amor. Pero no de un amor cualquiera. Amor enfermizo. Dañino. Tóxico. Pero adictivo.

"¡Ay, pero eso no es amor!"

Según el diccionario de La Real Academia De mi puta madre, el amor tiene dos definiciones:

1. Sentimiento de vivo afecto e inclinación hacia una persona o cosa a la que se le desea todo lo bueno.

2. Sentimiento de intensa atracción emocional y sexual hacia una persona con la que se desea compartir una vida en común.

Las palabras están para malinterpretarlas. Las reglas están para romperlas.

Esta historia va de cómo yo, un vil depredador - asociadme con un tigre o una hiena - se enamoró de una bonita gacela. Con su colita pomposa y su pelo suave. Con su trotar llamativo y sus ojos de angelito.

Pero claro, no todo lo que brilla es oro.

¿Qué sería una historia de amor sin un poco de drama y dolor? Ah, el dolor. Nunca el dolor es demasiado suficiente, y el drama es sinónimo de dolor. Pero esta historia es masoquista. Es sádico. Donde hay un dominante y un sumiso. Donde todo lo escrito es sinónimo de dolor.

Un dolor rojo. Vibrante. Que huele y sabe a sangre. Que brota cuando la piel se corta con papel o con hojas de cuchillas.

«Lo que vosotros necesitáis es sangre.»

Si tuviéramos que mencionar todo lo incorrecto de este libro, lo uniríamos con un lazo rojo. Un bonito moño de color carmesí. Si tuviéramos que describir las sensaciones de la lectura a continuación en un color, lo más probable es que el «rojo» sea el color que active vuestros instintos. De tal manera que, cuando veáis el color rojo, (el de vuestra sangre, por ejemplo) rápidamente lo asociéis con el color de esta lectura. Rojo.

Rojo pulcro. Rojo ambivalente. Rojo que envuelve la pasión, al amor, pero también a la carnicería. A la caza. A la pérdida de vidas inocentes. A la violencia. El rojo, como mi mente, viaja tan rápido de un estado a otro: al principio; rojo pasión, y al final; rojo furia. Ardiente como el infierno.

«Sangre animal.»

«Convertíos en cadáveres que se alimenta de otros cadáveres.»

Esta es mi historia. Mi roja historia; teñida en tinta de sangre, quemada en fuego rojo, consumida como si fuera presa de un depredador monstruoso: yo mismo, y él.

Yo, Min Yoongi, un asesino en serie enamorado de un destructor de mundos con una sonrisa inocente.

Y, como habréis podido leer; tú, yo y él, estoy hablándoos directamente. Me dirijo a vosotros, lectores que leéis ésta "novela roja". No olvidéis amar. Amad a los otros, pero no améis como yo. No améis como monstruos, como animales. El único animal soy yo.

¿Os gustan los animales?

¿Verdad que sí?

Lo que vosotros necesitáis es sangre.

Sangre animal.

Convertíos en un cadáveres

que se alimenta de otros cadáveres.

Ámame como a un animal

y cázame como tal.

Acéchame.

Muérdeme.

Despelléjame.

Bebe todo de mí.

Pues a mí me encantan

los animales...

En especial los cadáveres de ellos.

«¡Sí, sí!»

Sé mi Cadáver Animal.

«My Animal Corpse.»

Mátame.

*Animal Corpse | Yoonmin.
Saga "Corpse": Libro 1.*

DontCryMurder © 2019.

Capítulo 1

Él vuelve de nuevo, como lo hace todos los lunes y jueves. Nunca falla, nunca se retrasa y siempre pide lo mismo.

— ¿Me da medio kilo de costillas de cerdo, por favor? — Incluso se ríe provocando que sus mejillas se abultasen debajo de sus ojos y estos, al tener el bulto debajo, se vuelven dos medias lunas y sus pupilas se pierden.

Mi jefe, un hombre de edad, gordo con un olor un tanto desagradable, me grita como si no le hubiera oído ordenar aquel pedido. De inmediato tomo una gran costilla de cerdo y, con el cuchillo grande y pesado que siempre utilizo, levanto mi mano para estrellarlo contra las costillas y así poder separar la carne por la mitad. Encima de la balanza me ha marcado unos 498 gramos, sé que mi jefe me talará de incompetente cuando se dé cuenta, no obstante, él se había metido en medio de la conversación.

— ¡No pasa nada! — Dijo en voz alta, antes de que mi jefe viejo y panzón, me echara la bronca por esos dos gramos menos — Pagaré de todas formas — volvió a reiterar, esperando casi impaciente a que el hombre mayor y gruñón dejara de verme de aquella forma tan... tan desagradable.

— Son 10 dólares — le dijo él luego, dándole la bolsa y recibiendo el dinero de su parte. Él se marchó. Se marchó como siempre lo ha estado haciendo.

Pero sonrío antes de pasar por la puerta.

¿Acaso esa sonrisa había sido para mí? ¿Cómo te llamas, chico? ¿Por qué me traes tan loco?

Recuerdo la primera vez que lo vi. No llevaba ni un mes en éste apestoso lugar, él había venido un lunes, a las 9:48 de la mañana a pedir carne, mucha carne. Se excusó con que tenía preparado una cena familiar. Sonrió mucho, se mostró adorable.

Recuerdo también que ese día se volvió como el primero, pese a que ya había sido el día 17, más o menos. Me volví torpe. Demasiado. El jefe gordo y panzón me gritó para que reaccionara y yo, negando con la cabeza decidí despertar, ¿pero cómo volver a tierra firme si estaba mirándome de ese modo? Juraría por todos los dioses existentes que sus ojos

eran dos agujeros negros. Qué absorbieron todo mi ser en cuestión de segundos. Eran un abismo impresionante. Él supo cómo llamar mi atención en el momento en que dibujó una leve sonrisa; esos labios había sido los más bonitos que alguna vez haya visto, ¿con qué los habías pintado ese día? ¿Con labial de sandía? ¿Con algún hidratante? El brillo colosal de su piel me arrastró ante él. Yo había caído a sus pies primero. Si no fuera por aquel mostrador/refrigerador que obstaculizaba nuestros caminos, ya me hubiera arrodillado ante él y jurar que era un Dios hecho hombre.

— ¡Min Yoongi! ¡Regresa a la tierra! — Espetó mi jefe esa vez. Recuerdo haberme exaltado por el susto y recuerdo, también, haberle odiado porque yo quería apreciar más a aquel hombre.

Me volví enfadado a mi puesto de trabajo y corté la carne con fuerza, estrellando el filo del cuchillo sobre los músculos y los huesos, separándolos y llevándolos sobre la balanza para pesarlo.

Ese día llevaba un bonito suéter de color rojo oscuro, su cabello oscuro contrastaba de una forma genial. A simple vista podía deducir que era un chico que se pasaba mucho tiempo cuidando su imagen. Porque esa piel de porcelana no podía ser suerte; cuando extendí la bolsa con el pedido dentro, él extendió sus adorables manos para tomar la bolsa, y yo me fijé en ellas.

Fueron segundos, pero los segundos más importantes de mi vida. Sus dedos eran cortos y delgados, así que sus manos eran pequeñas. En la mano derecha llevaba un anillo en el dedo anular, no era de compromiso, sino uno para lucir algo. Con una piedra de diamante de fantasía, quizás. Supuse que era la clase de persona que quería mostrarse al mundo.

— Gracias. — Me dijo. Su voz sonaba tan dulce. Sus pestañas bailaron en un gesto seductor ante mí, ¿acaso estaba provocándome?

— De nada — respondí, devolviéndole el gesto con una sonrisa.

Él, tan sumiso ante mis ojos, asintió con la cabeza y luego se marchó, pero no sin antes mostrar lo respetuoso que era haciendo unas nobles reverencias.

Quizás él no lo supo en ese momento, pero iba a ser mío.

....

Habían pasado muchos días desde que ese muchacho estuvo entrando y saliendo de la carnicería. Han pasado, quizás, unos 12 días exactos; 12 días y 13 horas. Ese día también debía de venir, puesto que era jueves.

Mi jefe me había enviado a la bodega a traer las costillas de cerdo para el cliente fiel que teníamos. Y yo, acatando su orden, bajé.

El lugar estaba oscuro, la luz artificial a penas alumbraba toda la habitación. El olor a sangre coagulada y restos podridos, muy aparte del aroma de la misma carne cruda, llegaron a mis fosas nasales. Hice una mueca de asco pese a que ya estaba acostumbrado a ese olor, aún me daba un poco de repulsión.

Me acerqué a la carne que colgaba de un gancho y que estaba al lado de la cabeza de puerco que también había ahí. Sentí el peso y la temperatura fría de la capa blanca que tocaba mi piel, cortezas de grasa o algo así, entonces oí un quejido.

Desvié mi vista rápidamente hacia el lugar de donde provino el sonido. La carne la reposé sobre el lavabo, encima de un plástico para que no se echara a perder ensuciándose. Tomé al tiempo en que caminaba apartando las demás carnes de mi camino como cortinas, una llave inglesa, roja y pesada.

El hombre con la mordaza en la boca y la camisa blanca machada de sangre seca, me vio con terror. Se removió en la silla haciendo ruido.

— Cállate. — Le ordené. Mirándole de una forma fría, haciéndole saber que paciencia y mucho menos piedad tenía. — Cállate o te mato. — Amenacé.

El hombre decidió entonces dejar de moverse, pero no de temblar.

— Buen chico — le dije, sonriendo con descaro. El hombre, que por cierto era mayor, me miró con lágrimas en los ojos y, si pudiera leer su pensamiento, seguro me diría, no, me imploraría por su asquerosa vida. Pero yo no se la iba a perdonar —. Voy a quitarte la mordaza ahora, pero pobre de ti que grites o me digas algo sin que yo te lo ordene, porque te mato, ¿estamos? — El hombre asintió. Entonces le quité la mordaza y él tomó una bocanada de aire antes de mirarme nuevamente. Si no estaba equivocado, supongo que rondaba los 40 años, más o menos.

— ¿Qué quieres de mí? — Me preguntó. ¿Era idiota? ¿No le dije que no hablara sin que yo se lo pidiera? Le di una bofetada.

— El único que hablará aquí, seré yo — inpongo mi poder sobre él —. Y sé listo, no me obligues a que te mate, porque no tengo tiempo ni paciencia.

Él asintió.

— ¿Por qué acosas al muchacho de pelo negro? — Pregunté profundizando mi mirada en

él, inquiriendo una respuesta rápida.

— ¿Q-Quién? — Descaradamente se atrevió a cuestionarme, como si no supiera de quién estaba hablándole.

— Ya sabes, no te hagas — le dije con rabia. Le sujeté la cara y apreté con fuerza, me acerqué a él seguidamente —. Dime por qué estabas acosándole. Quién eres, y por qué te atreviste a tocar su cuerpo, bastardo.

Me miró con terror, ¡joder! Cómo odiaba que se hiciera la víctima cuando él fue el primero en acosar a mi chico tocándole el trasero e incomodándole en los pasillos de su facultad.

— N-No sé de quién me hablas... — respondió — Aparte, ¡cómo te atreves de acusarme de acosar a alguien cuando me has secuestrado y dado un golpe en la cabeza!

Bueno, por haberse sobrepasado de listo conmigo y levantarme la voz cuando soy yo quien hace las preguntas, le di con la llave inglesa en la sien. La sangre brotó demasiado, me había manchado el rostro. Asco.

— ¡Yoongi, sube ya! — Mis ojos brillaron y sonreí. Si me apuraba de esa forma era porque estaba mi pequeño esperando por su deliciosa carne de jueves.

Dejé la llave inglesa en el suelo y cogí la carne con cuidado, obviamente, no sin antes lavarme las manos y el rostro.

— ¡Ya voy! — Exclamé alto.

Cuando puse mi pie en el primer escalón, divisé al hombre inconsciente nuevamente, el charco que se formaba junto a sus pies... Seguramente ya estaba muerto. Quizás le había golpeado demasiado fuerte, eso sería un problema. ¿Cómo iba a deshacerme de un cadáver aquí? Sería una tarea difícil y más cuando a los demás también deben bajar a por carne.

Mientras subía, miles de alternativas se cruzaron por mi mente, entre esas alternativas destacué unas cuantas: 1) Fingiría una circunstancia urgente en el que necesitaría más dinero, obviamente me diría "trabaja horas extras" y considerando que sólo trabajo aquí de lunes a sábado, el domingo también tendría que cubrir, todo para ser el único que baje al depósito, porque si no es así, cualquiera podría descubrir el cadáver. Aparte que meterlo nunca sería más difícil que sacarlo de este lugar, porque el jefe es el último en cerrar y yo el primero en abrir.

La 2) Sería desmembrarlo y hacerlo pasar por filetes de ternera. Y aunque esa sería una forma más sencilla y "fácil" de hacerlo, la dificultad es en que podrían demandar al llegar cal por daños y perjuicios ya que, la carne de humano y la de animal, son muy diferentes. Los de sanidad entrarían y esto sería un verdadero caos y, si aquello llegase a funcionar, la dificultad reside en deshacerme de los huesos. De la cabeza entera y el esqueleto. No puedo simplemente meterlo en la basura y esperar a que no se dieran cuenta después. Los

productos químicos son difíciles de conseguir y yo reprobé química en la secundaria.

— Aquí tienes — le respondí a mi muñeco, dándole lo que había pedido. El toma la bolsa y me sonríe agradeciéndome.

¡Maldita sea, está provocándome!

3) Dejar todo como está y si alguien llegase a descubrir el cadáver, pues tendría que asesinarlo.

— Tenga un buen día.

La dificultad sería que tendría más de un cadáver del que deshacerme.

....

Mi jefe nos ha dado un tiempo libre, para almorzar.

Jeongsan me había preguntado si no quería acompañarle para ir a por Ramen instantáneo de alguna tienda de conveniencia que hay por el vecindario. Yo me negué.

Mi jefe salió con su chica de instituto. Qué asco. Antes pensaba que era su hija, hasta que vi que le metía mano por debajo de la falda.

Me quedé solo.

Antes de que se fuese me dijo que me quedara a cargo de la tienda. Yo le dije que sí, que no había problema pues, sabía sus intenciones, pero obviamente no estaría atendiendo a nadie que no sea al cadáver de la bodega.

Bajé rápidamente luego de dar la vuelta el cartel de "abierto" a "cerrado" y me encerré en el sótano.

No mentiré, hacía frío. Mucho frío, creo que estaba tiritando para mis adentros, sin embargo, la sangre volvió a hervir cuando vi al sujeto consciente.

— Creí que ese golpe había sido suficiente. — Murmuré.

Me acerqué a él y me senté en frente, en el suelo, mirándole a los ojos. Aquellos tan aburridos que seguían mirándome con pavor, miedo, terror y todos los sinónimos de "cobarde" que existan.

— ¿Qué quieres de mí...? — Hijo de puta...

— ¿Qué? — Cuestioné frunciendo el ceño — ¿Cómo que qué quiero, estúpido? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡¿Por qué estabas acosando a ese chico en los pasillos de la universidad?! —

— ¡N-No sé de quién me habla! — Otra bofetada. Más fuerte de las que solía darle, desde anoche.

— No te hagas el imbécil conmigo... — advertí — El chico de pelo negro, bajo, ojos rasgados y labios rosados.

— ¿P-Park Jimin? ¿Hablas de Park Jimin?

Así que se llama Park Jimin...

— Quizás.

— Yo no estaba acosando a Park Jimin, te lo juro... Yo no...

— Odio que me mientan. — Le dije — Así que no lo hagas, o no te dejaré ir de aquí, ¿quedó claro? — Asintió. — Ahora quiero que me digas cuál es tu relación con Park Jimin, ¡¿y por qué estabas acosándole?! — Grité mirándole furioso, apunto de propinarle otra cachetada, no obstante, no lo hice porque se puso a la defensiva y entendí que él también había entendido que no estaba para perder el tiempo.

— Soy su profesor de filosofía... — me dijo — y él estaba yendo muy mal en mi asignatura, así que...

— Así que qué.

— Así que me propuso sexo a cambio de una buena calificación — sentí que mi corazón se detuvo... — Y-Yo tengo familia, yo tengo hijas y una esposa que me quiere, sin embargo... Park Jimin está muy bueno...

Eso había sido una puñalada en el pecho, y una mentira. Aquel tipo era un difamador que decía calumnias de mi chico.

— ¿Y qué más? — Le pregunté.

— Y yo acepté — respondió —, por lo tanto, si has visto que le estuve tocando es porque él también quería y eso no es acoso, ¡acoso es lo que estás haciendo tú!

Volví a golpearle en el rostro. Oí cómo su piel se separaba de sus pómulos pues la llave inglesa había cogido un poco de él y tiró con fuerza. La sangre, asquerosa e inmundada sangre, me salpicó. Cerré mis ojos por un momento, escupí en el suelo después, me sentía totalmente asqueado.

— Vale... — susurré entre tanto me limpiaba las gotas de sangre — Supongo que debemos arreglar esto por las malas.

Capítulo 2

La primera vez en la que decidí seguir a Jimin fue en octubre, unos pocos meses después de conocerle.

Había tomado un pequeño receso, en vez de ir con Jeonghan y con los demás a comer, decidí seguir a Jimin cuando lo vi pasar cerca del establecimiento; era miércoles, no era lunes o jueves para que pasase por aquí, lo cual se me hizo extraño e intrigante.

Aún no sabía su nombre en ese entonces, pero estaba más que seguro de que sonaba igual de bonito como lucía su apariencia.

Le había seguido por mucho tiempo; el muchacho estaba sosteniendo un vaso con pajilla del Starbucks por el que se había detenido para ordenar. Yo también había entrado allí, formé la fila con él, dándole el espacio a dos personas para no estar tan cerca, pero tampoco tan lejos. En el momento en que Jimin iba a decirle su nombre al que atendía en la caja, una mujer estornudó y me impidió escucharlo hablar. Yo realmente había pensado que ese había sido un buen momento.

Presioné mis puños y me salí de la cola cuando el muchacho se alejó de mí para tomar su orden. Confiaba en leer lo que ponía, pero no pude. Pues la ortografía del sujeto era pésima y él lo cubría con sus manos. Después de unos minutos, su móvil había sonado y él dudó para contestar.

Estudié su expresión.

Su forma de morder sus labios indicaban miedo e incomodidad, también el fruncimiento de sus cejas que hablaban de preocupación y su leve suspiro, tierno y sumiso antes de contestar.

No le oía, pero la forma en que cogía el móvil e intentaba ocultarse del mundo mientras oía a la persona del otro lado de la línea, me dio a entender que no estaba sintiéndose cómodo con ello. Entendí también que se vio obligado a ir con esa persona ya que, al poco tiempo de cortar su llamada, se levantó y salió de la cafetería con prisa, dejando su bebida a medio terminar.

Me levanté al mismo tiempo que él, acercándome a su mesa tomé su vaso y le seguí.

En el camino, miré rápidamente lo que el sujeto había escrito en su vaso, pero me decepcionó completamente.

— ¿Park? — Habían demasiados Parks en Corea del sur, por no decir que la mitad de Seúl seguro era "Park".

Le seguí hasta la universidad de Seúl. Nadie estaba allí, estaba casi desierto y fantasmal. A pesar de ser la hora del almuerzo, el muchacho de cabellera negra caminó por un pasillo en donde se encontró con un hombre mayor que el cual deduje que se trataba de algún docente.

No podría explicar exactamente qué fue lo que sentí cuando vi que le había tocado el culo. Noté a "Park" incómodo, incluso sus bonitos ojos rasgados se abrieron de par en par cuando ese sujeto lo había manoseado; sin embargo, aquel sujeto se reía con lasciva mientras le inspeccionaba. ¿Eso era acoso sexual? De ser así, aquel hombre debería ser castigado ya que, ¡¿cómo puñetas se atreve a mirar así a mi Park?!

Mi bonito se despidió de él e intentó acelerar el paso para marcharse. Pero casi entierro mis uñas en los ladrillos de aquella pared al ver que le había sujetado del brazo y lo atrajo hacia su persona con brusquedad; mi niño quería zafarse. Él parecía tan inocente, parecía estar esperando a que alguien llegara para salvarle de aquella incómoda situación.

Y obviamente su salvavidas iba a ser yo.

Después de aquello, decidí seguir al hombre mayor cada que salía de la universidad.

Lo seguía cuando iba a por un café. Cuando iba a por el almuerzo y la comida y, cuando lo supe todo de él, decidí un día antes de la actualidad en seguirle de noche cuando salió de la universidad para ir al aparcamiento junto a su coche.

Le golpeé en la cabeza con tal fuerza que gotas pequeñas de su sangre me salpicaron en la cara. Pero el hombre cayó al suelo, inconsciente. Creí haberlo matado pues, mientras me

acercaba a él con sigilo, pensé en lo que le hizo a mi Park y me hirvió la sangre. Pero no tuve tanta suerte, pues aún respiraba.

Cogí las llaves de su coche y lo metí en el maletero. Sabía que si hubiera cualquier cámara de vigilancia a los alrededores estaba jodido, pero confiaba en que no me reconocerían al ir totalmente cubierto bajo el manto oscuro de la noche.

De esa forma, lo traje hasta el establecimiento. Luego de esperar por horas y horas como un puto buitres a que el idiota de mi jefe abandonase el establecimiento para poder ir hasta el sótano y dejarlo ahí hasta el día siguiente, que era, cómo no, hoy.

Vaya desgracia la de este día.

Sí mi compañero de trabajo no hubiera vuelto a por su cartera, quizás lo habría descuartizado sin problemas.

Pero mientras preparaba la mesa luego de desvestir al cadáver, oí que alguien había abierto la puerta ya que, sin fallar, el tintineo característico de aquel lugar me lo había avisado.

Levanté la vista en señal de alerta. Cogí luego el cuchillo macheta y apreté con fuerza el mango, aferrándome a él de esa forma.

Me escondí.

Me escondí al oír que alguien bajaba hacia el sótano. No podía ser un cliente, pues había cambiado el letrero a "cerrado".

— ¿Yoongi? — maldito Yeonghan o cómo fuera que te llamasen — ¿Por qué has puesto el letrero de cerrado...? — Se detuvo en el penúltimo escalón al ver a un cadáver humano sobre la mesa en donde nosotros cortábamos la carne de animal (no disponíamos de maquinaria muy extravagante).

Le había oído respirar con profundidad. Asustado. Supe que sus articulaciones se habían detenido de inmediato en consecuencia al pánico, sin embargo, yo, que estaba a un lado de él —escondido tras un pequeño "muro" que le imposibilitaba la vista a no ser que bajara del todo y doblaría en mi dirección —, estaba a la altura perfecta de su cuello. En un ángulo de, aproximadamente, 80° podría degollarlo. Lo sabía por la frecuencia sonora de su voz, con sólo cerrar los ojos, podría imaginarme infinidad de movimientos para matarlo sin que dijera nada, pero me moví por impulso pensando en la primera cosa que pasó por mi mente, o séase, la alternativa primera.

Mis reflejos actuaron por inercia. Salí de mi escondite tan rápido como un rayo de luz y le rebané el cuello con el cuchillo macheta rápidamente sin que él pudiera darse el lujo de actuar reflexivamente.

El corte había sido profundo. La sangre salpicó por doquier y el lugar más afectado había

sido mi rostro. Ahora todo el suelo, y el último escalón, se asemejaban a una cascada carmesí.

Le vi morir. Fue rápido, unos segundos quizás en los que se ahogó con su propia sangre que salía brotando como tubería rota de su cuello. Cuando por fin dejó de moverse, pasé mi lengua por mis labios y sentí el sabor de la sangre.

Sabía a metal, era salada y estaba tibia.

En un principio me dio un poco de repelús su sabor, no imaginaba que supiera tan desagradable. Sin embargo, debí suponer que no sería lo mismo succionar un poco de sangre de una herida pequeña a tener que saborear miles y miles de mililitros regados por la mitad baja de tu rostro. No.

Me limpié la cara pasando mi mano por ella, luego me limpié las manos con el delantal y cogí a mi ex compañero de trabajo de los pies hasta arrastrarlo junto al cadáver anterior.

Ya no había tiempo de desmembrar un cadáver con un cuchillo de mierda. Ahora que tenía a otro haciendo cola, debía apresurarme.

Cogí una sierra, me coloqué el casco y corté. La sangre brotaba de las aperturas como lluvia que se estrellaban contra el casco que imposibilitaba su paso hacia mi rostro.

Traté de cortar de una forma rara, casi inexperta. Si algo salía mal y tuviera la necesidad de desechar sus cuerpos e un contenedor de basura, preferiría que no relacionaran a ésta carnicería con los asesinatos. Si me abstenia de cortar de forma profesional, quizás no sería un principal sospechoso.

Acabé con el profesor. Lo repartí en seis partes: cabeza, dos pares de extremidades inferiores, dos pares de extremidades superiores y el tronco. Guardé los restos en un refrigerador.

Usualmente nuestro jefe nos dejaba llevar provisiones para consumir en nuestros hogares, me aseguraría de llevarme esto de alguna manera.

Cuando estaba cortando mi ex compañero, alguien otra vez había entrado. Detuve la sierra y miré, luego de levantar un poco la máscara, hacia las escaleras. No había pasos que viniesen hasta aquí, me alegré por un momento. Tener que matar a alguien más no estaba en mis planes.

Me limpié las manos y decidí subir suponiendo que sería algún cliente, quizás Yeonghan o Yeongsang (como fuera que el pobre prójimo idiota se hubiera llamado), había vuelto a cambiar el letrero a "abierto".

Me lavé las manos rápidamente. La sangre no salía con facilidad y alguien esperaba allá arriba; partes de mis brazos y mi rostro seguían de un tono colorado, pero preferí ignorarlo

de momento.

No obstante, mis ojos se sorprendieron al verlo a él, a Park Jimin.

Esta vez iba vestido con una camisa de algodón (lo deduje porque se veía cómodo y ligero a simple vista) con rayas grises y blancas horizontales, unos pantalones negros y su singular mirada de ángel.

¿Pero qué mierda hacía aquí?

Él me miró de la cabeza hasta los pies. Dudó un poco, claramente. Yo también lo haría si un sujeto que parecía haber salido de "La masacre de Texas" viniera a atenderme.

— Has vuelto. — mencioné cuando me volví a limpiar las manos con un trapo que había sobre el mostrador.

— Sí, uhm... Es que... Necesito más... — no terminó la frase, simplemente hizo ademanes con las manos y yo me reí de él cuando bajé la mirada —. Perdón...

— Tranquilo. Estoy aquí para servirte. — Le dije, él me sonrió.

Por primera vez me había sonreído de forma directa. Por primera vez estaba haciéndome ver que sí pretendía coquetear conmigo.

— ¿Qué necesitas? — Le pregunté.

— Tres kilogramos de carne de cerdo.

No respondí de inmediato. Me incliné hacia el mostrador en búsqueda de dicha carne, sin embargo, él se había llevado lo último esta mañana.

— No hay aquí, debería mirar en el depósito. — Le dije mirándole nuevamente.

— Ya... — respondió. Parecía nervioso. Noté en él un singular tic, el cual era secarse las manos con su ropa al sudar. Miró hacia la calle, en dirección del coche aparcado del profesor.

— ¿Esperas a alguien? — Me atreví a preguntar.

— ¿Eh? No... — negó tímido.

— Puedes esperarme aquí. Iré a cortar la carne, tardaré un poco.

Él simplemente asintió.

Bajé de nuevo, pero no sin antes voltear a verlo de nuevo. Sentí algo extraño en él esa

tarde, sentía que estaba un poco alterado por algo. Pero no sabía el qué.

Miré de reojo las carnes colgadas del depósito, pero no había nada parecido a carne de cerdo. Ese muchacho siempre se llevaba las raciones cada vez que venía.

Iba a volver arriba a decirle que no quedaba nada más que la cabeza de un porcino. Sin embargo, una idea brillante se pasó por mi cabeza.

Cogí de nuevo el cuchillo cuando saqué el torso del profesor del refrigerador nuevamente, tiré al suelo a Yeog-algo y coloqué el tronco del hombre mayor sobre la mesa. Proseguí a cortar, a rebanar hasta formar filetes.

Ese hombre era grande, seguramente con la mitad de su torso ya había quitado cuatro kilos de carne.

Lavé las porciones, luego de despellejarlo, y volví a subir con su pedido.

Lo medí en la balanza, pero había sobrepasados un kilo demás. Cuando estaba apunto de sacar lo que sobraba. Él se apresuró a decirme:

— ¡Déjalo así! No importa.— Exclamó.

Me había parecido extraño, pero no me opuse.

Empaqué su orden y se la entregué.

Me acompañó unos pasos hacia el costado derecho hasta la caja registradora en donde tomé su dinero y le devolví el cambio. Pero antes mencioné:

— No soy nutricionista, pero supongo que consumir tanta carne de cerdo no es muy conveniente.

— Es que... tiene un sabor muy particular que me gusta. — comentó luego de recibir el dinero de mí.

— Disfruta, pues. — contesté con una sonrisa.

Él me sonrió con ternura antes de salir e irse. Sin embargo, yo borré la mía en cuanto cruzó por la puerta y dije en voz alta pensando que había sido sólo un pensamiento:

— "Oh, cariño... quizás deberías comenzar a tomar en cuenta el veganismo." — sonreí después de decirlo. Sí. Lo había castigado. Pues, después de haberle librado de aquel hombre que lo acosaba, él miró el coche con preocupación.

La carne humana y la de cerdo, no eran tan diferentes después de todo. Eran prácticamente la misma mierda.

Capítulo 3

Las pupilas del joven se han estado dilatando desde que el aroma a crudo llegó a sus fosas nasales, sin embargo, ahí yace el plato sin tocar del pelinegro. Él se abstenía a ser un monstruo, pero el corazón que latía desde su estómago lo había obligado a abalanzarse cual salvaje cavernícola a por los trozos de carne que desprendían un hedor a putrefacción humana.

Sus pupilas se dilataron aún más, inclusive si la carne repulsiva del humano se atoraba en medio de su garganta y su cuerpo le obligaba a expulsarlo. Pues había estado demasiado tiempo sin comer carne humana, sin practicar el estilo de vida del cual provenía toda su infancia.

Canibalismo.

Devoró cada cosa que se interponía en su camino, bebió de la sangre que aún acumulaba aquel cadáver; masticando, tragando, provocándose a sí mismo unas inescrupulosas ganas de verter todo lo que había estado ingiriendo en el retrete del baño. Incluso el sonido obsceno que hacía al masticar le repugnaba, pero sus ojos estaban gritando al mundo lo mucho que le encantaba. No había tiempo para pensar en su víctima pues él, como victimario, sólo ansiaba el daño que repercutiría en el difunto.

— M-Más... Más, más, más, ¡más! — Gritó golpeando la mesa. Como si fuera un adicto al que le habían retirado la droga recientemente.

Pero ya no había carne. Sólo migajas de lo que, alguna vez, habían sido vasos sanguíneos del cual, como un frenético buscando saciar su sed, bebió de la sangre que aún quedaba en su plato y, cuando hubo acabado con todo, se mordió las uñas hasta dañarse la piel.

Necesitaba más, pero ya no había cadáver del cual alimentarse.

....

A mi jefe no le preocupó cuando Jeonghan (o Jeongsang) no volvió al trabajo.

A ese asqueroso no le importaba nadie más que él mismo. Él y la colegiala a la cual se tiraba.

Podría hasta ser su hija.

Nadie preguntó por él, simplemente, dijo el hombre: —"Si lo ven decidle que está despedido".

Yo me devolví a mi puesto de trabajo. Tenía que lavar los cuchillos y, para ello, debía bajar al sótano.

En el refrigerador aún quedaba partes del profesor y, cómo no, todo, sin falta nada, de Jeonghan.

Cuando abrí la puerta del contenedor helado, me di cuenta que la sangre ya había coagulado. Los rostros estaban acumulando escarchas de hielo y sus pieles estaban tomando un tono rosáceo. Si todo salía bien, quizás podría intentar quitarlos de ahí esta misma noche.

Mientras le quitaba la sangre a las hojas de los cuchillos, pensé en Jimin. Sentí rabia e impotencia. Él había reconocido el coche de su estúpido profesor. Parecía ansioso cuando vino a comprar la carne, a diferencia de las reacciones de preocupación que conocía, la de él me había parecido tan particular. Ya que, por si fuera poco, no parecía estar angustiado, sino, más bien, nervioso y necesitado. Estimulado. Ansioso.

¿Por qué demonios estaría ansioso por alguien como él? Maldita sea.

Aun si tenía otros problemas de los que hacerme cargo, no podía dejar de lado mi cólera y la angustia de por qué no había venido en toda la semana. Fue el primer lunes y el primer martes que faltaba a comprar carne. No sabía si preocuparme, pero claramente no pude controlarme.

Tenía ganas de salir del trabajo y buscarlo en su universidad hasta hallarlo con vida, sano, seguro. Pero no podía abandonar mi puesto cuando había un cadáver y medio en el refrigerador; además, apenas salir a la calle, era encontrarse con la fotografía del profesor y

¿Jeongsang? La policía había venido hace unos días a tomarnos declaración. Todos habían dicho que él volvió aquí y que yo era el único que estaba.

Pero cuando me interrogaron, soné lo bastante convincente para que las sospechas se desviaran de mi persona; mi neutralidad y sinceridad (aparentemente) lograron que se disipara las sospechas, o eso supuse, porque no volvieron a pasar por éstos lares desde aquella vez. Sin embargo, sabía que no debía confiarme. El torso que faltaba y el cuerpo entero de... ¿Jeongsang? Debía ocultarlo. Destruir pruebas y mantener la tranquilidad.

Mantenía escondido el coche del profesor detrás del establecimiento sin matrícula. Esta noche sería la última vez que lo utilizaría, luego lo llevaría al desguace y sobornaría a cualquiera para que lo destruyera de inmediato.

Cuando mi jefe cerró y se alejó tan rápido como pudo con su niña de instituto, yo me acerqué aparcando con cuidado. Bajé después y abrí la puerta con las llaves que tenía; bajé al sótano rápidamente y coloqué lo que quedaba del profesor en bolsas de basura y a Jeongsang en unas más grandes. Sería un problema, pero no para mí. Por las noches, nadie pasaba por ahí.

Fue desagradable oler la putrefacción de ambos. Llevaban una semana allí, congelados y tan sólo haberlos sacado unos minutos, me pareció repulsivo.

Arrastré el cuerpo de Jeongsang hasta arriba y luego hasta colocarlo en la parte trasera del coche. Me subí lo más rápido que pude. Arranqué, me largué hacia un lugar apartado; debajo del puente en un día en el cual sabía que no habría revisiones del Estado. Debía abandonar los cadáveres allí, pero no era idiota. Debía deshacerme de buena manera.

Si no mal recordaba, si sólo guía dejándolos de esa forma, la policía no tardaría ni dos días en saber que yo fui el culpable porque, sólo imaginaos: las estrías causadas por el filo de la hoja de un cuchillo y sierra para descuartizar al profesor, eran únicas y de una manera profesional. No quirúrgica, pero sí delatada. Además, la bolsa de basura la que los envolví, nosotros no usábamos bolsas muy inusuales y, por si fuera poco, yo, supuestamente, fui la última persona en ver con vida a Jeongsang. Podrían relacionarme con él pero no con el profesor y admitir que lo asesiné por celos, sería una vergüenza.

La policía era una hija de puta, inteligente, pero no más que yo.

Saqué los cuerpos de las bolsas e imaginé las posibilidades y los porcentajes de que pudieran relacionarlo con ellos.

Cogí una piedra, una piedra grande y machaqué el cráneo de Jeongsang. Si lo dejaba irreconocible, no habría reconocimiento facial y si destrozaba su dentadura, no habría reconocimiento dental.

Luego le corté ambas manos y ambos pies. Si no había huellas, no habría identificación.

Pero aún quedaba ADN. Sangre, cabello... El profesor tenía un bidón de gasolina en el maletero, lo sabía porque tuve que hacer espacio cuando lo había raptado. Ahora estaba en el asiento de atrás; vacié el líquido sobre ambos cuerpos y luego tiré una cerilla que luego terminé consumiendo ambos cuerpos.

La temperatura, junto con la gasolina, aumentaba pues el movimiento de sus partículas seguían constantes pero a una mayor velocidad; aún si quedaba el reconocimiento óseo, los huesos estaban quebrándose. Membrana ósea, inservible y yo había ganado.

El fuego que se alimentaba del oxígeno creciendo de manera peligrosa frente a mis ojos, se reflejaba en mis orbes al mismo tiempo que matizaba mi macabro rostro y mi sonrisa.

Metí mis manos en mis bolsillos y pensé en Jimin. Ahora sabía su nombre. Sólo era cuestión de tiempo que supiera qué estudiaba, quiénes eran sus amigos, su dirección, sus redes sociales, sus gustos, sus antiguas parejas y posibles obstáculos.

Vaya...

Lo que tengo que hacer por nosotros, Park Jimin.

Pero estoy seguro que vales la pena, amor.

Capítulo 4

Miré sus manos cuando entró. Estaban vendadas; más bien, los dedos lo estaban. Como si se hubiera hecho daño en ellos.

Jimin no había ido a la universidad. No había frecuentado el starbucks a la misma hora y, sobre todo, no había venido a comprar en la carnicería durante tres semanas.

Cuando lo vi cruzar por la puerta se me paró el corazón durante unos instantes. Quise correr hacia él, preguntarle qué le había pasado, si estaba bien y cómo se había hecho tanto daño. Sin embargo, tuve que guardar mi compostura.

— ¿Puedo hablar con usted? — dijo dirigiéndose a mí. Lo supe porque su voz suscitó en mí un leve escalofrío placentero, no obstante, al voltearme, tuve que cuestionarle nuevamente para "asegurarme" de que se dirigía a mí — Sí, usted.

No había nadie en el establecimiento. Otra vez fue horario de almuerzo y, como Jeongsang había desaparecido, me tocó a mí el doble turno.

— Diga.

Jimin se repasó los labios con su tierna lengua antes de dirigirse a mí. Parecía tímido.

Oh... Qué mono, amor mío. ¿Acaso te pongo... nervioso?

— Yo... — su voz sonó se vio envuelta en nerviosismo — La carne que me ha proporcionado la otra vez, ¿no queda... más?

Me separé de él, anonadado. Mi lengua repasaron mis dientes y mi cabeza dio vueltas de repente.

— ¿Eh?

— La carne que me ha vendido la otra vez. Me gustaría volver a comprarla, p-por favor... — noté cierto temblor en él y sus dedos golpeaban impacientemente el mostrador. Asomándome un poco, vi que movía insistentemente su pie izquierdo.

— Ya no hay.

Cerró sus ojos presionando con fuerza sus labios contra sus dientes. En un cierto punto de mi observación, creí que sus bellos sangrarían por haber hecho tal acto, pero no ocurrió nada.

— ¿Y algo... parecido? ¿En serio ya no hay carne de cerdo?

Carne de cerdo, ajá.

— Escúchame, niño. Si te digo que no hay es porque no hay. Sólo de ternera.

— ¡Es que no me apetece ternera! — Espetó luciendo un poco ansioso y enfadado.

— Vaya... — murmuré — Mira, usualmente no atiende la caja. Sólo corto la carne así que no tengo ni puta idea de cómo tratar bien a alguien, por lo que tu grito me ha parecido una ofensa. Es una lástima, pero ya te dije que no hay, no me causes problemas.

Retrocedió unos pasos y sus lágrimas brotaron de sus ojos.

—P-Perdón... — susurró — Es que... Perdón.

— Ya...

Desvió su mirada de mis ojos, le ponía nervioso y él también a mí porque estaba tan enamorado de ese muchacho que me encantaría volver a oírle alzarme la voz porque me excitaba cuando se veía furioso.

Se rascó la cabeza antes de pedir su orden.

— M-Medio kilo de ternera, por favor... — pidió.

Separándome del mostrador, arrastré mis pies hasta la balanza, cogiendo la carne de ternera que ya tenía preparada al lado; simplemente la había puesto ahí, pues, el jefe, lo había pedido que cortara las costillas y demás.

Cuando estuve apunto de estrellar el cuchillo contra la carne, sentí su mirada fija en mí.

Suspendí mi mano junto con el mango siendo rodeado por mis dedos y me giré lentamente. Ahí estaba Jimin, mirando ansioso, con las pupilas dilatadas por el auge de emoción —y excitación — que le provocaba verme hacer tal acto; se había inclinado mucho para poder apreciar el corte.

Yo le miré de manera inconsistente, de mala gana, como diciéndole: "¿Qué demonios estás mirando, friki?" Sin embargo, lo que mi corazón me había dicho era que, Park Jimin, por fin estaba prestándome la atención que me merecía.

Dejé el cuchillo a un lado de la carne, y caminé hacia él; retrocedió unos pasos con torpeza y yo me reí de ello por lo bajo mientras procedía a abrir la puertilla que nos separaba. Dejé un espacio invitándole, indirectamente, a que pasara hacia éste lado.

Él, torpe, tierno, tímido, caminó hacia mí y por primera vez, lo tuve tan cerca como para aspirar su aroma personal. Olía a frutas, a flores, a suavidad y afrodisíaco.

Joder...

—¿Quieres ayudarme? — le pregunté. Él me miró confundido, cogiendo sus dedos en una tímida señal que comprendí —¿Quieres cortar la carne? La porción que desees llevar, no importa, te lo cobraré como si fuera medio kilo.

—¿Seguro? — cuestionó. Asentí.

Pasó su tierna lengua sobre sus lindos labios color rosa, desviando su mirada, tomó el cuchillo levantándolo en el aire y estrellándolo contra las costillas con una fuerza que me había impresionado. Normalmente, si alguien era novato, tendría el porte débil, no partiría el hueso a la primera.

Los restos de sangre coagulada —que no eran más que unas simples gotas — salpicaron su rostro.

Aún mantenía el mango del cuchillo entre sus dedos cuando sentí que su respiración se volvía entrecortada.

Quizás ésta sea mi oportunidad.

—Ven, te limpiaré —le dije. Él se giró a verme dejando el cuchillo sobre la mesa nuevamente.

— Yo... Yo puedo hacerlo. — rebatió extendiendo su mano para tomar el trapo que yo había cogido con anterioridad.

— No te pregunté. — Respondí cortante.

Cogí su barbilla, sentí que mi corazón iba a abrir un agujero en mi pecho por tantos golpes a toda velocidad. Su piel era tan suave, tan tibia, tan pálida. Sus labios se entreabrieron con delicadeza provocando un pequeño y casi inaudible sonido satisfactorio para mis hormonas, y el brillo que su saliva le daba a sus bellos bellos, sólo aumentaban en mí, las ganas extraordinarias de robarle un beso.

Me fui acercando a él de forma inconsciente, no fue hasta que la tela de aquel trapo que había cogido se pudo sobre ellos, que noté que estaba a punto de besarle. Le miré a los ojos, aquellos universos estrellados y oscuros miraron los míos con un poco de miedo, pero no sé había movido.

Maldito seas, Park Jimin.

Mis labios se posaron sobre los suyos de una forma delicada al principio; se movieron sobre su labio inferior un par de veces, hasta que, al modelarlo y estirarlo hacia mí, me hice paso dentro de su boca con astucia y desesperación; me encontré con la tierna lengua que siempre hidrataba con timidez sus labiecitos.

Maldita sea, maldita sea...

El beso se volvió un poco más acelerado, ahora hacíamos sonidos obscenos al besarnos; cuando nos separábamos, él aprovechaba a morder mis labios por una ración pequeña de segundos, incitándome a que me volviera más violento con él.

Mi lengua danzó junto con la de él y había veces en las que succionaba la suya mientras oía sus bonitos quejidos placenteros; no tardé en tocarle el trasero, en apretar su carne y atraer su cuerpo hacia mí para sentir el latir desenfrenado —como mi amor por él — de su corazón. Lo cargué (no pesaba nada) sobre la mesa y él buscaba, desesperadamente, la manera en quitarme aquel delantal ensangrentado de cualquier forma. Entonces lo logró y lo lanzó al suelo hacia un lado.

Él se inclinó para volverme a besar; revolvió sus finas y cortas falanges enredándolas en mis oscuras hebras. Bajó besando y dejando rastros de saliva sobre la piel de mi cuello y yo gemía mientras me aferraba a su cuerpo dejándome mecer por los movimientos que me provocaba. Me sentía en el clímax.

Él buscaba desesperadamente mis labios y yo ansiaba que los encontrara lo antes posible; entonces volvió a besarme, a succionar mis labios como si estuviera hambriento, entonces...

Entonces me mordió.

No había sido una mordida simple, floja, con intenciones de soltarlo para satisfacer y darme un placebo sexual, no. Me había mordido de verdad, me había hecho daño y me aparté mientras palpaba mi herida y veía que brotaba demasiada sangre. Le miré entonces, él también me veía frunciendo el ceño en vergüenza y tristeza, yo no había dicho nada, ni siquiera le pregunté que qué demonios le ocurría, pero él sollozó diciéndome: "— L-Lo siento..." Y se marchó lo más rápido que pudo, sin siquiera tomar la carne que había pedido.

Bajé al sótano para limpiarme la herida, pero pareciera que me hubieran roto la mandíbula por la cantidad de sangre que empapó mi rostro y ahora estaba secándose.

— Mierda.

Capítulo 5

El jefe estaba furioso porque su niña de instituto no había ido a verlo.

Es más, ni siquiera había ido los últimos días, había desaparecido de la faz de la tierra. Y no me sorprende, seguramente ese vejestorio se había querido pasar de listo con ella.

Aún así, la policía había visitado nuestro establecimiento al día siguiente, ya se habían enterado que el jefe salía con ella y eso era un caso grave de pederastia. Lo llevaron

consigo y yo quedé a cargo de la carnicería junto con dos empleados novatos más. No hablaba con ellos, ellos parecían tenerme miedo y, usualmente, hacían todo lo que iba a pedir antes de que lo pidiera. Trataban con acabar su turno limpiamente para marcharse. Genial.

Jimin tampoco estaba frecuentando más éste lugar y eso me preocupaba. Mi cuerpo, mi mente y corazón necesitaban estar cerca de su presencia pues sin él, sentía como si fuera un hombre adicto a cualquier droga de la que se le había separado recientemente y sin su consentimiento.

¿Cómo podía dejarme plantado luego de besarme, dejarme que le tocará y, sobre todo, morderme de aquella forma como si quisiera matarme?

Necesitaba que volviera a hacerlo.

Por alguna razón, sólo podía pensar en ese beso, bueno, tan raro no era, pues sólo ocurría en mis pensamientos antes de dormir mientras me masturbaba. Jamás pensé que ocurriría tan rápido, pero sí era consciente de que tarde o temprano él estaría a mi merced. Porque iba a estarlo, iba a ser mío.

Le perdoné a Park el plantón que me dio. Las ganas con las que me dejó y la mordida casi asesina que me dio, pero no estaba seguro si pasar desapercibido aquello que ahora estaba haciéndome.

Estaba, pues, frente a su universidad de nuevo, tan sólo a una acera mientras bebía un café frío del starbucks donde él solía comprar, viéndole sonreír, reír, platicar y bromear junto con unas chicas y chicos. El típico grupo de niños pijos que detestaba en mi instituto.

Yo pensando que le había ocurrido algo de lo que debiera preocuparme y por eso no venía a verme, pero no. El muy hijo de puta estaba haciendo su vida de lo más normal mientras yo me moría de las ganas por respirar el mismo oxígeno que él. Menudo desconsiderado.

Aplasté con mis manos el vaso de plástico vacío y lo lancé al suelo. Iba a ir a la universidad, iba a descubrir su facultad. Quiénes eran esas personas, dónde vivía y a qué pensaba dedicarse en el futuro. Merecía otro castigo.

— ¡Eh! ¡No puedes tirar tu basura en el suelo, contaminas al mundo! — Exclamó uno de esos hippies que protestaban de forma cansina mientras, en su soledad, fumaban marihuana y luego tenían el descaro de pedirme a mí que recogiera mi basura cuando el humo que exhalaban al estar pudriéndose los nervios, contaminaba de igual forma.

— Que te follen. Idiota.

Crucé la carretera, el semáforo en verde para peatones estaba titilando, se supone que debí haberme apresurado para llegar a la otra acera, sin embargo, decidí pasar a mi ritmo, hasta que un coche frenó con fuerza para evitar atropellarme. Yo me detuve de igual forma y le di

un golpe sonoro y furioso.

— ¡¿No ves que estoy pasando, hijo de perra?! —me quejé antes de que él lo hiciera. Incluso me insultó después pero yo hice oídos sordos ante todas las sandeces de gilipolleces que venían saliendo de su boca, a continuación, le mostré el dedo de en medio sin siquiera voltear a verle.

Me detuve cuando noté a Jimin despidiéndose de las personas con las que se encontraba y me escondí cuando volteó.

No me había currando mucho en mi disfraz, a decir verdad, sólo llevaba una gorra negra y mis prendas eran todas igual de oscuras que dicha gorra.

Era la hora de la comida. Había estado investigando en la página oficial de su institución. Después de la comida, tendrían unas cuatro horas de clase y luego irían a casa. La entrada a la biblioteca de ese sitio era gratuito y, prestando mucha atención al folleto electrónico que leí, sabía que, para ingresar a la "base de datos" de un estudiante, hacía falta una contraseña especial y un correo electrónico que sólo los estudiantes tendrían allí. Yo ni siquiera tenía los papeles del bachillerato, no habría forma que solicitara un plaza allí. Ni siquiera con algún deporte, era delgado (aunque no demasiado, sino que mi porte no era el de un deportista) y no podría pedir alguna beca.

Pero sí podía robarle la identidad a otra persona.

Cogí una piedra y se la lancé a un tío que leía bajo un árbol. Rápidamente se sacó los auriculares enfadado y amenazó a unos chicos deportistas con haberle tirado la piedra. Mientras discutían, yo tomé su mochila y me largué. Nadie me había notado.

Cuando me hube alejado lo suficiente, abrí su mochila y busqué algo parecido al folleto que me leí en internet que contuviera la contraseña y el usuario, temía que aquel tío se la hubiera aprendido de memoria.

No hallé ningún folleto pero sí una agenda muy cursi y cutre, como supuse, lo que necesitaba se halló en la última página del todo.

— Pelele.

Solté la mochila justo donde estaba, no iba a regresarla y corrí a toda pastilla a la biblioteca. Aquel niño sería de primer año en la carrera que hubiese escogido. Novato. ¿Cómo se le ocurría levantar alguna pelea contra un grupo de deportistas? Seguramente era su primera vez siendo un adulto.

Cuando llegué, le pedí a la muchacha que parecía estar encargada en ese lugar, que me dijera dónde se encontraban los ordenadores. Me dijo con una sonrisa que en cerca del pasillo donde estaba la sección de libros históricos. Lo supe cuando llegué, me senté en el último ordenador y entré en la página web del estudiante; me sorprendía a todo lo que un

estudiante podría tener acceso. Si un alumno podría saber la dirección, la fecha de nacimiento y hasta el número de teléfono de otro alumno, ¿a qué clase de información clasificada tendrían acceso los profesores?

Usuario: @jeonjeongguk97

Contraseña: 1234567890

—Menudo gilipollas.

No tardó siquiera más de cinco segundos en dejarme entrar en la web y me di cuenta de que éste chico era de la promoción de aquí a cinco años. Definitivamente, era de primer año, un novato en toda regla.

No sabía de qué promoción era Jimin, por lo que busqué su nombre y me salieron dos, pero supe de inmediato (aun si la fotografía suya era de unos años atrás) quién era al que buscaba.

Pero me cagué en toda mi existencia al darme cuenta que sólo los alumnos de la misma promoción y carrera podían saber datos extras de sus compañeros. Casi golpeé el ordenador de la rabia que sentí. Tantas molestias para nada; como mínimo, sólo me decía el nombre y la fecha de nacimiento. Aunque también la promoción de la que era y la carrera que estudiaba.

Promoción de tres años contando desde aquí. Literatura... Lengua y literatura coreana.

—Vaya.

Se me cruzó por la mente buscarlo en las redes sociales, después de todo, Park parecía muy sociable. Seguramente era de las típicas personas que ventilan su vida por redes sociales. Cuando salí de la biblioteca decidí buscarlo por Internet.

Coloqué su nombre en el buscador y rápidamente me salieron sus redes sociales junto con fotos que él ponía en público. ¿Acaso era idiota? Cualquiera podría utilizar su imagen para hacer un catfish importante.

Salí de la universidad, pasando cerca de las personas que aún comían, conversaban, se tomaban fotos mientras esperaban a que las clases se reanudaran.

Sin fijarme pateé la bebida de alguien y me detuve a mirarle desde lo alto, sabía que debía pedir disculpas, pero no lo hice, por dos cosas: 1) porque no me hacía gracia disculparme con un idiota que dejaba sus cosas en el suelo y 2) porque dicha persona era Park Jimin.

— Usted... — musitó con ternura. Olvidé todo el enfado que sentía al oír su dulce voz. Él se levantó rápidamente para ponerse a mi altura —¿Qué está haciendo aquí? ¿Me ha... Me ha seguido?

— No — respondí rápidamente. Fallo mío. —. No es de tu incumbencia, de todas formas. — le dije, lamiendo visiblemente la herida que aún no cicatrizaba del todo.

Él me miró la boca por unos segundos.

— ¿Tiene un minuto? Necesito hablar de algo con usted... — tardó un momento en acabar de alargar la "e".

— Min Yoongi.

— Necesito hablar con usted, Min Yoongi.

¡Oh! Qué lindo se oía mi patético nombre ser pronunciado por su bella voz y con esos carnosos labios que me hacían pecar con el pensamiento.

— Hablemos —fingí fijarme en el nombre que llevaba inscriptos en sus libros —, Park Jimin.

Capítulo 6

Su lengua se abría paso en mi boca, con desespero, separaba mis dientes y buscaba mi músculo para danzar con él en un pecaminoso baile exótico y lujurioso.

Sus finas y cortas falanges se adueñan del lienzo de mi piel, dibujando sus perversidades sobre mí; me sonsacó ciertos gemidos que creí jamás pronunciar con mi voz y, por sobre todo, llegó a producirme sensaciones extraordinarias cuando volvía a morder mi herida y lamía la salada sangre que brotaba de ella al abrirse nuevamente.

Lo acorralé contra la pared del cubículo del baño; él se separó de mi boca para tomar aire y luego volvió a besarme con pasión, a succionar mi lengua y labios, a desparramar su saliva alrededor de mi boca, permitiéndome después descender en delicado besos y lamidas por su fino cuello mientras yacía abrazándome.

Rápidamente llevó sus dedos hacia los bordes de mi playera, levántandola para desnudarme. Su mirada penetrante no se separó de la mía y yo me mordía el labio cuando él se fijaba de esa manera en mí; como si quisiera probar sobre mi cuerpo mayores perversidades que yo sobre él.

Que lo haga, que lo haga, ¡que lo haga!

Jimin, cuyos labios de cereza sonreían como los de un ángel, ahora estaba jugueteando con la punta de su tibia lengua sobre mi pezón izquierdo, provocando en mí, orgasmos mudos. Maldito Park Jimin, si así buscas que te perdone, te perdonaré todo lo que quieras, aún si sigo pensando que necesitas un castigo.

Tomó luego mi rostro y me besó, sentí la fuerza de sus brazos intentar bajarme y, cuando había acatado aquella indirecta orden, me puse de cuclillas frente a su cinturón negro viendo el bulto prominente que se formaba en su zona púbica.

Como un hambriento condenado desabroché la hebilla que me impedía admirar su miembro que esperaba por mí y mis tiernos besos húmedos, los cuales se los daría al mismo tiempo que lograra masturbarlo con vehemencia para llevarlo al clímax impuesto en mis mayores fantasías. Todas ellas teniéndolas por la noche luego de pensar en él durante todo el día.

Tan sólo liberarlo de su ropa interior que aprisionaba su libertad, su miembro erecto se impuso ante mí, incitándome a que pasará mi lengua a lo largo de él, repasando su longitud, y yo, deseoso por probar de él... No dejé que quedara más remedio que tomar su falo en mi mano y besar sus testículos al oír sus suaves gemidos.

Jimin gemía hermoso.

Imaginé en un futuro, no muy lejano, en donde pudiera oír sus gemidos todo el tiempo que yo quisiera. Maldita sea, este niño me traía tan loco. Tan desesperado y tan enfermo que no podía imaginar mi vida si no le hubiera conocido cuando lo conocí.

Extendí mi lengua y reposé sobre ella uno de sus testículos para luego introducirlo dentro de mi boca y succionar su piel. Él expulsó de su garganta un quejido placentero haciendo una orquesta divina para mis oídos, y quería más.

Introduje su miembro dentro de mi boca, chupándolo como si de un helado casi derretido se tratara y lamí cada centímetro de su piel como si quisiera devorarlo. Justo cuando llegué a la glándula, intensifiqué mi ritmo y él sintió cosquilleos los cuales, eran de mi intención provocarle. No tardó demasiado en enredar nuevamente sus dedos en los mechones de mis cabellos, en apoyar ambas manos sobre la parte trasera de mi cráneo para obligarme, junto con el movimiento de su pubis, que lo hiciera con más prisa. Y yo lo hice.

Manoseé su cuerpo, su trasero, subí un poco por su abdomen sintiendo lo marcado que estaba. ¿Acaso mi niño era un deportista?

—Y-Yoongi... M-Me vengo, ah... — musitó. Levanté mi vista para ver su expresión de circunstancia, para ver lo rojo y sudoroso que estaba. Me separé de él y tomé su miembro con mi mano, tirando de él hasta que su prepucio subió y bajó con facilidad por lo dócil que se había vuelto. Masturbé con rapidez, sin denotar cansancio, sintiendo el calor que su ser emanaba.

Besé impregnado de lujuria su cuerpo, esperando a que su semen, tibio, saliese disparado y, cuando lo hizo, noté a Jimin casi desfallecer. Lo abracé y busqué con desespero sus labios, hallándolos. Él me miró de nuevo y dejó que le volviera a besar; aún arañaba mi espalda y enterraba sus uñas en mi piel.

Le tomé de la cintura, volteándolo. Él se inclinó un poco para dejarme ver su orificio anal, esperando, ferviente, a que estuviera listo para que yo ingresase dentro de él.

Metí primero un dedo, sintiendo la calidez de su interior. Lo removí bastante y él formó un puño con sus manos aún gimiendo; el cubículo del baño era realmente estrecho para ambos, pero aún así podría arreglármelas.

Embestía a mi pequeño con rapidez; primero con un dedo, luego con dos, logrando que su apertura consiguiese la mayor extensión posible. Él seguía gimiendo, expulsaba dulces y placenteros gemidos que eran capaces de hacerme eyacular aun si todavía no hubiera penetrado en él. Mis dedos estaban tornándose húmedos, por fin estaba logrando mi cometido, pero faltaba lubricar aún.

Mi lengua acarició su bello orificio, él chilló arqueando su espalda y yo consideré su posición como una obra majestuosa y artística. Mi lengua dibujó rastros de saliva sobre él y cerré los ojos para satisfacerme también.

Le di palmadas en la piel, pellizqué su trasero y, cuando hube terminado lo que me había propuesto, me incorporé nuevamente, quitándome el cinturón. Mi miembro, al igual que el suyo, estaba erecto por todo lo que venía guardándome desde la primera vez que lo vi. Él se acercó a mí, permitiéndome enterrando mi barbilla en el hueco de su cuello y obtener un exquisito afrodisíaco de su aroma. Mordí un poco, succioné su piel dejándole una marca roja que luego se volvería un moratón; quizás de color morado, quizás de un tono aún más rojizo. Le metí los dedos con los cuales lo estuve dilatando a la boca y busqué una posición un poco más cómoda pero sin despegar su cuerpo del mío, para introducir mi miembro dentro de él.

— Yoongi... Min Yoongi... — me llamaba — ¡Hey, Min Yoongi!

Maldita y asquerosa realidad.

— ¿Estás aquí? ¿Presente? — volvió a cuestionarme. Y yo me enfadé con él por haberme sacado de mis fantasías sexuales pues, sí. Había estado imaginando cómo lo follaría en el baño público de su universidad como el sumiso que se veía. Pero él lo había arruinado todo — Min Yoongi, deja de mirarme la boca.

— Entonces date vuelta para mirarte el culo. — Parpadeó un par de veces antes de verme perplejo.

— ¿Perdón?

— Perdonado. Ahora, ¿qué ibas a decirme?

— Bueno, sobre eso... — su vista se dirigió a la parte baja de mi abdomen, concretamente, mi bendito pene. — ¿Estás teniendo una erección?

— Ah, con que en eso sí te fijas, ¿no? Perverso.

— No quería-... No era mi intención-... Ash, olvídale — negó después con la cabeza —. Quería hablar contigo sobre... Uhm... — ¿Por qué no podía decir "por la mordida caníbal que te di el otro día"? Se apuntó a sí mismo con su dedo, mostrándome sus labios y el lugar exacto en donde yo tenía la herida — No fue mi intención. No sé qué me pasó aquel día, quería disculparme por... eso y por... distraerte de tu trabajo.

Sonreí con sorna.

— Pues ha dolido, ¿eh? Salvaje. Pensé que serías más inocente, pero eres una fiera.

Él abrió, de manera graciosa, sus bonitos ojos al mismo tiempo que se trababa para disculparse. Tan tierno, tan sumiso, tan avergonzado.

— ¿H-Hay algo... que pueda hacer para remediar aquello, señor Min?

Sé mi puñetero novio.

— Invítame a comer.

....

Cuando dije que me invitara a comer, no me refería que trajera también a un gilipollas que estaba susurrándole cosas al oído, que bromeaba con él, que besaba su cuello y le tomaba la mano. Todas esas barbaridades ejecutadas en frente de mí.

Revolví mi batido viéndoles actuar de forma tan melosa, yo realmente no sabía qué me daba más asco; si ellos dos actuando de esa forma o la ensalada sin condimentos que pidió para comer ese sujeto. ¿Será vegano el muy hijo de...? Divertido.

Jimin parecía no darse cuenta que le vomitaría en la cara, sin embargo, sí se había dado cuenta de cómo miraba inquisitivo la ensalada que también había pedido. Noté su mirada sobre mí y le miré con una sonrisa incrédula mientras sorbía mi batido de frambuesa.

Probablemente ya me hubo leído la mente.

«Con tanta carne que compras, ¿realmente esperas que crea que eres algo así como... "vegetariano"? ¿Eh? ¿Hipócrita?»

Otra cosa que me parecía hipócrita era el hecho de que me hubiera morreado en mi puesto de trabajo como si fuera un insulso prostituto aun teniendo una pareja que parecía ser más virgen que María de Nazaret.

— ¿Y a qué te dedicas, Min Yoongi? ¿Estudias o trabajas?

— Trabajo. — Mi respuesta no pudo haber sido más tajante, pero parecía que aquel tío era tan idiota como para no reparar en lo muy mal que me caía.

— Oh, y ¿en qué trabajas?

Sonreí.

— Vendo animales muertos a la gente para su descarado consumo. — Le dije, él borró su amable sonrisa y carraspeó, luego miré a Jimin — ¿No es así, Jimin?

Él casi se atragantó con el trozo de tomate que ingirió.

—Creo que iré al baño, ¿me esperas, amor? — le dijo a él, ¡a él! Mi corazón se sintió agitado, traicionado y realmente quise largarme a llorar, gritar y romper cualquier cosa que se interpusiera en mi camino.

—Te espero — le respondió el otro, dándole un maldito beso en los labios.

Un momento incómodo se formó entre ambos, pero iba a aprovechar al máximo aquel momento para saber más sobre Jimin.

— Así que... ¿Hace cuánto estáis juntos? — Pregunté. El idiota éste, cuyo nombre prefiero no retener en mi mente porque me desharé de él más temprano que tarde, me miró luego de limpiarse la comisura de sus labios.

—Ocho meses.

— Vaya...

Supongo que no intenté ocultar mi mirada asesina, pues él se apresuró a preguntarme algo que me causó mucha gracia.

—¿Te interesa Jimin de alguna otra forma? ¿O acaso estás acosándolo? Porque no veo a Jimin relacionarse con personas como tú.

— Oh, como yo. ¿Y qué clase de personas son las personas "como yo"?

— De las que dan asco y miedo.

Me acomodé en mi sitio, fingiendo que no me llegaba lo que estaba diciendo sobre mí.

—Eso no dijo Park Jimin el día en que casi me devoró la boca. —El hombre iba a dirigirme, quizás, un reproche o algún insulto. Pero me levanté antes de que pudiera decirme algo — Ya me voy, iré a pagar mi bebida. Que te vaya bien en la vi-... Ah, me das igual.

Le di el dinero a la muchacha, diciéndole también que con el cambio se podía quedar. Jimin estaba tardando demasiado en salir del baño así que me acerqué a los aseos y entré en los sanitarios masculinos.

Oí sollozos y arcadas.

No sabía que Jimin fuera bulímico. Aunque vomitar por comer una ensalada sin calorías me parecía extremo. Él salió del cubículo del baño, mirándome sorprendido a través del espejo. Yo me estaba lavando las manos, tenía mi bebida a medio tomar al lado; le dediqué mi frívola mirada mientras le sonreía.

Él se acercó también y abrió el grifo. Sus manos se mojaron por el agua y hubo un silencio un tanto abrumador. Jimin no paraba de mirarme.

— Lo siento... —me dijo — Te noté incómodo, pero Jaemyeong no quiere dejarme a solas por tanto tiempo.

—Es un maldito pesado.

— ¿Perdona?

— Perdonado otra vez.

Jimin suspiró y luego me dedicó una sonrisa, la cual la sentí forzada.

— ¿Quieres quedar conmigo a solas? De verdad... Necesito enmendar aquella agresión y ésta incomodidad.

— 808 22 02 44 —le dije rápidamente. Él se incorporó cuestionándome un poco desorientado —. Esperaré tu llamada de reconciliación.

Capítulo 7

La muchacha intentaba zafarse de los grilletes que cautiva la mantenían, pero escuchó los pasos acercarse y rápidamente se abrazó a sí misma, sollozando. Quería esconderse, luchar por su vida, pero ni siquiera podía levantarse —obviando el hecho de que tampoco podría moverse —, pues las heridas que se regaban por su cuerpo eran tan dolorosas. Ella sentía el dolor de su muñeca rota, pero se había acostumbrado ya.

Su agresor bajó por los escalones, la mantenía cautiva en el sótano de un hogar. Ahí junto a las ratas y arañas; la adolescente se cubrió la boca. La última vez que aquel monstruo la oyó llorar, la abofeteó tan fuerte que la dejó inconsciente.

Ella no sabía si debía "agradecer" el hecho de que aún no le haya violado, sin embargo, todos esos golpes y hematomas que en su tierna piel se iban pintando, parecía ser incluso peor que aquello. Pero no debía pensar en ello, quizás aquel sujeto tenía la capacidad de leerle el pensamiento, de esa forma, sabría lo que más a ella le aterraba, después de las posibilidades de acabar muerta.

El hombre no había bajado solo, otro sujeto lo acompañaba. Parecían ser de la misma edad y estaban besándose. El otro sujeto manoseaba a su agresor, besaba su piel y lo llenaba de ósculos en sus partes íntimas con tanto ímpetu que, si ella no tuviera idea de lo que era el sexo, quizás habría pensado que ese chico quería comerse al otro a besos.

El sujeto de mirada frívola y oscura como la noche más aterradora, le vio. Le sonrió, diciéndole, prácticamente, que le viera tener relaciones sexuales con aquel sujeto.

El hombre se había bajado los pantalones mientras el monstruo lo esperaba con una sonrisa. Gimió en cuanto besó su cuello y luego lo abrazó, el otro chico que, seguramente, no sabía con quién estaba haciendo el coito, ingresó su miembro dentro de su orificio y lo embistió con fuerza, moviendo la mesa de forma casi salvaje. Y el de mirada hostil, gemía,

se mordía el labio y dejaba marcas sobre la espalda de aquel otro chico con sus uñas. Rápidamente el otro había quedado debajo de la bestia que la había secuestrado.

Yació montado sobre el miembro erecto del otro y se movió de forma rápida y eficaz para provocarle un orgasmo y el semen (puesto que lo habían hecho sin condón), se esparcidora incluso dentro de él.

El pelinegro se bajó después y besó de forma grotesca los labios del contrario, y éste mismo, lo tomó acunando su rostro entre sus manos. Entonces la muchacha descubrió las viles intenciones de aquel psicópata.

El desnudo hombre de cabellera negra levantó una llave inglesa (sabrás sólo el bendito dios en dónde estaba con anterioridad que la nueva víctima no notó) y le encajó en su cráneo dando un grito. La sangre brotó manchándole el rostro, pero el herido no había muerto todavía.

Cayó al suelo, aturdido, arrastrándose para huir. Pero el que ahora lucía más alto por la diferencia de posiciones, volvió a machacar su cráneo, una y otras vez, haciendo puré su masa cerebral y bañarse, literalmente, en la sangre del muerto. Cuando lo volteó con el pie dándole una leve patada, la niña notó los ojos que habían saltado de sus cuerdas como resortes y el mayor tomó ambos orbes con la mano y los arrancó como si hubieran sido sólo botones.

Le miró una vez más, ahora su mirada lucía más aterradora que antes, sonriéndole, se marchó subiendo los escalones y dejándola con el cuerpo irreconocible de lo que antes era... una persona que no sabía en dónde se había metido ni con quién.

....

Tuve que, prácticamente, encargarme de todo el local. Resultó bastante agotador y conste que Park Jimin ni siquiera me había llamado. Creí que lo haría, en verdad lo hice; pensaba que, de esa forma, lograría ganarme su confianza y luego su afecto, por último su corazón y después su cordura y toda dependencia de mí.

Pero no me llamó.

Comenzaba a ponerme nervioso y los dolores de cabeza era insoportables. Ahora me tocaba hablar con cada idiota que se presentaba a comprar carne, algunos resultaban

agradables y otros completamente bordes que, en más de una ocasión, logré una discusión que los otros empleados tuvieron que parar. No podía controlar mi mal genio, durante toda una semana no dejé de pensar en aquel noviecito imbécil que Jimin parecía tener, ¿por qué no lo había visto antes?

Seguía a Jimin desde hace seis meses. Sabía todo lo que hacía y casi estaba apunto de saber su dirección. Pero jamás le había visto con aquel idiota antes, ni siquiera cuando lo espiaba en mi hora de descanso cuando él estaba aún en la universidad. Había descubierto hasta su clase, sus compañeros y su grupo de amigos, ¡pero el maldito Jae-no sé qué no figuró nunca!

Di un golpe al lavabo. Furioso, estresado. Cuando oí el tintineo de que había llegado un nuevo cliente, maldije por lo bajo pues recordaba haber puesto el cartel volteado, indicando que el maldito establecimiento estaba cerrado.

Cuando subí por las escaleras, decidido a mandar a la mierda a quien no supiera leer, me sorprendí porque, quien esperaba frente al mostrador, era él, Park Jimin.

Parecía desesperado y noté en sus orbes un reciente llanto. Me acerqué un poco preocupado, sintiendo cómo el mal humor de alejaba de mi cuerpo.

—¿Qué te sucede? —Le pregunté, él se giró a verme y rápidamente exclamó.

—¡Oh! Yoongi... —sonrió, la sonrisa no la noté forzada — Necesito ayuda, no supe a quién más acudir...

Fruncí el ceño.

—No nos conocemos demasiado para tal confianza.

— Lo sé, pero... — se mordió el labio inferior —estoy desesperado.

— ¿Qué te trae desesperado?

No me había fijado la cantidad de carteles que había traído consigo, lo depositó sobre el mostrador y yo me fijé en la fotografía ñoña de su novio impresa sobre el papel.

— ¿Y esto?

— Él... Él ha desaparecido, Yoongi... ¿Crees que podrías colocar su fotografía por aquí o fuera? Es para que la gente lo vea. Estoy desesperado.

— ¿Cómo que desapareció? — Pregunté confuso.

— Creo que podría estar en peligro —su voz se oía rota —. Él... Él podría... —hasta que lloró. Quise abrazarlo, pero me picaba la idea de que viniera a pedirme éste tipo de ayuda y

no que le comiera el rabo.

—Está bien. Pegaré tus carteles, ve con calma. Seguro lo encontrarás.

— ¡¿De verdad?! —Exclamó con felicidad. Repulsivo. — ¡Muchas gracias, Min Yoongi!
¡Muchas gracias! — Yo simplemente asentí disgustado, estaba chillando mucho y no de la manera que yo quería.

Entonces cogió mi rostro de repente y plantó un beso en mi mejilla. Uno sonoro, fortísimo. Mi corazón se desembocó en alegría, quise gritar o hacer algo que jamás haría. Él me regaló una sonrisa, cogió de nuevo sus carteles dejándome unos pocos sobre el mostrador y luego se fue.

—Nos vemos, Min Yoongi... —me dijo antes de salir.

Coloqué mi mano izquierda sobre la mejilla del mismo lado, sonriendo como un tonto, sentí mi rostro calentarse de repente y era porque me estaba sonrojado. Llevé mi otra mano sobre mi pecho, sintiendo los latidos desenfrenados de mi corazón.

A veces pensaba que era Park Jimin quien me tenía bajo su dominio, pues con tan sólo una simple sonrisa, me tenía a sus pies como un sumiso de mierda. Lo amaba. Lo amaba demasiado que haría cualquier cosa por él, inclusive llenar de carteles de su ex novio al local; si así el lo quería.

La alegría saltaba dentro de mi pecho, lo sentía tan real. Quizás podría, definitivamente, dar otros pasos con él.

Cómo me gustaría agarrarle de la mano. De caminar con él sin miedo a que me desprecie, que me dedique todas sus miradas, todos sus besos y todas sus sonrisas. Que sólo pueda vivir para mí como yo vivo para él; poder hacerle el amor cada noche y recordarle que lo amo el triple de la cantidad de estrellas que hay en el universo. Que sólo tenga ojos para mí, que yo sea su mundo como él lo es todo para mí. Confiaba que nuestro amor fuera eterno. Hasta la muerte. Sin ningún obstáculo que se interpusiera en nuestro camino.

Obstáculos...

Cuando bajé de nuevo al helado almacén, cogí el mango de la puerta del refrigerador, viendo con una sonrisa a la persona que se encontraba ahí. Amordazada, casi muriendo de hipotermia. Me acerqué a ella sintiendo el gélido ambiente, cogiéndole del cuero cabelludo, estiré con fuerza su cuerpo hasta sacarla de aquél lugar.

—¿Sabes? Tengo un novio llamado Park Jimin —le dije, esa persona apenas podía mirarme —. Es el hombre perfecto y... bueno, aún no es mi novio pero será mío, aunque eso él aún no lo sepa.

La persona esa comenzó a sollozar y cuando lo hizo, realmente me hizo recordar al

profesor.

—No será nada personal, lo prometo. — y le quitó los ojos.

Capítulo 8

»Every breath you take, every move you make, every bond you break, every step you take, I'll be watching you. «

Jimin seguía repartiendo volantes de su novio en cada esquina en la que hubiera gente suficiente que le aceptara los papelitos, pero todos acaban en el suelo o en algún bote de basura. Jimin se daba cuenta de ello y volvía a recoger los carteles con los ojos llorosos volviendo a intentarlo.

Yo lo veía desde el Starbucks bebiendo un capuchino. Menudo inútil, estaba haciendo el ridículo por un tipo que no valía la pena siquiera.

Eran más de las cinco de la tarde, él seguía insistiendo y alguna que otra vez, algunas personas se atrevían a insultarle por lo muy pesado que estaba siendo. Joder cómo me paro con éste niño... quizás debería llevarle una ensalada para su cena, sólo para recordarle al tipo con complejo de vaca comepasto que se le había perdido. Era un vegano, seguro que no tenía tantas fuerzas para salir de cualquier piedra que se le hubiera caído encima. Jaja. O quizás ya le había dejado y se marchó con otro comepasto al descubrir que su lindo novio compraba carne en cantidades familiares.

Entonces apareció otro sujeto que se violentó con él. Le cogió de la muñeca con fuerza y lo zarandeó. Rápidamente dejé mi bebida sobre la mesa y salí corriendo en su ayuda; cuando llegué, golpeé aquel tío en la cara, enfureciéndolo.

—¡Vete de aquí antes de que de corte la mano, hijo de puta! —lo amenacé. Todo el mundo se giró a vernos, el tío aquel nos maldijo, me miró de forma asesina mientras se limpiaba el rastro de sangre que tenía en los labios por el golpe que le había dado.

Jimin me miró asustado, aún respirando con rapidez. Sus ojitos rojos me miraron con un poco de esperanza pero, cuando nuestras miradas se cruzaron, él desvió la suya al suelo y se scuclilló para recoger los carteles que había tirado durante la agresión. Le ayudé.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —me preguntó sorbiendo su nariz — Es más... ¿Dónde estabas que no te vi?

— En el Starbucks, viéndote hacer el ridículo.

Se detuvo un momento y me miró arrugando el entrecejo.

— ¿Me estuviste viendo durante todo este tiempo y ni siquiera te has acercado con anterioridad las veces que hube sido agredido?

— Sí.

Él bufó molesto, chilló. Cuando cogió sus carteles se levantó rápidamente del suelo y caminó lejos de mí echando humos.

— ¡Hey! ¿Adónde vas? Sólo he sido sincero.

—De una manera desagradable.

— ¡Eh! ¡Que yo no tengo la culpa que Jae-no-sé-qué haya desaparecido! Ni siquiera lo conocía, no me interesa en lo más mínimo repartir los carteles con su cara.

Se detuvo. Quizás me haya pasado un poco.

Se volteó a verme de manera triste y me lastimó el corazón.

—Lo hubieras hecho por mí... —susurró — Pensé que podíamos tener algo especial, Min Yoongi. —me dijo dándome la espalda de nuevo.

Me quedé estático en mi lugar, sin comprender. Tampoco sabía por dónde coger aquella frase, ¿era alguna confesión? ¿Acaso le gustaba?

— ¡Jimin! ¡Jimin! —grité yendo tras él luego de que me cagara en mi vida. Lo siento, cariño. Pero si vamos a ser novios, tendrás que aguantar mi borde personalidad.

Cruzó la calle gritándome y sin mirarme, que no lo siguiera. Pero no iba a dejarlo, sin embargo, cuando lo estaba siguiendo y no viendo a los coches aproximarse. Uno de esos tíos hijos de puta me atropelló.

— ¡AH! —Grité cuando impactó contra mí. No me había matado, tampoco herido de gravedad, simplemente me golpeó el estómago y me dobló los tres primeros dedos de mi mano derecha.

Caí al suelo cuando el coche se detuvo y el conductor salió del coche. Jimin se dio vuelta de inmediato y soltó sus carteles para venir en mi ayuda.

—¿Yoongi?! —Exclamó desesperado, y noté en su voz, un cierto tono de miedo. Miedo a perderme, quizás.

—Estoy bien, estoy bien... —le dije tratando de ponerme de pie.

— ¡¿Cómo que estás bien?! ¡Tus dedos, Yoongi! ¡Tus malditos dedos! —me dijo exaltado. Joder, qué bonito era enojado. Cuando nos casásemos, desearía que las peleas frecuentaran sólo para verlo enfadado.

— Va, exageras —le dije.

Me levanté después y traté de caminar, pero una maldita cojera casi me tiró al suelo nuevamente. Entonces el niño bonito me sostuvo y le miré a los ojos cuando levanté la vista. Parecía una escena de algún drama demasiado cursi para ser real.

Sus mejillas se violentaron de un tono rojizo y desvió con pena su mirada de mí.

— Ve al hospital, Yoongi. —me dijo quedito, separándose de mí para volver a tomar sus jodidas fotografías. ¿Acaso ese tipo desaparecido era más importante que yo? ¡Acabo de sufrir un accidente por perseguirte, pedazo de mierda! ¡Sé más considerado conmigo!

—¡Hey! — exclamé tomándole del brazo, logrando que se volteara a verme con la confusión tatuada en su rostro. Pero lo solté al darme cuenta de la manera violenta en que lo hice —Perdón y... gracias, Jimin.

Si iba a ganarme su confianza, así no era la forma. Jimin parecía ser una de esas personas muy quisquillosas, por ende, debía tomarme mi tiempo y no actuar raro u obsesionado por llamar su atención, aun si esa era la realidad.

Metí mis manos en mis bolsillos de nuevo, volteándome en la dirección contraria a su camino. El conductor que me había atropellado me detuvo y me preguntó, por milésima vez, si daño no me había hecho. Pero me jacté diciéndole que no me dolía nada o estaba herido, incluso si el dolor de la cojera y los dedos me dolían como el infierno, pretendí que no lo hacía.

....

Le había dado la tarde libre a los muchachos porque dije que había tenido un accidente. No protestaron y simplemente lo aceptaron yéndose a toda pastilla. Sonreí al encontrarme solo, pues realmente era capaz de causarles miedo.

Más cuando murmuraban en horas de trabajo como si no escuchara lo que decían sobre mí. Prácticamente sus rumores eran que yo había sido la última persona en ver ese cuyo nombre ya olvidé, con vida. Y que actuaba como si nada me importara o hubiese ocurrido.

Pero sólo eran murmuraciones de gente que no tenía la valentía de decir algo por miedo. Por eso no me importaba en lo absoluto lo que pensarán de mí y, con las miradas que le brindaba todos los días, probablemente ya deducían que me los iba a cargar si se pasaban de la lengua.

Cada paso que daba era como sentir mil cuchillos apuñalándome la pierna. Incluso sentía cómo algo se removía en mi interior y cortaba mis músculos. Mis dedos estaban morados, casi negros. Hinchados.

Me senté sobre la silla que había al lado del lavabo donde usualmente limpiaba las carnes de ternera empapándome de la sangre coagulada de los animales.

La pierna... Me miré la pierna. Estaba igual o peor que mis dedos. A mi piel la invadía un horrible color morado de mierda, doloroso y asqueroso. Como si sufriera diabetes y estuviera en un estado muy avanzado con el cual, un simple y pequeño corte, podría pudrir mi piel.

Presioné mi extremidad sobre mi talón, el dolor que sentí fue indescriptible. Tan devastador como el índice de un huracán nivel catástrofe; vi, sin embargo, el hueso que sobre salía. Efectivamente me había roto la pierna y ahora, ese hueso, era molesto de ver. Pero no podía ir a un hospital. Me dirían que dejase de trabajar, que me quedara en reposo y no podía dejar mi puesto libre. No podía permitir que alguien bajara aquí y viera lo que guardo en el congelador, mucho menos y lo más importante de todo, no podía crear una abstinencia de ver a Park Jimin.

Hice un esfuerzo demasiado grande para levantarme de la silla. Grité como un condenado cuando caí al suelo y sentí el punzante dolor en mis dedos al utilizarlos como soporte.

Me apoyé sobre la mesa metálica similar al de una de autopsias pero la usaba para desmembrar animales y, en ocasiones, humanos.

Las desapariciones habían aumentado en las noticias. Los carteles doblaban las publicidades y veía la cara de mis víctimas (cuando aún eran felices) por doquier. ¿Era necesario? ¿Acaso querían que sintiera algún remordimiento al ver las sonrisas o al tratar de adivinar sus edades? O peor y más cruel: "Tenían una vida por delante" ¿Qué vida por delante, por amor a dios? ¿Debía de causarme algo? ¿Remordimiento? Debía volver al

sótano congelado y sacar a la mujer de mediana edad que tenía atada a la silla, mirarla a los ojos y decirle: "— Vaya, qué deprimente te ves. ¿Sabes qué? Voy a dejarte ir, tus papás están buscándote. Sí eso haré. Te tendré piedad, ¡Aun si no la he tenido con las cuarenta personas que he secuestrado y colgado como si fueran carne de ternera para destriparlos, lavarlos y vender sus malditos cuerpos troceados como mercancía con proteínas!"

Menuda hipocresía. Hasta parece que los humanos no hemos evolucionado del todo y hay quienes piensan que el maldito asesino o el secuestrador se apiadará por unas cuantas fotos de mierda en cartones de leche.

Sólo sirven para atrapar a los imbéciles que dejan que mil testigos vean el rapto o el asesinato. Sí, sólo para eso sirven los "¿Has visto a esta persona?". Yo no iba a dejar que me atraparan. No era idiota como el resto.

Saqué a la mujer del congelador arrastrándola, tirando de sus cabellos pero no podía ponerla sobre la mesa y ésta no paraba de repetir: "Oh, déjeme vivir, por favor... Tengo un hijo y estoy embarazada".

— Cállate. — le dije — ¿Crees que me importa tu vida? No. Entonces no me la cuentes.

— P-Peró m-mi bebé... —se sobó el vientre.

La mano que sostenía el cuchillo aterrizó sobre su vientre, sólo un poco por debajo del esternón. Ella gimió, pues no le daba las fuerzas para gritar. Y luego murió al instante cuando el cuchillo le abrió el vientre y dejó que sus tripas se esparcieran por todo el suelo.

Miré con indiferencia, con su sangre salpicada en mi rostro. Mis manos revisaron su vientre, su útero.

— ¿Uhm? Qué raro... — dije viéndola. Deduje que, si fuera capaz de verme a mí mismo ahora, la imagen sería aterradora — No hay ningún puto bebé dentro de ti.

La colgué como a los demás.

Donde hubieron animales muertos ahora habían personas muertas, envueltas (algunas) en plástico, con los ojos nublados, con la sangre empapando su cuerpo. Mujeres y hombres.

Obra de arte.

Pero ninguno de los que tenía aquí era el ex novio de mi futuro marido. Una pena. Supongo que alguien se me habría adelantado.

Capítulo 9

La muchacha sostenía el cuchillo con sus manos mientras las lágrimas empapaban sus mejillas. Sus manos temblaban y sus muñecas se veían más delgadas de lo normal. Sentía ella, cómo la saliva casi irónicamente reseca, lastimaba su garganta al deslizarse por ella de manera peligrosa, pues los ojos de aquel psicópata se clavaban en ella y lucían—y se sentían — más afilados que la del que sostenía con recelo entre sus dedos.

El brillo de los ojos de aquél humano que se acercaba más a un demonio... —Sí, eso es lo que era. Un demonio— ... brillaban por la ausencia de piedad. Incluso su siniestra sonrisa que le mostraba los afilados dientes como los de un cuchillo o una sierra, le causaban una sensación de pánico en todo su cuerpo. Un cosquilleo doloroso y frío que se extendía por todo su cuerpo.

— Hazlo. O lo haré yo. — le dijo el muchacho que se encontraba delante de ella, con la mejilla derecha reposada sobre la mano del mismo lado, de cuclillas y esperando a que la muchacha cogiera las suficientes agallas como para hacer lo que él le había pedido.

Aquel psicópata le pidió a la chica que se cortara los pezones o las pantorrillas. Ella no podía decidir. No podía simplemente decidir en si cortarse los pezones o los músculos de su pierna. Sólo temblaba y miraba a aquel asesino pidiéndole piedad, sin hablar. Y el mayor sabía perfectamente qué quería decirle con aquella mirada enfundada en lágrimas y de tan sólo pensar cómo se oiría gritar con desesperación. Clamando una segunda oportunidad o arrodillándose ante él, sólo provocaban que extendiera aún más su sonrisa y demostrara esa terrorífica dentadura modificada como si fuera perteneciente al de un tiburón.

— Supongo que lo haré yo, entonces.

Se arrastró con intenciones de alejarse de él, pero la cadena que la mantenía cautiva, no se lo permitió. El agresor la tomó de los tobillos y la atrajo hacia sí, de esa manera, le cortó las pantorrillas, saboreando el bonito sonido de los gritos desgarradores de la muchacha.

La sangre corría por los suelos, se dibujaron ríos cautelosos y carmesíes que acabaron en el drenaje que estaba en aquella sala, en el sótano. Los ligamentos de sus músculos le fueron extraídos con la lentitud más cruel; pues el psicópata que separaba su carne de su cuerpo, amaba ver el momento en que los músculos eran separados, incluso las venas que

se soltaban como si sólo fuera hilos gastados. Y colocó las porciones de carne sobre una bandeja.

— ¡Por favor, por favor! ¡Déjeme en paz! ¡Socorro, socorro! ¡Auxilio! — gritaba ella. Forcejeaba, el dolor en sus piernas ya no era un impedimento, pues quería seguir luchando y más cuando el hombre se colocó encima de ella, sujetándole las muñecas con fuerza, haciéndole daño.

El cuchillo clavó su esternón y ella quedó en silencio por un momento, sus ojos, que brillaban sólo porque las lágrimas eran las que los mantenían con vida, pero cuando la sangre de su pecho brotó, ella murió al instante.

....

Tiré el cuerpo de aquel hombre sobre el césped de un parque lejano al establecimiento. Era de noche, quizás sólo moraban por ahí, algún que otro pordiosero y drogadicto. El parque era público, cualquiera podía entrar, pero en vista que estaba situado en uno de los peores barrios de Seúl, nadie se atrevería a pasar por aquí a altas horas de la noche. Nadie excepto yo, quien debía esconder el cadáver de un hombre porque debía deshacerme de los cuarenta que refrigeraba en el sótano de mi trabajo, ya que, al parecer, la policía seguía sospechando que mi antiguo jefe, tenía algún cómplice.

Arrastré el cuerpo del sujeto, estaba metido dentro de una bolsa de polietileno negra, con ayuda del pasto mojado, podía tirar con mayor facilidad y sin sentirme exhausto, pues también cargaba con una mochila donde tenía mis herramientas.

El hecho de que no hubiere cometido mi plan en el mismo lugar de trabajo, se debe a que quedé con Park Jimin.

Eran las nueve de la noche, tendría que ir a por él, a su casa, a eso de las... ¿diez y media? Sí. Me dijo que quería ir a una feria que había cerca de la ciudad, quizás era un circo, no lo sé. No me importaba. Odiaba los lugares concurridos, tantas personas sólo provocaban que quisiera incendiar los puestos de ventas, pero quizás... quizás podría abrazar a Jimin esa noche y robarle un beso de verdad.

Abrí la bolsa y saqué el cadáver que estaba dentro. A primera vista, era un hombre de unos treinta y pocos años; sus ojos yacían cerrados, sus labios entreabiertos y su piel se tornó rosácea, por la refrigeración. Había creído que la temperatura descendería al sacarlo del

establecimiento, sin embargo, no había sido del todo así. La temperatura seguía bajo cero. No obstante, la putrefacción interna estaba oliéndose, era de esperarse, pues lo único que lo impedía había sido el ambiente invernal del sótano.

— No necesitas rostro —le dije—. El reconocimiento facial me daría problemas y tampoco necesitas huellas dactilares...

Sonreí.

El filo del cuchillo había brillado por unos instantes por la luz de la luna al ponerse en contacto sobre la superficie de la hoja metálico. Hice cortes superficiales en su piel, dejando de su barbilla y luego la cogí estirándola como si fuera una máscara, el sonido desagradable de la sangre coagulada despegando la piel de los músculos hizo un sonoro sonido, pero no impidió que siguiera cortando el cuero para despojarlo de su rostro. Al final, su cara quedó destruida, como si sólo fuera un horrible máscara y su cráneo, rojo, húmedo y viscoso, seguían estáticos con aquellos dos orbes grises en sus cuencas oculares. También le extirpé los ojos, corté sus nervios y le rompí la boca, junto con los dientes, con una gran piedra; su rostro quedó irreconocible, sus muelas se habían convertido en arena blanca y procedí a cortarse las manos y a quemar las yemas de los dedos de sus manos y pies para que cualquier rastro que pudieran identificarle en una base de datos, no pudiera. Finalmente me llevó conmigo su rostro, su piel, como trofeo; acomodando posteriormente, el cuerpo de mi víctima de una forma sugerente, artística, para quien fuera capaz de apreciarlo, sepa del verdadero arte.

Había pasado más de dos meses desde que comencé a matar. Seguía cojo, pero a veces se me olvidaba que lo estaba. Y en dos meses, seguí alimentando a las personas y a mi futuro esposo, con carne humana. Nadie se había dado cuenta de ello.

Hace dos meses que tenía cuarenta cuerpos en el sótano, en ese tiempo, me había deshecho de quince personas, pero siempre volvía a raptar, pues se había vuelto un deseo desmesurado. Incluso pensaba en bañarme en sus angustias y, deseaba pintar un cuadro con su sangre; y que el lienzo fuera Park Jimin, mi lengua mi pincel, mis dedos, los lápices, mis labios las acuarelas y él... mi siguiente obra de arte.

Capítulo 10

Ya había estado en casa de Jimin otras veces, dentro. Pero los detalles no importan todavía; era la primera vez que estaría dentro, con él, de manera oficial y con Jimin consciente.

Cerré la cremallera de mi chaqueta de cuero porque se me había olvidado traer una muda de ropa para sustituir la playera que tenía ensangrentada. Pero mis manos todavía seguían manchadas de sangre, maldije por ello, pues si no me hubiera tardado tanto en sacar al cadáver de la bodega, no estaría tan nervioso como ahora y, probablemente, no le pediría a Jimin lo que estaba apunto de pedirle cuando saliera de su hogar. Porque... sí. Jimin me había dado, exclusivamente, la dirección de su casa el día anterior; puesto que ya había pasado bastante tiempo de la desaparición de aquel bastardo, dijo que quería pasar página en su vida ya que, recibió luego de unas semanas de la desaparición del imbécil aquél, un mensaje de texto diciéndole que se había marchado a Japón.

Sin duda, había sido el mejor momento en mi vida. ¡Finalmente tendría una oportunidad con él! Y no la desaprovecharía, incluso me sentí obligado a agradecerle a su ex por desaparecer antes de que yo interviniera cuando me cansase de él. Sin embargo, no deja, aún, de sorprenderme. Lo vi tan... "enamorado" de Jimin.

Pero da igual. Nadie ama a Jimin como yo. Sólo yo debería tener su corazón en mis manos, sus labios sobre los míos y su cuerpo debajo de mí.

—Estoy listo — me dijo cuando abandonó su casa, pero aún no cerraba la puerta con llave.

— Jimin... Yo... ¿Podría pasar al baño, por favor? Es urgente.

Su rostro cambió de repente; su mirada se volvió desconfiada, fría e indiferente y su dulce voz se transformó. Se tardó un momento en decirme: — ¿Tienes tanta urgencia?

— Sí —le contesté—. Es de vida o muerte. — le sonreí para que empatizara conmigo y me dajase pasar, pero creo que se lo pensó un poco antes de coger de nuevo sus llaves y abrir la puerta (aun si no hubiera llaveado la cerradura, era necesario volver a abrirla con las llaves).

— Pasa. Está al fondo, a la izquierda. —me dijo dando un paso hacia el costado, dejándome pasar.

El ambiente se tornó incómodo por un momento, sus labios no se regían por ninguna curvatura adorable y sentí un escalofrío cuando pasé cerca de él. Incómodo era la palabra para describir la sensación que sentí al poner mi primer pie dentro de su hogar, con su mirada clavándose en mi espalda; sin embargo, el aroma a Jimin que inundaba el lugar, hizo que olvidará cualquier cosa y me dirigí, con rapidez, por un pasillo oscuro, pues me había dicho que se encontraba al llegar a la izquierda.

Mientras caminaba, oí el rechinar del suelo, supuse que era madera. Me recordaba a las casa tradicionales, pues, sin ayuda de mis zapatos, mi propio peso provocaban aquella reacción. Llegué al baño pensando que el camino, el suelo por dónde pasé, se sentía hueco al oírse el rechinar, ¿tendría un sótano?

La sonrisa que mantenía en mi rostro, se fue desvaneciendo cuando me percaté que la sangre sobre mi piel, se había secado, endurecido y el agua salía un poco turbia a causa de la tierra que se despedía de mi piel con el flujo de la misma. Tuve que frotar con dureza, rabia inclusive, para que saliera del todo y mis manos se quedaran limpias, pero no había sido tan fácil como hubiera esperado. Maldije reiteradas veces y por lo bajo, cuando me percaté —o empecé a creer — que estaba tardando demasiado.

Sacudí mis manos cuando las retiré, se quedaron limpias, sin embargo, todavía tenía algún rastro de sangre debajo de mis uñas era un fastidio. Al cerrar el grifo, no tardé demasiado en darme cuenta que el grifo de la bañera echaba sonoras gotas sobre el agua acumulada que, supuestamente, se encontraba en la tina. Pero cuando miré, la cortina lo ocultaba y era de un color sólido; la curiosidad me había picado más cuando un leve olor a podrido sentí. Al principio creí que se trataba de algo externo, pero las ventanas del cuarto del baño estaban cerradas; me había aventurado a la idea de correr la cortina y saber qué se ocultaba tras ella, pero el sonido de algo cayendo en el pasillo, me alertó, obligándome a abandonar la idea de querer inspeccionar qué se escondía detrás del plástico.

Me sequé las manos con mi propia ropa, no iba a ensuciar toallas de mi dulce Jimin. No ahora.

Cuando salí del baño y apagué la luz, no había nadie en el pasillo y aún seguía oscuro. El silencio inundó el lugar, pero pude oír un vago sollozo que hizo que agudizara mis sentidos. La sensación de pesadez y, quizás, miedo o nerviosismo, se acumuló en partes claves de mi cuerpo.

— ¿Ya está? — mentiría si dijera que la voz profunda y borde de Jimin sonando detrás de mí como un cazador reteniendo a su presa, no me asustó en lo absoluto y aceleró mi corazón, pero no de la forma en la que hubiera querido.

— He... —me volteeé a verlo, fingiendo que no había sentido nada, pero sostenía un bate de béisbol en la mano izquierda — acabado, sí. — No podía despegar la vista de ese artefacto, encima brillaba. Era de metal y, si la falta de luz no me engañaba, estaba más oscuro en la punta de lo que debería — ¿Qué haces con eso?

Él sonrió. Sus ojos volvieron a tomar la forma de dos medias lunas cuando lo hizo, se vio... tierno.

— Se cayó mi bate de béisbol, lo recogí, pero me tomaste por sorpresa. Creí que aún no ibas a salir.

— Ah... —respondí. Eso se estaba tornando extraño — ¿Y por qué se te caería el bate de béisbol?

— Fantasmas.

Sonreí cogiendo el chiste.

— Supongo que es verdad, tiene sentido — entonces me apresuré a preguntar algo que no debí haber preguntado — ¿El bate es tuyo? No sabía que practicabas deporte.

— Hay muchas cosas que no sabes de mí aún, Yoongi —me respondió. El brillo de sus ojos era tan... frío —. Y no. El bate era de mi padre.

— ¿Tu padre? Pensaba que vivías solo.

— Y lo hago.

— Ah... Tus padres... ¿dónde están?

— Muertos.

Tragué saliva. Definitivamente, estaba actuando extraño y no me estaba gustando su manera de mirarme o sostener el bate.

— Es una tragedia —comenté.

— Sí, lo es.

Mi cuerpo estaba sintiéndose extraño, mi memoria no recordaba que el aura o el semblante de Jimin se viera o se sintiera de esta forma.

— ¿Puedo beber agua? Tengo mucha sed —le dije —. Después de esto, nos iremos. —prometí.

— Claro. Está a la derecha, cerca de la puerta principal —me explicó —. Yo pondré el bate en su lugar, ¡ya enseguida estoy contigo, Yoongi!

Su voz se volvió a oír energética, alegre. Pero ya no me daba confianza. Sentí que tenía que salir cuanto antes, quizás los nervios de pensar que no hice bien el trabajo al deshacerme de ese cadáver hoy, o el hecho de que pudiera cometer algún fallo que me delate, me preocupaba. Así que, dirigiéndome a la cocina, porque era un hecho que necesitaba beber agua para dejar de temblar, me detuve de nuevo al oír un sollozo. No era, por asomo, algo que cualquiera pudiera escuchar, pero yo poseía una audición sorprendente y podía, vagamente, oír cosas que no solían ser nítidas.

Ignoré cualquier probabilidad que no fuera la de una rata merodeando por ahí. No

necesitaba hacer ejercicios mentales por ello con todo lo que ocupaba mi mente; llegué a la cocina. Habían vasos a un lado, cogí uno y abrí el grifo cargando de agua el recipiente para beberlo posteriormente.

Cuando desvié la mirada, me topé con el refrigerador grande —similar al que había en la bodega donde se colocaban las reservas de carne animal — y no tenía el candado que antes poseía la última vez que estuve dentro. Y siempre había querido saber por qué tenía un candado, cuando él era el único que vivía allí (o al menos eso decía el cómo todo iba adornado y acomodado). Me tomé la tonta libertad de acercarme; los dedos me picaban por la ansiedad. Cosquilleaban y no me demoré un segundo más para abrirlo, pero jamás había esperado que algo así estuviera dentro.

La niña de instituto desaparecida, junto con el ex novio extraviado de Jimin, ambos... o al menos, las dos cabezas sin los ojos o lengua, allí, mientras una tercera persona estaba dentro. Con la mordaza en la boca, acurrucada en un lugar y los ojos grises (llevaba tiempo allí y había muerto dentro).

Me separé de ahí, no lo podía creer. Ni siquiera podía pensar, pero sí oí la respiración de otra persona en la habitación, por lo que me volteeé y unos ojos faltos de piedad de un Jimin distinto al que llegué a conocer, me miró y, sin decirme nada, me golpeó en la cabeza con el bate.

Luego todo se tornó oscuro, pero, por una fracción de segundos, sentí que tomó de mí y me arrastró.

Capítulo 11

Debería retroceder un poco en el tiempo, de esta manera, explicaría por qué yo conocía la casa de Park Jimin antes de que él me diera su dirección, pasando lo que ya pasó.

Había averiguado yo, dónde vivía. Para ello, me hice pasar por un amigo suyo que ha vuelto de Japón y necesitaba, desesperadamente, encontrarlo. Antes de ello, creí que no era de llorar; es más, nunca había llorado en mi vida hasta donde me llega la memoria, pero había

fingido bien mi llanto y los estúpidos de sus amigos me dieron su dirección. Obviamente, no les había dicho mi verdadero nombre por temor a que le comentaran que un primo del que no sabía de su existencia, preguntó por su dirección.

La primera vez en la que llegué a su casa para merodear por sus lares, estaba lloviendo y era de noche.

Reparé en la casa. Era grande. De dos pisos, más o menos, y no tenía un portón como las demás, sólo una gran puerta principal que, supuse yo, que era gruesa y fuerte.

¿Sabéis qué otra cosa es gruesa y fuerte?

Mi amor por él, por supuesto.

Sin embargo, Park Jimin provocaba en mí, ciertos delirios y fantasías con tan sólo notar su silueta en la ventana. La luz de la que yo supuse era su habitación, era amarilla, y dibujaba con trazo fino, delicado y perfecto, su silueta masculina. No hacía falta que hiciera milagros para poder verlo desnudo, porque me lo imaginaba.

Incluso cuando la lluvia se acumulaba sobre mis pestañas y luego se estrellaban las gotas sobre el pavimento de la acera de enfrente a su casa, yo veía en mi mente su torso desnudo; un torso esculpido por los dioses, claro que sí.

No obstante, había deseado más. Había deseado entrar ahí y verlo con mis propios ojos, aun si eso implicara subestimar a mi imaginación, no conformándome con imaginarlo si ropa.

Sería tan penoso admitir que tuve una erección con sólo imaginar o visualizar su silueta más allá de la distorsión borrosa que le daba la cortina y la luz. Sin embargo, cuando eso ocurría, me obligaba a volver a mi casa lo antes posible y masturbarme.

Cuando tocaba mi miembro, pensaba en ti, Jimin. Todos mis gemidos eran para ti, incluso mordía la almohada imaginado que eran tus rosados labios llamándome para besarlos como aquella vez.

Y el arqueado de mi espalda, el cosquilleo de mis piernas y el movimiento de mi pubis cuando mi piel se sentía latiendo por el deseo desenfrenado de mi amor por ti. Debería darte todo lo que tengo a ti, ¿no lo crees, Jimin? Incluso tu nombre suena tan seductor. El modo en que mi lengua tiembla al pronunciar "Ji" y el cómo mis labios se juntan cuando pronuncio "min". Una sensación electrizante me sofoca, arde en mi interior y se convierte en una llama eterna que sólo podría ser apagada nunca.

Mi corazón latió con demasiada velocidad y fuerza, mis labios se separaban al sonsacarme a mí mismo, con tu imagen en mi mente, jadeos que clamaban tu nombre en la penumbra y sólo se quedaban mudos cuando el oxígeno se cortaba y el semen salía disparado hacia arriba, cayendo sobre mi plano abdomen. Pero no era suficiente, nunca lo había sido.

La primera vez que entré a casa de Jimin, tuve que esperar a que él se durmiera. Incluso si no sabía en qué momento lo hacía, supuse que la mejor hora era: entre las tres de la mañana y las cuatro. Teniendo en cuenta de que era un universitario. La primera vez costó. No pude abrir la cerradura con las hebillas de pelo que había birlado de un puesto callejero; la sangre se me arremolinaba en mis mejillas y los nervios subían en demasía. Tenía miedo de que me fuera a descubrir, pero, finalmente, logré entrar.

El pasillo oscuro me recordó a películas de terror, pero supe que la habitación estaba en la segunda planta.

Oí nada cuando entré. El único ruido que escuché, fue mi propio peso cuando coloqué el primer pie sobre los escalones de madera; habían rechinando tan fuerte que tuve que descalzarme, pues olvidé de hacerlo al entrar; afortunadamente, Jimin no despertó, pues supuse que estaría durmiendo y, en efecto, al llegar a su habitación, lo encontré dormido abrazando a una almohada.

Su piel se bañaba por la oscuridad, y los tenues rayos de la luz lunar acariciaban su piel con tal delicadeza, que su piel se veía de porcelana.

Quise tocarle, acariciar su rostro, hacer lo que sólo hacía en mis fantasías; pero se removió mientras, quejándose, cambió de posición.

Sabía que estar al lado de él, respirar su respiración y mirarlo hasta que me sepa cada facción de su rostro, no iba a ser fácil. Sin embargo, al tener cautela con ello, me había equipado con cloroformo y un pequeño trapo. Él no se dio cuenta cuándo le coloqué el paño sobre su nariz, y lo mantuve allí al menos unos segundos y luego lo retiré. Nada había cambiado, él seguía dormido. Le toqué el rostro rápidamente, no despertó. Me arriesgué a removerlo y seguía durmiendo.

Sonreí.

Esa había sido la vez primera en la que me acosté al lado de él. En la que coloqué mis manos sobre mi pecho y miré al techo, esperando a que los latidos desenfrenados de mi corazón cesasen su camino, que se calmaran, que fluyeran como un tranquilo río; pero mirarte no ayudaba. Tú, Park Jimin, te veía tan hermoso con los ojos cerrados, con el flequillo oscuro cayendo a un lado de tu frente, cubriendo parcialmente tus ojos. La manera en la que tus mejillas se abultaban me causaba ternura. Ojalá me hubieras visto sonreír al ver y sentir sobre mi piel cómo tu respiración la bañaba.

Y era un afrodisíaco. Una droga. Todo en él lo era; era una excitación desmesurada; la manera en que lo deseaba en ese momento, eran incomparable cuando sólo lo veía de lejos o apenas podía mantener una conversación. Y quería tocarle, besarle, desvestirlo, morderle el cuello, la piel, bañarlo en el elixir de mi saliva, marcando todo lo que me pertenece de él. Todo él.

La electrizante sensación de querer abrazarlo, y saber que podría morir si no lo hiciera, me

carcomía; porque él estaba tan cerca de mí, pero a la vez tan lejos. Incluso con el cloroformo, no podía hacer todo lo que con él quisiera. No podría introducirme y sentir su húmedo interior, o lamer cada parte de él y estimular su bonito orificio; tampoco podría besar con fervor las cerillas rosadas de su pecho o besar sus labios con tanta vehemencia como si la vida me fuera en ello. Poder removerme, oír sus gemidos como un concierto celestial, sabiendo que me alejaría del infierno de mi vida y me llevaría a las puertas del cielo, o el simple hecho de acabar dentro de él, imaginándome el líquido blanquecino que de mí hubiera salido, desbordarse a las orillas de su tierno agujero.

Oír mi asqueroso nombre ser pronunciado por sus bellos labios, articuladas por su boca, sonando con su voz...

Incluso si sintiese que el corazón explotaría dentro de mi pecho porque sólo podía verlo dormir, acariciar su dulce cutis con miedo a que despertase (inclusive si sedado se encontraba). No podía tocarlo más allá, destapar su cálido cuerpo, acariciar su piel... porque estaba dormido.

Los jadeos por mi parte al rozar por accidente sus manos contra mi erecto miembro, me sosacaba los gemidos más ingenuos. Porque incluso debía resistirme a besar sus labios, morder su belfos, beber del vino de sus labios como si estuviera envuelto en un deseo adictivo y alcohólico de consumirlo siempre, porque estaba dormido.

Y yo sabía... Yo sabía que, mientras siga dormido, no podía hacerle daño, ¡me rehusaba a hacerle daño! Me rehusaba terminantemente a satisfacer mis caprichos sin él estar consciente de todo el amor que era capaz de darle, ¿qué caso tendría entonces que estuviera tan enamorado de él y aprovecharme cuando tuviera oportunidad?

Yo sé que Jimin algún se enamorará de mí. Me amará tal y como yo lo hago; y para entonces, podré tomarlo de la barbilla y robarle los besos que quisiera. Podría admirar el universo que se escondía tras su mirada, que brillarían para mí, siempre para mí. Y su sonrisa eterna también sería para este ser que muere por su amor.

Y cuando tú te enamores de mí, Park Jimin... Entonces ahí te tomaré de la mano, de besaré la boca, succionaré tu músculo oral y haré que nuestras jodidas lenguas danzen en una prohibida sonata mientras el calor conjunto de nuestros cuerpos colisionan, y se aman, y se chocan piel con piel.

Entonces la dulce miel que salga de ti, cuando el rojo de tu rostro se propague con cada embestida que te dé, la probaré. Y enredaré mis dedos entre las hebras de tu pelo y tiraré de ti con cuidado para saciarme de tus besos hasta quedar lleno, pero jamás harto de toda tu existencia.

Era así todas las noches, y aprendí a no dormir. Porque tenía que esconderme debajo de su cama cuando el sol salía y los efectos del cloroformo se desvanecían.

Aun si quisiera verlo desnudo cuando iba al baño, no podía. Debía retirarme cuanto antes

mientras el sonido del agua camuflaba mis pisadas.

A veces no podía entrar. No podía estar al lado de él mientras dormía, porque había veces en la que se quedaba despierto. Pero no estudiaba. Me preguntó qué haría; a veces venían personas a su casa, pero no había rastros al día siguiente cuando me colaba en su casa a medianoche y volvía a sedarlo para estar junto a él.

Ah... Pero ahora todo tenía sentido, ¿no?

Cuando abrí mis ojos y dejé de soñar con los recuerdos más fortuitos de él, me encontré inmovilizado. En un lugar húmedo, que olía peor que la bodega de mi trabajo y, Park Jimin, se encontraba delante de mí con el bate de béisbol metálico, bañado en sangre seca. Y supe que no era mía porque, de ser así, estaría muerto. Sino que... era de la persona asesinada que se encontraba al lado de mí.

— Bienvenido a mi casa, Min Yoongi... O bueno, tú ya no necesitas recibimiento, eres, prácticamente, un huésped nocturno, ¿no es así?

«¿Cómo es que...?»

— Esta parte de la casa no la conocerás. Es mi sótano —me dijo—. Desde que te vi... —cogió el bate con mayor deseo— Desde que te vi quise que estuvieras aquí, pero no supe que sería tan rápido.

Me sonrió. Pero no fue la clase de sonrisa que yo habría esperado por su parte; porque fue una tan enferma y escalofriante. Y burlándose me miró, sus ojos eran como los de un demonio. Despiadado. Envueltos en maldad pura, brillando por la ausencia de la inocencia que antes demostraba.

— Bienvenido a mi sótano, Min Yoongi... —me volvió a decir aguantando, quizás, una carcajada despiadada— Aquí es donde me deshago de los estorbos y los inconvenientes. Y tú, Yoongi, eres la cena.

Capítulo 12

« We can get a little crazy just for fun, just for fun... Don't even try to hold it back, just let go. Tie me up and take me over till you're done, 'til I'm done you got me feening and I'm ready to blow »

Jamás sabría explicar la sensación de adrenalina y deseo excitante que me causaba el aroma de la ropa perteneciente a Park Jimin que aferraba a mi olfato. Y olía, vehemente, hasta absorber todo el olor posible y no dejar nada; sin embargo, desconocía si algo podría quedarse sin olor cuanto más inhalaba uno. No obstante, siempre estaba yo al lado de él en su cama, de noche, él dormía y yo le miraba.

No podía tocarle. No podía besar sus labios y beber de su amor cómo yo hubiera querido, pero podía grabar más cosas de él en mi memoria. Como su aroma.

Aroma a canela, caramelo... frutas, un leve olor a manzana y lavanda. El lapislázuli opaco y mate que teñía sus mejillas, le daba un toque de penumbra a su inmóvil expresión. Jimin se veía tan hermoso mientras dormía; aun si supiere que no podía tocarlo, lo hacía, pero con delicadeza y temor. Las yemas de mis dedos repasaban sus facciones con suavidad, dibujaban un recorrido interesante de añoranza que luego bajaban por instinto hacia sus labios; las fisuras, el morado oscuro que lo bañaba... Incluso podría creer que lo hice a propósito, pero, en realidad, lo había hecho sin pensarlo y, ya encontrándome en lo prohibido, el deseo volvió a invadirme.

Me refugiaba como siempre lo hacía. Desabrochando la hebilla de mi cinturón, metiendo la mano por debajo de mi pantalón y jalar de mi miembro con rapidez. Gimiendo. Gimoteando, jadeando, clamando el nombre de Jimin mientras éste estaba inconsciente a mi lado; acariciando mi zona sensible de cosquilleante estímulo al mismo tiempo que mis caderas se movían al son de un vals inexistente, como si mi pubis deseara tanto moverse durante alguna penetración.

Cada vez resultaba peor para mí.

Tener al hombre de mi vida a mi lado y no poder amarlo como debería. Tener que morderme los labios para soportar el arduo deseo de besarle, o tener que consolarme a mí mismo para no tocarlo mientras él estuviera inconsciente. Había creído que estar tan cerca de él por unas horas, y contemplar su belleza, sería suficiente para calmar el calor dañino que se formaba en mi pecho cuando no lo veía durante el día, y por eso mismo había allanado su casa, como un obsesivo por su presencia. Y es que nadie podría comprender la sensación tan abrumadora que me causa un minuto sin oír su voz, sin ver sus brillantes ojos o adorar su sonrisa, ¡no podían! ¡Porque nadie estaba más enamorado que yo! Porque, si hacer todo lo que he hecho por él hasta ahora y lo que seguiría haciendo sin que me lo pidiera, no era amor, ¿entonces qué es?

Lo volteé con cierta brusquedad hasta poder verlo mejor estando yo encima de él. Mi apetitoso miembro de él, se apoyó sobre su zona íntima y, de igual forma, me moví

inconscientemente hasta sentir que me desharía si no probaba de él un poco.

Mis manos temblaban y la exorbitante sensación de la descontrolada lujuria que corría por mis venas, que enviaban impulsos eléctricos a mi sistema nervioso, sólo me debilitaban al recordarme que me prometí a mí mismo que no iba a tocarlo sin que él no estuviera consciente. Pero no podía soportar otro minuto estando tan cerca sin poder tocar...

Mi respiración salía resbalando sobre mis labios, mi rostro se sentía caliente, toda la temperatura de mi cuerpo ascendió y, si podría exagerar en el calor, diría que estaba ardiendo. Envuelto en llamas, que sólo un beso de su parte sería capaz de extinguir cualquier flameante deseo.

Y mis dedos acariciaron su rostro hasta que mis manos lo tomaron y mi boca se acercó a sus labios.

Y mi desesperada boca contraatacó la apetitosa boca ajena, mi lengua se abrió paso entre sus dientes como una despiadada serpiente; mis labios se movían sobre los suyos como si estuviera en busca de la bebida procedente de la fuente de la eterna juventud, y es que así me sentía yo al besarlo. Sentía que la vida se acumulaba en mí. Que me daba mil años más. Y su boca tenía ese dulce sabor, su saliva sabía a miel, a caramelo, a cualquier cosa de extrema dulzura que me volvía loco. Enfermo. Y necesitaba más... no me bastaba con sólo poseer sus labios, con morderlos y acariciarlos con pequeños ósculos como cura para las heridas que no me atreví a dejar en él.

Las falanges de mis manos buscaban ansiosos por debajo de su ropa la textura de su piel, encontrándose con escandalosos trazos trabajados de un definido físico que, de haberme vuelto loco más de lo que ya estuve por él, acabarían por asesinarme por el ataque a mi pobre corazón. Sin embargo, las yemas de mis dedos se encontraron con las dos cercillas que adornaban de manera adorable su bonito pecho; tan rosáceos, lindos pezones que fueron devorados por mi bífida lengua que los atacó como si el dueño, yo, estuviera hambriento, desfalleciendo por la necesidad. Y no podía decir que no era así, porque moría y moría por él, por acariciar su cuerpo, sostener con mis manos su espalda y elevarlo unos centímetros de la cama para aspirar el aroma de su piel, desvestirlo impaciente, casi llorar cuando, frente a mí, estaba aquello que esperaba por mí entre sus piernas, durmiendo como él.

Y por más que hubiera aferrado mis manos a su abdomen, por más que las hubiera bajado dejando un rastro de marcas rojizas con mis dedos sobre su piel, no pude hacer más que deslizar mi labio inferior por su abdomen, dejando que el sabor salado de su cuerpo se alojase en mi belfo y, luego, como si hubiera sido consumido por una gran culpabilidad, me separé de él y salí de su casa antes de que saliera el sol.

Esa había sido la última vez que estuve con él, pues, tan sólo unas horas después, pasó como siempre lo hacía por mi puesto de trabajo, dejándome su dirección para que lo llevara a un festival.

Pero jamás habría imaginado que el festival, el festín que se daría, sería con mi propia carne.

Cuando recobré el conocimiento y caí en cuenta de que no fue un sueño el hecho de que Jimin me atacara con un bate de béisbol metálico (con sangre seca adherida), había fijado mi mirada en los ojos muertos y la carne viva que tenía el cráneo a mi lado. Mentiría si dijera que no me exalté o me entró cierto miedo e incomodidad, pues no me lo esperaba. Tan sólo por la fisonomía de su calavera, pude deducir, vagamente, que se trataba de una mujer. Porque, de no ser por esos conocimientos anatómicos, e habría confundido. Pues no tenía pezones y la parte inferior del tronco no estaba junto a ella; sus intestinos se desparramaban y salían un poco de su interior. Su abdomen estaba completamente hundido, a decir verdad, incluso si era incapaz de incorporarme para verlo con más claridad, supuse que ya no tenía el 80% de sus órganos dentro.

Las moscas negras se posaban sobre sus nublados ojos, no tenía piel en su cara y su mandíbula estaba rota mas, por la textura visual de sus músculos ensangrentados, caí en cuenta de que no había sido hace mucho que hubo sido despellejada. Tampoco era un experto en ciencias forenses, sólo un carnicero que basaba sus observaciones del comportamiento cadavérico de los animes a los que desmembraba y despellejaba, con una humana. Unas... ¿cuarenta y ocho horas? Aproximadamente. Incluso le faltaba la mitad de la cabellera y, aun si yo estaba acostumbrado al fétido olor de la carne podrida, en cierto modo me había desagradado la fragancia que de ella desprendía.

Y mi cerebro aún no pudo canalizar bien la información con respecto a las palabras que Park Jimin me había dicho mientras soportaba una hilarante risa que, a decir verdad, no me causaba ni puta gracia. Y lo desconocía, planteándome, verdaderamente, si en serio lo llegué a conocer, y al parecer no.

No podría definir muy bien la sensación de cosquilleo que me dio al oír que sería su cena. ¿Miedo? No. Algo menos y aislado que eso, quizás... excitación. Y no sabía bien —o quizás no quería enterarme — a qué se refería con comerme.

Él dejó de sonreírme cuando se levantó acercándose a mí. Yo tenía esposas reteniendo mis muñecas detrás de mi espalda. Además, sentía el cosquilleo de un líquido y la sensación de su propia sequedad sobre mi frente, supuse que había sangrado. Todavía me encontraba mareado, el lugar no tenía ventanas, algo que me dijera si aún era de noche o quizás ya amaneció. Y de ser así, si había pasado demasiado tiempo desde que me capturó, ¿se había quedado en la silla todo ese tiempo esperando a que despertara?

— Has estado inconsciente media hora —me respondió como si hubiese sido capaz de leerme la mente. Con el extremo de su bate, levantó mi barbilla y me obligó a mirarlo.

— ¿A qué te refieres con que yo seré tu cena? —me apresuré a preguntarle, pero él sonrió con sorna, diciéndome, indirectamente, que había creído que eso estaba más que claro.

Llevó sus mano a su boca, metió sus dedos y cogió su propio paladar desenchajándolo de su

boca. Abrí en grande mis ojos quedándome boquiabierto, pues se quitó la dentadura; aquellos dientes perfectos que había creído que eran como perlas brillantes y blancas perfectamente acomodada, pero la realidad... La realidad era una jodida perra.

Jimin me sonrió de nuevo, mostrándome la hilera de sus dientes. Todos parecían caninos, estaban y se veían demasiado afilados. Parecía un monstruo. Uno de esos monstruos que te arrastraban a las profundidades del Averno para devorar tu carne mientras te retorcidas del dolor pero eras consciente de todo lo que le ocurría a tu cuerpo e incapaz de palmarla, sólo para sufrir eternamente.

— ¿Vas a matarme? —me atreví a tontamente preguntarle.

Jimin no me respondió, pero tomó otro bate adornado con clavos. Que había perdido su color y ahora sólo lucía un marrón rojizo en toda su superficie, mientras que de los alambres de púas y clavos, tendían restos de cuero y cabello.

— ¿Tú qué crees, cariño? Has visto demasiado, ¿conoces el dicho de "la curiosidad mató al gato"? Pues bueno, fuiste un gato muy travieso, pero ya llegué yo, la jodida curiosidad — su mirada cambió de repente. Se volvió punzante, fría. Y levantó el bate con intenciones de matarme.

— ¡Espera! — grité tan fuerte que luego sentí un cosquilleo en mi garganta. Jimin se detuvo sólo a centímetro de destrozarme la cara — Por favor... espera...

— Oh... —escuché aquello como lo más parecido a un jadeo — ¿Vas a rogar por tu vida? Genial. Me encanta cuando lo hacen.

Tragué saliva, confiando fielmente en que esto podría funcionar.

— No es necesario que me mates —le dije —. Podría serte de utilidad.

Pero se burló de mí. A carcajadas.

— Oh, vamos... Min Yoongi... ¿Cómo un inútil acosador como tú me sería de utilidad?

— Porque tengo un sótano lleno de cadáver en el puto establecimiento de mi trabajo. Si desaparezco, los empleados llamarán a la policía y cuando lo registren, me buscarán. Los empleados saben que yo saldría contigo —mentí, en parte —. Y cuando registren mi casa, se darán cuenta de que estoy obsesionado contigo; porque este inútil acosador te ha seguido durante demasiado tiempo que te haría poner en duda mi utilidad, por ende, la policía vendrá aquí. Y limpiar toda la sangre seca de éste suelo... será imposible para alguien como tú, que no tiene conocimientos sobre esto. Me hundiré, claro, pero tú lo harás conmigo. Creerán que eres mi cómplice, aun si nunca hemos pasado un considerable tiempo juntos, pagarás hasta por mis crímenes... ¿Cadena perpetua o pena capital? Sería divertido ver qué te pasaría, pero claro... me matarás, así que te esperaré en el infierno.

Se alejó de mí, borrando nuevamente su sonrisa. Creo que no le ha gustado la "amenaza" que le hice, pero no soltó el bate. Había creído que me rompería la calavera de un golpe cargado de puta impotencia y enojo hacia mi forma de dirigirme hacia su persona; sin embargo, no recibí nada a cambio. Sólo la imagen del muchacho mirándome con seriedad, pero mordiéndose las cutículas de sus dedos hasta lograr que sangraran.

— Siempre quise saber por qué tenías esas heridas. Ahora todo tiene sentido para mí. —le dije.

Él no me respondió, simplemente dejó de hacerlo y bajó la mirada.

— Es lo único diferente a todo de ti.

— Cállate.

— Pero tus manos... siguen siendo bonitas— le sonreí y él, tragando saliva, me miró un par de segundos, pero luego dejó escapar una pequeña risa.

— No voy a soltarte, Min. Admito que me juego el cuello si te mato aquí mismo, pero deberías entender que tengo mis principios — me volvió a decir acomodándose en la silla nuevamente —. Pero algo me dice que si te suelto, no intentarás huir. No creo que seas tan estúpido, ¿sientes los pies? Bien, en caso de que no porque no los has movido aún, te adelanto que te he herido los tendones. No irás muy lejos, ahora eres un lisiado.

No me lo creí hasta que intenté moverlo, y un dolor ardiente y punzante, hizo que gimiera, pero encallé ese quejido mordiéndome las mejillas.

— Dime una forma en la que puedo demostrarte mi lealtad.

Su sonrisa desquiciada volvió. El sudor de mi frente me estaba sofocando.

— Bien — me respondió, dejando a un lado su bate y juntando sus manos para verme de nuevo con una ligera sonrisa —, déjate comer... vivo.

Capítulo 13

» Push up to my body, sink your teeth into my flesh (get undressed, taste the flesh). «

— ¿Dejarme... comer?

No había más que vacío en su mirada, y ese destello rojo y hambriento de pellejo vivo, me incomodaba a grados extravagantes. No comprendí, o quizás no quise comprender a lo que se refirió, sin embargo, él se levantó de nuevo de su lugar y caminó acercándose a mí, lo siguiente que hizo fue acuclillarse hasta ponerse a mi altura y, con sus manos, presionó los tendones de mi pie con fuerza, burlándose del alarido doloroso que solté cuando el agonizante dolor que no hube sentido siquiera al mover milímetros mi pie de su respectivo lugar; abrí después mis ojos, aún presionando mi mandíbula mientras el sudor recorría por mi piel; él se encontraba tan cerca de mí que, haciendo que olvidara por un momento que quería matarme para luego comerme, me fijé en sus labios. Del líquido carmesí y de gusto metálico que reposaba sobre ellos sobresaliendo de pequeñas heridas.

Sus dientes eran extravagantes. Eran afilados, como los de un cuchillo, y los colmillos eran más afilados y largos que los demás que sólo parecían ser simples caninos y, si tuviera que compararlo con algo tan absurdo como un vampiro o algún subnormal fetichista con Drácula, quizás lo hubiera hecho. Pero presentí que Jimin no era el tipo de persona que tuviera como pasatiempo modificando su dentadura y coleccionar cadáveres.

— Entonces, Min Yoongi... —susurró estremeciéndome, quizás enredándome más en aquella exorbitante sensación — ¿A qué parte de tu lindo cuerpo dejarás que le dé un bocado?

Si las personas supieran que oír aquello y todo lo que conllevaba su significado, el cual, prácticamente, era ser tocado por Jimin por su propia voluntad, sólo lograba que me excitara, probablemente me habrían metido a un centro mental por el resto de mi vida. En este momento, yo no sabía si yo estaba loco o si era un psicópata, o si Park Jimin era el verdadero monstruo.

— Te dejaré morderte —le dije — en cualquier sitio que quieras, sin embargo, tengo mis propias condiciones.

— No estás en condiciones de darme.

— Siempre que quieras puedes matarme y disfrutar de tu libertad, ¿por cuánto? ¿Cuarenta y ocho horas? —si algo sabía hacer y de que era consciente, era de mi particularidad para manipular. Por eso, noté con cierto alivio, que Jimin se rehusó, finalmente, a retroceder en su cometido, abandonando la idea de matarme. Entonces comencé con mis condiciones: — Tengo mis sospechas de que me dejarás libre, pero también sospecho que no lo harás. Confío en que tomes mi palabra y me dejes demostrarte mi lealtad. Porque no he asesinado a tu profesor y a mi compañero entrometido para estar contigo. Si realmente no hubiera

querido limpiarme la sangre seca de mis manos en tu baño, quizás nosotros dos habríamos sido una bonita pareja, pero ahora... desistiré de ello, porque tú no eres como yo pensaba. Eres incluso mejor.

— ¿Ah?

— Eres mejor de lo que yo pensaba. ¿Sabes que te he estado proveyendo carne humana durante todo este tiempo? La primera fue la de tu profesor, desde entonces, tú no habías dejado de pasar por ahí. Eso significaba verte con más frecuencia, y comencé a matar. A matar y matar. Hasta que se volvió algo personal —expliqué y él se mordió el labio inferior, dejándome apreciar la herida que se logró hacer con sus afilados dientes —. Lo he hecho todo por ti, sin embargo, si aún quieres que te demuestre de que estoy a tu disposición... Loco. Enfermo... Y qué haría cualquier cosa para complacerte, cómeme.

Si sincero he de ser, no supe lo que vendría después. Si me mataría y luego me comería o me comería mientras siguiera vivo, no obstante, hasta allí hube llega, ¿no? Si él quería comerme... si morir significaba estar con Jimin aun si fuera en su sistema digestivo... sería un honor.

Y Jimin se acercó aún más hacia mí, de pronto... nuestras respiraciones estaban chocando entre sí, la brecha que formaban nuestras respiraciones era estrecha. Pequeña. Y tal y como yo observé apetitoso de sus labios, él miró los míos como si muriera por besarme. Y lo hizo.

La boca de Jimin chocó contra la mía, manteniéndose pegada a mis labios cerrados por un momento; su humedad bucal empapó mis bellos un diez por ciento, aproximadamente y, después, abrió su boca tomando mis labios rehenes de los suyos, moviéndose con suma locura, devorando mi piel mientras una orquesta de excitante y sonoro sonido obsceno se oía proveniente de nuestro lujurioso beso. Su músculo bucal se aferró al mío cuando él abrió un paso para su lengua entre mis dientes. Y yo quería tomarle del rostro, presionar con más fuerza, besarle hasta que me quedara sin aliento... Succionar su tierna lengua mientras los alrededores de mi boca se empapaba de su saliva fresca. Incluso morderle el labio, o besar la punta de su nariz y su barbilla.

Su boca seguía moviéndose con rapidez, con determinada pasión o quizás calentura, y me robaba suspiros, me volvía caliente. Ardiente de su amor, convirtiéndome en un volcán activo, ferviente de erupción. Pero el dolor de su mordida hizo que quisiera quitármelo de encima por un momento, incluso grité abriendo los ojos y me encontré con sus orbes mirándome fijamente. Él no me soltaba. Por nada del mundo lo hacía y empecé a adorar la perforación de las cuchillas que tenía en sus encías, porque era como un dolor necesario y, verlo satisfecho, lamiendo mi sangre como si degustara el mejor vino de la historia, tan sólo provocó que sintiera mi entrepierna arder a mil grados celsius (quizás).

Me había mordido tan fuerte. Sentí que me arrancó una pequeña parte del labio, pero no se lo llevó a la boca, lo dejó colgando de mí junto con el ardor y el desmesurado dolor que éste me provocó. Incluso tocar la herida con la punta de mi lengua, dolió. Dolió como el infierno.

Y me gustó.

Jimin se levantó después, aún viéndome como si quisiera penetrar en mi alma a través de nuestras miradas. Se desabrochó sus pantalón, dibujando una sonrisa que pude visualizar aun si mi propia y fresca sangre empapaba la mitad de su cara; no pude evitar fijarme en su entrepierna. Y el deseo que tenía de que me entregara su castidad en ese momento, aun si sonase enfermo de mi parte y en una circunstancia poco favorable para mí; y su miembro fue liberado de la jaula de tela que lo apresaba.

Tan bonito. Como él. Como todo él.

Se acuclilló de nuevo, pero no se mantuvo mirándome. Sino que acarició mi delicado falo palpitante y endurecido, haciendo que se me escapara un pequeño gemido a causa del excitante cosquilleo que me provocó su tacto; tan delicado, tan sutil, tan mentiroso y provocativo. Luego agarró de mis testículos y los apretó una y otra vez con delicadeza; la sensación de cosquilleo, que subía como estímulos por cada presión que sus manos ejercían en la parte baja de mí, hicieron que, incluso si dolía como un demonio aquella herida en mi boca, yo decidiera presionar mis labios para evitar que quejidos placenteros se escapasen de mí.

La protuberancia que se formaba debajo de la tela de mi ropa interior, llamó su atención, pues decidió bajarme los pantalones también. De una forma rápida, poco sutil, como si también estuviera desesperado. Y ambos nos miramos por un momento; tan sólo cerró los por un momento y aprecié, una vez más, su belleza etérea. Como si fuera una musa, la combi de todas ellas. Mi motivo, mi inspiración para creer que la vida y él seguir viviendo aún valían la pena, y que me he enamorado bien.

Porque su infierno ardía igual que el mío. Su inframundo congelaba al igual que el mío. Y mis demonios se enamoraron de sus diablos; el pecado capital era él, la manzana prohibida. La serpiente que se desliza con elegancia y ambición, cautivándome de esa manera... Yo fui su Adán y su Eva.

Su lengua mojó mi tibia glande, y luego todo mi miembro se adentró en su cavidad oral. Su saliva cubrió toda mi piel y sus suaves labios me acariciaron, jamás había sentido un felación como el mismísimo cielo; lo hacía tan delicadamente y tan deprisa, con cuidado y con lujuria. Me dejaba oír sus respiraciones y su aliento chocaba contra mí. Me masturbó mientras me observaba, sus mejillas se enrojecían y sus ojos cansados se volvían, como si le sofocara la calentura. Su mano derecha agarró de mí con fuerza y estiró, estiró. Lo cosquilleos, la información electrificante que llegaba a mi cerebro agitaba mi corazón, tan sólo con verlo... ojalá me hubiera podido librar de estas cadenas.

— Ji-Jimin... — susurré su nombre en un entrecortante y doloroso aliento.

— Sh, cállate —me dijo, y luego se montó sobre mí, dejándome entrar en él. Sentir su tibio interior, dándome la divina oportunidad de poseerlo, de ingresar en su agujero.

Y se movía a diestra y siniestra. Sus caderas danzaban encima de mi pubis. Iba a morir. Moriría por el tanto fervor, por las ganas de poder follarlo sin que algo me detuviera; pero estaba imposibilitado y sólo era capaz de sentir la sensación de la excitación dentro de su dilatado interior, que parecía estar más excitado, encendido, que yo mismo. Y eso estaba bien.

Entonces, tan fugaz como una bala disparada al viento o como un huracán de repentino, Jimin me mordió en el pecho. Todas mis ilusiones se vieron asesinadas cuando los dientes afilados del chico de mis malditos sueños atraparon un pedazo de mi carne para morfarse. Y sonreír como un monstruo mientras mi propio cuero se despegaba de mi cuerpo y acababa colgando de su boca. ¿A esto se refería con comerme?

Mis ojos estaban rojizos por el llanto que llegó sin previo aviso. Mi ceño fruncido en confusión y las lágrimas rodando por mis mejillas, le resultó entretenido. Asqueroso. Artístico.

Y recordé, vagamente, que, en algún momento de mi vida, una duda existencial e importante para mí en ese entonces llegó a mi mente: ¿A qué punto puede llegar a dañarse la mente humana? ¿A qué punto puede alcanzar la crueldad de una persona? ¿La apatía tenía algún límite? ¿Y la maldad natural? ¿Estábamos todos enfermos y no lo sabíamos hasta dar "el paso"? Si bien los animales son salvajes por instinto, nosotros, los humanos, conocíamos ciertos límites. Pero también somos animales, somos como zombies en busca de algún placebo para nuestros vacíos personales. Un tapón para nuestros infiernos, una daga mata-demonios para las bestias que nos atormentan. Un cadáver, podría ser. Un cadáver animal tan muerto que se siente vivo y los estímulos para llegar a vivir verdaderamente, se esconde en lo antinatural. La aberración.

Jimin era una aberración. Una mala persona, un monstruo. Un asesino caníbal. Impotente y mentiroso. Hipócrita. Me enamoré de él creyendo que podría manipularlo a mi antojo, pero terminé siendo manipulado yo mismo y sólo hasta ese entonces lo supe, cuando se comió parte de mí frente a mis ojos. Y me miraba y me miraba, me observaba esperando algún insulto, piedad. Porque sabía que era inmoral sus actos, pero yo sólo le dije la verdad.

— Te amo.

» Bite into me harder, sink your teeth into my flesh (pass the test, taste the flesh). «

Capítulo 14

» Baby I'm preying on you tonight... «

Si tuviera que escoger el momento más doloroso de mi vida, no escogería la primera vez en la que me fracturé el brazo o me caí por las escaleras casi abriéndome el cráneo. No. Definitivamente, y por muy soso que se oyera, el momento más doloroso de mi vida fue cuando Jimin colocó alcohol desinfectante sobre la mordedura que le dio a mi boca, casi quitándome un pedazo de mi labio inferior, y el momento en que comenzó a comerme la herida sin anestesia; pues la aguja pasaba perforando mi piel y unía mi carne viva con la otra. Era un infierno, y no había comparación. Incluso la limpieza que le dio a la herida de mi pecho, allí donde se veía mis músculos a plena vista, fue me os dolorosa.

No podía hablar. Me dolía. Me dolía demasiada, pero... Jimin se veía tan tierno curando mis heridas. ¿No parecíamos unos novios que se tenían el uno al otro entonces? Aw, qué patético.

— Voy a contactar con tus empleados y les diré, de tu parte, que se tomen este día libre —me dijo. Quería preguntarle que cómo lo haría, pero me imposibilitó el habla —. Oh, tranquilo. Lo haré desde tu móvil.

Me mostró el aparato y luego enarcó una ceja para luego incorporarse y comenzar a escribir.

— Mañana tengo un examen importante —me dijo —. No puedo faltar, tengo que dormir. Pero no puedo dejarte solo, así que te quedarás aquí hasta que yo vuelva.

Ni siquiera asentí, le di la información que quería con sólo recostarme en el suelo. Y sí, estaba dispuesto a dormir en el peor suelo si con ello lograba que él me aceptara.

— Vaya, eres muy obediente —me dijo —. Si tienes suerte, te traeré algo para que comas. Pero tendrá que ser por la tarde, porque no tengo nada para darte de desayunar... —me miró frunciendo el ceño — a no ser que quieras carne humana.

Me negué.

— Bien —apagó la luz cuando se acercó a las escaleras —. Entonces, buenas noches, presa.

La luz de la luna entraba por la diminuta ventana que había allí. Era tan diminuta, que sólo una delgada rata cabría por allí. Suspiré sabiendo que aquella ventana no llevaba hacia la calle, por eso es que sus víctimas eran inutilizadas y no podían ser oídas. Quizás daba al

patio. Quizás...

....

No supe con exactitud a qué hora había llegado Jimin. Sus pasos retumbando en el piso de arriba me despertaron y, considerando que aquello estaba oscuro, había creído que volvió a ser de noche. Pero la poca luz que entraba, me decía que aún era de día.

Jimin abrió la puerta y bajó por las escaleras. Encendió la luz y luego se detuvo para analizarme desde una distancia considerable, cruzándose de brazos. Me removí en mi lugar oyendo las cadenas moverse conmigo. Mi labio inferior estaba hinchado, el dolor no era tanto como el de anoche, pero sí lo sentía cada vez que quería sorber saliva.

— ¿Quieres follar? —me propuso de repente.

Sin haberlo afirmado o darme cuenta, Jimin estaba sobre mí y yo en su interior, pues luego de masturbarme, consiguió que mi miembro se endureciera a tal escala que oí sus quejidos de dolor cuando, incluso si su orificio estuviera dilatado, le satisfizo aquel cosquilleo cuando ingresé dentro de él "por la fuerza". Porque no le di mi consentimiento, ¿cómo demonios le daría mi consentimiento si no podía hablar? ¿Estaba violándome ahora mismo? Bueno, supongo que si de mi parte también hay gemidos y mi rostro se vuelve rojo y mi boca ansía besar la suya, no puedo considerar tal cosa.

Me tomaba del cuello a veces, pero no me ahorcaba. Joder, ¿por qué no me ahorcaba? Sólo acariciaba mi piel mientras se movía con mayor velocidad, me besaba el cuello y lo lamía; pensé que, cuando se detuvo a mirarme a los ojos, sentiría asco de la apariencia de mis labios. Apariencia que él mismo me había dado. Pero no. Él atacó mi bello superior y mordió con delicadeza, casi ordenándome con ese acto que sacara mi lengua y así lo hice.

Fue un grotesco beso. Extravagante, su saliva empapó alrededor de mi boca porque lamía, chupaba y succionaba mis labios y mi lengua como no había comparación; me cogía de las manos y entrelazaba sus dedos con los míos. Gemía. Gemía tan alto y bonito, el sudor en su rostro que recorría su piel era tan poético pues hacía brillar su cutis rosáceo, caliente y sus ojos se perdían en los míos, sus labios besaban mi rostro, mis pezones y mis párpados.

Antes de que pudiera eyacular dentro de él, él se apartó de mí; había creído que me dejaría con las mamadísimas ganas, pero no; sin embargo a ello, cogió delicadamente mi miembro erecto luego de repasar mi plano abdomen con su dedo. Como si estuviera dibujando sobre

él, quizás algún tipo de dibujo poético y desastroso. Con sangre y tripas; cuanto más pensaba que iba conociéndole mejor, más lejos estaba de comprender qué pasaba por su mente cuando me miraba de aquella manera tan fría, vacía, pero apasionada. Quería jugar conmigo, lo sabía. Dejé que lo hiciera; a él le gustaban los juegos, y a mí jugarlos.

Me masturbó.

Con delicadeza empezó estirando de mi miembro, mi piel se había vuelto más elástica, o así lo sentí; mis testículos bailaban en un cosquilleo que provocaba que todo mi cuerpo temblara.

Y mis ojos se voltearon hasta ponerse blancos al mismo tiempo en que abrí mi boca ahogando un grito, un gemido, o quejido placentero.

Su tibia lengua recorrió cada relieve causada por mis venas y mi miembro volvió a ingresarse dentro de su cavidad oral; su músculo bucal, empapado en su elixir salival, se movía lamiéndome como si esa parte de mi cuerpo se tratara de un helado derretido, cubierto en sabor irresistible.

Y sus papilas gustativas degustaban el sabor de mi piel. Su orificio bucal succionó y succionó; cada vez que se detenía y separaba para tomar aire, un hilo de su saliva tendían de sus labios, haciendo un puente que unía a sus bellos y mi glándula, que latía por él. De ese modo, su lengua rosada, tan elegante, majestuosa, como la cabeza de una serpiente, repasaba mi sabor mientras sus falanges, que aún se mantenían lías a mi miembro, seguían tirando... y seguían... y seguían...

— J-Jimin... ugh... — Lo llamé tan desesperadamente. Me incorporé para verlo, incluso si el sudor cubría mi cuello y lo empapaba; aun si cegaba mi vista por momentos y quería desfallecer al sentir demasiado. Al tener el corazón a mil por hora.

Me liberó de las cadenas. Me cogió de la mano e hizo que cogiera mi miembro, supuso que habría entendido que quería que siguiera la masturbación yo, y estuvo en lo cierto.

¿Cuántas veces había imaginado esto? ¿Cuántas veces estuve en su habitación planeando nuestra primera vez? ¿El ver su rostro rojo, cubierto de sudor y siendo salpicado por mi semen? No llevo cuentas.

Salió como hilos, acabaron, algunos, sobre mi abdomen que se movía con rapidez a causa de mi acelerada respiración. Y lo demás, capturado por la boca de Jimin; quien volvió a tener el mando sobre mí y cargó toda su boca del semen que todavía seguía escapándose de forma precipitada; Jimin metió todo mi miembro dentro de su boca, y su rostro se volvió más colorado. Oí unas arcadas saliendo con su voz y después... Después lo vi a él trepando sobre mí, con líquido blanco en las comisuras de sus labios y sus mejillas hinchadas. Me miró por un momento.

Lo engulló.

Su nuez de Adán se movió indicándome lo que había hecho y luego sus dedos acariciaron las partes donde aún quedaban restos de semen y los llevó hasta su boca, chupando sus yemas, terminando lo que había empezado.

— Tú... —me dijo después — ¿No vas a enseñarme tu sótano lleno de cadáveres?

Capítulo 15

Usualmente no era demasiado difícil saber lo que la gente pensaba. Un sólo gesto me podría decir hasta cómo le gustaba prepararse el café, sin embargo, no podía leer nada de Jimin. Todo lo que creí saber de él, era falso y, todo lo que creí haber averiguado, sólo su dirección era la verdadera. Es más, ¿su nombre siquiera era real? A lo que me refiero es que, un asesino como él, ¿no debería ser buscado por todo el país? ¿Cómo es que sobrevivió por tanto tiempo sin ser atrapado? Me sorprendía las agallas que tenía para engañar y estafar a la gente. A todo eso, ¿tenía padres? ¿Dónde estaban? No será que...

— ¿Por qué cogeas? — me preguntó de repente a medio camino. Si no hubiera vuelto en mí con rapidez, habría chocado y el dolor sería aún más molesto que de costumbre — Tienes una herida de cinco puntos en el pecho, no en la pierna.

— P-Pero... me due... le... — dije, penosamente. Joder, no podía hablar bien con mis labios hinchados y él, a cada momento, hacia que hablara. Pareciera que le encantaba verme sufrir y que se divertía con ello.

— ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso caminas con tus pezones? —rió después en un suspiro y me dejó con las ganas de responderle aquel sarcasmo con otro sarcasmo, pero no podía articular palabra alguna — Anda, abre este local de mierda. Tengo prisa.

Le miré por un momento, él suspiró alzando la vista al cielo y luego analizó el ambiente por los alrededores. No había gente, es más, ni siquiera un alma se asomaba, mejor para nosotros. Yo había escogido esta hora, cuando nadie pasaba. Porque no había restaurantes cerca y la gente descansaba o comía. Era perfecto.

La llave se introdujo en la cerradura y sólo bastó que yo girara la muñeca un par de veces, de esa forma, la puerta estaba del establecimiento estaba disponible para que ambos pudiéramos ingresar.

El local estaba oscuro, la luz natural que apenas se filtraba no bastaba para que el ambiente, que se veía, tan siniestro, se volviese más tenue. Jimin pasó con delicadeza y miró por todas partes; hacia el techo, al suelo, sus propios pies al caminar y la yema del dedo que pasó para limpiar un poco el polvo del mostrador.

—Siempre me ha gustado este sitio —dijo—. Tenéis las mejores carnes, por ello he podido sobrevivir un buen tiempo y no ir matando a tanta gentuza cada vez que la tripita rugiera —se volteó a verme, pero yo, que estaba con él cubre-bocas negro que me había dado, no podía decir absolutamente nada o sino, un dolor inminente me atacaría la boca—. Pero lo que más me gusta de este lugar... eres tú, Min Yoongi —acercándose y mirándome de manera lasciva, Jimin cogió un poco de la tela de mi playera y me atrajo hacia sí; ambos teníamos casi la misma estatura, pero yo era un poco más alto que él, pero casi sin diferencia notoria. Le miré a los ojos, no había sentido el cómo mi pupila se había dilatado, pero supuse que lo había hecho—. Bésame, Yoongi. —me dijo casi en un ronroneo.

Descubrió mi cubre-bocas con delicadeza, provocando cosquillas en mis labios y luego se acercó sacando un poco la lengua con la cual, lamiendo mi belfo, me besó. Cerré mis ojos y él imitó mi acto, el dolor ardía, atacaba con despiadado sadismo, pero no podía detenerme porque me gustaba. Me gustaba que su saliva hidratara mi piel y oír los obscenos sonidos que causaba cada ósculo que llegábamos a darnos. Y su elixir era tan excitante, su aroma, el olor de cálida respiración era como un afrodisíaco que me atacaba el corazón sin cuidado.

«Oh, Jimin...»

— Enséñame las cosas divertidas que tienes ahí abajo, Yoongi...

Abrí el almacén, es decir, el refrigerador donde había dejado a mi última víctima viva; un pordiosero a quien había engañado, pero le dejé inconsciente, de ese modo, conseguí atarlo a la silla y silenciarlo. Iba a experimentar con él en la mañana temprano, antes de que fuera la hora de que los demás vinieran, pero no lo conseguí al ser rehén de Jimin y murió por hipotermia.

Jimin se adentró un poco y su cuerpo tomó un tono oscuro debido a la nula luminosidad del interior; supuse que su piel se sintió golpeada por el increíble cambio de temperatura, pero no lo demostraba. Todo lo contrario, decidió tocar al muerto pero estaba tieso, en pleno rigor. Encontré en su mirada una fascinación por el tacto congelado que tenía el cadáver, por las escarchas de hielo y la "nieve" que se acumuló encima de sus cejas y su pelo.

— Sácalo de aquí — me ordenó. No reaccioné en unos segundos, pero luego lo hice pensando que no me molestaba que me ordenara cosas, pero no era ni sería su objeto o marioneta. Irónico que pensase en eso mientras arrastraba la silla que quemaba mis manos por lo frío que estaba mientras él miraba al cadáver como si quisiera hacer algo con él que no fuera zampárselo. Todo era un hilo de ironía que se desenredaba cada vez más volviéndose extenso e infinito —. Déjalo frente a la mesa. — me volvió a decir, a ordenar mejor dicho. No me agradaba oír tanto imperativo por parte suya; lo único de lo que estaba seguro y que me gustaría, era otra orden más, algo del estilo: "bésame la polla, Yoongi". Si me daba otra orden, juro que le besaría la boca hasta dejarle los labios más gruesos que los míos y que los que ya tiene.

Se subió sobre la mesa de metal, donde siempre desmembraba a los animales y personas; me llamó moviendo su dedo índice mientras sonreía.

Ah, estúpido niño de mierda... ¿Crees que puedes manipularme con sexo? Ninfómano del coño, pues, si así es como cojones piensas, te aseguro que estás en lo cierto, ¡joder!

Me rodeó el jodido cuello atrayéndome hacia su boca como si fuera él la fuerza de gravedad y yo la bendita manzana que cayó sobre la cabeza de Newton. A diferencia de que yo no iba a caer sobre la cabeza de un tipo aburrido sentado debajo de un árbol, no. Yo era una manzana que caería en la cabeza de su bonito miembro erecto luego de que, con unas cuantas masturbadas, se levantaría como el Titanic, viéndose de la misma forma como cuando Di Caprio y la pelirroja estaban en la punta y este se estaba hudiendo mientras flotaba cada vez menos como si fuera un corcho. Bueno, me extendí.

— Remuévete, Yoongi — pidió.

Él levantó un poco las piernas, dejándome vía libre para frotar nuestros miembros como si le estuviera embistiendo. Y sus ojos oscuros, se cerraban mientras de su boca salían gemidos tan placentero como, actuando de placebo limitado para el dolor que él me provocaba al pegar mi pecho contra el suyo mientras arrugaba mi playera entre sus manos, arañándome la espalda sobre aquella tela. No éramos lesbianas, pero las tijeras se sentían bien.

El bisturí y las hachas de cocina cayeron al suelo cuando comencé a removerme todavía más; su rostro estaba colorado, el brillo de su frente debido al sudor, le daba un aspecto tan adorable y realmente esperaba que dijera mi maldito nombre antes de que se la metiera de verdad.

Mi ritmo cardíaco estaba actuando con una rapidez exponencial, tan sólo apoyar mi mejilla su sudado pecho, podía oír la taquicardia actuando bajo su caja torácica.

Jimin abrió sus ojos, miraba hacia todas partes y, si le hubiera prestado atención, sabría que estaba mirando con morbo a todos esos cadáveres humanos que colgaba como si fueran ternera y miraba con morbo a aquellos ojos nublados y esos rostros tan pálidos como el

papel; después inquirió un poco más, esforzándose en ver al cadáver que había sacado hace unos minutos atrás, debería de suponer que intentaba asegurarse de que sus ojos muertos nos estuviera viendo.

— Yoongi — me llamó, sacándome de mis orgasmos mentales. En ese momento me di cuenta de que mi respiración estaba peor que la de un asmático después de correr treinta minutos.

— ¿Qué?

— ¿Me amas? — me preguntó y yo había quedado en plan: "hostia, niño rico... después de todo lo que hice por ti y de lo que estoy dispuesto a seguir haciendo, ¿tú qué opinas? ¿Cuál es tu punto de vista clínico, doctor House?"

— Te amo, Park Jimin.

Una sonrisa se sobrepuso sobre sus labios, que brillaban por la capa de saliva que había dejado. Su mano se dirigió a mi rostro, acariciando mi piel, me volvió a decir:

— Entonces fóllame. Fóllame como si fuera la única manera de tenerme para siempre, entonces así, quizás, también me enamore de ti.

Me incorporé para desabrocharme el pantalón con rapidez, como el urgido de mierda que soy. Pero Jimin había hecho lo mismo y, de repente, ya lo tenía desnudo de cintura para abajo sólo para mí. Y sus ojos, colmados en lujuria, me miraron y él volvió a incorporarse para tomarme de rehén de su cuerpo de nuevo; besándome de la manera tan despiadada pero sensual que sólo él sabía hacer, mientras gritaba el dolor placentero que le causaba yo estando dentro de él, y su respiración que colapsaba a momentos dejándome ver sus orbes que blancos se volvían al momento en que mordía con ligereza su labio. Masturbándose y dejándolo de hacerlo cuando me acercaba a su torso desnudo hace sólo minutos previos, para besarle, morderle y lamerle la herida. Mientras sostenía sus pantorrillas entre mis manos.

Qué pequeño tan hermoso cuando gemía, y su boquita se cerraba en "o" y luego se abría en "a". Qué majestuosidad la suya de demostrarme una danza tan erótica cuando sus caderas se removían con mi miembro dentro de él...

A Jimin... A Jimin le gustaba que lo vieran. Le gustaba el morbo de ser observado y utilizarme como un recurso sexual para ser visto por todos esos ojos muertos. Porque sabía que sus vidas cobradas habían sido por esto, y entonces... de manera irónica, les hizo saber que no fueron asesinados en vano.

Capítulo 16

Cuando le mencioné a Jimin la idea de formar un equipo, se rió en mi cara.

Su carcajada había resonado más que el sonido del río, en donde nos estábamos deshaciendo de los restos de cadáveres en alto grado de descomposición, con la esperanza de que los peces o animales callejeros acabasen con ellos antes de que fueran hallados por las personas. Sin embargo, yo no había reído y él, mirándome nuevamente, dirigió su mirada con recelo y cuestionó con cierta duda:

— ¿Lo dices en serio?

— Lo digo en serio.

Jimin desparramó los trozos de dedos (con las huellas dactilares fundidas) al agua y luego, poniéndose de pie, arrugó la bolsa con una mano y se cubrió el rostro con la otra a la par que cometía aquella acción con ayuda de la bufanda negra que llevaba. Se marchó sin siquiera responderme, a lo que me llevó a reflexionar, por unos miserables segundos, en sí había sido poco discreto y prepotente con mi propuesta. Pero ni una mierda.

— ¡Hey! — lo llamé, deteniéndolo y logrando que se volteara a verme.

— No me llamo "Hey".

— ¿En verdad vas a rechazar mi propuesta? —Gesticulé con mis manos mientras aún sostenía la bolsa con unas cuantas orejas y dedos de pies dentro de ella — ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

— No te he pedido nada. Lo que has hecho ha sido porque eres un gilipollas.

Alcé las cejas y solté una risa suspirada y con sorna.

—Lo que hice, lo hice porque te amo.

— Ya, tampoco te he pedido que te enamoraras de mí. No me culpes de las consecuencias de los actos que cometes por imbécil; quiero decir, ya sé, perfectamente, lo bueno que estoy. Es imposible que no te hubieras fijado en mí o quisieses echar un polvo, pero, antes

de que entraras a mi casa, eras nada para mí.

Suponiendo que mami o papi os llamaban diciéndolos: "No estoy enfadada/o" y, como el tontopollas que eras, salías del baño y la guillotina te cortaba la cabeza. Total y plenamente una cagada. Una trampa predecible. ¡Así mismo me sentí yo cuando me dijo todo aquello! ¿Cómo que era nadie y no quieres nada conmigo ahora? Esas mierdas no las decías antes que tenías mi polla tocándote la campanilla de la garganta. «Qué rabias me estás dando...»

— Los judíos tampoco buscaron los que les pasó —me defendí, de manera tonta y precipitada, lo sé.

— Antes de que Hitler se autoidentificara como alemán, los judíos excluían a los alemanes dejándolos morir de hambre y frío durante la primera guerra —se encogió de hombros mientras avanzaba hacia mí. Pensé que se acercaba para robarme la cartera o un beso, pero sólo me arrebató la bolsa —. Vaya, debí joder demasiado la vida de alguien en el pasado para que estuviera alguien jodiéndome la mía en el presente. ¿Justificas tu fin con los fines y medios del Holocausto? Qué infantil eres. No me gustan los hombres infantiles. Espabila, flipado.

Sonreí cuando me volvió a dar la espalda.

— No puedo vivir sin ti —le dije—. No quiero hacerlo, de todas formas... Y tampoco quiero que tú vivas sin mí.

— ¿Estás amenazándome, flipadillo?

— Estoy advirtiéndote.

— ¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a suicidar para que cargue con la culpa en mi conciencia?

— No. Eso no va conmigo — me acerqué a él, mi voz salía filtrada a causa del cubrebocas que llevaba puesto. Le tomé el rostro y le obligué a mirarme; con seriedad, dije:—. Soy capaz de matarte. Porque si no eres mío no serás de nadie... y luego me suicidaré.

— No tienes los testículos bien puestos para acabar con tu vida, psicópata de mierda.

— Pero soy capaz de matarte. Si me convengo de que es lo mejor para los dos, lo haré. Y, contigo muerto, no me importará seguir viviendo —había sentido las lágrimas que brotaron inconscientemente de mis ojos, pero no sentí que estuviera llorando o tuviera un nudo en la garganta—. Vuelve a probarme, a tratarme como una mierda o a sentirte superior a mí, muñequito de mi vida... y juro que te cortaré la linda carita de porcelana que llevas.

Jimin no me había contestado, sólo me apartó la mano de su rostro y suspiró sin despegar su mirada de mí. Estaba enfadado.

— Está bien — el cambio de tono en su voz me indicó que había "olvidado" aquel enojo,

pues en ese instante, estaba sonriéndome —. Hagámoslo. Pero tengo unas cuantas reglas.

— Qué reglas.

Me rodeó con sus brazos, ladeando la cabeza y manteniendo una sonrisa en sus labios. Cínico de mierda.

— Yo tengo mis propias formas de hacer las cosas y si interfieres en ellas, te dejo ¿Está claro? —asentí. Le pregunté, seguidamente, cuáles eran esas reglas y/o condiciones que debía cumplir — En primer lugar, a mí me gusta conseguirme el alimento. Y lo hago acostándome con gente. Es probable que lleve a cualquier tipo de personas al sótano, me las folle y luego me las cargue.

No me gustaba la idea de verlo con otros individuos, a decir verdad.

— Vale... —fingí conformidad.

— Bien. Me gusta que seas inteligente —me dijo. Entonces comenzó a jugar con mi boca luego de quitarme el cubrebocas; estaba entre: besarme o no. Hijo de puta... —. Me gusta que seas posesivo, me prende. Pero no quiero que lo seas a menos que yo te lo diga, y no quiero que mates o coleccionas cadáveres en tu almacén sin que yo te dé el visto bueno. Pareciera que quieres que te atrapen con tanto bicho muerto allí abajo.

— ¿Quieres que sea tu puta mascota?

— Silencio, perra — me sorprendí por el insulto y por eso cerré la boca —. Ah, vas aprendiendo... Me gusta todavía más. Y, más importante, no quiero que la gente nos relacione.

— ¿Cómo?

— Si la gente nos ve juntos, somos desconocidos, ¿está claro? Si por alguna razón coincidimos en lugares o decido llevarte yo a algún lugar, quiero que seas discreto. Porque en público soy esa mariconada de la que te enamoraste, no me arruines los planes o te castro los testículos.

— Bien.

— Aprendes rápido —sonrió. Se acercó más a mí y me atrajo hacia él —. Ten, toma tu premio, perrita...

Me besó en la boca y yo le seguí el beso y lo disfruté, como la puta perra famélica que era. Si tuviera cola, la estaría moviendo hasta crear un tornado. A decir verdad, no me importaba que me insultara o me mordiera, quizás era un masoquista y sólo lo había descubierto hace un par de días atrás; sin embargo, lo único que quizás me molestaba... era la idea de fingir que no lo conocía.

«Perdóname, Jimin-ah... pero no creo que pueda resistirme a cortarle la mano a cualquiera que se atreva a tocarle el culo como yo lo estoy haciendo ahora mismo.»

....

Jimin no me ha llamado después de esa noche. Han pasado más de dos meses y sólo ha estado viniendo a comprar en la carnicería, según él como "dosis diaria" para un adicto a él como lo soy yo; pues bien sabe que soy incapaz de abstenerme a verlo. Él se da cuenta de cuando yo lo sigo, no sé cómo lo hace. ¿Comer gente te desarrolla la audición? ¿Provoca que tengas ojos en la espalda? Siempre acaba enviándome un mensaje diciéndome que me marche.

No quiere verme en el Starbucks o en la acera paralela a su universidad. Recuerdo que me dijo que me daba una oportunidad, pero sólo me evita y provoca que todo el resentimiento se acumule, de esa forma, estallaré antes de que me diga que puedo tocarlo de nuevo.

Jimin era un idiota.

Me llamó una mañana en la que estaba afeitándome y me dijo que fuera a su universidad durante el almuerzo. Había pensado que se replanteó con lo de mantenerme alejado y que me presentaría a sus amigos, pero no. Me dijo que no le dirigiera la palabra o haga demasiado contacto visual, sólo que observe cómo él caza. Y así lo hice.

Tenía mis manos en los bolsillos, una gorra y una chaqueta negra mientras le observaba a unos metros en la misma acera.

Jimin reía, abrazaba, actuaba como un niño, hacía chistes y trataba con nobleza a los demás. Muchas veces tuve que soltar una risa irónica y rodar los ojos porque, incluso yo, quien era el único que sabía su verdadera personalidad, estaba creyéndome aquel teatro.

A Jimin le gustaba conquistar y eso me ponía celoso.

Estaba muy meloso con un chico que estaba en el grupo. Que era un poco más alto que él y parecía muy tímido; habían tres hombres en ese grupo, sin contarle a él, y cuatro chicas. El más alto y musculoso le tocó el culo.

Borré mi sonrisa al instante.

No sé si Jimin también se lo había esperado, porque dio un respingo y luego le miró con seriedad, confundido. Sentí que casi se le cayó la máscara e iba a darle una bofetada y a amenazarlo de muerte; al principio pensé que lo había hecho a propósito, para que yo reaccionara, sin embargo, me miró de repente. Él hizo el contacto visual que me prohibió hacer y luego le tomó del brazo a su "conquista" alejándose (pero no demasiado) de él.

Todos teníamos un modo Sherlock, después de todo:

«Por la manera en que Jimin se sobresaltó, denota sorpresa. Algo totalmente inesperado, el hecho de que él, una persona demasiado cuidadosa y meticulosa que incluso yo no pude descifrar, haya roto su propia regla de: "nada de contacto visual", me haya visto por unos intervalos escasos, pero suficientes, de segundos denota que espera algo de mí. Pues es una de dos: o quiere que lo mate, o simplemente siente vergüenza de que alguien más lo haya humillado de aquella manera.

Las chicas del grupo se han puesto serías luego de eso, es probable que el idiota no sea de hacer eso, pero dado su aspecto corporal y su estúpida y linda cara de mierda, es posible que sea un ególatra mayor a Jimin y un mujeriego; es más propensa esa idea que la de: "ha sido niño bueno toda su vida, pero ahora se le metió el Diablo". La chica del medio desvió la mirada y jugueteó con su cabello, sus cejas se fruncieron de repente, y sus respiración, al parecer, se ha vuelto inestable por unos segundos. Quiere decir que no es la primera vez que presencia aquello. El muchacho inocente y callado que rodea a Jimin con el brazo, lo ha atraído más hacia él pero no ha dicho nada en su defensa, menudo gilipollas. Yo lo mato, ¿por qué no lo defiende? El otro chico de al lado ha mirado de inmediato e hizo un gesto que el cabronazo mastodonte no captó por demasiados esteroides en el cerebro. En otras palabras: es un mujeriego que no le importa tocar a hombres bonitos. Pero ese hombre bonito es mío que le gusta jugar con otros hombrécitos, pero tú no estás en el juego. Te corto la mano, hijo de puta.»

Me acomodé la gorra y luego me volteé para salir de la vista de Jimin. Quizás miró hacia mí de inmediato y, seguramente, se haya escandalizado internamente al no verme parado donde me ha dicho. Niñito de mamá, ¿acaso creías que tu canguro se quedaría de brazos cruzados cuando otra persona te toca? Eso no va a pasar.

Entro, perfectamente, en los estándares de belleza. Mi aspecto no es desagradable, incluso he sentido la mirada de chicas sobre mí; mis pómulos están bien, mis ojos rasgados y gatunos podrían atraer a cualquier persona. Ese imbécil es bisexual. Con un poco de maquillaje para el labio y línea en los ojos con un poco de sombra en los párpados y dejará de fijarse en ti. A eso me habías traído, ¿no? A que mirara y aprendiera.

Es lamentable que me creas incapaz. Eres demasiado agrandado como para pensar que, sólo porque estoy enamorado de ti, no puedo coquetear con los de mi propia especie o con el perro de la esquina. Y eso es lo que el tipo aquel es, un perro que te ha tocado el culo y ahora es mi turno de tocarle el suyo. Ah, pequeña mierdecilla... Yo también sé jugar a esto.

....

Si tuviera la oportunidad de describir la expresión de Park Jimin cuando me vio en aquella fiesta, después de haberme dicho que no quería verme porque iba a estudiar; no me alcanzaría la vida para hallar sinónimos e incluso antónimos, pues, su rostro tan serio, sorprendido como si hubiera visto un cadáver andante, se dibujó en su rostro y su cuerpo se quedó estático.

Sabía que me preguntaba que qué hacía yo allí, pero la respuesta era simple: su amigo el toca-culos-sin consentimiento-previo, no sabía callarse. Era un bocazas y un fanfarrón. Había estado alardeando de la fiesta en un club clandestino esa noche, un viernes.

No me vio estar al lado de él y seguro que no se limitaba a conocer a los estudiantes de su campus o de otros, porque, cuando le pregunté que en donde era, me lo dijo de gratis. Estaba, incluso, preparando algún soborno, pero me ahorré diez mil wones y un billete de cien dólares. Como era clandestina, no hacía falta invitación. Sería en un polígono industrial abandonado, casi a las afueras de Seúl, cerca de un viejo aparcamiento que aún conservaba las cámaras de vigilancia, pero aquello era parte del ayuntamiento.

El maquillaje había funcionado. ¿Que cómo lo sé? Pues lo sé porque, cuando me comentó lo de la fiesta, no paraba de mirarme la boca y luego volteó a verme cuando se marchaba. Me sorprende que no fuera un marginado con tanto gusto homosexual en un país tan poco liberal como lo era Corea del sur, sin embargo, eso jugaba a mi favor.

La única misión que tenía, era la de encontrarme con él en la fiesta. Liarme. Acceder al sexo si quería y matarlo después, de esa forma, no volvería a poner las manos sobre Jimin. Pero no había contado con que, entre toda aquella multitud que saltaba al compás de la música electrónica, tirándose sobre la piel pintura neón, me fuera a encontrar a Jimin.

No miento si digo que sentí un escalofrío cuando sus ojos serios se posaron sobre mí. Seguramente habría pensado que lo seguí hasta allí y que incumplí nuestra parte del trato, pero traté de ignorarlo cuando me encontré a quien buscaba y bailé con él. Estaba colocado, las cosas serían más fáciles de ese modo.

Jimin estaba a sólo metros de mí, si le dijera algo, no me escucharía. La música estaba demasiado alta y él, al estar rodeado de su presa delicada y las chicas con quién estaba esta mañana, no podía moverse, así que bailaba con desgana pero no me quitaba ojo de encima. Si esto hubiera ocurrido cuando no sabía quién realmente era, quizás habría

pensado que estaba "celoso", sin embargo... ¿lo estaba?

Como era de esperarse, niño toca-culos me tocó el culo, pero no le partí la mandíbula porque entonces no podría matarle luego; le abracé y también le toqué el culo. Hay que aprovechar las ocasiones que Dios nos pone en el camino, ¿verdad?

La mirada de Jimin estaba calándome. Me odiaba. Quería matarme. Lo podía leer en todos sus gestos, incluso si había luz negra, él se veía tan aterrador. Tenía entre sus manos pintura verde que, con la luz azul (la que, usualmente, se le llama "luz negra") se escribió en el abdomen: "Get out of the way".

Entendí que aquello era para mí y, por ello, hice justo lo que él haría si estuviera en mi situación. Besar al tipo y meterle la lengua hasta la garganta, apretar las putas greñas asquerosas de su cabello entre mis manos y succionar su músculo bucal mientras miraba a Jimin, deteniéndose, indignado y huyendo.

La música se volvió cada vez más lejana, mis sentidos se volvieron suaves de un momento a otro y entonces, comprendí que también le gustaba. De alguna forma.

— ¡Oye! — me llamó el gilipueñas a quien besé — ¡¿Podemos hacerlo otra vez?!

«Hijo mío... ¿quién coño pregunta esas cosas?»

— Está bien. Pero aquí no —le dije hablando (o tratando de hablar) por encima de la música —, vamos fuera. Así hacemos... Otras cosas.

Si pudiera ver sus ojos con total nitidez y a una luz decente que no me lastimara las retinas, entonces él tendría los ojos destellantes y emocionado por saber qué otras cosas más haríamos.

Pasamos entre la gente que nos empujaban, yo sostenía su mano y a cada rato miraba hacia atrás para asegurarme de que estuviera siguiéndome, y sí lo hacía. Parecía un estúpido que casi flotaba sobre el suelo; idiota.

La gente a nuestro alrededor saltaba, gritaba, bailaba y se bañaban en pintura neón que brillaban en verde; y nosotros, con suerte, pudimos salir de todo aquel ajeteo.

Una vez en la calle, tiré de él hacia mí y volví a besarlo. Pensaba que era Jimin y cerraba mis ojos imaginándome su rostro; había creído que sería fácil fingir que no me molestaba estar con otras personas que no fueran él, pero ahora que lo hacía, era imposible. Me daba asco. Sentir sus manos en mi muslo, en mi trasero o en mi rostro, era asqueroso. Cada vez que abría los ojos y ladraba la cabeza para que pudiera lamerme el cuello o marcármelo con un chupetón que luego, inútilmente, se volvería morado y todo quien lo viera, se haría ideas horribles y alejadas de mi agrado.

Acariciaba su espalda, mordía con levedad su belfo y luego le volvía a besar; él,

desesperado, me despojaba de mi cinturón y posteriormente de mis pantalón.

Se bajaba como un trepador besando mi piel hasta que acabó metiendo mi miembro en su boca y procedió a practicarme una felación. Mi respiración, acelerada, me obligó a cerrar los ojos e imaginar que las hebras de pelo que tenía entre mis dedos, era la cabellera de Jimin y, en consecuencia a ello, pude tener una erección y gemir de placer aun si supiera que sólo era una ilusión.

Sin embargo...

Oí el sonido del cristal de una botella romperse muy cerca de mí. Mis ojos se abrieron y lo primero que habían visto, fue a aquel sujeto caer al suelo y, lo segundo, a Jimin sobre él, con la botella rota y con la punta más grande y afilada que quedó, destrozándole el cráneo. Estaba enfurecido.

Capítulo 17 (1/1)

Y se hizo el silencio.

Mis oídos no permitieron que la información del sofocante sonido de la música electrónica, que sonaba a mis espaldas, entrara por ellos y, en vez de eso, éste fue totalmente amortiguado. No había nada que me devolviera a la realidad en los próximos segundos.

Había luz negra en ese lugar; luz negra que reposaba su textura azul sobre la piel suave de Yoongi. Suave como el terciopelo o la seda, como la hoja de un cuchillo, como la brisa misma, sin embargo, terminé preguntándome que qué hacía él allí. Me parecía lógico ir tras él y hacerle confesar, pero rompería el código que yo mismo había impuesto; además... estaba diferente.

Todo lo diferente en él se dibujaba a lo largo de su piel como tatuajes en un lienzo; sus ojos estaban más rasgados, delineados y oscuros, su mirada se volvió más mortífera y sus labios, que brillaban en oscuridad azul, se miraban tan ¿Apetecibles? Siempre había sabido que Yoongi... tenía un no sé qué que me llamaba la atención; no obstante, cuando las

farolillas alargadas de luz verde fosforescente le iluminó por sólo escasos segundos el rostro, vi que no tenía la cicatriz que le había dejado en el labio. Quizás había sido porque era imposible distinguirla a distancia, o quizás porque estaba volviéndome loco.

Él me miraba con demasiada sinvergüencia, como si se las supiera todas y el muy bastardo quisiera provocar algo en mí.

No sabría explicar con palabras lo que sentí cuando Yoongi besó a propósito a aquel sujeto que me caía horrible desde lo de aquella mañana, pero sí con acciones.

....

Lo último que recuerdo antes de romper la botella al estrellarla contra su cabeza y luego, al verlo tirado e inconsciente en el suelo, subirme encima de él y, con los picos de cristal afilados que se formaban en mi arma blanca, destrozarle el cráneo. Hacerle añicos, ¡no querer detenerme! Y sentir la adrenalina abrasar mis piel, mis venas, mi todo. Teniendo como estimulante la imagen de Yoongi y él comiéndose las bocas frente a mis narices.

Él no sé qué que poseía Yoongi, era sólo para mí. ¡Para mí!

Es de mí de quién se ha enamorado. Es a mí a quien ha acosado y con quién se ha acostado, entonces...

— ¡¿Por qué le has besado?! —lo empujé contra la pared envuelto en ira. Estaba temblando, pero no por el miedo u otra cosa, sino por la ira que sentía de forma electrizante en cada rincón de mi cuerpo. Apunto de acabar con la poca cordura que me quedaba en ese momento.

Yoongi se paró frente a mí, me dio un golpe en el hombro muy leve y con seriedad, me dijo: — Por ti, mamerto.

«Y entonces recordé que, antes de asesinar al sujeto que me tocó el culo en la mañana, había ido a vomitar al baño mientras que huía de la fiesta para no verlos juntos. Me detuve en el baño y eché una gran cantidad de líquido, a lo sumo era alcohol, pero no había bebido tanto.

Sentí miedo de mí mismo por un minuto cuando me miré al espejo; estaba tan pálido y mi

mirada era más filosa que la hoja de una katana en la época Sengoku de Japón, cuando aún existían los verdaderos samuráis. No sabía qué pasaba por mi mente en aquel momento, sólo sé que accedí a una botella vacía que encontré en el baño y lo maté.»

— Ah.

— Eres un imbécil. ¿Desde cuándo actúas de manera tan precipitada? — odiaba que Yoongi me insultara. ¿No se suponía que estaba enamorado de mí? ¿Entonces por qué lo hacía? Supongo que porque lo trato como la escoria que parece ser, sin embargo, yo no lo amo.

Pero si en algo debiera de darle la razón, sería en que, sí. Era un idiota. Había actuado de manera estúpida e impulsiva. Había matado a un ratón frente a ratas. Las cámaras del ayuntamiento, que estaban en las calles como apoyo del "Gobierno", me había filmado. Pero deduje que, desde mi ángulo, no me había visto más que la espalda, y Yoongi —el muy inteligente e hijo de puta— se encontraba en un punto muerto. La lente de la cámara no le vería.

— Acércate —me dijo extendiendo su mano para que fuera con él. Me había abierto los brazos, y yo me lancé a él con lágrimas en los ojos, abrazándome con fuerzas. No sentí su tacto durante los primeros segundos, sin embargo, como lo esperaba, me abrazó con tanto sentimiento que pude oír en los latidos de su acelerado corazón, decirme que me amaba.

— Pensé que te irías de mi vida — le dije en un sollozo, sin mirarle a los ojos al principio. Pero mi voz se oía rota, casi infantil, como si los putos mocos me obstruyesen el habla y hablase como si tuviera una embolia. Ah... ¿Por qué me puse tan asqueroso? Prosigamos. —... Habías dicho que me amabas a mí, sólo a mí y yo... yo sentí celos. — confesé.

Me tomó del rostro de inmediato, me miró a los ojos. Ojos que brillaban como la noche vista desde un lugar donde la contaminación urbana no llegaba, y su boca temblaba sin saber qué decir.

— ¿Lo dices en serio? —me preguntó.

— Lo digo en serio, Yoongi... —le contesté. Sonrió para mí, sus lágrimas se deslizaron por sus mejillas como lo hicieron las mías y de inmediato me secó la piel con delicadeza, con demasiado amor que tenía ya su propio aroma el cual quería siempre respirar; yo también le sequé las lágrimas y me dio un beso en los labios.

Imbécil.

Eres tan manipulable, Min Yoongi... que, aun creyendo que puedes ser mejor que yo en mi propio campo, sigues equivocándote. Pero te ves tan lindo cuando dices amarme y mostrarte dispuesto hasta matar por mí.

— Debemos deshacernos del cuerpo —me dijo—. No tienes coche, yo menos. Robemos

uno.

— ¿Cómo lo haremos?

— Crearé un puente —sugirió—. Nadie oirá el sonido de la sirena, tú la desactivarás. Te diré cómo.

A veces eres tan útil.

— De acuerdo —asentí y me separé de él. Me dio su chaqueta, para que me cubriera el rostro. Realmente me parecía estúpido que se arriesgara tanto por mí como para descubrirse el rostro sólo para que yo cubriera el mío.

Tomé de los pies al sujeto y él de las axilas y luego lo levantamos. Pesaba el muy condenado, pero conseguimos llegar a algún coche que estuviera más cerca.

Yoongi me pidió la camiseta y se la di cuando estuve seguro de que ninguna cámara me vería. Envolvió su codo con ella y rompió el cristal del coche; me tomó por sorpresa y me mostré débil ante él al exaltarme. Pero no recalcó nada, era muy profesional. Metimos al cadáver en la parte de atrás, Yoongi me dijo cómo desconectar la alarma.

Levanté el capó del coche, el motor estaba frente a mí. Me dijo que buscará un pequeño cable de color rojo y lo hallé sin tardar demasiado.

Capítulo 18 (2/2)

No podíamos llevarlo al sótano de mi casa o a la bodega. Eran prácticamente las cuatro de la mañana, habíamos conducido durante horas porque no sabíamos donde coño dejar el cadáver. Además, teníamos que hacer algo con el coche, sería un problema dejar toda la maldita evidencia y Yoongi estaba comenzando a impacientarme.

Me decía: "Debemos deshacernos del cuerpo, borrar la evidencia y hacer algo con el coche".

¡Ah! ¿Pero no eres Cristóbal Colón acaso? ¿Has descubierto también un continente diciendo obviedades?

— No me trates de idiota que te parto.

Se burló de mí. Sonrió y, a decir verdad, tenía una sonrisa bastante agradable que me daban ganas de morderle la cara. Nos detuvimos en un parque, aún era de noche. Viendo que seguía tan oscuro, lo más probable es que se demore para que amanezca. Sin embargo, los jodidos corredores seguramente harían, no muy pronto, su rutina mañanera.

— ¿Dónde estamos? —le pregunté.

— En un parque.

— Te quedarás sin follar, te estoy advirtiéndolo. Gracioso.

Yoongi se mostraba feliz. Nunca lo había visto sonreír más de tres segundos sin que pareciera que estuviese siendo sarcástico. Al parecer, el hecho de que haya hecho otro de mis teatros, bastó para convencerlo y se volvió una buena perra de nuevo que sólo me ladraría a mí.

Arrastramos a la persona cuyo nombre no recuerdo pero que se sentaba detrás de mí en clase hasta el lago del parque, casi escondido detrás de unos matorrales. Ambos nos detuvimos. Estábamos exhaustos, pero aún tocaba decidir qué hacer.

— Esto es tan arriesgado — dijo Yoongi. Yo le miré mientras intentaba tomar el aire —. Tendríamos que deshacernos de cualquier cosa que lo identifique.

— Ya le he destrozado la cara.

— Sí, gracias —comentó de forma sarcástica—. Por tu incompetencia, el pavo éste ha dejado sangre en la entrada de la parte trasera de la maldita discoteca. ¿Contento?

— A que te parto la cara a ti también.

Yoongi se puso serio de repente.

— Realmente hemos dado vueltas con el coche. No estamos tan lejos de mi trabajo, y no tengo mis cosas de labor —me miró entonces—. Jimin... ¿Serías capaz de ir a por ello?

Fruncí un poco el ceño. Estaba confundido.

— ¿Por qué no vas tú?

— Porque si voy yo y alguien te descubre aquí, jamás me lo perdonaría. Preferiría ir yo a la

cárcel antes que tú.

Mi corazón se detuvo por un momento y bombeó sangre de manera precipitada a otro.

— ¿Por qué...?

— Porque te amo. ¿Aún dudas de ello?

No le respondí. De hecho, se me hizo un tanto incómodo. Yoongi era como esas bacterias que no quieres, pero necesitas. Odiaba cuando se ponía cursi. ¿Un asesino en serie podía ser cursi? Ed Gein me dice que no.

Me dio sus llaves, había creído que me dejaría ir sin más. Pero no. Me tomó de las manos y pareció aferrarse a mí, menudo tocapelotas.

— Jimin... por favor, si estás pensando en huir de mí y dejarme tirado con esta responsabilidad, te pido que no lo hagas. No me dejes tirado, por favor.

¿Qué traumas debía tener para pensar que lo abandonaría? Aunque es muy probable.

— No lo haré. —le dije.

— Júralo, Jimin... —me dijo acercándose a mí — Júralo.

— ¿Lo juro?

— Así no, júralo bien.

Pesado.

— Lo juro, Yoongi. Volveré a por ti y con todos tus juguetes.

Luego de eso, me soltó. Supuse que no dejó de verme hasta perderme de vista; sentía el filo de su mirada desconfiada sobre mí. Y no dejé de sentir esa sensación hasta que llegué al coche y me subí.

Mis manos se apoyaron sobre el volante por un momento, la carretera estaba oscura. No pasaba siquiera un mísero coche cerca, pareciera que está tan desierta que si mataba a Yoongi para que me dejara en paz, sería trabajo sencillo. Nadie lo escucharía gritar.

— Maldita sea, Jimin... ahora no —me dije a mí mismo, en voz alta. Suspiré y encendí el motor del coche —. Todavía tienes que descubrir el no sé qué que te atrae de ese idiota.

....

La gente que vivía a los alrededores de la carnicería donde Yoongi trabaja, ni dio se ha despertado aún.

Yoongi tenía razón, parecía estar desolado. Y tampoco estaba tan lejos del lugar donde debía ir.

Era tan tétrico el lugar a oscuras. La única vez que estuve en ese sitio y con las luces apagadas, había follado con Yoongi mientras un cadáver nos miraba practicar el coito. Curioso, ¿no? Que un muerto pudiera ver, ah... basta.

Yoongi era un idiota.

Aparte de parecer capaz de escribirme un poema mencionando todo lo que me haría la próxima vez que se cuele en mi cama y yo no estuviera inconsciente, era un imbécil. ¿Cómo mandaba a buscar algo que ni siquiera tenía idea de qué? No me había dicho lo que debía buscar. En la bodega sólo había frío y mucha carne colgada. ¿Unos cuántos cuchillos servía? Daba igual. Los metí todos, y todo lo que hallaba en mi camino a una bolsa con prisa.

Subí las escaleras casi corriendo, cerré con llave y, cuando me detuve frente a la puerta del coche, algo me impidió seguir. Me cuestioné entonces: "¿Por qué debería... de volver con Yoongi?" Era cierto que eran una oportunidad única para deshacerme de él. Confiaba en que me amaba. Podría decirle que ocurrió algo y él se haría con todos los cargos.

Las llaves me hacían daño e las palmas de mis manos, no podía pensar con claridad.

¿Volver o no volver?

¿Ser o no ser un hijo de puta? Porque se me da bien serlo.

Me metí al coche pero no hay nada que interrumpa a mi mente dándome los primeros remordimientos. La imagen de Yoongi se expande y me tortura, se roba mis suspiros. Me quita el aire y provoca que sude como un cerdo.

— ¿Por qué simplemente no puedo abandonarlo? —me pregunté en un susurro.

«Porque... Te amo»

Oí su voz decirme aquello. Mi corazón brincó de repente, y simplemente encendí el motor

del coche; de soslayo, reparé en lo que me había pedido.

— Me cago en la puta. —mencioné antes de volver con él nuevamente.

No iba a dejarlo, incluso traté de convencerme de que aquello sólo había sido porque, según desde mi razonamiento, él podría ser útil aún. ¿Quién sabe? Quizás nos convertiríamos en un dúo asesino de mucho cuidado.

Éramos... tal para cual. Sí.

O eso traté de pensar.

Capítulo 19

El tiempo no estuvo a nuestro favor.

Si hubiéramos tenido un poco más de ello, quizás le hubiera desollado a la perfección y hubiese dejado su cuerpo irreconocible. Sin embargo, tuvimos un poco más de suerte deshaciéndonos del coche incendiándolo en un remoto lugar casi a las afueras de Ansan. Claramente, al viajar por autopista hasta aquel lugar, nos habíamos deshecho de la matrícula del vehículo ya que teníamos que pasar por las zonas del peaje que contaban con cámaras de seguridad.

Para nuestra buena suerte, escogimos un coche bastante común. Había como miles de coches con las características del que robamos, no sería tan fácil encontrarlo una vez se pusiera la denuncia.

Jimin me dijo que éramos estúpidos, pero yo discrepo aún. No fui yo el sin cuidado que mató a un tipo frente a una cámara de vigilancia.

Mencionó aquel insulto refiriéndose a nosotros porque había dicho, anterior a ello, que hubiera sido mejor traer el cuerpo hasta Ansan y deshacernos de él junto con el coche. No era una mala idea, de verdad, pero habría costado más y hubiera sido peligroso. Jimin había dejado de pensar últimamente, seguro que algo más pasó con él que el simple hecho

de cometer una estupidez como la de anoche.

Yo llevaba dinero en la cartera, y con ello pudimos comprarnos ropa y quemar la que llevábamos, estaban manchadas de sangre. Sólo tenía, justo, para el pasaje de ida en bus hasta Seúl nuevamente.

Teníamos la suerte de cometer una gilipollez un sábado por la noche, porque, de ser un domingo, Jimin se habría perdido las clases en la universidad y lo que menos quiero es que repruebe.

Pese a todos mis esfuerzos por llegar hasta él, sólo pareció haber una chispa entre nosotros de su parte anoche, pero, al parecer, se ha vuelto a apagar porque el niño mimado de mamá, no quiso hablar conmigo durante todo el trayecto. Y habían sido unas cuántas horas, a decir verdad.

Se mantuvo mirando la ventana y toda la carretera durante todo el camino. Una vez quise cogerle de la mano, y la apartó el muy hijo de puta. Qué vergüenza. Si hubiera podido verme, seguro tendría la cara doblemente tal cual como el papel de idiota que hago cada vez que quiero llamar su atención.

...

Caminé detrás de él todo el tiempo, según él, eso haría que mantengásemos una distancia prudente. Pero una vez se dio cuenta de que nadie en su comunidad se había levantado un domingo temprano, me llamó con el movimiento de sus dedos y yo me acerqué a él.

En todo el trayecto que llevábamos, ni siquiera me había dirigido la palabra hasta ahora.

— Yoongi, tenemos que hablar —me dijo él. Su mirada me había sorprendido.

Yo iba a cerrar la puerta detrás de mí, pero cuando me giré para proseguir mi camino tras él, él se me había plantado en frente y casi me dio algo.

— Joder, qué puto susto... —murmuré con el cosquilleo aún presente en mis piernas. Realmente me había tomado por sorpresa — ¿De qué?

Le seguí hasta la sala. Él se había sentado en el sofá grande y me invitó a sentarme en un individual que estaba frente a él.

— Me gustas, Yoongi. —me dijo tan de repente. Mi corazón se detuvo por un momento,

sentí como un trombo obstruyéndome casi todos los vasos sanguíneos. Creí que iba a desmayarme. ¿Por qué una frase tan simple —y que ya había oído otras veces años atrás —era posible de causarme sensaciones así? ¿Tan mortales e irreales?

— ¿Qué?

—Que me gustas... —volvió a repetir. Oh, definitivamente no había oído mal — Me gustas como eres. Me gusta lo que haces. También me gusta tu aspecto y cómo me follas — «Ah, mamoncito...» — Y también me gusta esa sonrisa idiota que has puesto, te queda bien.

— ¿Acabas de llamarme idiota?

— Acabo de llamarte idiota.

Sonreí de nuevo. Su contestación me había hecho gracia, y si no fuera porque me di cuenta, probablemente habría seguido acomodándome el cabello detrás de las orejas como una colegiala tonta.

— Te perdono —le dije —. Pero hay algo que no me cuadra.

— ¿El qué? —me cuestionó sin despegar su mirada fija en mí. Parecía que, de un momento a otro, saltaría hacia mí y me comería. Pero no el pene.

Obviamente no era idiota. Aceptar insultos de su parte, eran cumplidos. Pero tenía mi propio razonamiento y sé que es capaz de utilizarme (cosa que no me iba a desagradar, por cierto).

— ¿Qué coño pretendes? — Me puse cómodo, como si fuera mi maldita casa. Estiré las piernas, bajé un poco el culo en el colchón y apoyé mi mejilla sobre mi puño cerrado. No iba a dejar que se sienta superior a mí. Pese a que me gustaba. Me gustaba que estuviese encima de mí con mi polla dentro de él.

— Formemos un equipo. Algo así como cómplices de crímenes. Confío en ti, Yoongi.

Me petó el corazón.

— Siempre intenté convencerte de que confiaras en mí, pero no aceptabas e incluso me mantenías alejado, me dejabas morir de abstinencia a ti... ¿Ahora por qué? ¿Qué ha cambiado?

— Como ya te he dicho: me gustas, Min Yoongi. Tienes un no sé qué y siento que si te mantengo lejos... no podré vivir tranquilo. Es irónico y un poco paradójico, sin embargo, eres quien puede mantenerme cuerdo. Quiero seguir cuerdo, y por ello te necesito.

— O sea que me quieres utilizar.

— Ambos salimos ganando —me dijo—. Pero, bueno... No sé si querías ¿Lo quieres?

Mordí una pequeña cutícula que estaba en una esquina de mis uñas, cuyos bordes albergaban restos de sangre seca. Mis ojos pusieron tanto énfasis en él, en su manera de hablar, de comportarse y en su "no-parpadear" mientras me miraba el alma.

— Claro que quiero, Jimin —respondí con total seguridad, alejando mi dedo pulgar de mi boca, él sonreía victorioso —, pero... —entonces dicha sonrisa se perdió. La borró casi de inmediato — Tengo una condición.

— ¿Qué condición?

— Escíbeme un poema.

Él se había sorprendido con mi petición. Percibí en su lenguaje corporal y en sus hablaurías faciales la confusión, se halló desconcertado por un momento.

— ¿Un poema?

— Estudias una carrera de letras, ¿no? Seguro eres un buen escritor. Seguro puedes ser un ángel tras esa piel de demonio.

Soltó una sonrisa casi aspirada y desvió su mirada de mí. Pero volvió a mirarme de nuevo.

— De acuerdo. Te escribiré un poema.

— Quiero que tenga muchos recursos estilísticos, ¿sabes? Me encantan las metáforas, las sinestesias, las personificaciones, hipérboles, las hipérbaton... Las anáforas... —pese a que comencé hablando de aquello que pedía, me fui apagando poco a poco al recordar algo que no me sabía bien.

— Vaya, ¿cómo sabes todo eso?

— También cursé una carrera universitaria, Park Jimin.

Se quedó sorprendido. Lo supe por la forma en que acabó mirándome.

— Eso no me lo esperaba. Pensaba que toda tu vida, (después de la secundaria, claro), había sido como carnicero.

— Hay muchas cosas que no sabes de mí —le comenté. Sentí la tensión como si fuera un balde de agua fría que cayó sobre mi cabeza, un peso horrible sobre mis hombros y un escalofrío aterrador que recorrió mi espalda. Maldita sea... ¿Por qué debía recordar el pasado justo ahora? Espero que Jimin no haya notado mi nerviosismo respecto al tema.

— Ni tú de mí.

— Es lo normal. Me parece que debe existir una línea entre nosotros que no debemos cruzar. No es que algo que haya hecho te sorprendería, pero no estoy cómodo hablando de mi pasado.

— Concuerdo contigo, Yoongi —me volvió a decir. Entonces, se cruzó de piernas —. Ahora, es momento de que te diga mi modus operandi.

Aquella frase latina era sin duda mi oración del día. Mi favorita.

— Adelante. —le dejé proseguir.

— Escúchame atentamente, Yoongi. Porque no lo repetiré dos veces —me puse atento —: Anteriormente, trabajaba solo. Cazo personas que estén dispuestas a ser mis parejas o que son muy débiles de mente y no tienen familias que reclamen su desaparición. Tal el caso como el de mi anterior pareja. Yo las atraigo hacia mí. Me gano su confianza y, cuando pasó un cierto tiempo, los asesino. Tengo comida de sobra por ello y está bien. A veces tengo impulsos incontrolables, pero con tu llegada, he sabido controlarme.

— ¿Qué clase de impulsos?

— Horribles. Pierdo el control de mí mismo y tiendo a cometer atrocidades. Quizás una masacre, pero no soy yo. Es el otro. El que actúa cuando yo no estoy. Ambos somos parecidos. Ambos matamos para comer, sobrevivir y satisfacer nuestras necesidades sádicas... pero el otro es un verdadero monstruo capaz de dañarse a sí mismo, o sea, a mí.

— ¿Cuántos episodios has tenido?

— Sólo una vez. Hace tiempo. Después de aquello, mis padres me medicaron. Tengo desorden de la personalidad. Mi ego es porque soy un psicópata, es verdad, y la personalidad a la que conociste también es otra. A veces suelo mentir tan bien que yo mismo me creo el cuento —me dejó la piel helada, me incapacitó el tragar saliva —. Quiero pedirte un favor, Yoongi.

— ¿Cuál?

— Si alguna vez llego a estar ausente, y aparece el otro... márame.

Me quedé estupefacto.

— Márame. Y no sólo porque soy más propenso a que me agarre la policía o capaz de dañarme a mí mismo... Sino porque puedo dañarte a ti. Y no quiero.

Taquicardia, bradicardia, taquicardia, bradicardia... ¡¡Taquicardiaaaaaaaa!!

Me levanté y caminé hasta él, esquivando la pequeña mesa que se interpuso en mi camino

y, cuando llegué poniéndome frente a él, Jimin levantó la vista para verme, pero sus ojos se fijaron en mi boca directamente.

— Tontito... —le dije pellizcando sus mejillas, como si fuera un retoño hijito de mami —
¿Cómo piensas hacerme daño? Tranquilo, bebito. Eso no ocurrirá. ¿Confías en mí?
Entonces deja de temer. Mientras estés a mi lado y yo al lado de ti, nada nos deberá importar. Ni siquiera el peligro.

Y besé sus labios.

Capítulo 20

» I want you to want me... I need you to need me... I'd love you to love me... I'm beggin' you to beg me... «

«— Mírame muy bien, Yoongi... Mira cómo lo hago. Mira cada movimiento que doy. Te servirá. Presta atención.»

Ahora estaba con una chica en el parque. Rodeándola con el brazo y brindándole su tierna sonrisa, contándole chistes, haciéndole reír. Le acariciaba las mejillas y acomodaba su cabello detrás de sus orejas. La muchacha, como es natural, se enamoró de él. ¿Quién no se enamoraría de él?

Habría que estar loco de remate en el otro sentido para no enamorarse de Park Jimin.

La muchacha se sonrojaba, desviaba la mirada y se hacía chiquita cuando Jimin se acercaba a ella. Él actuaba de una manera totalmente inofensiva e inocente. Parecía otra persona.

Claro que yo sabía lo muy descaradamente que estaba mintiendo. Pero parecía tan convincente que tuve que repetirme a cada momento que él estaba actuando.

Aunque me entró la duda de quién era realmente.

Jimin era todo una mentira. Su labia era impresionante. Jimin era el sinónimo de todo lo malo. Era un ser un manipulador, un mentiroso. Pues, incluso si yo supiera que la verdad de su yo (un monstruo), esa certeza era propensa a ser un engaño. Me estaba confundiendo.

¿Por qué era así? ¿Qué me estaba haciendo? Habían veces en las que quería levantarme de esa banca e ir a decirle que dejara de mentir porque estaba confundíendome. Pero dejar que la chica se le escapara, no era la intención. Sólo quedaba observar cómo ser un puto monstruo al igual que él, sin levantar sospechas.

Antes de todo esto... yo era un buen analista. Iba a ser un psicólogo/psiquiatra (irónico, ¿verdad?). ¿La razón de por qué lo dejé? En realidad no me gusta recordar los detalles. Es, incluso para mí, traumático. Y sin embargo, no pude deducir nada de Jimin la primera vez en que lo vi. Era un libro en blanco. Escrito en lengua antigua para dificultar mi lectura. Y ahora me sofoca la idea de que sólo pareciera que he leído su portada y su sinopsis en la contraportada. Pero jamás su contenido. Cualquier capítulo suyo era... inexistente. Inexplicable. Invisible. Ilegible.

....

Decir que yo estaba más cuerdo que él, sería una mentira. Pero me asustaba su salvajismo. Cada día que pasábamos juntos, era, para mí, la cuenta regresiva para que él decidiera matarme. Pese a que me repetía que yo le gustaba, era capaz de cualquier cosa en la mínima en que me despiste. Si tan sólo parpadeara frente a él, acabaría muerto.

Dormía al lado de él todas las noches. Bueno, las veces en las que me llamaba de madrugada llorando y decía necesitarme.

Ahora os pongo un reto.

Definid iluso.

Vamos, que es muy fácil.

Nada de googlearlo, ¿va?

Uhm, me parece justo daros una pista.

Empieza por "Y" y acaba por "Yo, maldita sea".

No importaba la hora que sea. Tenía el sueño ligero y el primer tono me despertaba. Saltaba

a por el móvil y, sin sonar desesperado, le decía que iría lo más rápido posible.

Me recibía con las lágrimas en los ojos, y no podía saber si eran de cocodrilo, de mosquita muerta o eran verídicas.

Me abrazaba. Se apoyaba en mí. Me consideraba un hombro en el cual llorar. Y eso sólo me enamoraba más.

No sabía si lo hacía a propósito. Si sabía que no soportaba su lejanía. Si sabía cuán enamorado estuvo mi corazón de él, que cuyos latidos cantaban su nombre y clamaban su añoranza a la luna cada noche estrellada. Pues él era la única estrella para mí, que pese a su oscuridad, me cegaba con su luz negruzca. Y me derretía con el canto de su frágil voz; voz que salía de sus labios cerezas y perforaban en lo profundo de mi alma filtrándose sobre mi piel hasta estremecerme.

Era incapaz de saber si era sincero conmigo. Si realmente me necesitaba porque en verdad le gustaba (aunque sea un poquito), como a mí me encantaba él. Y que no sólo me llamaba para follar. Aunque, las veces en las que me llamaba llorando, nos quedábamos por horas abrazados en el sofá. Sin hacer ruido alguno. Sólo abrazados. Sólo yo aspirando su aroma y acariciando su rostro y cabellera.

Era incapaz de leerlo. De saber si jugaba conmigo o si era verdadero. Sin embargo, cabía la posibilidad que yo era capaz de saber que estaba mintiéndome, pero no quería saberlo. Era feliz en mi utopía. Era feliz estando cerca, y él cerca de mí. Si esto presentaría un problema a la larga... no lo quería saber.

16 de octubre de 2019.

Jimin ya había cazado a su presa: a aquella chica.

Ella estaba en la boca del lobo vestido de cordero. La cargaba en su boca como si fuera un cachorro y, ahora, sólo quedaba...

— Yoongi —me llamó. Estaba tan despistado que se me olvidaba dónde estaba. Cuando le presté atención, él me miraba con seriedad.

— ¿Qué?

— Quiero que le cortes los senos. —me dijo.

Yo miré a la chica por un momento. Estaba llorando. Me suplicaba piedad con la mirada. Al parecer, "parecía" menos loco que Jimin. Y sería verdad de no ser porque no me causaba ningún remordimiento el matarla, incluso si sabía que era inocente. Que tenía una vida por delante. ¿Qué estudiaba? ¿Iba a ser docente, no? No puedo incluso llamarla "pobre chica" sin sonar falso.

Normalmente, era Jimin quien soltaba las ironías y los sarcasmos durante las torturas donde las víctimas eran suyas. Después de pasar tanto tiempo a su lado, había comprendido cual era mi lugar: satisfacerle y no hablar. Aunque no estaba muy seguro de si eso era un error.

A Jimin, por su parte, le satisfacía el oírle gritar mientras yo le separaba los senos de su piel y manchaba mi delantal de su sangre. Pero no era satisfacción entera para él. Él seguiría torturándola, no la dejaría morir sin antes morderla y oír, más de cerca, su dolor.

A mí no me molestaba. De hecho, ¿por qué habría de hacerlo? No era diferente a él. No tenía ética. Era alguien capaz de matar como todo el mundo, y lo hacía porque tenía —según yo— razones de hacerlo. Desquiciadas razones.

Hubo un tiempo en mi vida en el cual me cuestionaba demasiado. Según yo, soy ateo. No creo en Dios. No creo que exista alguien superior a mí —alguien capaz de matarme, por mis cojones que sí. Pero no alguien que pueda matarme por arte de magia—, y como había dicho Friedrich Nietzsche: "Dios ha muerto". La idea del bien y del mal sólo eran escombros de lo que algún día fue algo como la "religión". No existe el bien. No existe el mal. La idea de ambas están sobrevaloradas.

"Está mal robar. Está mal mentir. Está matar." No han habido dichos más frecuentes en mi vida como aquellas tres frases. Sin embargo, ¿desde el punto de vista de quién?

¿Acaso está mal robar a un rico pero no a un pobre? ¿Y qué me decís de a un ladrón? ¿Está mal robar a un ladrón? ¿Está mal mentir pero sólo cuando conviene? ¿Pero no está mal mentir cuando la verdad puede salvar tanto como puede herir? Y luego... La cúspide del pecado después de la lujuria: matar. ¿Está mal matar inocentes pero no a asesinos? ¿Y si resulta que alguien inocente ha sido juzgado como el peor criminal del mundo y vais vosotros a matarlo? ¿Acaso no sería una doble moral? ¿Está mal matar a tu hermano compatriota, pero no a un extranjero en guerra? ¿Está bien matar adolescentes recién violadas para que callen, pero no está bien matar a los criminales porque "la justicia" se encargará de ello? A la mierda la justicia. No existe el bien. No existe el cielo. No existe el mal, el Diablo o el infierno. Resolver las cosas por tus propias manos jamás será más satisfactorio que ver al asesino de tu familia ser condenado a cadena perpetua pero con una sonrisa en el rostro. Todos acabamos de la misma manera. Pudriéndonos en la tierra. No existe el castigo divino. Sólo tú contra el maldito mundo de mierda, que no para de joderte y, si piensas de manera distinta (defendiendo a la violencia como método de subsistencia), probablemente te tallarán de loco, incluso si estás a favor del bien.

Sea cual sea el factor, la sociedad de mierda te va a criticar. La sociedad lanzará las piedras y esconderá la mano. Incluso si eres un desquiciado enfermo asesino, o alguien que aturde a la gente para salvar al planeta del calentamiento global. Para ellos, siempre, pero léeme bien, siempre, serás un puto ido de la olla.

El cuchillo recorrió su piel, ella ya estaba muerta. Jimin me había ordenado el destazarla. Como no había muerto hace tiempo y su fallecimiento había sido reciente, la sangre rebosó

en la mesa de autopsias. Había advertido a Jimin de esto, sin embargo, él me dijo que callara y prosiguiera.

— ¿Qué es lo primero que haces para deshuesar a un animal? —me preguntó.

— Es diferente, con cada animal —le contesté—. Pero lo haré con ella como si fuera porcina.

— Me parece interesante.

Se apoyó sobre la besa, la sangre brotaba de sus muñecas pues fue la primera parte de su cuerpo que comencé a cortar, justo alrededor de ella. Luego le doblé la muñeca de tal forma que se la rompí. Seguí limando el hueso con el cuchillo, entonces Jimin me detuvo.

— A ver, quiero intentarlo —extendió la mano para que le entregara el cuchillo y se lo di.

— Sigue cortando hasta separar las manos de su cuerpo —le dije. Lo hacía mal. Lo hacía bastante mal. Las estrías del corte quedarían desparejas. Imperfectas. Pero logró quitarle la primera muñeca y luego, correteando hasta el otro extremo, cogió la otra mano y comenzó a cortarla como si fuera cualquier estupidez.

— No, no, no —le detuve—. Estás destazando no cortando el pan. Debes deshacerte del hueso dando cortes limpios y circulares hasta tocar el hueso.

— A ver, hazlo tú.

Cogí de nuevo el cuchillo y procedí a enseñarle cómo. No obstante, las estrías que él había hecho estaban horribles. Como si tampoco hubiera cortado un pan en su vida. Le enseñé mi forma de hacerlo intentando arreglar su cagada. Luego él tomó la mano y la dejó cerca de los pies.

— ¿Luego qué?

— Ahora los pies —le respondí con cierta distancia. Lo cierto era que, en ese momento, estaba tan calmado y actuando como un niño. No era el mismo borde de antes, entendía que se volvía apacible luego de cometer su capricho.

— A ver, enséñame. Ponte detrás de mí y coge mis manos —me dijo. Yo le hice caso.

— Corta la piel de manera delicada —explicaba tomándole de las manos apoyándome sobre su hombro. Sentía su cuerpo, su calor... y de vez en cuando trataba de mirarme, acelerándome el corazón.

— ¿De esta manera?

— Sí. De esa manera... —incluso si sólo estaba tan cerca de mí y yo de él, se sentía tan

lejano. Tan incierto que me dolía.

— ¿Qué sigue ahora?

— Decapitación.

Intentó hacer lo que le había dicho, pero nunca había visto a alguien tan inútil decapitando de la manera en la que se debería destazar a un animal. Finalmente consiguió quitarle la cabeza, pero anteriormente se le había atascado porque los huesos siempre eran complicados de separar.

— Ahora habría que hacerle una incisión profunda, desde el esternón hasta la vagina y se pararlo todo después.

No fue su culpa, debí haber insistido más en refrigerarla antes de que toda la sangre acumulada lo bañara cuando la separé por la mitad. Solté el cuchillo, yendo hasta él, le tomé el rostro con mis manos desnudas y limpias, pues me había deshecho de los guantes.

— No abras los ojos — le pedí —. Deja que yo te limpie. —le quité la sangre de su rostro con el tacto suave de mis dedos. Era tan hermoso, era tan sublime. Era tan perfecto que mi corazón se habría enamorado de él las veces que fueran necesarias y también las innecesarias. Viéndolo mirarme, con esos ojos oscuros y sonriéndome mientras me tomaba de las manos, era como el paraíso. Su belleza podría ser una excusa para explicar mi amor por él. Puede ser que sólo me jaja fijado en su físico.

Pero lo he tenido tantas veces. He entrado en él tantas otras y, mientras lo beso, soy feliz. No sabría si esto es también una mentira. Si todo yo soy una mentira. Y, de ser así, no quería saberlo.

Quería... Estaba dispuesto a morir asfixiado en su toxicidad. Envenenado de sus labios. Morir de la manera más cruel para pagar por mis errores, incluso si uno de ellos ha sido amar a Park Jimin.

Desearía saber si realmente estoy enamorado de él. Porque no soportaría la idea de que todo esto sólo sea producto de una obsesión.

Desearía estar enamorado y tener la certeza que él también de mí. Y no pensar que todos estos sentimientos y las lágrimas que he soltado por cada sonrisa suya que me ha parecido sincera, haya sido porque estoy tan loco y desquiciado... como él.

Capítulo 21

Los ojos de plata de la mujer, aún miraban hacia el techo. Aún se mantenían suspendidos sin ver algo. Muertos. Nublados.

Su cabeza todavía seguía reposando sobre la mesa metálica, unos centímetros escasos distanciada del cuello. La piel cercenada, tocaba a ratos su barbilla. Lo hacía cada vez que su cuerpo era levemente embestido cuando yo cortaba con dureza sus costillas, retirándolas de esa forma. A raíz de ello, sus órganos se habían desparramado al momento en que su cuero cayó hacia los costados como si se tratara de sólo un horrible disfraz. Y la sangre que se escapaba, rebosaba y caía por los bordes de la mesa. Se formaban hilos que terminaban en gotas, el procedimiento era lento, por ello, Jimin se dio cuenta que su sangre era espesa. Incluso la probó como si hubiera metido su dedo en jalea y debía degustar.

Su rostro estaba aún con manchas de sangre seca, su cuello sucio y su ropa todavía húmeda. Pero me miraba con una sonrisa, totalmente ensimismado. Su mirada estaba fija en lo que yo hacía.

Colocó su mano sobre el charco espeso de sangre que había sobre la mesa y luego me tomó del rostro y me besó de manera desprevénida. Yo correspondí su beso como el tonto que era.

Seguramente os estaréis preguntando cómo es posible que sea tan sumiso ante él. Que me guste que me muerda, que me haga daño. Que juegue conmigo de tal manera y yo se lo permitiera, cuando bien podía alzarle la voz, amenazarlo como la última vez e incluso pegarle. Pero es que soy incapaz de hacerle daño a Jimin. Lo quiero tanto que jamás le pondría una mano encima. Jamás le alzaría la voz. Y si realmente llegaba a sucederle algo, yo moriría. No había mucho que pensar. No quedaba nada en mi vida más que él. Pues él me había salvado.

Si no fuera por Jimin, yo realmente seguiría atado al pasado y acabaría suicidándome por los traumas que despiertan a los demonios dentro de mí. Dejaría que estos me devoraran hasta inducirme a la muerte mostrándome el pasado. Un horrible pasado al que no quiero volver.

«Yoongi, te crees un asesino súper astuto y puede que hasta el momento lo hayas sido. Pero es caer muy bajo ceder ante todo lo que Jimin diga. ¿Qué ha pasado con tu orgullo psicópata? ¿Acaso no tienes autoestima? Pensaba que todos los asesinos seriales érais de esa forma. Egocéntricos. Pero parece que el único egocéntrico aquí es Park Jimin.»

Probablemente tengas razón, comentario anónimo. Pero sólo soy de esta forma si estoy con Jimin. Los asesinos seriales no tenemos por qué ser mentes maestras todo el tiempo, de ese modo, jamás habrían atrapado Manson, Ted Bundy o Richard Ramírez.

Pero claro, ellos cometieron las estupideces que yo no cometeré. ¿Y quién dice que no soy egocéntrico? Puedo serlo. Puedo serlo hasta provocar miedo. Pero aún no es el momento, aún falta...

Jimin me lleva como si fuera una corriente de agua después de un día de tormenta. Me mantiene suspendido en sus labios, me besa, me empapa de sangre y me lleva hasta el suelo. Me desviste y, aunque no le vea, sé lo fuerte que muerde sus labios mientras lo lleno de pequeños besos el cuello, le lamo la piel y acabo de nuevo en su belfo hasta que, finalmente, me mantengo respirando sobre sus labios deteniéndome.

— ¿Qué sucede? —me pregunta.

— ¿Me quieres, Jimin?

— ¿Qué?

— ¿Me quieres tanto como yo te quiero a ti? ¿Crees que lo nuestro pueda evolucionar a algo más importante que sólo esto? ¿Crees que podríamos estar juntos para siempre? — le pregunto yo. Sus ojos miraban los míos con cierto asombro — ¿Me amas... Jimin?

— Te amo, Yoongi. —mintió.

Mintió, mintió y mintió.

Sabía que era mentira, pero igual le creí. ¿Por qué? Porque necesitaba que fuera verdad, que me amara y me correspondiera. De esa manera, el futuro en donde él esté dormido sobre mi regazo mientras yo leía un libro en primavera, bajo la sombra de un árbol, no se viera tan irreal, lejana, inalcanzable... Necesitaba ser un tonto. Que creyera que es capaz de utilizarme, de aquella forma, seguiría mintiéndome. Seguiría respondiendo a lo que yo quería, y sería "feliz".

....

Nunca llegué a obtener mi título de psicología.

Pero recuerdo haber sido el mejor alumno de mi promoción. O al menos eso era lo que mis profesores decían de mí con orgullo. Ah... resultaba tan irónico, ¿no? Antes, incluso si sólo era un principiante en la carrera. Un novato sin siquiera haber cursado el tercer trimestre del primer año, me pedían que opinara sobre los perfiles de los criminales que eran arrestados.

Halagaban mi labia y mis conocimientos. Aun si todo aquello se debía a sólo leer libros y libros respecto al tema. Había contribuido a muchos casos, y, en alguno de ellos, fui capaz de ver cara a cara a quienes eran juzgados a cadena perpetua o a más de cincuenta años de prisión por mis hipótesis y deducciones. Ellos me decían que iban a matarme, que no sabía en lo que me estaba metiendo, que todo lo que sube tiene que bajar.

Todo lo que sube tiene que bajar.

Y eso fue lo que me pasó a mí.

Parecí haber caído de un edificio de veinte pisos a un vacío de veinte metros. La caída dolió, como es natural. Después de que la tragedia tocara las puertas de mi vida, yo huí. Nadie más oyó nuevamente de mí o mi nombre. Dejé la carrera y me mudé a la ciudad. ¿Para qué? Para convertirme en un carnicero y hacer las cosas que había juzgado anteriormente, pero con más salvajismo. Me convertí en alguien merecedor de cientos de cadenas perpetuas. Curioso, muy curioso.

Jimin no es tan diferente. En este momento está sonriendo, y la brisa fría de la mañana era tan agradable que le hacía lucir aún más hermoso de lo que ya era. Jimin era tan monstruo como yo, pero había una diferencia: él, probablemente, lo había sido toda su vida. Yo me convertí en algo más demoníaco por él.

— Me muero por que alguien la encuentre — dijo entusiasmado. Yo le miré de reojo, sus pupilas brillaban con tanto fervor, pero yo no había opinado sobre lo que estábamos haciendo.

Colgamos a la muchacha que habíamos matado, de un árbol. Estaba partida por la mitad. Sin brazos, sin piernas y decapitada. Jimin insistió en amarrarla de las muñecas y los tobillos para que se colgase de manera uniforme, como si fuera un animal, un cerdo. Sus manos y pies iban colgando de una cuerda justo en medio de sus dos mitades junto con su cabeza que estaba sujeta a la cuerda del pelo. No tenía ojos. Tenía mordidas en todo su cuerpo de manera irregular. Cuando Jimin la mordió, había pensado que cometió un error, pero recordaba que su dentadura real era diferente y monstruosa; le mordió tantas veces en un mismo lugar pero con diferencia de milímetros de distancia de las estrías que la identificación sería difícil de concluir con exactitud.

Le hicimos una sonrisa también... Era algo que Jimin quiso agregar para darle un toque más "artístico".

— Yoongi — me llamó. En seguida le miré —, te haré una pregunta y quisiera que me la respondieras. Pero si no quieres, no pasa nada. Lo entenderé.

— Vaya... — murmuré sonriendo de lado. Había soltado un suspiro al llegar a la salida de aquel lugar. No había ni una persona aún — ¿Tú siendo cortés sin fingir? Es tan inesperado como que decidas salir a la calle sin tu dentadura postiza.

Se cubrió la boca en cuanto le mencioné eso y habló mientras se la cubría: — Vale. Voy a ignorar eso. Yoongi... ¿Qué estudiabas? Recuerdo que habías mencionado el hecho de que tenías títulos académicos, supongo que también habías cursado una carrera universitaria, o quizás me estoy equivocando. Corrígeme si resulta así.

— No te equivocas — mencioné sin mirarlo —. Es verdad, sí. Cursé el primer año de una carrera universitaria. Más concretamente: psicología.

Una risa nasal salió de él y se detuvo mirándome divertido, pero, al ver que no me estaba riendo y que no le tomaba el pelo, se enserió nuevamente y me dijo, sorprendido: — Hala, no estás de coña.

— No.

— Resulta irónico — mencionó ya lo obvio — ¿Por qué lo dejaste? ¿Es que descubriste que la carnicería era tu oficio?

— Problemas familiares.

Supuse que se había dado cuenta de lo cortante que eso había sonado, y por ello no mencionó nada al respecto (ni siquiera algún comentario sarcástico), sólo se limitó a seguirme.

— ¿Y tú? — No hacía falta ser él para adivinar lo que tenso que se había sentido cuando le pregunté aquello — ¿No vas a contarme de tu vida? Siento que me interrogas mucho sobre la mía, pero lo único que sé de ti es que comes humanos y, en algunas ocasiones, hay otra personalidad que es peor que tú.

— ¿Qué más quieres que te diga? Bueno, puedo comer comida normal. De hecho, lo hacía... hasta que comenzaste a venderme carne humana.

Abrí en grande los ojos, luego me giré a verlo y lo detuve por inercia cuando yo también lo hice.

— Sustituía la carne vacuna o la porcina por la humana. Y con respecto a mis impulsos, para eso tenía novios. Para jugar.

— Pero me habías dicho que...

— Sí, Yoongi. Sé lo que te he dicho y es verdad: atraigo a personas sin importancia a mi círculo de amigos, me los follo y luego resultan carnadas para mí. Pero no comencé a matarlos hasta que activaste mis instintos de nuevo.

— Ah, ahora es culpa mía el hecho de que vayas asesinando a gente para tu consumo, ¿no?

Él se rió de mí, pasando por mi lado me golpeó el hombro con leves palmadas: — Eres tan gracioso, Yoongi.

Caminé detrás de él sin decir nada, él guardaba sus manos en sus bolsillos. Parecía estar tan pacífico. No había ningún ápice de remordimiento en su ser, y no se atrevo a decir que a mí me calaba la culpa, porque estaría mintiendo de forma descarada. Pero es que Jimin llevaba sus sentimientos de manera muy extrema. Para él, era como si nunca hubiera cometido algún crimen en su vida.

— ¿Qué me dices de tus padres? — Le pregunté.

Él, sin mirarme, me contestó: — ¿Por qué quieres saber de mis padres? ¿Acaso irás a pedirles mi mano en casamiento?

— Me da curiosidad saber si ellos también...

— ¿Si ellos también son caníbales?

No me esperaba que lo hubiera dicho de esa manera. Habría presentado un gran problema si la gente que salía a correr de manera matutina, nos hubiese oído.

— Tranquilo, Yoongi. Ellos no fueron caníbales.

Me quedé pensativo por un momento. ¿Acaso había dicho... "fueron"?

Se volteó a verme. No me había dado cuenta, pero la serenidad en su rostro aún persistía.

— Ah, ellos están muertos Yoongi — me dijo sin siquiera mostrar alguna expresión en su rostro, Todo en él había sido tan neutro —. Murieron hace años.

— ¿Murieron?

— Sí. En un accidente.

— ¿En un accidente? ¿Qué accidente?

Sonrió: — ¿Tú qué crees?

Un frío aterrador acarició mi espalda. Sus ojos brillaban en una clara neutralidad, ajenos a cualquier tipo de sentimientos. Era un claro caso de desapego emocional.

— No podrás pedir mi mano — comentó con cierto tono enfático de tristeza falsa —. Pero puedes pedírsela a mis tíos. Ellos se hicieron cargo de mí durante todo este tiempo. Tal vez algún día te lleve, ¿quieres ir?

— Sí.

— Bien, algún día iremos — siguió caminando. Estábamos a pocas manzanas de llegar a su casa —. ¿Y los tuyos, Yoongi?

Fue como si me hubiera derramado agua fría. Congelada. Destruyéndome los huesos de una vez.

— ¿Qué?

— Tus padres, tu familia, ¿qué hay de ella? Me preguntaste por la mía, es justo que yo haga lo mismo.

El sudor comenzó a descender por mi piel, a cegarme un poco la vista. Mi respiración se volvió acelerada de un momento a otro.

— Mi familia está muerta... — contesté. Había sido un tonto. ¿Por qué había insistido en preguntarle por la suya cuando era obvio que él haría lo mismo? Mis esfuerzos por no recordar el pasado se fueron a la mierda.

Nunca antes me había importado que Jimin sonriera. Cuando era cruel o sarcástico, jamás me mostré inquietado o incómodo. Pero lo odié en demasía cuando sonrió esa vez y, por consiguiente, bromeó: — ¿Los has matado tú?

Existían límites que no debían cruzarse.

Me acerqué a él envuelto en ira y, tomándolo del cuello de su playera, le dije: — ¡Yo no soy como tú, maldito desquiciado de mierda!

Capítulo 22

Yoongi nunca me había tratado de una manera tan agresiva.

Cuando sus ojos comenzaron a brillar por las lágrimas que se iban acumulando, entonces comprendí que no sabía tantas cosas de él como había creído. Su agarre me había hecho daño, él se estaba haciendo daño a sí mismo al provocarse el sangrado en sus labios cuando se mordió el belfo. Contenía su ira. Y esa ira era un incentivo para estrangularme como lo estaba haciendo al sujetar el cuello de mi camiseta de aquella manera.

— Y-Yoongi... —murmuré — me asfixias...

Tan sólo segundos después de que le haya advertido de ello, él me soltó y en su rostro se pintó una mirada dolida e inocente. Sus labios temblaban y estaban manchados de rojo. Tosí al tratar de coger aire. Algo me decía que no era correcto cuestionar aquella respuesta, eso de: "yo no soy como tú" ¿Qué se creía? ¿Que yo había matado a mis padres? Yoongi estuvo apunto de matarme, de no ser porque lo traje a tierra firme de nuevo y por ello acabó por soltarme. Entonces, ¿qué debía imaginar cuando dice amarme y que no ha matado a sus padres, pero casi me estrangula?

— J-Jimin... yo... — ahí estaba otra vez. Esa mirada de cachorro abandonado.

— Casi me matas — recalqué sobando mi cuello que, aun si era incapaz de verlo, estaba rojo —. Yoongi, ¿estás bien?

Apretó los puños. La primera persona corredora que salió a su rutina matutina, pasó cerca de nosotros cuando Yoongi explotó: — ¡Púdrete Jimin! ¡Púdrete!

Y se marchó. Corrió de mí. Intenté tomarlo de la mano, pero se zafó sin siquiera estar sujeto a mí.

No entendí lo que había pasado. ¿Por qué había huido? ¿Qué había hecho yo? Sólo mencioné una posibilidad.

— Maldito hijo de puta... —murmuré para mí mismo, la muchacha que estaba corriendo me miró en cuanto se detuvo — ¿Qué? ¿Acaso eres tan pobre que no puedes pagarte una entrada a un teatro de verdad? Métete en tus asuntos.

No estaba tan lejos de mi casa. Me fui enfadado. Cuando llegué, se me cayeron las llaves por los nervios que a flor de piel sentía.

— ¡Maldito seas! — Espeté. Casi tumbo mi propia puerta y me deslicé por ella hasta el suelo cuando la cerré detrás de mí. Mi corazón latió con demasiada fuerza. Podía oír mi

frecuencia cardíaca en el absoluto silencio de mi hogar. Hogar tan gris, tan opaco, tan apagado... — Maldito seas...

¿Por qué parecía afectarme tanto el hecho de que me hubiera tratado como a cualquiera y se hubiera marchado de mí así? ¿Por qué temblaba al recordar su enfado? ¿Por qué me carcomía la mente el imaginar que cabe la posibilidad de que no volviera a hablarme?

— No, no, no... —respiré hondo, luego exhalé. Me estaba cubriendo el rostro mientras temblaba sin poder detenerme — Él dijo que te ama, Jimin.

— «O tal vez sólo te ha querido follar.»

— ¡Cállate! — Había nadie conmigo. Había mandado a callar a la nada, pues quien me hablaba era yo mismo. Era él, el otro.

— «Sólo piensa: casi se acuesta con el sujeto al que habías matado la otra vez. Yoongi sólo te está utilizando para encubrir sus asesinatos. ¿Qué crees que pasará cuando te vuelvas un estorbo... de nuevo?»

"De nuevo".

Pensé en mis padres. En lo que ellos me habían dicho la noche del accidente. Fue como un cailedoscopio de recuerdos: las golpizas, las patadas, las quemaduras, los azotes... Todo se reproducía y se calaba en mi piel como si lo estuviera viviendo de nuevo. Era un infierno.

— ¡Yoongi ha dicho que está enamorado de mí!— grité al espejo que se encontraba en el baño. Había corrido hasta allí porque las náuseas me atacaron de repente — Yoongi ha dicho que me ama... ¿Por qué hacer todo aquello por mí y luego marcharse? Él me ama. Él me ama, me ama, me ama, me ama...

— «No te ama. Sólo está utilizándote. ¿Ya caíste por él, no? Eso es justo lo que Yoongi quiere para nosotros. Ponerte débil... Deja que salga yo —me hablaba mi macabro reflejo. Sus ojos daban más miedo que los míos, incluso si fuera yo mismo. Me extendió la mano al gesticular y darme a entender que la mejor opción era dejarlo salir —. Déjame salir y me encargaré de él.»

— ¿Vas a matarlo?

— «Voy a sacarlo de tu camino. Está confundiéndote, ¿no ves que has matado a alguien por él? ¿No ves lo muy estúpido que te estás volviendo? Déjame salir.»

Me aferré al lavabo con fuerza. Estaba costándome respirar. ¿Un ataque de pánico ahora? ¿Después de tanto tiempo? No tenía sentido, ¿por qué?

— No voy a dejar que lo mates. Yoongi es mío, él aún me sirve. —el dolor que se propagó en mi cabeza se intensificaba. Era como si alguien estuviera dentro y golpeará cada vez

más y más fuerte.

— «Pero se ha ido corriendo. Ya no te quiere, ahora debe morir... como todos los que deciden abandonarte.»

Estaba temblando. Tenía frío y el sudor empapaba mi cuerpo. Perdía la orientación y la vista, él quería salir, ¡estaba haciendo todo lo posible para que yo cediera! Mi cordura, que siempre dependía de un hilo, estaba a punto de desvanecerse y tenía miedo.

Usualmente no tenía miedo. Jamás demostraba tenerlo. Pero él era otra cosa. Él era un verdadero monstruo y, como no podía contenerlo, ¿qué demonios sería de mí si lograra salir como la última vez?

Necesitaba a Yoongi. De verdad... lo necesitaba.

¿Cómo pasó de preguntarme a mí mismo simplemente el por qué de su huida, a darme cuenta de que tenía ya cierta dependencia de él? Pues es que el tan sólo simple hecho de pensar en su nombre: Yoongi. Me estremecía. Pareciera que no habíamos pasado tanto tiempo juntos, pero ya llevábamos cerca medio año conociéndonos. Y entonces... sus caricias, su voz, sus ojos, su boca... todo eso lo añoré en aquel momento.

Cuando era pequeño, después del accidente de mis padres, me diagnosticaron infinidad de trastornos mentales: trastorno bipolar, trastorno esquizofreniforme, psicosis reactiva breve, trastorno delirante, trastorno de ansiedad, de personalidad múltiple, obsesión compulsiva...

Cuando murieron mis padres, estuve ausente cerca de dos meses. En un completo estado catatónico y, cuando volví, no los extrañé. ¿Por qué debería? Aun si me hubieran dicho la manera atroz en la que murieron, yo sabía que no había sido tan "así". De alguna manera, me había aliviado el hecho de que ya no estuvieran. De que ya no tuviera ataduras a mí y poder ser libre al fin. Pero ahora estaba pasando de nuevo...

Me apoyé por las paredes del pasillo, mi antebrazo se deslizaba y mis pies parecían querer chocar con ellos mismos. Oía mis latidos, mi tenue respiración. Mi móvil estaba en la sala, tenía que llamar a Yoongi. No me creía, en ese momento, que me hubiera mandado a la mierda. Seguramente sólo estaba enfadado, pero luego me extrañaría. Volvería a mí. Porque no puede vivir sin que yo esté a su lado; eso me lo había dejado bien en claro.

Mi mano temblaba. Si la levantaba más para poder ver la pantalla con claridad, más acelerado era en temblor y el móvil terminó por caer. Quería agacharme a recogerlo, ya había marcado los primeros tres dígitos de su número telefónico. Incluso si no lo tenía guardado, me lo sabía de memoria desde el día en que me lo dictó. Pero, al querer notarlo, caí al suelo. Había perdido el equilibrio. La visión. Y la movilidad de mi cuerpo.

Los latidos acelerados de mi corazón iban a galope de caballo asustado. Era una taquicardia que estaba logrando desmayarme, aun si me oponía rotundamente a perder la conciencia.

¿Por qué no estaba Yoongi conmigo? ¿Por qué estaba muriendo por su ausencia y él no se presentaba? Tan sólo deseaba que rompiera la ventana con una piedra y viniera a rescatarme. No quería perder la conciencia. Estaba enfadado con él, era verdad, pero no quería hacerle daño porque lo necesitaba vivo conmigo. Necesitaba que siguiera siendo tan cálido a mi lado. Que hiciera las cosas que hace, que me diga cuánto me ama, que se enferme de mí incluso si él resultaba una cura para mí. Un antídoto para esta soledad que lleva aislándome del mundo durante mucho tiempo.

Antes de que apareciera Yoongi, estaba solo. Me rodeaban personas, era verdad. Reía con ellas. Me divertía con ellas. Pero todo era tan monótono que debía hacerlo tantas veces hasta perder la cuenta y a mí mismo. Hasta soltar mi propia cordura a cambio de que el vacío en mi pecho se llenara por completo, pero jamás lo hacía. Cada muerte que daba, cada humano que comía, sólo era momentáneo, pues sólo agrandaba mi vacío. Se hacía hondo cada vez, más y más. Hasta que dejé de sentir. Seguro por eso nunca he llorado o sentí culpa, por eso necesitaba desahogarme. Por eso necesitaba que Yoongi volviera como lo hacía las últimas noches, las primeras noches en las que empecé a llorar.

Me estoy obsesionando con él. O quizás ya lo estoy. Por ello duele no tener la nicotina que me haga sentir mejor.

Antes sentía nada, pero ahora lo siento todo. Siento a Yoongi aunque no esté, lo siento. Y tanto que lo siento, he dejado de sentirlo y todo se ha vuelto oscuro para mí. No hay luz, no hay sonido o tacto.

El otro ha logrado salir.

Capítulo 23

La puerta había sonado un par de veces. La primera con total tranquilidad, pero la segunda había sido un poco más brusca cuando Jimin hubo caído al suelo de su cocina, específicamente, la habitación que no estaba tan lejos de la puerta principal.

Como pareció que se había fracturado algo al caer, la persona que estaba fuera comenzó a preocuparse. Llamó varias veces su nombre hasta que alguien le abrió la puerta. No era nadie más que Jimin.

— ¿Qué haces aquí? —le preguntó el pelinegro. Su piel estaba tan pálida y sudorosa; sus ojos oscurecidos, faltos de luz; sus labios temblaban y su pelo se pegaba a su piel por el sudor.

El joven había mostrado sus libros a Jimin, quien los vio de manera indiferente por un momento. Su mirada frívola le indicó al contrario que no recordaba lo que habían acordado en la mañana antes de la fiesta del fin de semana.

— ¿No te acuerdas de lo que hemos hablado? — Volvió a alzar los libros para que los volviera a ver — Me habías dicho que podía venir hoy a estudiar para el examen del miércoles, ya sabes, como es puente hasta el martes...

Jimin le sonrió. Sacó su descarado ser y mintió como si estuviera actuando para una enferma obra de teatro.

— ¡Oh, es verdad! ¿Cómo lo pude haber olvidado? Dios, no sé dónde tengo la cabeza, ah... — se "disculpó" — ¡Pasa, pasa!

El joven estaba enamorado de Jimin. Por eso, cuando él comenzó a coquetear con él, el corazón aceleró su frecuencia cardíaca a mil por hora. Cuando le había incluido en su círculo de amigos, también pensó que había muerto y todo aquello era el paraíso.

— Soy muy malo recordando nombres, ¿me perdonas por ello? — Le dijo.

Al joven, eso, le había dolido, pero no le prestó atención, simplemente fue amable.

— Me llamo Jeonghyun — le contestó con las mejillas pintadas de rojo —. Jeon Jeonghyun.

— ¿Jeon? — Se detuvo a mirarle — Vaya, es un apellido muy poco usual, me das envidia. Mi apellido lo tiene media Corea.

— De donde vengo, es un apellido común — contestó. Jimin le invitó a sentarse en la mesa del comedor, o sea, en una de las sillas que tenía (y, donde, en muchas ocasiones, Yoongi le había follado).

— ¿Y de dónde eres?

— De Busan, ero no de la zona linda. Mi hermano pequeño y yo crecimos en las afueras de la ciudad.

— ¿Tienes un hermano? — Siguió preguntándole mientras tomaba sus libros para verlos.

— Sí, está en primer año de derecho. Se llama Jeongguk.

— Ese nombre me suena de algo, ahora que lo mencionas.

— Oh, es que ha tenido un problema recientemente... bueno, no tan reciente, pero le robaron la cartera hace un tiempo y lo pagó con un grupo de deportistas.

— He oído de ello, pobrecito. Espero que se encuentre bien ahora — si Jeonghyun hubiera sido más inteligente y observador, habría notado la hipocresía en sus palabras.

Luego de aquello, Jimin y Jeonghyun comenzaron a estudiar. Jeonghyun era os años de carrera menor que Jimin. Jimin llevaba cursando ya el último año, recordar aquello sólo le recordaba a Yoongi, quien siempre estaba preocupándose por sus estudios y lo animaba a que completara su tesis sin rendirse en el camino: "En esto en lo que te has esforzado en conseguir, es en lo que te convertirás. No te rindas. No quiero verte arrepentido el resto de tu vida" le había dicho una vez. Incluso recordaba el porqué: fue porque Jimin estuvo tan estresado que había perdido la concentración.

Los ojos de Jimin se llenaron de lágrimas al recordarle. Jeonghyun hablaba, pero el sonido de su voz no era capaz de llegar a él.

— ¿Sucedó algo?

— No. Sigamos.

Así había ido prácticamente toda la mañana, pero Jimin estuvo mordiéndose las uñas y las cutículas porque se estaba conteniendo. Aunque, ¿Jimin? Ese monstruo desquiciado que estaba ansioso de matar al muchacho frente a sus ojos, no era Jimin. Jimin sabía controlarse, le costaba de igual forma, pero tenía —o pretendía tener —todos los tornillos bien ajustados.

Los dedos de Jimin habían empezado a sangrar porque casi no quedaban uñas. El paladar falso con el que cubría su verdadera dentadura, se resbalaba al babear demasiado que no podía mantenerlo como debía. Se sintió perdido mirándole hablar, reír y escribir luego de buscar alguna definición que no recordase en el libro. El corazón de Jimin latía a mil por hora. Le miraba la boca, los ojos, las mejillas y el cuello, eran sus partes preferidas junto con el pecho, en caso de que fuera una fémina.

— Deberías irte, se hace tarde —le dijo Jimin. Jeonghyun tomó su móvil y lo encendió para ver la hora.

— ¡Oh, es verdad! Pensaba que era aún temprano... —habló con cierta desilusión que Jimin había notado.

Park escondió rápidamente sus manos cuando el muchacho le miró.

— Entonces... ¿me voy?

— Sí. —le respondió Jimin con total sequedad. ¿Qué habría esperado? ¿Que le invitara a una película y luego a follar? Como si él fuera Yoongi...

El chico cogió su cosas y se levantó de la silla, caminó hasta el pasillo y Jimin lo siguió. Pero cuando intentó abrir la puerta, ésta yacía cerrada con llave.

Jeonghyun se quedó tieso por un momento, estaba oyendo la respiración de Jimin demasiado fuerte, pero sabía que no estaba tan cerca de él. ¿Por qué le daba miedo voltearse? Jeonghyun temía mirar hacia atrás, por alguna razón. Pero lo hizo.

Su corazón comenzó a latir a mil por hora, su pulso era tan acelerado que sintió el retumbar. Jimin estaba mirándole, pero parecía estar ausente. Sus ojos oscuros le veían fijamente, pero no parpadeaba o se movía. La saliva se escurría de sus labios, parecía que no se detendría; entonces Jeonghyun notó el paladar desencajarse de su boca. No era sostenido por nada. Jimin se los quitó con la lengua y los dejó caer al suelo. Los filosos dientes de Park le incitaron a morderlo de una jodida vez.

— ¿J-Jimin? — la frágil voz del muchacho, logró despertar a la bestia.

Jimin se abalanzó sobre él y Jeonghyun gritó al caer al suelo, Jimin se había puesto sobre él: tenía su mano izquierda sobre la mitad de su rostro pues la otra estaba siendo aplastada contra el suelo, mientras que con la derecha, le tomó del brazo y colocó sus rodillas sobre su costado para imposibilitarle el movimiento.

— ¡¿Q-Qué haces?! —espetó Jeonghyun, pero Jimin, ciego de ira y sed de sangre, lo tomó de los cabellos con fuerza y no le dio uno, ni dos, sino seis golpes fuertes contra el suelo. La primera logró para desorientarlo un poco, y en la última la sangre ya había brotado por la contusión. La sangre brotó de inmediato. El enfermo apetito de Jimin le imploró por un poco de sangre, pues lo necesitaba para existir en ese momento.

Jeonghyun estaba vivo, un poco consciente, pero era incapaz de sentir, gritar o dejar de ver todo tan nublado. Había un pitido molesto que le impedía oír, y si no fuera por el rabillo del ojo, no se habría dado cuenta de que Jimin había colocado su pie sobre su cara y tomado del brazo.

Jimin le sostuvo de la muñeca y del codo, sonreía como un desquiciado, pero aún no había hecho su atrocidad.

Jaló de él, con fuerza, apretó su cabeza con su pie y tiró de su extremidad. Oyó el crujir del hombro dislocándose, incluso se había vuelto más largo y Jeonghyun sólo era capaz de gemir y llorar, pese a que sólo sentía un poco de dolor.

— Cállate hijo de puta —masculló con rabia, pero Jeonghyun siguió gimiendo, hasta que Jimin jaló con más fuerza que su piel comenzó a estirarse y entonces gritó.

Soltándolo, Jimin lo volteó. Jeonghyun se quedó mirando al techo, aun si su vista estaba nublada y cubierta en rojo.

— ... p-por favor... — suplicó. Pero fue demasiado tarde, y aunque no lo fuera, Jimin jamás le compadecería.

Entonces le pisó el cuello, lo asfixió mientras siguió tirando de su brazo, porque para Jimin aquello era un juego: "— ¿Cuál de los dos se romperá primero?" Incluso si ya le hubiera dislocado el brazo, no le bastaba, él quería probar si podía arrancárselo como si fuera la pieza de un muñeco de plástico.

Pero su diversión acabó cuando terminó por romperle el cuello y matarlo en el acto. Jeonghyun se quedó con los ojos casi salido de sus órbitas, la lengua fuera y el cuello doblado de manera sobrehumana. Aunque, si ya había acabado la verdadera diversión, Jimin era capaz de reemplazar aquello con el mismo acto, el de tirar con fuerza para ver si la cabeza salía antes que el brazo.

Se reía. Y sus ojos brillaban excitados por la incógnita.

Separó su piel de su piel. La rompió como si fuera papel. Se creó una grieta por dónde salió la sangre como una cascada.

Pero, incluso si le había separado el cuello de la cabeza, su espina dorsal la seguía manteniendo unida a su esqueleto. Lo había decapitado, sí. Pero no le satisfizo tanto como hubiera querido.

Pero de todas formas se levantó del suelo pisando el charco de sangre que se creó alrededor del cadáver. Lo cogió del pie izquierdo y tiró de él por todo el pasillo hasta llegar al sótano, donde abrió la puerta y, de una patada, el cuerpo del hermano de Jeon Jeongguk, cayó y se quedó sumido en la oscuridad.

....

Ya era muy tarde.

Jimin se mantuvo sentado en el sofá sin moverse durante todo ese tiempo. Entre las 2:00 p.m. hasta las 2:59 a.m.. Era ya de madrugada, la luna se alzaba en lo alto del cielo, la

noche era un manto oscuro y cubría a todo el hemisferio donde se encontraba su país.

3:00 a.m.

Había marcado el reloj. Jimin se levantó del sofá de manera automática, como si alguien le hubiera programado para la masacre que estaría apunto de cometer. Un error, el primero de una cadena de ellos.

Si bien era cierto que la sangre de Jeonghyun le había manchado, lo cierto fue que no porque las gotas hubieran sido direccionales o hubiera estallado como si fuera un grifo al degollarlo. La sangre, como ya se hubo esclarecido anteriormente, había formado un charco enorme que cubría la mitad del pasillo de la entrada y que se arrastraba formando un camino con el arrastre que hubo hecho al mover el cuerpo y lanzarlo al sótano; sin embargo, Jimin había cogido aquella sangre y se la había restregando por toda la cara. Las gotas que caían de sus dedos iban a parar a la punta de su lengua. Y él las saboreaba como si fuera el manjar, la ambrosía de los dioses.

Cogió la sangre como si fuera agua en sus palmas, y la bebió, la esparció sobre sus labios; de ese modo, la mitad de su rostro se pintó de rojo, como si hubiese comido "recién", pese a que sólo había asesinado al pobre chico Jeon hace un rato.

Ahora la sangre ajena, adherida a su piel, se encontraba seca. Eran como escamas rojas que endurecían su piel, pero se agrietaban cuando él forzaba su movimiento.

No sabía qué haría. No estaba en sí.

Park Jimin tenía un monstruo habitando dentro de él. Un demonio que dormía la mayor parte del tiempo, pero que, cuando despertaba, se convertía en un feroz Leviatán imparable. Señor de la ira, la tormenta, la envidia. ¿Envidia de qué? Diréis. Envidia de "dios", que cuyo poder "ilimitado" le daba el derecho de matar cuando quisiera, ¿por qué él no podía matar? Mejor dicho, ¿por qué no debía? Él era un animal después de todo. Un animal como un león que se alimenta de una gacela, de un antílope o cebra. Jimin era un cazador; y ni dios ni nadie le podía decir qué podía o no hacer. Él al matar, era un dios. Aquel monstruo que se bañaba en la sangre de sus víctimas, era un "dios" dentro de sus atroces pensamientos. Y como deidad, divina e omnipotente, despallajaba a las "escorias" que por debajo de él estaban.

Era el ciclo de la puñetera vida, ¿no? O al menos eso él pensaba. El grande puede con el bajo, el fuerte con el débil, el cazador con la presa. Desde su punto de vista, nunca era al revés. Él era fuerte, era un cazador. En su mira estaban las ovejas pastando y él era un lobo, un lobo estepario; sanguinario y cruel.

Había caminado por un buen tiempo, desorientado. Miraba hacia adelante pero sin ver, su semblante macabro y oscuro no le permitía observar. Tan tarde era que no notaba que alguien le estaba siguiendo, aunque, ¿en ese estado era capaz de pensar? No era capaz de pensar nada más que en cómo destriparía a la primera persona que se encontrase en su

camino.

Alguien tropezó con él. Le arrastró un poco al chocar contra su hombro, entonces se detuvo de inmediato cuando las risas comenzaron.

Jimin no se volteó a ver lo patético que esos tres jóvenes ebrios estaban haciendo. Simplemente oía sus risas y que uno de ellos le hablaba, pero pasaba de prestarle atención. No fue hasta que sintió la luz de la linterna del móvil sobre su rostro que se "despertó" por completo (o sea, su lado más peligroso y apetitoso de sangre). Estaban filmándole.

— ¡Hala, tío! ¿Te encuentras bien? Esto parece pintura —comentó uno de ellos, palpando a Jimin—. Parece sangre. ¡Ven, mira! Graba esto —le tomó a Jimin de la cara y lo obligó a abrir la boca, el otro individuo seguía filmando, pero ésta vez fueron sus dientes. Se burlaron de él. Iban colocados.

— Apaga la puta cámara —ordenó Jimin mirando fijamente al lente de ésta.

— ¿O qué? ¿Crees que es Halloween? ¿Nos vas a matar o algo así? ¡Dulce o truco!
—bromearon nuevamente.

Pero para Jimin, eso, no era una jodida broma.

Lo tomó, al que había comenzado a molestarle primero, de la cabeza con tanta rapidez que ni siquiera se había dado cuenta de ello. Seguido de aquel acto, Jimin giró su cuello de tal manera que lo desnucó, matándolo al acto.

Sus amigos dejaron de reírse. Observaron al cadáver de su compañero caer al suelo, con la cabeza girada a unos 250°, aproximadamente, y, luego de ello, sólo reaccionó quien no estaba grabando e intentó correr por su vida; sin embargo, Jimin se lanzó sobre él e intentó hacer lo mismo que con el otro, pero, debido a la fuerza descomunal que había adquirido al convertirse en un demonio, Jimin lo asfixió de tal manera que también le rompió el cuello con sus brazos. Otro más que había muerto tan rápido, no le satisfacía la sed de sangre. El otro yo de Jimin aún gritaba por el clímax que no sintió desde aquel día.

El joven que quedaba había grabado todo el acto, pero cuando Jimin se acercó a él, tiró el móvil al suelo mientras se preguntaba el por qué de su inmovilidad. Tan sólo estaba seguro de que moriría allí mismo, esa noche.

Jimin lo mató a golpes.

Descargó su ira sobre él. Todo el rencor acumulado durante años, que seguía callándose incluso si hubiera sentido "libertad". Jimin odiaba su vida, pero no lo sabía. Quién estaba "consciente" de ello, únicamente era el otro.

Puñetazo, tras puñetazo. Lo único que el muchacho fue capaz de ver antes de perecer, era aquella siniestra sonrisa que se posaba sobre sus labios e iba expandiéndose de aquella

manera tan macabra. Y sus orbes, abriéndose de par en par, sus pupilas titilando como estrellas mortíferas mientras que de su garganta se escapaba las carcajadas más siniestras que hubo podido oír jamás.

Las manos de Jimin acabaron casi destrozadas. Había dolor palpitante en sus nudillos, o al menos debería haber. Por alguna razón, era incapaz de sentirlo, aun si la imagen de sus heridas se mostraban dolorosas, Jimin las ignoró por completo. Sus manos se habían bañado en la sangre de otro sujeto más esa noche y, cuando lo lógico pareciera ser que con eso ya bastaba para que su sed sea saciada, él deseó más y más. Era tan exorbitante el deseo que no fue capaz de... controlarse.

Eran más de las tres de la mañana, ¿por qué aún habían personas con las luces encendidas en sus casas? Quizás lo hacían para que nadie entrase al creer que todavía seguían despiertos, pero para Jimin sólo había sido como una atracción magnética. Tan hilarante desde su punto de vista.

Jimin se acercó hacia la entrada de la casa, había un gran portón, sí. Pero no le había costado demasiado cruzar la muralla dando un salto hacia el otro lado. Cuando tocó el césped luego del salto, el perro de la familia comenzó a ladrar. Era un cachorro, un cachorro quizás "adolescente". Se acercó a Jimin haciendo demasiado ruido. Jimin odiaba el ruido.

De una patada en el hocico, logró que se callara y gimiera por el dolor, pues le había hecho sangrar. El perro se quedó llorando en el patio, mientras que Jimin seguía su camino hacia la puerta principal.

"La gente es muy descuidada" pensó Jimin cuando, al girar el picaporte, la puerta se abrió sin ningún problema, pues no tenía ningún tipo de seguro.

....

— ¡P-Por favor! ¡A-Ah! ¡No, n-no!

La mujer dejaba que su voz se propagase por toda la habitación. Ella yacía sujeta a las patas de la mesa del comedor, presionaba sus manos y las cerraba en un puño.

Estaba embarazada.

Estaba embarazada de unos siete meses y era madre de tres niños más: una adolescente

que, en ese momento, yacía atacada a la silla, observando todo lo que Jimin le hacía a su madre, de un niño de unos cinco años, aproximadamente, que lloraba y estaba también atado a la silla, y luego el infante menor, de no más de un año de edad, al cual Jimin lo forzaba a entrar de nuevo por la vagina de su madre, pues le estaba practicando un parto a la inversa. El niño lloraba y se removía tembloroso, debido a que el forcejeo entre la cabeza de su hijo nato y la vagina de la madre, el bebé se estancó en el orificio de la vulva cuando ésta dejó de ensancharse para dejarlo pasar. La sangre corrió por los espacios que dejaba el cuello del bebé.

El niño dejó de moverse. No se oyó ningún sonido más, el niño había muerto asfixiado por las paredes de la madre y ella seguía perdiendo sangre, pero, cuando sintió que su bebé dejó de llorar, supo que había muerto y, en consecuencia a ello, ella dejó de pensar por un momento y se quedó viendo al techo totalmente ida.

Jimin cogió al niño mayor que el bebé, pero menor que la adolescente, que lloraba, sin poder contenerse, de los cabellos con fuerza y lo golpeó contra el suelo una y otra vez. Luego lo desató, lo cargó en sus brazos y lo dejó caer, y así sucesivamente hasta que ese también murió por todas las heridas que le había provocado.

La única que quedaba viva de la familia, era la muchacha. El padre había muerto primero, Jimin le había partido el cráneo hasta que los globos oculares saltaron como resortes de sus cuencas, y convirtió en puré su masa cerebro, pisoteó sus cráneo, destrozó su mandíbula. Prácticamente le hubo decapitado con sólo un bate de béisbol que había encontrado, pero le abrió la espalda con una palanca, la sangre salpicaba a cada golpe que me daba como si estuviera destrozando una sandía.

Jimin había perseguido a los niños y a la madre cuando hubieron presenciado su masacre, sin embargo, Jimin las había cogido.

Y, como sólo quedaba la muchacha, Jimin cogió el cuchillo más filoso y grande que encontró y, con él, perforó el vientre de la madre. Hundió el cuchillo en su piel con demasiada lentitud y de la incisión brotó la sangre como si fuera una cascada carmesí, que se deslizó y manchó, inclusive, al niño muerto cuya cabeza aún residía dentro de las paredes vaginales de la mujer.

Y Jimin atrajo el cuchillo hasta el esternón, abrió su estómago como si fuera un muñeco de felpa; las paredes musculares se hicieron a un lado, cayendo hacia los lados y todas las vísceras de la madre quedaron a la vista. Jimin apuñaló cada órgano delante de la vástago. Ella quería vomitar, quería desmayarse, pero no podía pues quería encontrar una forma de huir en busca de ayuda. Jimin cogió el ser que aún estaba en formación y lo decapitó frente a su hermana. Lo troceó en el suelo y luego tomó al niño que anteriormente había matado a golpes, abrazándolo, y sus dientes, tan afilados como los de un serrucho, mordieron la piel de su rostro. El cuero atrapado entre sus dientes fue estirado por él, una y otra vez, mientras masticaba y miraba fijamente a la chica a los ojos, orbes que no paraban de llorar. Lo hacían tan desconsoladamente, pero Jimin era incapaz de sentir algún tipo de remordimiento.

Utilizó sus propios dedos como palancas para extraer los globos oculares, los cuales estaban unidos, como es natural, a los nervios. Jimin mordió el blando órgano y de él salió una sustancia acuosa, de color blanquecina.

A ojos de la chica, Jimin era un monstruo. Lo odiaba. Lo odiaba demasiado que lloraba y quería pedirle piedad, ¿pero cómo podía pedirle tal cosa a quien se comía a su hermano? ¿A quien le cercenó los labios y le desfiguró la cara? Pues lo había dejado tan rojo, tan irreconocible, hueco. Incluso había mordido tanto que llegó a los huesos. La piel colgaba, ya no tenía dedos en sus pequeñas manos. Jimin escupía sus pequeñas falanges después de chuparlas para saborear el sabor metálico de la sangre.

Jimin, parándose frente a la chica, la miró por un momento. Sus ojos oscuros penetraron en su alma, su respiración chocaba contra la piel de la muchacha. De pronto, el músculo bucal que sobresalió de su boca, lamió su rostro, dejándole un rastro de sangre y luego le besó en la boca. La forzó a besarla, y, cuando más intensificado se volvía en beso, más asqueroso también iba volviéndose. Entonces, Jimin mordió los labios de la chica de tal manera que le quitó un pedazo y la sangre se derramó a chorros. Ella gritaba mientras sentía el dolor palpitante en su belfo.

La alacena no estaba tan lejos de donde él se encontraba, Jimin cogió una copa de cristal y sirvió en ella la sangre de la chica.

Se sentó de nuevo frente a ella y bebió su sangre como si sólo se tratase de vino tinto, viejo y dulce. Cuando la "bebida" estuvo a medio acabar, Jimin desató a la chica y, sorbiendo un poco, le dijo en un susurro: «— corre.»

La muchacha, llorando, intentó correr. Aun si no creyera en sus palabras, intentó huir, pero cayó al tropezar con su propio pie, pues las piernas le temblaban y Jimin consiguió alcanzarla. Le lastimó los tobillos con el mismo bate con el que había asesinado de manera brutal su padre. Ella aún se arrastraba hacia la salida con las pocas fuerzas que le quedaban, pero Jimin, dándole una patada en el costado del abdomen, logró voltearla e incrustó la palanca en su boca cuando esta se abrió por el grito que dio. Murió. El hierro le atravesó la nuca.

Aplastó el cráneo de la joven con el bate. Con rabia. Con ira, mientras reía a carcajadas en cuanto la sangre hacía contacto con su rostro, pero se detuvo cuando ya no quedaba nada qué destruir.

Jimin observó por todo el lugar, incluso si estuviera oscuro, las manchas de sangre, las firmas de aquella masacre se pintaba en las paredes.

Cayó rendido al suelo juntando los pequeños sesos que estaba en el suelo, se los comió. El cabello largo de la muchacha, fue también llevado a su boca para que pudiera succionar la sangre de ellos. Jimin comenzó a morderse aún más las uñas, con tanta sangre que cubría su mano, no se dio cuenta de que sus manos también estaban sangrando.

Se chupaba los dedos, todavía no recuperaba la cordura. Por eso... no oyó los pasos que se acercaron a él, no vio a la persona que le tomó por detrás y, aunque forcejeó, terminó por quedar inconsciente.

Capítulo 24

— M-Mami... — le dijo el pequeño, tenía los ojitos empapados de lágrimas y con una mano apretaba su intimidad mientras que con la otros movía leve y delicadamente a su madre con miedo a que se enfadara por haberla despertado por, según ella, "cosas insignificantes" — Mami, quiero ir al baño... ¿p-puedo?

La mujer reaccionó como una fiera y el pequeño Jimin se asustó tanto que se orinó en el pijama y mojó la cama.

— ¡Joder contigo, menudo inútil! ¿Quién crees que va a lavar esta mierda? Pesado de mierda que eres, ¡agh! ¡Lo vas a lavar tú! — le dijo ella, alzando la voz a su hijo quien, en el miedo, se regocijó.

— P-Perdona mami, y-yo sólo... —iba a romper en llanto, pero su tía le había dicho que fuera valiente la última vez que vino.

— ¡Calla, me das asco! — respondió ella en un grito. Acto seguido, lo empujó de la cama y Jimin cayó sobre la mesita de noche golpeándose la espalda tan fuerte que gritó y luego lloró por el dolor.

Sin embargo, la mujer que no tenía empatía por su hijo, se levantó enfurecida y cogió el cable que tenía a los pies de la cama. Jimin, al verla con eso, extendió su pequeña mano y negó.

— ¡Entonces cállate, basura! — le dijo —¡Cállate o te mato a golpes! ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que mamá se enfade contigo y te mate?

— ¡No, mami! ¡D-De verdad que n-...! — Su madre le dio el primer golpe en el estómago con el pie. Cuando Jimin se colocó en posición fetal, la mujer descargó el odio y la ira que tenía hacia su hijo. Al que no había deseado. — ¡Mami, para!

— ¡Entonces cállate que no quiero oír tu puto llanto, niño de mierda! ¡Calla, joder! —seguía pegándole y Jimin trataba de callarse, pero, incluso si intentaba sellar sus labios mordiéndolos, ella siguió pegándole por puro placer.

Jimin pensaba que era un animal monstruoso porque ella siempre se lo repetía. Le decía que era lo peor que le había pasado y que era un niño horroroso, todo después de que su padre apagase algún cigarrillo sobre su piel. Jimin pensaba todo eso de sí, incluso si sólo era un niño al que estaban corrompiendo.

Y de tanto corromperlo, acabó convirtiéndose en lo que ellos, y todo el mundo, temería más adelante.

....

Desperté cuando oí golpes. Golpes como los nudillos de alguna mano azotando la puerta.

A decir verdad, me sorprendí de mí mismo el despertar y sentir todo mi cuerpo adolorido. Normalmente tenía resistencia al dolor.

Me encontraba en mi cama, arropado, la ventana ligeramente abierta como me gustaba tenerla, los rayos del sol pasando por los huecos que se formaban y diminutas luces que llegaban a mis ojos acariciándome las retinas.

Gemí cuando me incorporé. Me dolían los brazos y las piernas; el rostro y las manos; el cuello y la cabeza; los ojos y los labios.

Quizás porque estaba tan aturdido por no sé qué no me había dado cuenta de que mis manos estaban vendadas y que no tenía casi uñas en mis dedos hasta que no bajé la vista. ¿Me habría dado un ataque de ansiedad y no lo recordaba? Entonces lo hice, recordé. Recordé mi pelea con Yoongi y todo lo que conllevó, la fatiga y el dolor que sentí cuando llegué a casa y tuve una batalla conmigo mismo y con el otro.

Me sobresalté cuando volví a oír los golpes a mi puerta principal, parecía que alguien la tiraría en cualquier momento.

— ¿Yoongi? — fue lo primero que pensé, lo primero que me vino a la mente. Los recuerdos de nuestro malentendido llegó a mí como bombas fugaces, ¿vendría a disculparse conmigo?

Salté de la cama con rapidez. El corazón me latía a mil por hora, no podía parar de pensar en que lo vería de nuevo. ¿Tendría que tratarlo como si estuviera enfadado? Quizás era lo mejor, sí. Lo trataría como siempre, pues me gustaba cuando estaba dispuesto a hacer lo que sea para que dejase de estar enfadado. Sin embargo, no podía borrar mi sonrisa y me molestaba él no saber ocultar mi emoción, pero también había otra cosa que me molestaba: si me había despertado sano y salvo, probablemente no perdí la cabeza y quizás me había emborrachado tanto que no recordaba cómo me hice las heridas, pero luego me planteé el cómo me había vendado la mano yo mismo y cómo logré sentir tanto dolor en mi cuerpo, ¿qué había hecho anoche?

Caminé por el pasillo, estaba apunto de llegar a la puerta para abrirla, pero resbalé y casi caí. Sentí que mi corazón se detuvo de repente, había pensado que caería. Me asusté, por un momento. Pero luego me detuve a pensar un momento... ¿Por qué el suelo estaba mojado? Más bien "húmedo", como recién limpiado.

Hice uso a mi olfato entonces: — ¿Lejía? —murmuré. ¿Por qué olía a lejía?

— ¡Park Jimin! ¿Se encuentra en casa? Somos la policía, abra la puerta, por favor, o sino hemos de tirarla abajo.

¿La policía?!

Retrocedí cuando sentí el miedo correr por mis venas, acariciar mi espalda, tumbarme al suelo y bajarme la presión. El cosquilleo que recorrió mis piernas, provocando que dejara de sentir las y que comenzaran a temblar, no era un buen indicio.

¿Por qué la policía estaba ahí? ¿Qué había pasado? ¿Cometí algún error? ¿Le había pasado algo a Yoongi? ¿Esto tenía que ver con las heridas y los dolores musculares con los que había despertado?

Llevé mis dedos a mi boca, sentía el filo de mis dientes verdaderos. No podía abrir la puerta con ellos. Tan sólo corrí de nuevo a mi habitación y el paladar falso estaba allí, sobre la mesa de noche. Mis manos temblaron al cogerla, me faltaba el aire, estaba poniéndome pálido, ¿otro ataque de ansiedad? «Oh, dios, Yoongi... ¡¿Dónde estás?!»

Cuando tomé el pomo de la puerta, recé al demonio porque me sostuviera y no me dejase caer y evidenciar mi culpabilidad de cualquier cosa por la que la policía estuviera en mi casa; sin embargo, y luego, noté un leve indicio de forcejeo en la cerradura. Eran como unas estrías que estaban tatuadas en la madera del marco. Me sorprendí muchísimo, además, la tranca no estaba, simplemente estaba cerrada como si no la hubiera cerrado con llaves en la noche. Alguien verdaderamente había intentado tirar mi puerta, o quizás,

abrirla de una manera tan bruta, pero... ¿Quién?

— ¿Sí? —pregunté al oficial cuando abrí la puerta y me asomé.

— ¿Park Jimin?

— En efecto...

Me tomó de la muñeca poniéndome los brazos detrás de la espalda, sin más dilación, me colocó las esposas y creí que me moriría de un infarto de tan rápido que mi corazón latía.

— Queda detenido por el asesinato de los Kim. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal judicial. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar un abogado, el tribunal le asignará uno.

Me volteó con brusquedad y, cuando por fin salí de mi casa, había una patrulla esperándome y dos agentes más.

Sentí que toda mi sangre viajaba de manera lenta, casi sin movimiento inexistente por mis venas, pues me sentí tan frío. Tan muerto. Tan... ¿acabado?

¿Qué había hecho mal? Si nunca pasaba nada por alto. Siempre había sido muy cuidadoso al escoger mis víctimas: personas que no tengan mucha gente que estuvieran buscándole, personas sin hogar, personas con las que no me relacionaba de nada. ¿Qué había cambiado? ¿Los Kim? ¿Había matado a una familia y no lo recuerdo? ¿Cuándo había pasado aquello? Yo no maté a ninguna familia. No era tan estúpido como cometer una masacre cuando sabía los líos en los que me metería si dejaba que algo se me escapara. Maldita sea, maldita sea... ¿no será qué...?

El policía colocó su mano sobre mi cabeza y me hizo entrar al coche. Habló por el comunicador, estaba tan asustado, ¿qué sería de mí? ¿De mi maldito sótano? Joder, ¿inspeccionarían mi casa? Mierda. Mierda y más mierda. Mi vida se ha acabado. Todo lo que había llegado a construir, todo se ha ido a la mierda. Mi reputación, mi carrera... mi maldita tesis en la que había puesto tanto esfuerzo sin siquiera acostarme con ningún profesor para conseguirlo.

Incluso si no quería pensar en todo lo que me pasaría, no podía. Los recuerdos de todos los asesinatos que había cometido llegaron a mí como un cailedoscopio de recuerdos, bombas de ellos. Recordé cada asesinato que cometí. Cada novio o adolescente que atraje con mi labia, a quienes me follé y luego terminé asesinado.

«Yoongi...» sabía que él no me había declarado. Estaba enamorado de mí, no lo haría. Era capaz de morir a traicionarme de este modo, ¿no? Además, me lo había dicho, me lo había jurado. Me lo prometió. Me prometió un sacrificio de su parte si algún día yo estaba en esta situación, entonces, ¿dónde estás, Min Yoongi?

«No puedo parar de temblar, Yoongi... No puedo parar de pensar que mi vida está acabada. Ni siquiera nos hemos reconciliado, ni siquiera nos hemos dado un beso o nos hemos vuelto a tocar. ¿Qué será de mí cuando me juzguen? ¿Cuando descubran mi verdadera dentadura y me relacionen con el acto de la antropofagia? Si tengo que pensar que no volveré a verte, me muero. Me muero el imaginar que no podría estar de vuelta contigo.»

Se me han acabado las uñas que morder, sólo puedo temblar e incluso si intento retener mis lágrimas, no puedo. Ellas salen sin ningún tipo de aviso.

No puedo parar de pensar en qué me he equivocado. Siempre había sido muy meticuloso en el modus operandi que tenía, ¿error? Yo no conocía el "error". Sin embargo, supongo que es verdad eso de que se comete alguno a la larga. Pero hasta el momento había sido el asesino perfecto.

«— Te odio, Jimin. Eres asqueroso, ojalá te hubiera abortado. Así no habrías nacido y no serías el animal más feo del planeta tierra. ¡Oh, pequeño monstruo! ¡Qué asco me das! ¡Tápate el rostro, no quiero verte la cara cuando lloras!»

¿Por qué había recordado aquello en ese momento? Ah, porque Yoongi le había dicho que era el ser más hermoso del planeta y el que había conocido jamás en toda su existencia.

Se inclinó hacia adelante y se cubrió el rostro.

«— Cuando te vi pasar por aquella puerta de la carnicería el primer día, supe que había visto al hombre de mi amor. Al que daría mi vida si fuera necesario, porque fuiste lo más hermoso que vi en toda ella —le dijo Yoongi una vez—. No importa si te bañas en sangre, si comes humanos o si me matas algún día y luego me consumes, para mí eres y siempre serás, lo más hermosamente enfermo que me ha pasado. Y soy feliz, por primera vez.»

— Oh, Yoongi... —murmuró en un sollozo — Ven a buscarme, por favor...

Capítulo 25

No podía parar de morder la piel de mis labios. Estaba tan nervioso, sin embargo, no debería demostrarlo. Los dos oficiales que me interrogan tienen la confianza de que podrán sacarme algo, no obstante, no dejaré que nada de eso ocurra.

— ¿Qué hizo en la madrugada de hoy a las tres en punto? —me preguntó la mujer, supuse que era la oficial que estaba a cargo del caso de no sé quién o quiénes.

— Dormir. — contesté. Traté de sonar lo más convincente posible. Mi talento, aparte de escribir como muchos me lo han dicho, era mentir. Pero ese día estaba tan nervioso que no sabía si lo estaba haciendo bien.

En primer lugar, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba mordiéndome el labio y paré cuando pensé en ello.

— ¿Está usted seguro de ello? — preguntó incrédula. Ya sabía yo que lo hacía para poner en duda mi inocencia y ponerme aún más nervioso esperando a que cometiera algún error.

Me dije a mí mismo que parase de mover la pierna como un maníaco, pero cada vez que trataba de contenerme con algo, había otra cosa que comenzaba a iniciar y eso sólo me ponía aún más de los nervios. Pareciera que no tenía control sobre mi cuerpo, y quizás tenía la justificación de que: jamás me habían interrogado. Nunca me llevaron a una sala de interrogación acusándome de algún asesinato, mucho menos de un del que no tenía ninguna relación, pues siempre había sido tan metódico que me jodía que me atraparan por algo que no había hecho.

— Lo estoy. Hoy, en la madrugada, he dormido. Estaba muy cansado, el miércoles tengo un importante examen y también tengo que preparar mi tesis, ¿cómo podría recibirme si no?

— ¿Qué estudia, Park Jimin?

Miré hacia los lados, confundido.

— ¿Eso tiene que ver con lo que se me acusa?

— Cualquier cosa es relevante para el caso. — hostia, qué pesada...

— Estudio una carrera de literatura. — dije y ella apuntó un no sé qué en su libreta que llevaba.

— ¿Tiene alguna relación con estas personas? — volvió a cuestionarme, pero esta vez me enseñó una fotografía familiar a la que, con curiosidad, decidí mirar.

— No. En absoluto. ¿Por qué debería? ¿Son estas personas a las que supuestamente he asesinado? —dije, dije la verdad, pues realmente no me sonaban de nada.

— ¿Está admitiendo su crimen?

— ¿Está tratando de que confiese algo que no hice? Ya sé que tenéis prisa por cerrar el caso, ¿qué policía no? Sin embargo, no soy yo a quien buscáis. Hacedlo mejor y dejad de hincharme los huevos, ¿puedo volver a casa ya? Tengo que seguir con mis estudios.

Ella suspiró tan profundo que sentí que me había respirado también. Agh.

— ¿Cómo se ha hecho las heridas del brazo y la mano?— me preguntó pasando totalmente de lo que le había dicho con anterioridad.

Estaba harto de ella, quería que dejara de hacer preguntas que no la llevarían a ningún lado, sin embargo, cuando intenté responderle lo más rápido posible a su pregunta, realmente no recordaba haberme hecho las manos tan mierda.

— Yo... Eh... — ¿qué iba a decir? Realmente no sabía qué me había pasado, mierda, ¡mierda! — Me he peleado con un amigo por faltarme el respeto en una fiesta.

— ¿Cuándo fue la fiesta?

— No lo sé, supongo que el anoche, a eso de las 22:00 hs, más o menos.

— ¿Habéis salido de fiesta cuando tenéis un examen importante dentro de dos días? Qué raro, ¿no?

— Soy muy buen estudiante —dije sonriendo —, soy capaz de aprender las cosas de manera rápida y eficaz.

— ¿Con quién os habéis peleado?

Apreté el puño nervioso y en busca de a quién culpar, y sólo se me ocurrió una persona.

— Con mi novio. Se había puesto celoso y atacó al que me había tocado el culo con una botella... pero no le dio —mentí —. Le dije que no me gustaba cuando se ponía de esa manera y luego me pegó. Yo me defendí y... y bueno, acabé con las manos así.

Cuando pronuncié la palabra "novio", en mi mente se pintó la imagen de Yoongi. Se expandió como un virus y penetró en mis pensamientos.

— ¿Cómo se llama su novio?

Golpeé la mesa porque estaba hartándome a escalas atómicas.

— ¿Y eso qué mierda tiene que ver con el caso?

Sonrió con descaro mientras se disponía a acomodar los documentos que llevaba consigo, el hombre que la acompañaba se dirigió a mí y me dijo:

— Deberá hacer la prueba del polígrafo.

¿Qué conveniente, no? Que ahora que tengo el pulso acelerado por aquella mierda de interrogación, pasemos al polígrafo. Menuda estafa.

— De acuerdo. — contesté. Tenía fe en mí, era un buen mentiroso, podía lograrlo.

Trajeron el polígrafo poco después de dejarme completamente solo en la sala, sin esposas. Alcé la vista con curiosidad mientras metían el aparato junto con un ordenador portátil, la desvié en cuanto se acercaron a mí para colocármelo. Era, básicamente, un lector de pulso. Si mentía y era evidente, mi frecuencia cardíaca aumentaría y si decía la verdad, mi pulso seguiría de forma natural.

Las mismas preguntas, pero más pretenciosas y sin los mismos agentes.

Más bruscos, más serios, ¿en verdad creían que mi espíritu sería tan fácil de doblegar? Inútiles. Estúpidos. Bola de idiotas.

Probablemente, la única vez que se me aceleró el pulso fue cuando mencioné a mi "novio" porque automáticamente pensaba en Yoongi y me estremecía la idea de que no haya vuelto tan rápido como las otras veces.

Se marcharon después de un buen rato: tres horas, aproximadamente, sin obtener nada más de mí que confusión y decepción. Había justificado mis latidos acelerados con: "Pensaba en mi novio, me la mama tan bien. Me excitó. Más cuando se pone violento."

Obviamente había sido todo una avalancha de sarcasmo y mentiras, a excepción del asesinato que era atribuido a mí. Pero sentí que, del otro lado del espejo, había alguien que estaba haciéndome un perfil criminal. Seguramente estaría comentando con los demás (si es que había) que tenía trastorno narcisista de la personalidad. Por mi lenguaje corporal y el tono con el que hablaba.

Creí haber ganado, aunque aún no me habían dicho el porqué sospechaban de mí, sin embargo...

— Tomaremos un molde de su dentadura — me morí por un segundo y luego resucité.

Me volví papel. Vulnerable papel y toda mi actuación se fue por las alcantarillas a flotar.

— El odontólogo vendrá dentro de media hora. — no me dijeron más, sólo se marcharon.

Ahora había quedado como un pequeño ratón en una trampa que lo asfixia demasiado rápido.

El problema no era la muestra de dentadura en sí, el problema era que, al sacarme el

paladar, debía dar una explicación poco homicida del porqué tenía los verdaderos dientes de esta manera.

Un hombre entró a la sala poco después, me quitó las esposas y la oficial que estaba a cargo del caso me dijo lo siguiente:

— Han pagado tu fianza, puedes irte.

¿Pagar mi fianza?

No la miré a los ojos porque me daba repulsión las patas de araña que tenía como pestañas. Pasé por su lado y ni siquiera me iba a detener a preguntar por la prueba de dentadura, pero sí di una última mirada hacia atrás para fulminarla con la mirada.

Mi sorpresa fue grande cuando vi a un sujeto en una motocicleta esperándome. No le veía la cara, estaba mirando hacia el lado contrario, pero tenía el pelo rubio. Me acerqué desconfiado, no me sonaba de nada, pero en cuanto se volteó a verme y a sonreírme, aún más grande fue mi sorpresa.

— ¿Yoongi?

— Ah, cariñito —me dijo con el sarcasmo de siempre—. Ya vine a buscarte, es que estamos taaaan conectados que te oí pedirme que te rescatara.

Mis mejillas se pusieron rojas.

— ¿E-Eh?

— No filpes, tarado. ¿Qué tal el kinder? ¿Viste a algún compañerito homicida? — me dijo lanzándome el casco. Joder, cómo lo odio.

— Al único gilipollas que veo, es a ti.

— ¡Uhm! No hablemos de ser gilipollas que te muerdes la lengua tú solito. Anda, sube.

— ¿De dónde has sacado esta motocicleta? —le pregunté mientras me subía.

— La robé.

— ¿Y el dinero para la fianza?

— Con el sudor de mi frente.

— Yoongi...

— Lo robé también, pesado —me dijo, sonreí, me había hecho gracia el tono en que lo dijo.

Me coloqué el casco y luego lo abracé —. Lo robé de tu escena del crimen mientras limpiaba tus mierdas...

A pesar de que había confiado en él, y me subí a la motocicleta con total confianza, aquello me quitó de quicio. Me dejó desconcertado.

— ¿Qué?

Yoongi no me respondió con palabras en ese momento, simplemente sacó un móvil de su bolsillo y me lo entregó.

— La contraseña es 7322001 —me dijo—. Mira, hay un bonito vídeo en la galería.

Me entraron las ganas de vomitar. Me sentí asqueado y repulsivo, pero no porque me viera a mí mismo asesinando a dos personas —luego al propio "camarógrafo" — sino porque había sido un descuido de mierda. ¡No había podido contener a ese hijo de puta! ¡Cometí atrocidades de errores! Entonces... Lo de los Kim...

— No sólo te soltaron porque haya pagado tu fianza, sino porque no hay pruebas contra ti. Me deshice de toda y cada una de ellas.

Abrí los ojos sorprendido.

— ¿C-Cómo...?

— Aprendí del mejor... — dijo, me sonrojé — O sea, yo mismo. Tú eres un iracundo de mierda, espero que aprendas de tus errores.

— Qué hijo de puta eres — me sonrió de lado mientras me miraba sobre los hombros — ¿Me contarás cómo lo hiciste?

Arrancó.

— Algún día, angelito mío... Algún día.

Capítulo 26

« COGITO, ERGO SUM. »

La madrugada de ese mismo día;
4:01 a.m.

Sostuve a Jimin de sus brazos y lo arrastré tomándolo de las muñecas como si fuera un cadáver hasta la salida de aquella casa, casa del terror, donde había asesinado a sangre fría a esa familia sin perder el tiempo y sin volver en sí. ¿Así que a esto se refería con "matarlo" cuando "el otro" saliese? Jimin no es más tonto porque no sabría respirar por sí mismo. ¿Matarlo? ¿Yo? El hecho que trate a los humanos que no conozco como animales que son, colgándolos como si fueran carne vacuna, no me convierte automáticamente en alguien capaz de matar a la persona que amo. Pero, viendo todo aquello desde la oscuridad, me había dado cuenta de que él sí sería capaz de matarme... y de la manera más cruel que exista.

Le había dejado inconsciente asfixiándolo. Había corrido el riesgo de matarlo, pero lo solté cuando dejó de forcejear, incluso si eso hubiera significado correr peligro y que realmente fuera más inteligente estando desorientado y hubiese fingido su inconsciencia para matarme después. Pero supuse que se encontraba exhausto, por eso no fue capaz ni de mirarme.

Cuando salí de aquella casa, cargué a Jimin y corrí hasta la suya. Lo llevaba a mi espalda, como si fuera un niño pequeño y enfermo y, cuando llegué, di una patada a la puerta pero sin tirarla abajo. Lo único de lo que fui consciente había sido de la tranca de la cerradura que rompí. No importó en ese momento, se lo pagaría más tarde.

Tenía alrededor de cinco minutos para desvestirle, cambiarle de ropa y curar sus heridas. Pero, aun si me hube movido con toda la rapidez que podía permitirme, sólo alcancé a quitarle la ropa sin hacerle daño, pero lo arrojé con cariño y lo dejé hasta acabar con todo lo que había hecho.

La gente no sale a correr hasta las siete en punto de la mañana. El barrio en donde estaba, era tranquilo. Sin ruido y con la mayoría de los vecinos obesos. ¿Qué significaba eso? Pues que nadie se levantaría hasta las nueve, sin embargo, el autobús escolar llegaba a las ocho en punto a recoger a los niños. Bien, eso me daba ventaja, pero no demasiada, mi límite seguía siendo hasta las siete.

Cuando llegué a la casa de la gente que Jimin había matado, me detuve cuando oí los gemidos de llanto de un pequeño cachorro escondido dentro de su pequeña casa de mierda e innecesaria. Me acerqué a él notando que, seguramente, había entrado a la casa mientras

yo no estaba. Lo supe por la sangre en sus patas y en su hocico, aunque sabía que gran parte de esa sangre era suya, producto de la cruel patada que Jimin le había dado para que se callara.

Le acaricié.

— Aw, qué monada... — dije. El can no me había hecho nada, sólo me miró con aquellos ojos tristes, y yo supuse que, la razón por la que había entrado, era para ver a sus dueños porque estaba preocupado. Estaba asustado.

Me coloqué los guantes de látex. Me recogí el pelo, que ya estaba rubio en ese momento, con una gorra y el primer cuerpo que moví había sido del padre. Un hombre tan pesado que me había costado arrastrar solo y que me tomó mucho tiempo, pero logré llevarlo hasta el jardín y luego volví para recoger a la hija, luego a lo que quedaba del niño de cuatro años y el nonato. Después me encargué del bebé que tenía la cabeza dentro de la vagina de su madre e hice un pequeño gesto de pena cuando lo vi. Toda su pequeña cara estaba roja y un poco aplastada. La madre había sido la última por ser la más complicada de mover por el hecho de que su vientre estaba abierto y sus vísceras se escapaban resbalándose como si nunca hubieran formado parte de ella.

Jimin había tocado todo en aquella casa, no había lugar donde sus huellas no estuvieran. Jamás había limpiado un escenario tan grande, la lejía que tenía la madre era poca pero suficiente para limpiar las partes donde Jimin había esparcido la sangre con sus manos. Tan sólo me eché al suelo y limpié. No me importaba no limpiar bien, sólo me importaba limpiar las huellas de Jimin.

Me deshice de la palanca, del bate, de todos los cuchillos. Destruí las sillas y las quemé en el patio trasero. Destruí las cámaras de vigilancia, destruí los ordenadores, robé los discos duros y las cintas. Bañé al niño de cuatro años — o de lo que de él quedaba— en lejía, su piel se deshizo, se desprendió de él, pero limpió el ADN que Jimin dejó sobre sus huesos.

Le corté las manos ya que corría el riesgo de que, debajo de las uñas, hubieran ADN de Jimin al defenderse en un determinado momento de sus ataques. Había derramado toda la lejía por el suelo y luego se tiñó de rojo. No me daba tiempo, aún quedaban los que todavía estaban tirados en la calle, sin embargo, se me había ocurrido algo mucho mejor, Jimin ya me lo agradecería después.

Usé todas las toallas que había hallado en mi camino. Las mojé con lejía y sangre, estrujé las telas en las cubetas que luego derramaría por los váteres. Los guantes de látex no estaban durando como yo hube querido; se agujerearon, la lejía los "quemó", también me produjeron ampollas en la piel.

6:01 a.m.

Cogí las cuerdas que en el garaje se encontraban.

Colgué a la madre, al padre y a los hijos como si fuera una condena a muerte de alguna cacería de brujas, ahorcamiento. No obstante, la hija mayor y el padre fueron colgados desde sus columnas vertebrales y en la piel de la mujer, grabé una firma. ¿Por qué? No lo sé, ni lo sabré. A estas alturas de la vida, luego de todo ello, supongo que fue un impulso.

Cuando estudiaba psicología, jamás había comprendido por qué un asesino serial firmaba sus crímenes, dejando de lado el afán por ser reconocido por el ego enorme que tenían, o por la insaciable satisfacción de más y más, o por el reconocimiento por alguna obra maestra de arte que ellos mismos consideraban. Sí, quizás podría explicar muchas maneras de por qué un asesino serial dejaba un recadito a las autoridades en un acto de vanidad; pero yo no tenía vanidad. No me importaba que la gente me tuviera miedo, sólo quería proteger a Jimin, y esta era una manera de hacerlo.

6:40 a.m.

Los cuerpos de aquellos jóvenes ebrios los cargué en la motocicleta que robé. Jimin, en la noche, no había caminado demasiado desde su casa para pararse a asesinarlos, sin embargo, me costó meter esos cuerpos a su casa y, cuando abrí la puerta del sótano, un horrible olor me invadió. Había otro cadáver.

Encendí la luz y vi, a los pies de la escalera, un cuerpo decapitado o algo así. Pero no había tiempo para aquello, lancé los cuerpos y cerré la puerta, luego me encargaría de ellos.

Jimin se había pasado ésta vez. Jamás hubiera creído que lo que me escondía era algo tan aterrador como aquello. No se había inmutado, no había dudado de sus actos ni una sola vez. Estaba ausente, sólo estuvo siendo lo que escondía a todo el mundo: una bestia.

Cercenaba, despellejaba, machacaba, destrozaba... mataba.

Y ni siquiera nada de eso hizo que dudara de mis sentimientos por él. Ahora comprendo por qué éramos tal para cual. Él aún no lo entendía, cree que sólo le sirvo para divertirse, aún no se ha dado cuenta de que soy parte de él, de su vitalidad.

Asgo sus labios entre los míos. Asgo su muñeca, su cabeza, sus mejillas golpeadas las he curado, al igual que sus nudillos.

Así su cuerpo por un momento, la ligereza de su ser, de su alma frágil detrás ese pellejo de monstruo.

Sé que me necesita y estaré para él. Estaremos juntos por siempre.

Porque ahora lo entiendo todo, ah...

Ahora entiendo que no he existido hasta que lo hallé. Mi única misión es que su inocencia prevalezca; si es un monstruo, si es una bestia o un demonio, para mí es Park Jimin: chico del que me enamoré. Ya que, aun si no hube sabido su verdadero yo, seguía siendo él. Me

enamoré de todas sus personalidades, no hay peros que valgan en nuestra relación.

Le pienso, lo beso, lo amo... y luego existo, por fin soy.

Capítulo 27

» I fell in love with the Devil... And now I'm in trouble... I fell in love with the Devil, I'm underneath his spell... «

— Tenemos que hablar.

Cerré la puerta sin prisa detrás de nosotros. Cuando volteé, Jimin me miraba como si no diera crédito a mi comportamiento tan sereno.

— Sí, supongo que sí —le dije—. Hay cuatro cuerpos en tu sótano.

Abrió los ojos y se tensó. Se dirigió hacia la puerta que llevaba al sótano y, antes de abrirla me volvió a mirar.

— Adelante —me encogí de hombros.

Jimin tragó saliva y luego se asomó para mirar después de encender la luz. Lentamente se alejó de la puerta con el cabizbajo, me miró entonces.

— Conozco a uno de ellos... —me dijo— toda el profesorado sabía que él vendría a estudiar conmigo ayer...

Avanzó unos pasos pero pareció perder el equilibrio y casi cayó al suelo. Sin darme cuenta, me había dirigido a él con demasiada rapidez que lo detuve. Me miró después a los ojos.

— ¿Qué haré?

— Déjame a mí, Jimin... —le dije, mi cabellera rubia caía sobre mis párpados y me picaba los ojos a momentos — yo me encargaré.

— Seguro que enviarán a una patrulla a vigilarme, no me dejarán así como así — se separó de mí y mordió sus dedos, a pesar de que estos ya lucían muy destruidos —. ¿Cómo me reconocieron...?

— He oído que alguien dio tu descripción —le dije la verdad —. Aunque no sé quién pudo haber sido.

— Pero debió de ser una descripción demasiado exacta para llegar tan rápido hasta mí — se quedó en silencio de repente, estaba dándome la espalda —, Yoongi... —entonces volvió a voltearse y me miró con desconfianza.

— No —negué — ¿Otra vez, Jimin? ¿Por qué desconfías de mí? ¿Acaso no es suficiente todo lo que ya te he demostrado?

— Eres capaz de cualquier cosa.

Abrí mis ojos en demasía, estaba envuelto en ira y en negación.

¡¿Pero qué coño estaba diciendo este pavo ahora?! Después de todo lo que hice, después de todo lo que he tenido que pasar por él... Mi respiración se agitaba a escalas grandísimas, al igual que éste grandísimo hijo de puta en el cual me cago en toda su existencia, capullo de los cojones, gilipollas de mierda andante. Me cago en toda su vida.

— Pero me gusta —anunció después.

¿Este cabeza de cipote estaba jugando conmigo? ¿A tira y afloja? Ya no me está causando gracia.

— Me vale madres que te guste o no, Jimin. Estoy harto de ti — le dije — ¡Harto! ¡Me tienes a tus pies! ¡Hago todo lo que quieres! ¡Soy tu puta marioneta, soy un muñeco para ti! Me someto a todas tus mierdas, soy un puto sumiso a tus órdenes... pero no aprecias nada de eso, ¡joder! ¡Cómo me apetece romperte el pescuezo, mierda!

— ¿Pero tú quién te crees que eres para alzarme la voz? —me dijo luciendo tan ofendido.

Sonreí con sorna.

— Ay, no te hagas el ofendido ahora conmigo, Jimin... ¡Sabes de lo que te hablo! ¡¿Cómo puedes dudar de mí después de todo lo que he hecho por ti?! — Le había tomado de los hombros con fuerza y, sin darme cuenta, le había zarandeado.

— ¡Suéltame! —espetó empujándome — ¡¿Y yo qué sé, Yoongi?! ¡Eres capaz de que me arreste la policía y luego hacerte el héroe tú!

No volví a hablar. Pero no porque no pudiese defenderme, sino porque me dio la espalda y comenzó a subir iracundo por la escaleras, diciendo que perdía el tiempo discutiendo conmigo.

Obvia y claramente que lo seguí.

— Escúchame, Jimin —le dije, pero él no me oía, no quería oírme — ¡Que me escuches estoy diciéndote! —cerró la puerta en mis narices — ¡Abre la puerta, maldito niño de mierda o me comporto como papi abusón y entro a darte de nalgadas!

Abrió la puerta furioso.

— ¡¿Qué has dicho de mi padre?! — Me cuestionó. Sus ojos estaban enfundados en lágrimas que parecían que tenían salir, la expresión de Jimin me había confundido. Usualmente él tomaba este tipo de cosas con bromas, entonces... ¿será que...? — Vete a la mierda. Como ya te he dicho, no te pedí nada de esto. Todo lo has hecho porque has querido y porque eres un gilipollas.

Volvió a cerrar la puerta de un portazo.

— Venga, Jimin... Hablemos.

— ¡No!

— Jimin, si no la abres, tendré que tirarla —amenacé, pero con total serenidad. Él no me respondió, no quedó de otra —. Bien, lo voy a hacer, hazte a un lado, dulzura...

— ¡No lo hagas! Si entras aquí, te mato.

— Pero bebé... No puedes vivir sin mí y lo sabes — sonreí —. Vamos, sé que estás pegadito a la puerta, hazte a un lado que la tiro abajo.

— Yoongi, no.

— Uno... —comencé lento, él volvió a decirme que no lo hiciera — ¡Dos y tres! — me adelanté, pateé la puerta dos veces: la primera, para que retrocediera y la segunda, para tirarla abajo.

Le vi prácticamente regocijado en sí mismo, me miró sorprendido y sus mejillas estaban empapadas de sus lágrimas.

— Eres un hijo de puta... — me dijo arrugando el entrecejo — ¡Eres un hijo de puta!

Entorné los ojos. Realmente, no estaba dispuesto a oír insultos de su parte, al menos hoy no.

— Vamos, Jimin... ya deja de-... —recibí una bofetada que me calló en seco.

Mi mejilla ardía, me había dejado la marca de su pequeña mano sobre mi piel. Sentí el sabor metálico de la sangre que brotó en una pequeña herida generada en la comisura de mi labio, producto de su cachetada. Le miré con lentitud.

Después de limpiarme la sangre, le devolví la cachetada.

— ¡Ah! — había gritado cuando cayó al suelo, no se había esperado que hubiera reaccionado de aquella manera. Mi corazón se encogió cuando regresé en mí y lo vi tirado en el suelo. Él no era alguien frágil, era incluso más corpulento que yo, pero estuvo claro que no se había esperado que le devolviera la cachetada.

— Jimin, yo...

Me volvió a empujar, estaba furioso.

— ¿Quién demonios te crees para pegarme?!

Apreté el puño.

— ¿Y tú?! ¿Quién crees que eres para tratarme como si no fuera persona?! Estamos en esto juntos, Jimin. Si me hundo, te hundes.

— ¡Deja de amenazarme, enfermo! —Volvió a pegarme, entonces me abalancé sobre él cogiendo del cuello de su playera. Comenzamos a forcejear.

— No me hables de estar enfermo cuando eres tú quien está desquiciado, maldito psicópata asqueroso — no había pensado en esas palabras, simplemente salieron de mi boca sin que pudiera preverlo.

Los ojos de Jimin se volvieron más melancólicos y su agarre se aflojó un poco, pero, al parecer, su actitud impulsiva volvió y, dándome una patada en el estómago, me apartó. Me golpeé con su tocador, las cosas que reposaban allí, cayeron frente a mí, los cristales se rompieron y los frascos de plástico se abrieron, de modo que su contenido se esparció.

Miré hacia arriba, Jimin tenía la respiración agitada y me miraba con tanta indiferencia, con toda esa que odiaba y que me causaba una desmesurada rabia. Escondía algo detrás de la espalda en el cual —o la cual— no reparé porque mi atención estaba centrada en él.

— Es suficiente, Jimin. Yo no puedo seguir de esta mane-... — algo punzante se introdujo en mí de manera inesperada. Los ojos de Jimin seguían mirándome fijamente, sus labios temblaban mas no formaban una sonrisa y sus pupilas titilaban como si fueran a llorar — ¿Ji... min? — Cuestioné cuando había bajado la mirada hacia su mano que empuñaba algo filoso y con la cual estaba apuñalándome.

— Sabes que soy un monstruo, no sé qué es lo que esperas de mí. Estoy enfermo, Yoongi... y tú también. Deja de decir que me amas porque sólo estás obsesionado conmigo —me decía sin siquiera intentar llorar, demostrándome que no tenía corazón o tacto para esto —. Cuando halles a alguien más, te irás y todo esto será como si nada hubiera pasado. ¿Acaso no quieres vivir? Ahora mismo podría matarte, todo lo que has hecho será en vano.

— Pero no lo harás... —le dije — porque yo te gusto, lo sé. Lo noto en tu mirada.

— Maldito enfermo.

— De ti.

Con fuerza, sacó la cuchilla de mi piel, pero volvió a apuñalarme dos veces seguidas más, como si al que estuviera hiriendo, no fuera yo, sino alguien más que no conociera y quien le importara nada; entonces pensé ¿También valía nada para él?

Como es natural, las tres puñaladas provocaron que me tambalearan. Desasíó el cuchillo que, para mi sorpresa, era en realidad una lima de uñas metálica. Entonces yo me la quité, la sangre había salido por el tercer agujero que me creó y también por mi boca, me había manchado toda la cavidad oral del rojo de mi propia sangre.

— Te gusta hacerme daño, ¿verdad? —dije deshaciéndome de la lima de uñas.

Jimin no respondió, se quedó mirando cómo las heridas iban extendiendo la sangre por mi ropa y cómo la tela la absorbía, por ello, no se dio cuenta que le había cogido del rostro hasta que me miró a los ojos de nuevo.

— Suéltame —me dijo y lo hice, pero no sin antes sonreír. Mis labios parecían estar pintados con carmín.

De la manera en que me miró, ¿realmente había creído que no lo agarraría después de la cara con ambas manos y no lo besaría? Porque, de ser así, Jimin era un pobre iluso cuando lo tomaba desprevenido.

Acuné su cara entre mis manos y luego, ladeando un poco mi rostro, le besé en los labios. Él rápidamente hizo lo mismo.

Era casi indescriptible nuestra hipócrita acción, nuestro enfermizo amor; pues él me amaba como yo quería que lo hiciera. Él besaba mis labios manchados de sangre mientras atraía mis caderas cerca de las suyas, dejando que mi sangre manchara su torso, haciéndome daño; placentero daño que luego se proyectaba en forma de gemidos que se posaban sobre sus labios en medio de la brecha de nuestro aliento mezclado.

Jimin sacaba su tierna lengua de serpiente y la introducía en mi boca, buscaba la mía con tan ímpetu que, cuando consiguió hallarla, sentí cómo nubes rojizas de deseo y pasión se

extendía sobre nosotros y sólo quedaba esperar a que me mordiera. A que aquellas perlas afiladas que eran sus dientes, terminara por perforar mi carne y su músculo bucal, lamer mi sangre.

Entonces lo hace...

Me muerde. Me muerde en el cuello y el dolor se propaga como un virus cancerígeno que me da placer. Mis ojos se voltearon en respuesta y mis dientes mordieron mi belfo en cuándo sentí la humedad de su boca limpiar la herida que me había causado. Lo abracé porque me gustaba sentir la calidez de su cuerpo, me aferré a él, jugueteé con su cabello mientras sentía la succión de mi piel provocada por él mismo, me enamoraba de los obsonos sonidos que creaba su saliva dejándose encaminar a un lujurioso final: mi boca.

Jimin asaltó mi boca de repente, pero no con la suya, sino con sus dedos. Introdujo su dedo dentro de mí buscando sangre para luego esparcirla por mi piel y limpiarla con su propia lengua.

— Rompe mi camisa, Yoongi... —me pidió. Mis manos rasgaron la tela de su prenda y rápidamente ante mí se mostraba su escultural cuerpo. Monumento que adoraba como si fuera un dios, porque Jimin era mi dios.

Me encantaba verme reflejado en su pupila. Ver lo tan masoquista que por él podía llegar a ser; ver cómo mis ojos eran la mar de angustias y oscuros deseos y ese océano incierto de oscuridad que se pintaban en los iris de mi amado, me calmaban como el sonido de una ola.

Me gustaba que me amara de aquella manera tan tóxica. Que quemase mi piel con la suya, que mordiera como si estuviera hambriento de mí y bebiera como si estuviera sediento de mi persona.

Sentir el ligero agarre de sus dientes a mi belfo que, luego de unos segundos, ese agarre se volvía despiadado y el sabor a metal comenzaba a recorrer hacia el interior de mi boca, junto con su mirar tan monstruoso, tan famélicos de vida que buscaban absorber toda mi cordura. Orbes de color universo macabro, que me apuñalan tantas veces hasta hacerme gritar en el pleno acto sexual. Exorbitante sabor a Vid de sus labios; amargo y dulce. Boca ambivalente. Y finalmente el rojo avivando nuestro destructivo cariño cuando lo lanzo a la cama y su cuerpo rebota unos milímetros, pero él ya yace desnudo y, aun si estuviera desangrándome, no puedo detenerme a lanzarme hacia él cual fiera sobre su presa y tomarlo de la pequeña cintura, elevando su espalda unos centímetros del colchón, pues Jimin me deja inhalar la droga del elixir de su piel que se convierte como en éxtasis, tan poética piel, tan suaves versos maquiavélicos...

«Oh, Jimin, Jimin de mi vida... fuego de mis entrañas, tan sólo arrástrame a tu infierno y mantenedme atado a vuestra divina crueldad por el resto de la eternidad...»

Jimin me dejó tomarle del pelo cuando aún estaba encima de él, y yo devoro su boca, su

barbilla, su cuello; recito todo mi amor sobre su piel, escribo mis hazañas sobre ella, y él se queda grabado de todo mi enfermo amor cuando recorro con desespero y a besos todo su torso.

Mis manos están tan manchadas de mi propia sangre, y Jimin mira con cierto morbo.

Jimin me lame, me muerde, presiona mi herida y bebe de mi sangre para luego tomarme de la cintura y exigirme sin hablar, que me mueva como si lo estuviera embistiendo mientras él esparce, como si sus manos fueran brochas, toda la pintura escarlata sobre la piel que es el lienzo; pintó en mí también su enfermizo amor, cómo de muerto está cuando no estoy y cómo de vivo le hago yo sentir.

Jimin me cogió de la mano, desesperado, me indicó que lo tomara del cuello mientras que lo embestía de verdad, estando dentro de él, sintiendo su tibia humedad y moviéndome de tal manera que podía sentir cómo la herida se despegaba de mi piel para abrirse y cerrarse tantas veces que la sangre brotaba como cascada. Pálido estaba poniéndome mientras que Jimin sacaba la lengua excitado y su rostro se volvía morado.

Arañaba mis brazos, mi espalda, y, como ardía, suspuse que las líneas trazadas con sus uñas estaban sangrado.

«Lo amo...»

«Lo amo, lo amo, lo amo, ¡lo amo!»

Lo amo cuando gime, cuando me mira cansado, cuando suda, cuando parece perder el aire, cuando se mueve sobre mí y grita mi nombre. Lo amo cuando puedo ver su espalda encorvada y cuando tomo su cabello entre mis dedos y lo azoto de vez en cuando golpeando su piel con las palmas de mis manos, dejándole un tono rosa o rojo que luego irá volviéndose violeta, verde y azul.

Pero, mientras lo asfixiaba, Jimin cayó al zafarse de mi agarre e intentó buscar soporte en la mesa de noche que al lado de su cama se encontraba. El mando de la televisión acabó sobre la cama y, cuando Jimin cayó exhausto sobre el colchón, también cayó sobre el aparato que encendió la televisión.

El brillo de esta dejaba relucir mi cansado rostro, a punto de la muerte por sangrado, al borde de ella.

— Yoongi... — murmuró mi nombre mientras mantenía su vista fija en la reportera que estaba hablando en la televisión.

Se mostraba en la pantalla (también narrada por la periodista) los asesinatos cometidos. El de la familia Kim y otro aislado, pero firmado por, presuntamente, el mismo autor.

Jimin volvió a verme.

— ¿Qué has hecho...?

— S-Salvarte... el pellejo...

Capítulo 28

2 semanas después.

31 de octubre de 2019;
21:30 hs.

Extendí mi brazo e hice una señal para que el coche que se acercaba, se detuviera para mí. Afortunadamente, lo hizo.

Me incliné hacia la ventanilla del coche que el conductor, cuya cara no podía ver por la oscuridad de la noche y la escasa iluminación que había donde decidí hacer un auto stop, me apoyé sobre la ventanilla bajada y metí sólo un poco mi cabeza para poder oír lo que me diría, si es que se atrevía a decirme algo.

— ¿Qué haces tan tarde aquí? —me preguntó.

Olía a tabaco y alcohol. Tenía un collar de flores de plástico alrededor de su cuello. Bajé la mirada recorriendo el panorama: cigarrillo, cerveza, condones... y una pulsera de tela LGBT que adornaba su muñeca.

Sonreí.

— Trabajo —le contesté —, ¿quieres ser mi jefe esta noche?

No era un hombre mayor, pero tampoco era muy joven. Quizás tenía trabajo, pero si volvía de una fiesta tan temprano, probablemente estaba muy entregado a él.

— ¿Cuánto cobras?

— Lo que quieras pagar —seguí su juego con el carisma que había aprendido.

Una sonrisa se deslizó sobre sus labios y se inclinó a mí para abrir la puerta, acto seguido, me adentré al vehículo. Esa noche vestía de negro, con chaqueta, botas militares y pantalones que también eran de cuero, de esa manera, mi miembro quedaba marcado.

— ¿Entonces? —cuestioné mirándole a los ojos. Extendí mi mano hacia él y le tomé de la barbilla de una forma delicada, mis rosados labios formaron una sonrisa ladina en mi rostro.

— Aquí y ahora, p-por favor... —me dijo, su voz suspirada me había dado luz verde y rápidamente me monté sobre sus piernas, la bocina había sonado de repente y por un largo tiempo, sin embargo, no me importaba puesto que nos encontrábamos en una carretera tan poco transitada en horas como esta.

Besé su boca mientras el sujeto en cuestión me tomaba de la cintura y me obligaba a moverme para frotar nuestros miembros. Sentía cómo lo suyo iba endureciéndose. Él metía sus manos debajo de mi camiseta, mordía mi labio inferior, besaba mi cuello y me susurraba sus peticiones: ahorcarlo.

Cuando me quité la chaqueta, la tiré al asiento del copiloto, mis blancos brazos rodearon su cuello y alzarón su camisa para arañar su espalda. Me decía: "muévete con más prisa" y yo lo hacía, me inclinaba hacia el volante y la bocina sonaba mientras le tomaba del cuello moviéndome sobre él, aún con los pantalones puestos. Le gustaba meter su dedos en mi boca para que se los chupara y los mordiera.

— ¿C-Cómo te llamas...? — me preguntó mientras recobraba el aliento.

No le contesté con demasiada rapidez como, quizás, él hubiera esperado, sino que me deshice de mi playera y él vio todos los estigmas que en mí estaban tatuados.

Me tocó la piel con sus manos, recorrió mis cicatrices; las marcas de dientes, los puntos de puñaladas... Y, cuando finalmente me volvió a mirar a los ojos, le sonreí al notar el miedo que de ellos emanaba.

Me acerqué a él con delicadeza, lamí su oreja antes de susurrarle.

— Animal corpse. — acto seguido, le corté la garganta con la navaja suiza que llevaba en el bolsillo trasero de mi pantalón.

....

Los policías que vigilaban la casa de Jimin, estaban dormidos cuando yo pasé cerca del coche.

Cogí las llaves que guardaba en mi chaqueta y abrí la puerta. Oí pasos que se acercaron corriendo y se detuvieron en medio del pasillo, me volteeé encontrándome con Jimin.

— ¿Dónde estabas? — me preguntó. Iba vestido completamente de negro, pero él había olido la sangre de todas maneras, se acercó a mí y olfateó ligeramente. Me miró frunciendo el ceño.

Levanté la mano donde tenía los restos de piel que le había quitado a aquel sujeto en una bolsa negra.

— He traído la cena, amor. — Él rápidamente tomó la bolsa y observó.

Me alejé de él caminando hacia el lavabo, iba a tomar un baño para que el aroma de la sangre se quitara de mi cuerpo y los restos de ella de mi pelo.

Me acomodé dentro de la tina, el agua estaba a una temperatura agradable. Sentí que mi cuerpo flotaba en un cálido mar y me llevaba a la deriva sobre sus olas y su alta marea. Estaba exhausto, pero simplemente recordé el incidente de la otra vez: si no pensaba en ello, las tres puñaladas no dolían, pero como ese asunto asaltó mi mente, de inmediato sentí la leve punzada en mi abdomen.

Jimin se había acercado a mí, sus ojos titilaban preocupados y su mano sostuvo mi rostro mientras me miraba a los ojos casi incrédulo.

— ¿Has asumido la culpa por mí? — me preguntó en ese entonces. Yo no le estaba viendo a la cara, estaba tan debilitado que no podía siquiera pensar. Había perdido muchas sangre — ¿Has ido a matar a otras personas y firmado para desviar la atención de la policía a ti?

— Lo he hecho — respondí. Mi respiración se había vuelto confusa, problemática para mí.

Había acariciado mi rostro cuando me tomó entre sus manos, secó el resto de sangre que aún seguía húmeda y con la que él mismo había pintado sobre mi rostro.

— Pero, ¿por qué? Has dicho que siempre eres precavido, algo que me gusta de ti es tu inteligencia, ¿no has pensado en que esto puede ser peligroso? ¿Y si te atrapan?

— Asumiré las consecuencias, Jimin. No te preocupes por mí —le dije en un tono bajo de voz mientras la luz de la televisión era lo único que nos iluminaba.

— Pero Yoongi...

— ¿Recuerdas lo que te he dicho ese día, Jimin? —me había acercado más a él, nuestras narices se tocaron y, cuando comencé a hablar, mi aliento chocó contra su boca. — Realmente no dejaré que tú caigas conmigo. Yo realmente estoy dispuesto a aceptar todas las cadenas perpetuas con tal de verte triunfar en la literatura, porque sé cuánto amas esa carrera.

Sus lágrimas descendieron por sus mejillas y me besó con ternura. Nunca me había besado de aquella forma; nuevamente estaba en sus manos, tan atado a él sin posibilidad de libertad. ¿Pero quería ser libre?

— No quiero ser libre de él jamás... — murmuré cuando miré las yemas arrugadas de mis dedos. Llevaba demasiado tiempo en la tina — Jamás, jamás...

Jimin me había llevado a urgencias después; con la excusa de que nos habían asaltado y robado nuestras pertenencias. Me quitaron los puntos y me quedé unas horas en lo que recibía una donación sanguínea. Jimin se quedó a mi lado y no hablamos en todo ese tiempo. Yo tan sólo lo miré, preguntándome si en verdad él me quería de alguna forma.

Sé que es tonto imaginar que sí o estresarse por el amor de alguien que no sabe amar a nadie que no sea a sí mismo. Pero supongo que él era tan buen mentiroso y actor, que creía en todo lo que decía o hacía. Si sus cristalinas lágrimas lloraban por mí, yo me derretía y me enamoraba más. Todo tan tóxico, todo tan falso de su parte... ¿Por qué no podía amarme como yo a él?

Sólo esperaba saber definitivamente si me amaba o no de manera temprana... Y no en mi lecho de muerte.

— Yoongi... —me llamó cuando por fin salí del baño y estaba vestido con una salida de baño y secándome el pelo con una toalla más pequeña — He preparado la cena, siéntate, por favor. —me dijo.

No le respondí, simplemente, me senté en una de las sillas. La mesa estaba preparada y él me sirvió la comida, la cual era carne y verduras. Le miré antes de probar bocado.

— Tranquilo, no es humana —me dijo —. Confía en mí, es de ternera.

Cogí los palillos y comencé a comer. No me importaba en lo más mínimo si me hubiera engañado y ahora estuviese zampándome a algún tío traído de mi propia carnicería para el consumo de Jimin. Aunque no tenía motivos para dudar de él, de todas formas.

— Yoongi... he estado pensando mucho en esto —comenzó a decirme. Yo dejé que hablara,

no le miraba, sólo comía —. Somos nosotros los cazadores y ellos las presas, ¿por qué no llevamos esto a un nivel más elevado?

— ¿Qué quieres decirme?

— Que igual estamos destinados para esto —me tomó de la mano, en ese momento sí le había mirado —. Deberíamos convertirnos en una pareja oficial.

Tosí.

Me atraganté con la chuleta.

— ¿Qué?

— Todo esto es un juego. Selección natural, ¿te suena? Nosotros somos los fuertes, ellos los débiles. Si no pueden contra nosotros, menos podrán contra otros: debemos eliminarlos —su mirada se había vuelto oscura nuevamente. Hace tiempo que no veía esa mirada en sus ojos, esa que me causaba escalofríos.

— ¿Y qué pasaría si, de repente, encontrásemos a alguien más fuerte que nosotros?

— Ya te lo había dicho. Aún conservo esa postura.

«— No me importa, Yoongi. He acabado de desistir a huir de ti. Quiero hundirme contigo si es necesario, no quiero dejarte solo... —me había dicho después de besarme — Has calado en mis huesos, te has tatuado en mi piel y te has vuelto mi mayor obsesión... sin ti perderé la cabeza, otra vez.»

Tragué saliva. Sus ojos lucían tan seguros de lo que había dicho la otra vez.

— Si alguien llega y es capaz de matarnos, prefiero morir contigo. Vivir contigo o nada. Esa es mi única opción, la única que acepto ahora.

—... Demonios, Jimin... se me ha puesto dura —le dije. Él rió ante aquello y negó con la cabeza.

— Sólo piénsalo: la gente te está reconociendo como el "Animal Corpse", pese a que hubieras puesto tus iniciales en las escenas anteriores. La policía no te relaciona con nada, son tan idiotas a decir verdad— me decía —. La policía misma te ha colocado ese alias, ¿por qué no aprovecharte de él?

Tenía razón. La policía había comenzado a llamarme así porque cortaba a los cadáveres como si fueran animales de consumo y los colgaba como tal. Ellos tenían la sospecha de que podría tratarse de alguien con experiencia en la carnicería —o por ahí iban los tiros —, no obstante, nunca había parecido relevante y eso estaba bien.

Se inclinó hacia mí.

— Sólo piensa en lo mucho que podríamos divertirnos —sonrió —, mi cadáver animal.

Y me gustó todavía más.

Jimin estaba rompiendo mi cordura a pequeños golpes de cada cosa seductora que hacía o decía. Entonces acepté.

Capítulo 29

No existe una receta para ser un "asesino serial".

Tú simplemente, hoy o mañana (o cualquier día), podrías coger un cuchillo y asesinar a tres personas de la misma manera y, ¡hala! Ya eres un asesino serial.

Como he dicho, no existe tal cosa; pero sí unos cuantos factores que, por cliché necesario, nunca fallan: la infancia, los maltratos en ella o que tu tío los violase durante la pubertad. Está la otra alternativa, claro que sí, la de "enfermedades mentales", pero no muchas veces se convierte en un caso aislado de los maltratos en la infancia. Así que todo en la misma bolsa, para no pensar demasiado.

Muchos de los asesinos seriales que, seguramente, conoceréis y/u os suene si voy mencionándolos: Ted Bundy, Charles Manson, Richard Ramírez... fueron víctimas de abusos domésticos en su niñez. Aquel entorno convirtió a esas personas en monstruos en su momento. Pero claro, Jeff Dahmer no tuvo una infancia traumática como los demás, al contrario, papá y mamá unidos, que se querían... pero él había desarrollado su crueldad en animales que luego pasó hacia personas que mató para luego follárselas. Por eso me cae bien este tipo, porque compartí su infancia.

Mis padres fueron unidos desde siempre. Éramos los tres, junto con mi hermano (¿habéis notado ese desapego emocional?), contra el mundo. Asistí a un buen colegio, pese a no tener amigos —sí, asocial — me llevaba bien con todos y nunca había demostrado interés

en el dolor o en la violencia. Usualmente apartaba la vista cuando un animal sufría y siempre trataba de ayudar a mi hermano mayor cuando se raspaba una rodilla jugando al fútbol.

En el colegio nunca hubieron problemas. No presenté ninguna discapacidad; cero déficit de atención, trastornos de bipolaridad u obsesión. Los profesores solían adorarme por ser un chico tan ¿culto? Sí, pues me la pasaba leyendo y leyendo. Mis notas eran buenas, a diferencia de mi hermano.

Pero claro. Todo cuento de hadas, tiene un final; y el mío no fue un: "y vivieron felices y comieron perdices".

Una noche, nos atacaron. Mis padres murieron y yo me separé de mi hermano jurando no volver a verlo en lo que me restase de vida.

«¿Y eso qué tiene que ver con la navidad?»

Pues nada.

Había perdido el rumbo de mi vida y me dediqué a eso que tanto hube evadido: la violencia.

Desmembrar animales muertos fue el menor de mis problemas. Sabía que no podían sentir dolor y aprendí a matarlos yo mismo. Mi interés por ello llegó un poco tarde. Si no hubieran muerto mis padres, yo no sería el monstruo que ahora soy.

Aprendí a disparar a las ovejas en la cabeza, a degollar a las vacas y quitarles la piel y vísceras. Toda mi humanidad quizás se había perdido un poco desde entonces, pero cuando conocí a Jimin, supe que él la había matado para siempre. Y tal como él asesinó a mi humanidad, a mi ética y mi cordura, yo comencé a trasladar mis gustos violentos hacia personas vivas. Todo el daño que le hacía a un animal muerto, se lo hacía a personas que aún seguían con vida y luego acababa por matarlas sin esperar a que ellas murieran por sí solas luego de tanto daño. Quizás pensé: "seré compasivo".

Compasivo mis huevos.

Entonces descubrí que el sufrimiento de los demás se volvió ese tirón de orejas para comenzar a vivir. Y si el chico del que estaba enamorado, era igual —o peor— que yo, sinceramente me venía como anillo al dedo.

Hay algunos asesinos que dicen arrepentirse de lo que han hecho, pero yo no les creo y vosotros tampoco deberíais creerles. Si vuestro novio abusivo os pega, os maltrata y os insulta para luego compraros rosas de mierda buscando vuestro perdón, no debéis creerlos nada. Son todas insulsas mentiras que os muestran en la televisión. Pero... ¿A que soy muy contradictorio, verdad? Pero claro, yo me excuso a que soy un pirado de mierda, a vosotros todavía os da pena que Jimin hubiera pateado al perro, a mí no. Por eso yo seguí con el hombre que me apuñala, me manipula, me trata como basura y sólo me utiliza para follar.

Si oís, leéis o veis algún caso de que un asesino que ha matado a más de doscientos niños dice que está arrepentido, que ya aprendió la lección con sus noventas cadenas perpetuas, no debéis creerle. Ellos jamás se arrepentirán de nada porque así han crecido, así se han formado y, si no se hubieron arrepentido mientras sólo pasó el primer o el segundo asesinato, menos luego de cinco o diez.

Mientras cursaba la carrera de psicología, pidieron mi observación en un caso de asesinato ejercido por alguien que presentaba un cuadro de psicopatía. Ya sabéis: "cero amor al prójimo, ateísmo corriendo por las venas y «miento cada dos por tres» ", lo típico.

Total que me tocó entrevistarle para sacar la razón de la cual había asesinado a toda una familia de una manera tan cruel. Su respuesta fue: «— Me excita verlos morir, pedir por ayuda o que me llamen monstruo. Lo hice por mí mismo, por algún estímulo. ¿No le ha pasado que no encuentra la razón por la que vive en este mundo? ¿No le ha pasado que, cuando la halla, desea volver a sentir la satisfacción por siempre? ¿Cada vez más y más? Dígame usted, doctor... ¿Qué lo hace a usted feliz? No me mientas a la cara diciéndome que, cuando halle eso que tanto le haga sonreír y sentirse completo, no dejará de hacerlo y rehacerlo.»

En ese momento... nada me hacía verdaderamente feliz y le mentí. Le mentí diciéndole que yo era feliz viéndole pudrirse en el centro psiquiátrico donde lo encerrarían. Pero, cuando salí de la sala de interrogación, realmente me pregunté: «— ¿Qué me hace a mí feliz...?»

— ¡Yoongi! — la voz de Jimin me había traído de nuevo a la realidad. Le miré de inmediato, él estaba frente a mí, sentado en el sofá largo mientras que yo en uno individual leyendo un libro, él preparaba su tesis.

— ¿Qué pasa?

Era de esos días en los que Jimin actuaba de forma cariñosa. Tenía, pues, una personalidad adorable que rara vez salía. Usualmente veía la luz del sol cuando estaba saciado, pero claro, no duraba mucho y, a veces, se quedaba presente cuando necesitaba matar. Era realmente escalofriante verlo actuar como un niño mientras se comía a alguien.

— ¡Ven a ver lo que llevo de tesis! —sus ojos brillaron con entusiasmo, ¿cómo podría negarme? Sonreí y me levanté para ir junto a él. Jimin se levantó dándome paso, se sentó sobre mi regazo después colocando la laptop sobre sus muslos — Observa —me dijo — ¿qué opinas?

Leí lo que, hasta ese momento, tenía escrito. Yo nunca llegué a hacer mi propia tesis, pero aún recordaba lo que quería presentar: el desorden de personalidad múltiple y la psicopatía asociada.

— ¿Qué te parece, Yoongi? — me tembló el pulso.

— Que tienes una redacción excepcional, Jimin —le dije. Su sonrisa se extendió y me miró como habría querido que lo hiciera más a menudo —. Te los follarás a todos, esto es... Impecable.

— ¿De verdad lo piensas? — sus ojos brillaron en cuanto me vieron.

— Por supuesto que sí... Eres tan pulcro y eso me hace amarte más.

Se mordió los labios y luego me robó un beso. Beso que volví a recuperar robándole otro que correspondió y todo se envolvió en un excitante deseo creciente que, sin fuera porque me detuve, casi follaríamos de nuevo.

— Sigue con eso, ya tendremos tiempo después.

— Vale. —pero no me había soltado. Acarició su nariz con la mía y fue bajando su mano, desde mi pecho hasta mi cintura — Yoongi... — susurró con una voz ronca — ¿Me amas?

— Te amo, Jimin.

— Entonces, si me amas, me contarás sobre ti — se separó de mí —. ¡No sé siquiera cómo se llaman tus padres! Si tienes hermanos o eres hijo único. Tú sabes que los míos están muertos. Háblame de ti, por favor...

Tragué saliva.

— Mis padres están muertos también —le dije —. Los mataron.

— Ah... ¿Y...?

— Mi hermano —confesé —. El asesino fue mi hermano —sonreí sólo para que el recuerdo no me permitiera derrumbarme nuevamente —. Supongo que lo llevamos en la sangre, ¿no?

Alzó las cejas. No iba a decir que lo sentía y eso lo sabía bien, a él no le causaba ninguna empatía.

— No debí preguntar —murmuró —. Estoy cansado, iré a dormir... Buenas noches, Yoongi.
— se acercó a mí y me tomó de la barbilla sonriéndome antes de levantarse e irse.

Mi hermano me había dicho lo mismo y eso me causó tal escalofríos que no le respondí.

"Buenas noches, Yoongi" me dio un beso en la frente con esos labios manchados de la sangre de nuestros padres y luego me robó un beso de la boca. Acuciándose y mirándome, me dijo de nuevo: "Vive tu vida, pequeña basura. Vive viéndote al espejo y ver al asesino de nuestros padres. Todo esto es tu culpa". Luego huyó, pero lo arrestaron dos semanas después.

Jamás supe, jamás comprendí por qué había hecho aquello. Y jamás lo sabré, pues él ha muerto para mí.

— Buenas noches, Jimin —respondí cuando ya no lo hallé en la sala y volví a la realidad.

....

Salí de casa corriendo.

La patrulla que mantenía a Jimin bajo vigilancia se había marchado hace unos días, por ello, entrar y salir de la casa de Jimin como si nada, se comenzaría a volver mi pan de cada día. Y todo porque lo encubría asesinando por aquí, asesinando por allá... Mi táctica era la prostitución. La carnicería no generaba ingresos como en los principios, por ello, tenía que obtener una ruta de escape. Y no quería depender de Jimin, sería demasiado. Aunque Jimin no trabajaba, pero su cuenta siempre estaba llena. Su tarjeta siempre estaba cargada. Quizás habían más cosas que no sabía de él.

La razón por la que me tiré una corrida como la Bolt, fue porque Jimin se había olvidado la tesis y me dijo, en la noche, que la necesitaría para proseguir en la biblioteca durante las horas de descanso.

Cuando llegué, casi desmayé, pero dejaron que pasara. Me dijeron que Jimin se encontraba en el aula del quinto piso y las escaleras estaban más cerca. Jimin tenía un descanso de veinte minutos, aproximadamente, después de las dos primeras horas y, cuando llegué al quinto piso ya dejando de ser persona, la campana había sonado y todos comenzaron a movilizarse.

Vi a Jimin charlando con las personas de siempre, él decía que los utilizaba para no aburrirse, pero parecían sus amigos.

— ¡Jimin! — lo llamé. La gente me atropellaba y me arrastraba haciéndome retroceder sobre mis pasos.

Jimin se giró al oír su nombre reiteradas veces y, cuando me vio, frunció el ceño y abrió los ojos en grande denotando su sorpresa. Se disculpó con los sujetos con los que estaba hablando y se acercó a mí cuando por fin me detuve en la esquina del pasillo.

— ¡¿Qué haces aquí?! —me preguntó en un pequeño regaño silencioso.

— Te traje esto —le dije enseñándole la laptop que se había olvidado en casa. La tomó.

— Joder... ¿Cómo la pude haber olvidado? —susurró para sí mismo, luego me miró con timidez — Gracias, Yoongi...

Se despidió de mí con la mano y luego fue junto a sus amigos nuevamente. Cuando me giré dispuesto a bajar, esta vez, en el maldito ascensor. Una muchacha chocó contra mí. Salía del despacho de algún profesor.

— Ay, disculpe... — me dijo con una sonrisa. Juraba que llevaba más maquillaje que alguna muñeca sexual.

— No es nada. — respondí. Se le habían caído los libros y la tontísima esperaba que se los recogiera yo.

Y se los recogí.

— Eres muy amable, ¿cómo te llamas?

— Me nombro "qué" y me apellido "te importa". —borró su sonrisa y se marchó. Seguramente comenzó a maldecirme mientras caminaba hacia el aula de Jimin.

Pasó cerca de él y lo saludó, le dio dos besos en la mejilla al igual a todos los que estaban allí; luego entró. Me quedé viendo a Jimin, disimulando que veía el móvil —aunque a veces le enviaba mensajes, pero el muy hijo de puta no me los respondía —, hasta que sonó el timbre de los veinte minutos y todos comenzaron a entrar a sus respectivas aulas de nuevo. Algunas personas aún iban comiendo por los pasillos. Me recordó a mis tiempos en la universidad, cosa que, extrañamente, añoraba. Pero ya era tarde para mí.

Cuando me volteé, me topé con un profesor que se sorprendió pero luego me sonrió creyendo que, quizás, era algún alumno.

— ¿Conoce a la señorita Lee Hana? —me preguntó.

— No...

— Ah, realmente no importa. Ella es de esa clase —me dijo apuntando al aula de Jimin —. ¿Me hace usted el favor de tocar la puerta y darle esto, por favor? Es su tesis, ah... Esa chica realmente tiene talento para la escritura, seguramente será la primera egresada. — me dio una palmada en el hombro y luego se fue.

No me importaba darle el documento a esa chica, así que, mientras me acercaba al aula, me picó la curiosidad y comencé a leer todo lo que había escrito.

Toqué la puerta y, acto seguido, la abrí para asomarme. Todos se voltearon a verme como si no hubieran aprendido en la secundaria que eso era de mal gusto.

— Disculpe, señor profesor... —dije — ¿Podría hablar con Park Jimin un momento, por favor?

Jimin miró a profesor y este, que era joven y por un momento sentí celos de que le estuviera dando clases a Jimin, le dejó, con total amabilidad y por eso lo perdono.

— ¿Y ahora qué quieres? ¿No te había dicho que te fueras? —me regañó, pero ya estaba acostumbrado.

No hablé, simplemente le di la tesis incompleta de la chica aquella. Jimin comenzó a leer. Si Jimin hubiera cometido plagio contra ella, automáticamente lo hubiera notado. No habría reconocido las palabras, sin embargo, cuando arrugó el papel, rápidamente entró al aula y gritó dirigiéndose a ella.

— ¡Maldita zorra de mierda! ¡¿Me acabas de robar la tesis?! ¡¿Me has puto plagiado?! ¡Asquerosa! ¡Te voy a matar, te voy a matar! ¡Te voy a quitar el corazón y me lo comeré frente a tus padres, puta de mierda! —gritó. Toda la clase se había sorprendido de que, de repente, el lindo Park Jimin que no decía ninguna grosería, hubiera actuado como realmente es.

Yo lo supe desde el principio. Sabía que ella le había plagiado, pues sólo llevaba 50 páginas de las 210 que Jimin llevó a cabo todo el fin de semana y, esa misma chica, había visitado a Jimin para estudiar la semana pasada. Jimin podría ser cualquier cosa que vosotros queráis, pero no era un ladrón.

La mujer se defendió de él, llorando. Haciéndose la víctima. Y Jimin fue echado del salón, sin embargo, le dijo algo que pude leer y descifrar sin siquiera contar con la necesidad de oírle.

«Te haré la vida imposible hasta que decidas matarte, furcia.»

Tomó sus cosas, rompió las hojas frente a ella y salió del aula tomándome de la mano. Estaba tan enfadado que, en cualquier momento, se volvería peligroso para mí, o para él.

— Yoongi... — me dijo deteniéndose en pleno escalón final del segundo piso — quiero que la mates.

Capítulo 30

» Surprise, motherfucker...
The Devil is back. «

Ya la noche había caído. Si me hubiera dado tiempo a mirar al cielo y buscar estrellas, lo habría hecho; pero él me apresuró a hacerlo y entre tanta contaminación, no había más astros que admirar.

La gente es tan tonta a veces al decir: "me habría gustado vivir en la época donde no había tecnología y en la que las estrellas eran visibles", cariño, no sobrevivirías ni al primer día. Aunque yo también era un tonto a veces —o muchas— y deseaba poder retroceder en el tiempo, conocer a Jimin de nuevo como si fuéramos almas destinadas que reencarnaban para encontrarse, para amarse en un bucle eterno; quería saltar hacia atrás en el tiempo y observar con él las estrellas del nocturno cielo.

Pero no.

A veces costaba soñar de igual forma como volver los sueños realidad.

La muchacha sollozaba mientras intentaba zafarse de las cuerdas que le amarraban las muñecas por detrás de espalda —tranquilo, no se trataba de la que había plagiado a Jimin. Esa es una vela de otro entierro—. Lloraba y lloraba, me miraba asesinar a sus padres.

El hacha que tenía en mi mano había destrozado la espalda de sus padres, y el horrible ruido de sus huesos crujendo había sido lo peor que quizás ella hubiera oído en su vida.

La espalda de sus progenitores se abrió de tal forma que la sangre que salió como ríos caudalosos después de un día tormentoso de la abertura de la herida. Extraje los pulmones rompiendo la tráquea que los mantenía unido. Los ojos de la muchacha se abrieron en demasía cuando, de repente, ingresó otra persona a la habitación y le dio un mordisco al pulmón derecho de su padre; Jimin había destrozado la cisura horizontal y despegado la oblicua, ahora estos colgaban de su boca mientras que le enseñaba su sonrisa.

— Abre la boca — le dijo.

Ella obedeció. Mentiría si dijera que me había dado algo de pena, pero no estaba alejado de la realidad. Jimin la obligó a comerse los pulmones de sus padres, y si ella intentaba vomitarlo o simplemente le daban arcadas, Jimin le propinaba, a su cara ensangrentada,

una bofetada. Hasta que la mató a golpes.

Le rompió la ceja, le rompió la mandíbula y los dientes; partió sus labios y le proporcionó una abertura en la frente; le rompió el tabique nasal e hizo que se mordiera la lengua reiteradas veces. También, cuando dejó de moverse, cogió su ojo derecho con los dedos y apretó tan fuerte que logró sacarlo, pero aún los nervios estaban unidos al globo ocular.

— Abre la boca — me dijo cuando había cortado los nervios y ahora esa cosa blanda y redonda estaba en sus manos, manchándose de sangre.

Yo abrí la boca y sentí cómo aquello se posó sobre mis papilas gustativas. Por un momento, había pensado que realmente haría que lo tragase; no obstante, lo quitó de la misma forma y, en vez de que me tragase un ojo, él me besó en la boca. Succionó mi lengua y jugueteó con ella como si fueran dos serpientes enamoradas, cuyo veneno convertido en baba, creaba hilos que unían nuestros labios en un insaciable deseo carnal.

Y Jimin me quitó la ropa rompiéndola. Primero hubo roto mi playera después de sacarme la sudadera y luego, me despojó de mi pantalón; yo con él hice lo mismo. Me tumbó de un empujón sobre los cadáveres de los mayores quitándose la playera de manera bruta. Se posó sobre mí y siguió besándome. Me besaba, me mordía con delicadeza y luego volvía a acabar en mi boca para robarme el alma, pues sabía que todo yo era suyo. Que controlaba, básicamente, mi vida.

Me introdujo dentro de él cuando mi miembro se puso erecto y su orificio anal estaba dilatado. Sus gemidos inundaban la casa. Yo era incapaz de ver su rostro sudoroso, su expresión de de deseo exacerbado, cual enfermedad tóxica que se agravó cuando sentí que me vendría y le indiqué aquello gimiendo y tomando posesión de sus caderas, enterrando mis uñas en su piel.

Se masturbó de una manera rápida, con vehemente necesidad y su semen acabó sobre mi pecho; él, seguido de ello, se levantó pero rápidamente cogió mi miembro y comenzó a masturbarme. Todo palpitaba junto con mi acelerado corazón, él volvió a introducirme dentro de él, de su boca. Sentí la humedad de su interior y cómo la víbora de su lengua dibujaba su enfermizo deseo sobre mi piel. Acabé dentro de su boca. Sus mejillas se inflaron un poco, sentí que había sido en una cantidad considerable, pero él, mirándome seguro de sí mismo, tragó mi semen y se chupó los dedos al acabar.

— Yoongi... — me llamó. Yo no contesté, estaba ocupado en retomar mi aliento — Puedo oír tu frágil corazón gritando por que lo coja entre mis manos y lo estruje hasta vaciarlo.

Me incorporé rápidamente y le miré inquiriendo una respuesta inmediata de su parte respecto a lo que acabó de decir.

— ¿Qué has dicho?

Pero no me contestó. Me sonrió con esos ojos perdidos en la nada y, como si estuviera

ausente, siguió mirándome borrando su sonrisa.

Mentiría si dijera que no le temí en ese momento.

....

— ¿Habéis oído del nuevo asesino en serie? Realmente parece muy bueno. Me pregunto si lo tendremos entre nosotros tan rápido como dicen —comentó un hombre corpulento, de apariencia mayor, quizás en los cincuenta años.

Los que lo acompañaban estaban a su alrededor y también rieron por lo que había dicho.

— Parece muy inteligente, aunque quizás no sea sólo uno... —especuló otro.

El joven que ya llevaba un buen tiempo oyéndolo todo, sonrió de manera aspirada y sonora, de manera que los demás le oyeron. Como no les había hecho gracia que alguien que sólo llevase menos de diez años dentro, se burlara de lo que ellos comentasen.

— ¿Qué te hace tanta gracia, Min?

Cuando alguien mencionó su apellido, el nombrado tardó un poco en mirarlo, pero si mirada había causado un escalofrío horrible. A Min no le gustaba que lo llamaran por su apellido como si fuera asco, pues ese apellido también lo llevaba su hermano al que, tarde o temprano, iría a buscar. Y parecía, dado los futuros acontecimientos, que sería más temprano que tarde.

— ¿Qué miras, pedazo de inútil? —insultó el menor. Estaba recostado cerca de una ventana, mirando hacia al patio. Estaban, pues, en la hora del almuerzo y había una pequeña televisión donde habían pasado la noticia de «Animal corpse».

— ¡¿Cómo te atreves a-...?! — Min había sido más rápido y, cuando pretendía acabar la frase, lo apuñaló con un cepillo de dientes talado con forma de pico. Una vez, dos veces, tres, diez, catorce, dieciocho...

Todos se habían impresionado tanto que comenzaron a hacer un escándalo. Min recibió unas palizas, pero se zafó dejando inconsciente al guardia novato que sedujo hace algún tiempo. Le robó la porra, la gorra y el uniforme luego de haberlo metido en el refrigerador de la cocina.

Salió de la cárcel. Se fugó. Junto a otros con los que había planeado la fuga.

Min consiguió burlar a la seguridad, mató a algún que otro sujeto que se interpusiera en su camino y, luego de que salió de aquel lugar, decidió que era ya momento de visitar a su hermanito gemelo menor: Min Yoongi.

Min Yoongyu, así se llamaba el hombre que tenía la misma cara que Min Yoongi. Quien había asesinado a su familia y que había dejado a su hermano para el final. No después de masacrar a su familia, no en el mismo día, pues su hermano lucía tan hermoso como para hacerle daño en aquel hermoso rostro; no quería romper a su espejo tan pronto.

Por eso le dejó vivir, aun si nunca fue a visitarlo y, probablemente —Yoongyu pensaba —, había decidido que había muerto para él. Dejó que se convirtiera en un monstruo. Y estaba seguro de que él era el carnicero de Seúl, «Animal corpse».

Para Yoongyu, Yoongi no era nadie más que él mismo. Y como él era un monstruo, su hermano menor— por unos cuantos minutos— debía ser de la misma, o de peor, calaña.

Porque ya iba siendo hora de volver a jugar. No como antes, de manera inofensiva, sino en un juego donde uno de los dos debía perder, pero la vida.

Capítulo 31

«— Se comunica que el asesino serial que responde al nombre de Min Yoongyu, ha liderado la fuga que se llevó a cabo ayer, por la tarde, en la prisión Seodaemun. Se presume que va armado; ha acabado con la vida de dieciséis guardias de seguridad...»

Decía la reportera. Yo no me lo podía creer, ¿por qué ahora? ¡¿Por qué ahora?!

«— No salgáis de vuestras casas. En caso de que lo veáis, llamad a las autoridades.»

Me sudó las manos, me temblaban las piernas y el puso se aceleró considerablemente.

Tragué saliva como un condenado y caí sentado sobre el sofá sin poder creer lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué? Él había dicho que vendría a por mí, pero entonces le había creído porque huyó, sin embargo, cuando fue arrestado había pensado que jamás le volvería a ver dado que había recibido la cadena perpetua.

No habían puesto ninguna fotografía de Yoongyu en la televisión, simplemente dieron una descripción que coincidía conmigo, a excepción del pelo, pues me lo había pintado hace unas semanas ya que, cada vez que me miraba al espejo, lo veía en mí. Sus ojos eran mis ojos, su nariz mi nariz, su boca la mía y su cuerpo me pertenecía también.

—... Yoongi —me llamó Jimin. Su voz me había devuelto a la realidad, mas no le miré luego de que lo hubiera oído — ¿Estás bien? —me preguntó.

La noticia de Yoongyu ya había pasado, él no estuvo para verla y, quizás, me había llamado la atención para que mirase al televisor y viera el asesinato que hubimos cometido el día anterior. La mirada de Jimin estaba reluciente, como siempre lo estaba cuando tocaban esos temas.

— Nos lucimos —dijo él—. Somos noticias en todas partes, ¡Yoongi! —me abrazó, pero no demostré mi alegría respecto a ello.

Jimin me plantó un beso en la mejilla y allí por fin le miré.

— ¿Has limpiado bien, no? Ay, perdona que haya delirado en ese momento —me dijo—. Olvida lo que te dije, no sabía lo que decía —me sonrió.

— Ya debería acostumbrarme a oírlo y no sorprenderme el día en que me persigas con una motosierra para ser el plato principal de navidad.

Arrugó la nariz. Me dio un leve golpe en el hombro y se rió de mí.

— Ah, Yoongi... Amo cuando dices ese tipo de cosas y luego te quedas tan callado con total naturalidad.

— ¿Eso es sarcasmo?

— ¡Qué va! —me respondió, me robó un beso después — Iré a hacer la compra para ti, ¿vas a salir?

— No. Me quedaré aquí —le dije, no podía arriesgarme a salir y que alguien creyera use soy Yoongyu. Además, Jimin no podía saberlo—. Estaré viendo la televisión...

Me sonrió.

Ah, esos días también eran aquellos en los que él simplemente se limitaba a ser amable y... ¿Normal? El concepto de normalidad está sobrevalorado, eso ya lo sabemos todos,

¿verdad? Pero daba menos miedo que cuando se comportaba de manera distinta, monstruosa. Se veía más adorable cuando no me causaba pavor diciendo, indirectamente, que me mataría.

Jimin salió de casa. Él iba a hacer la compra, para él y, cómo no, para mí. Me pedía que comiera con él ahora que no podía ir a la universidad, además, era como una especie de recompensa por espiar a la muchacha que lo había humillado tirando por la borda todo su esfuerzo y dedicación. ¿Otra tesis? Sí. Él debía hacer otra tesis, pues el tema que él había escogido y desarrollado, se lo atribuyeron a ella. Con más razón quería asesinarla, no obstante, ella había puesto una demanda contra Jimin, pero aún estaba en proceso de aceptación.

Después de oír la puerta cerrarse, mi móvil comenzó a sonar. Miré dudoso ante lo que leía en el identificador de llamadas: "Desconocido".

Dudé.

Dudé y temí como nunca antes. La paranoia me había asaltado en el peor momento y los distintos decenlaces que quizás obtendría si contestaba, eran, sin dudar alguna, desagradables; pero la curiosidad pudo conmigo.

— ¿Hola?

Sólo oí el principio de una respiración, de un suspiro que se convirtió en risa aspirada seguido de unas leves carcajadas.

—No has ido a visitarme una sola vez. — reconocí su voz al instante. Mi cuerpo sintió un frío repentino. Era un cadáver. Un cadáver andante cuyos traumas florecieron de repente cuando todo el pasado se proyectó en mi memoria como si fuera una película.

— ¿Cómo me has contactado tan rápido? Da igual, no quiero saberlo. Escucha, imbécil: no quiero que me vuelvas a llamar. Te odio y lo sabes, abstente a tocarme los huevos que ya no soy al que dejaste atrás —le dije yo a mi hermano—. Ahora soy un hijo de puta peor que tú... Debiste haberme matado, ahora te jodes. — corté.

Aleje el móvil de mi oreja observando la pantalla con tanto miedo que por poco me desmayo.

Volvió a sonar.

— ¿Ni siquiera un "hyung" de tu parte? — me dijo él — No quieres verme, no quieres saber de mí, pero bien que coges el teléfono como una puta ninfómana desesperada por una polla en su boca.

— Vete a la mierda.

— Escucha, Yoongi. Lo único que quiero que sepas es que quiero verte, por ello, reunámonos. Quizás mañana, o la otra semana. Sólo quiero decirte algo, quiero contarte la verdad sobre esa noche.

— ¡Te he dicho que no quiero verte, maldito asesino!

— Vamos, Gigi... Pero si tú también lo eres —me tensé por completo—. Yo soy tú, tú eres yo. Tienes mis ojos, mi boca, mi nariz y mi cuerpo. Cuando te tocas, me tocas y yo me he tocado tantas veces frente al espejo fantaseando contigo porque no venías a verme... no sabes las de cosas que pudimos haber hecho durante las visitas, hermanito... Amado mío. ¿Aún crees que lo nuestro es especial? Nacimos juntos, Yoongi, y terminaremos de la misma manera. Nada ni nadie se interpondrá en nuestro camino. Voy a tenerte... ¡Voy a buscarte hasta en los confines de la tierra y te haré mío sin importar lo que digas o hagas! ¡Voy a asesinar a cualquiera que quiera quitarte de mi vida, Yoongi! ¡¿Lo entiendes?! Tú eres mío. Estamos destinados. La sangre no es un impedimento para estar juntos, Yoongi... ¡¡Y si no quieres estar conmigo por las buenas, será por las malas!! Porque no me importa tener que matarte para poder follarte. No me importaría tener que matar a Park Jimin, porque sí, Yoongi... sé con quién estás. Yo. Lo sé. Todo. Sobre ti. Nos vemos, y si no vas a verme, te hallaré de todas formas.

Cuando cortó la llamada, el móvil resbaló de mis manos. Las lágrimas salieron como cascadas de mis orbes, se deslizaron por mis mejillas al son de los sollozos y las maldiciones que soltaba de mi boca. Mi cuerpo se sacudía cuando yo intensificaba mi llanto, me había hecho daño en la mano por apretar el puño; daño en los nudillos por golpear el piso como forma de hacer desaparecer mi ira, pero nada bastaba. Jimin estaba en peligro.

Jimin era alguien que era capaz de cuidarse a sí mismo, es verdad. Sin embargo, nadie puede protegerse de Yoongyu, ni siquiera yo mismo. Y ahora, que no sé cómo había descubierto que Jimin y yo estábamos juntos, él ha decidido amenazarme con lo único que me importa en la vida.

El oxígeno se había escapado de mis pulmones. Tan solo sabía que de Jimin necesitaba para volver a vivir, pues era el único oxígeno que deseaba respirar. Saber que se encontraba bien, verlo llegar, atravesar esa puerta y verlo sonreír para mí como lo hacía. Saber que aún nadie le había dañado y que yo era útil, que era capaz de protegerlo...

— ¡¿Yoongi?! — Jimin dejó las cosas en el suelo, prácticamente, las había tirado en el pasillo.

Jimin se acercó a mí, se arrodilló ante mi cuerpo desmayado y su voz llamándome me devolvió los sentidos.

— ¿Estás bien... Jimin? —me atreví a preguntar por él, ignorando por completo mi propio estado.

— ¡Tonto! — exclamó — Pero si tú eres quien parece estar muriéndose...

Me incorporé de nuevo, la cabeza daba vueltas pero era algo con lo que podía lidiar.

— Sólo... Sólo había tenido un mareo, no pasa nada.

Jimin no contestó, sólo me dio su apoyo para que pudiera ponerme de pie, no obstante, después dijo algo que volvió a dejarme de piedra:

— Yoongi, quiero que conozcas a mi familia.

...

Habíamos tomado un tren hasta Busan. Nos quedaríamos en casa de sus tíos por unos días, días en los que Jimin aún seguía suspendido de la universidad y se replanteaba el volver o no —vivía planteándose cosas, menos detenerse a matar con más discreción—. Tenía curiosidad de saber qué tipo de personas eran.

Si ellos le inculcaron el canibalismo a Jimin, o si también eran víctimas de sus engaños.

Ellos vivían en una casa casi a las afueras de la ciudad, tuvimos suerte con nuestra llegada. Habíamos llegado a las nueve de la noche y una señora que lucía amable, nos abrió la puerta.

La casa donde Jimin vivió gran parte de su vida era grande y lujosa, era como una mansión. Habían retratos, cuadros caros y la decoración era excepcional. Parecía una decoración renacentista, con toda tan bien cuidado, pulcro y llamativo.

La tía de Jimin era una persona amable, el tío de éste también lo era. Me trataron con respeto, aún no había sido presentado como la pareja de Jimin, pero él me había prometido hacerlo. Todo esto sólo me daba ilusiones respecto a un nuestro futuro, y no quería ilusionarme cuando Yoongyu amenazaba a mi felicidad.

— ¿Quién demonios eres tú? —oí que alguien me habló por detrás cuando ingresé al comedor de la casa, donde cenaríamos.

Me volteé encontrándome con un joven de cabello castaño, ojos oscuros, un rostro detallado y cuidado, facciones como las de un ángel lujurioso y una mirada tan inquietante como la de Jimin.

— ¿Disculpa?

Se levantó caminando hacia mí, era más alto que yo. Olía a perfume caro y vestía de una manera particularmente elegante. Sentía a su aura querer rodearme y estrangularme.

— ¿Quién eres? —volvió a preguntarme tomándome de la barbilla, susurrando su cuestión.

— Es mi pareja. —la voz de Jimin le había advertido de que ya había entrado en la habitación — Es mío, Taehyung. Aléjate de mi novio.

— Jimin... —lo llamé cuando le vi. Mi pulso se aceleró y mis ojos brillaron con más fervor.

— Este es mi primo, Kim Taehyung —me explicó Jimin —. Taehyung, él es Yoongi.

— Un placer... — intenté ser amable, extendí mi mano para que la tomara en un apretón, pero sólo se quedó viéndola y finalmente sonrió apartándola.

— No puedo esperar a probarte —me dijo, me sorprendí. Me quedé helado, ¿qué había dicho...? — Yoongi —me dijo Taehyung —, repite después de mí: Bon appétit. Morir, ha sido un placer...

Capítulo 32

No es con afán de meter miedo cuando, un día, vayáis a visitar a vuestros futuros suegros. Sin embargo, creo que algo ha fallado en la visita a los míos, ¿o es que simplemente soy más propenso a sufrir desgracias que el más desgraciado del mundo?

Luego de pensar que mis suegros eran buena gente, amable y atentos, resultó que en realidad se cenaban a todos los novios que Jimin llevaba a casa. Y él me mintió. Me dijo que ninguno de sus novios o novias habían ido a visitar a sus tíos antes, sin embargo, a mí me parece que sí lo hubieron hecho pero jamás regresaron.

No es que haya puesto en duda la confianza indiscutible que tengo puesta en Jimin porque, aun si quisiera desconfiar de él, aun si supiera que tenía que alejarme de él para estar a salvo, lo cierto era que no podía, pues, Jimin, era un círculo vicioso dentro del que corría yo. Por ello no desconfíe de Jimin un solo instante y supe que él no me había llevado a eso pues, cuando el tal Kim Taehyung me tiró al suelo cuando me había sorprendido con un golpe, rápidamente apartó a Jimin para no oírle gritar ordenando que no me hicieran daño. Incluso su tío se había interpuesto en su camino, noté que todos tenían el mismo estilo de dentadura que la de Jimin, todos ellos eran caníbales.

— ¡Dejadlo! ¡Dejadlo! ¡No le hagáis daño! ¡Joder! — podía oírle gritar. Mi vista se había vuelto borrosa y mis sentidos se distorsionaron de repente cuando Taehyung hizo que inhalara el maldito cloroformo.

Vi, antes de dormirme, que Taehyung había golpeado a Jimin en el rostro y, aun si me hubiera prometido protegerlo, aun si supiera cuánto me hervía la sangre ver qué alguien lo tocaba con afán de dañarlo, no pude hacer algo para evitarlo. Sólo me sumí en un sueño involuntario del que no sabría si despertaría.

¿Sabéis cuando estáis a punto de morir —y lo sabéis — y todos vuestros recuerdos, deseos, anhelos y culpas se pasan por vuestras mentes de manera fugaz? El algo llamado: "vi pasar toda mi vida frente a mis ojos". Eso me había pasado a mí mientras estuve inconsciente. Soñé. Pero no soñé cualquier cosa, sino a alguien en específico: Yoongyu.

Mi infancia con él... ¿Tenía malos recuerdos de ella con él formando parte? La verdad es que no. Siempre habíamos sido unidos y teníamos las típicas confrontaciones de hermanos. Mi vida no fue tan mala cuando él formaba parte y aún no había acabado con la vida de nuestros padres.

Yoongyu siempre fue un chico atento conmigo, siempre intentó ser un hermano mayor, pero todas la veces acababa siendo yo quien lo rescataba si alguien quería hacerle daño.

«— Gigi... Unos niños dicen que no quieres parecerte a mí porque piensas que soy un chico tonto, ¿es verdad eso, Gigi?»

«— Gigi... Dicen que sientes vergüenza de que yo sea tu hyung porque he repetido curso y tú no, porque eres muy inteligente, ¿es cierto, Gigi?»

— Gigi... los niños mayores me dijeron que tú no me quieres, que quieres que yo desaparezca porque soy un tonto. Porque no se me dan bien las mates y soy un tonto en el deporte, ¿es verdad eso, Gigi?»

«— Gigi, papá y mamá me han dicho que me llevarán a un reformatorio porque no me porto bien, pero ellos no entienden que, como no puedo ser como tú, me toca ser alguien diferente. ¿Por qué nadie quiere aceptarme como soy, Gigi? ¿Por qué siempre tienen que vivir comparándome contigo? ¿Por qué dicen que no me quieres? Tú me quieres, ¿verdad, Gigi?»

Siempre lo mismo, desde que tenía uso de razón y yo siempre le decía: «— No les hagas caso, Gyugyu... No saben lo que dicen, eres bonito tal y como eres. Que se mueran si no quieren aceptarte, yo lo haré. Yo siempre lo haré, porque eres como yo y mi deber es amarte.»

Supongo que después de ello, todo había cambiado dentro de él para conmigo. Mantuvo cierta dependencia emocional, y yo simplemente creía que era normal que quisiera acompañarme a todos lados, saber si tenía pareja y aconsejarme que no las tuviera porque, supuestamente, me desconcentrarían de los estudios. Yo fui la razón de su floja cordura, o eso creo.

La primera vez que quiso robarme un beso, dijo que fue un accidente,; la segunda me lo había robado de verdad, excusándose en que sólo quería saber qué se sentía; en la tercera había intentado meter su lengua dentro de mi boca; en la cuarta me mordió el labio y, en la quinta, me drogó y abusó sexualmente de mí.

Y nuestro secreto ya estaba vigente en nuestro interior. Cada vez que lo pensaba, su tacto recorría mi piel, puesto que había estado consciente, pero sin poder moverme o hablar. Y él me decía lo mucho que me deseaba, lo muy enamorado que estaba de mí y de cómo aprendió a quererse a sí mismo, a no odiar su apariencia por el simple hecho de que éramos gemelos y que cada vez que se miraba a un espejo, no era a él mismo se quien veía, sino a mí.

Y toda mi vida se había resumido en aceptar que había roto a mi hermano, que su obsesión por mí era normal ya que yo le había dado esperanzas de ser amado por alguien, aun si ese alguien no debía ser yo, sino alguien más. Todo se resumió en tener sexo con él cada vez que me llamaba por teléfono amenazándome con quitarse la vida y yo, como cualquier hermano desesperado por evitar que saltase del puente, le mentía diciéndole que también comenzaba a sentir cosas por él, que lo quería, que me gustaba —aunque aborrecía — que me tocara, que besara mi boca... todo había sido mi culpa. Tenía miedo de perderlo ya que la culpa crecería dentro de mí al haber dudado y viviría pensando: "si me hubiera acostado con él, él seguiría vivo".

Pero terminó muriendo de manera distinta. Todo lo que hice para que no se cortara las venas, no ingiriera somníferos o cualquier otra pastilla, no se tirara de un puente o se ahorcara en su habitación, terminó en que muriese de manera moral y matara a nuestros padres porque ellos insistieron en que debía seguir mi carrera en Seúl, alejado de él, quien no había conseguido siquiera entrar a una universidad con prestigio. Por ello, y por mucho más. Pero de eso también tenía yo la culpa. Yo también había matado a mis padres; también sostuve un cuchillo y los traicioné y casi morí a manos de quien decía amarme, ¿sabéis? Todo resulta irónico. Si antes casi había muerto a manos de alguien que estaba "enamorado" de mí, ahora era propenso a morir a manos de alguien de quien esté "enamorado".

También pensé en Jimin. También soñé con él.

Me habría gustado que nuestro amor fuera inocente. Me habría gustado que hubiera sido la persona de la que me enamoré, y yo ser el chico que siempre fui antes de perderme en él, en su boca de miel, en sus ojos de universo, en su cabello de sol y su cuerpo de adonis. Me hubiera gustado recitar los poemas que él escribiera para mí. Me habría gustado besarlo antes de dormir, en arroparlo cuando se quedase dormido y prepararle el desayuno por las mañanas.

A veces deseaba no estar corrompido, que él no lo estuviera, que Gyugyu no lo estuviera. Que ellos pudieran hablar de mí como personas "normales". Que todo fuera bonito, feliz...

Pero este es el mundo real, Min Yoongi. ¡Despierta!

Abrí los ojos de inmediato cuando un grito me devolvió a la realidad. Reconocí esa voz, era Jimin.

— ¿Jimin...? — fue lo único que fui capaz de mencionar mientras mi conciencia recuperaba.

Pero me hallé atado de manos, y estas estaban detrás del respaldo de la silla.

— ¡Taehyung, suéltame! — oí, la voz de Jimin sonó desesperada. No pude contenerme, sentí la adrenalina recorrer mi cuerpo y me sacudí para zafarme, pero me habían atado de una manera casi imposible.

— ¡Jimin! — grité, aun si sabía que no sería capaz de oírme — ¡Jimin, Jimin! — me moría con tan sólo pensar que algo le pudiera ocurrir.

Caí al suelo cuando intenté saltar tratando de buscar alguna manera de deshacerme de las ataduras. En el suelo, seguí moviéndome hasta que pude despojé de la silla, sin embargo, aún tenía las manos atadas a la espalda.

Cuando oí el sonido de cristales romperse, más gritos, lamentos y la voz rota de Jimin gritando, realmente desesperé que había pensado que moriría si no llegaba hasta él, si no podía salvarlo.

Sólo me quedó una alternativa, pero no sabía si me iba a funcionar.

Nunca había sido muy bueno en la educación física. Me canso cuando corro más de dos kilómetros sin parar, me canso cuando camino más de diez sin detenerme. Lo mío no es valirme de mi condición física para huir de la policía, por ejemplo. No obstante, la desesperación hacía maravillas y los sueños realidad: Como aún tenía las manos atadas detrás de la espalda, tuve que saltar y flexionar mis rodillas de manera que mis brazos pasaron hacia adelante como si fueran la cuerda de saltar yendo en dirección contraria.

Logré tener las muñecas delante de mí, las miré y mordí la soga para tratar de desatarla, pero parecía difícil in extremis.

— ¡Voy a matarte! — Oí la brava y profunda voz de alguien. Mi corazón se detuvo de repente cuando no reconocí que era fuera la voz de Jimin. Tampoco podría decir que haya sido de Kim Taehyung puesto que, con lo poco que recordaba de la textura de su voz, no sonaba de aquella forma prepotente. A Jimin, pero sin parecerlo.

¿No será qué...?

— ¡¡Jimin!! — corrí olvidándome de deshacerme de la soga y corrí por el pasillo que me encontré. Los sonidos de cortes, de encajes metálicos en pieles tiernas, de golpes en la pared, los rasguños en la madera...

De una patada, había tirado la puerta abajo cuando llegué a la habitación donde todo había ocurrido y allí me encontré a Jimin. Parado y manchado de sangre, bañado en la hemoglobina de sus parientes, como si no les hubiera tenido compasión. Y su mirada daba miedo, no le conocía.

— ¿Jimin?

Kim Taehyung se encontraba en el suelo, también manchado de sangre pero desconocía si había sufrido alguna herida. Pero aún respiraba y miraba hacia el techo perdido.

Jimin soltó el cuchillo con el que había apuñalado, en total, noventa veces a los cuerpos de sus tíos. Los había degollado, desmembrado con sólo las puñaladas que no pude evitar sentir miedo cuando se acercó hacia mí, por lo que había retrocedido sin darme cuenta, pero él lo hizo. Lo noté cuando se detuvo y reparó en los pasos que había dado.

— ¿Por qué hueles a miedo, Yoongi? — me preguntó. Su voz era tosca, ronca. Como si hubiera fumado demasiadas cajetillas de cigarrillos en su vida que ahora no podía hablar con claridad — Esto lo hice por ti — me dijo —. Ellos pensaban que podían comerte, pero no me hicieron caso. No me quedó otra más que matarlos, es una pena, ¿no crees? Pensé que te haría ilusión conocer a mi familia. — sonrió despiadadamente.

Yo no le contesté. No sabía qué decirle, pero muy en el fondo había sonreído ante la confesión que me había hecho: protegerme. Él me protegió. Sacrificó a quienes lo criaron por mí, y no podía evitar caer más rendido a él, pues su toxicidad era tan mortal, que el veneno de sus palabras marchitaba mi corazón, mi alma, mi conciencia...

Me tomó de las manos sin siquiera haberme dado yo cuenta y, con el cuchillo, cortó la soga y luego de que le volviera a mirar, él me sonrió y su sonrisa iluminó mi pecadora existencia, mi oscuridad con su oscuridad y ambos fuimos luces.

— ¿Verdad que eres sólo mío, Yoongi? — me cuestionó de manera retórica, no obstante, de todas maneras le contesté.

— Soy tuyo, Jimin... — le dije abrazándolo, posando mi rostro sobre su hombro. Llorando,

gritando en mi interior por querer ser libre junto a él sin la necesidad de tener que esconderle la verdad sobre alguien que daba incluso mucho más miedo que él: Yoongyu.

Arrugó mi camiseta con sus manos cuando me atrajo más hacia él, manchó mi ropa, manchó mis mejillas y sentí el sabor metálico de la sangre ajena cuando lo besé.

— Nunca nada ni nadie nos va a separar, Yoongi... —me susurró como si estuviera dormido. Me planteé si de verdad era consciente de todo lo que estaba diciendo — ¿Sabes? He pasado mucho miedo cuando pensé que te matarían y por eso los maté. En ese instante, me di cuenta de que te quiero, Yoongi... que no quiero que me dejes jamás. Porque si me dejas, Yoongi... o alguien intenta apartarte, de ahora en adelante, de mi lado, me mataré.

Capítulo 33

Jimin me había conducido hasta una puerta al fondo del pasillo, pasando por la habitación donde me habían encerrado. Alejada de todo el ámbito familiar.

No me había dicho por qué me llevaba a lo que parecía ser el sótano de aquella gran casa, y yo tampoco sentí que fuera oportuno preguntar. Más cuando él ni siquiera se encontraba en todos sus cabales.

La puerta estaba cerrada con llave y la llave que abría la puerta de su propia casa, encajaba con la de aquella puerta. Mientras abría, noté al mirar de soslayo a Kim Taehyung saliendo de la alcoba donde sus padres habían sido asesinados. No parecía afligido, todo lo contrario, se mostraba indiferente.

Jimin tomó de mi mano y tiró de mí hacia él, me miró antes de bajar por las escaleras sonriéndome.

— Ven, quiero enseñarte algo — me dijo él, con el rostro manchado de sangre y su mirada más fría que el propio universo existente.

Aun si sabía que era peligroso estar con él, no me había retractado y lo seguí como si no

tuviera vida, como si él fuera la vida que tanto ansiaba, y era verdad. Jimin iba por delante, se detuvo un momento para encender la luz puesto que el interruptor yacía en mitad de las escaleras, hasta donde aún la luz del pasillo era capaz de alumbrar, y luego siguió bajando. Yo miré a mi alrededor, la pared aún me obstruía la vista hacia lo que se encontraba más allá de ella; pero vi con asombro aquello que intuí que quería mostrarme.

— Te presento a mis padres, Yoongi — me dijo él, mostrándome a dos cadáveres vestidos, momificados, sentados en una silla mirándome sin ojos en sus cuencas y con la mitad de la cara comida, como si hubieran sido mordidas post mortem.

Mi respiración se había acelerado considerablemente. Yo los miraba. Miraba a esos cadáveres conservados pero sin casi piel, con las marcas de alguna pequeña dentadura infantil tatuadas en su momificado pellejo.

Jimin se sentó en medio de ellos y me miró. También le miré por un momento, pero cuando comenzó a hablar, volví mi vista hacia esas dos momias que aún conservaban el cabello, pero poco más.

Fue la primera vez que temí acabar así.

Pero no había pasado más que eso. Jimin siguió hablándome de cosas rutinarias, sin sentido, de su infancia pero sin mencionar a sus padres. Me habló de Taeghyung y de sus tíos, pareció que había olvidado por completo que los había matado hace sólo unos segundos atrás de una manera atroz. Sin embargo, yo me di cuenta de que él no era él en ese momento, pese a su sonrisa, al tono de su voz y las gesticulaciones que hacía, sus pupilas seguían dilatadas como si se hubiera drogado. Pero yo sabía que se debía a que no podía contener al otro y, por ello, había salido de manera parcial.

Nunca vi a Jimin tomarse la medicación. Por el momento, yo mismo le había diagnosticado distintos cuadros: ansiedad, psicopatía, trastorno de personalidad múltiple. Pero era consciente de que no sólo padecía aquello y, cómo no, debía tratarse; pero, como había dicho antes, nunca le había visto tomar la medicación. Quizás lo hacía cuando yo no estaba en casa, cuando dormía, pero era evidente que, si no las tomaba, no podría vivir con normalidad.

Se levantó después de un tiempo y se acercó a mí para tomar mi mano, me sonrió y yo le correspondí la sonrisa. Subimos, pasamos por el pasillo pero nos encontramos con Taeghyung en el comedor, sentado en una silla contigua al cuerpo decapitado de su padre (que seguramente él trasladó) y la cabeza de su madre sobre la mesa. Había querido desviar ese camino, pero las intenciones de Jimin fueron diferentes: él se dirigió hasta ese lugar sin vacilar.

Se sentó en una de las sillas y yo, manteniendo la mirada fija en Kim Taeghyung (quien también mantenía la vista fija en mí), me senté al lado de Jimin. Nos quedamos en silencio por unos segundos hasta que Taeghyung habló:

— Has matado a mis padres, Jimin... — murmuró sonriendo y sin dejar de apartar esa mirada asesina de él — Ellos te han criado desde que tenías ocho años y, ¿así es como les has pagado? Debiste avisar que no traías la comida, que debíamos tratar al corderito como una persona común y corriente y no montar de las tuyas.

— Pensé que ibas a ser más inteligente que eso — le respondió Jimin —, aun si él hubiera sido la cena de esta noche, ¿no te parece que decirle que le tienes apetito es demasiado imbécil de tu parte?

Simplemente se rió aspirando su risa, evitando caer en la provocación de Jimin.

— Se ve tan apetitoso — dijo mirándome —. No sabes la erección que tuve cuando le vi entrar junto a ti. Se me hizo agua en la boca y no pude penar otra cosa de desollar su tierna piel de porcelana con mis propios dientes y conseguir un orgasmo con el olor de su sangre.

Jimin cogió el cuchillo de la mesa y lo clavó haciendo un ruido que logró sobresaltarme. Jimin miraba a su primo con aires asesinos y era prácticamente el aura de un Jimin T-800.

Taehyung se burló de él a carcajadas; pero a Jimin no le hacía especial gracia y yo sólo pensaba en que se lo cargaría sin importarle que fuera su familia como ya lo había demostrado con sus tíos por haberme insultado de aquella manera. Le miraba de reojo, él me apretaba de la mano y yo le sobaba el dorso de ella implorando al Diablo que se apiadara de un alma tan corrupta que no cabría ni en la entrada del infierno por el ego tan grande que demostraba tener.

— ¿Sabes qué es esto? — Taehyung deslizó un aparato hacia Jimin y sólo noté que tenía el nombre escrito. Era algún tipo de localizador — He llamado a mi gente, van a matarte.

— ¿Perdona? — me atreví a cuestionar bastante sorprendido.

— ¿Vas a mandar a toda tu organización criminal a matarme? — cuestionó Jimin sonriendo de lado.

¿Organización... criminal?

— No — respondió Taehyung —. Sólo a matar a Min Yoongi. Tú has matado a mis padres, Jimin... eso me ha... ¡Ufff! Sentí que había perdido y odio perder. Lo sabes, ¿verdad?

Jimin golpeó la mesa y los cubiertos resonaron.

— ¡Hijo de puta! — le gritó a su primo.

— La puta a la que mataste.

Gruñó. Luego me tomó de la muñeca obligándome a levantarme, llevándose consigo hasta la salida. Iba con prisa y yo intentaba tomar la coordinación de sus pasos.

— ¿Adónde vamos? —le pregunté.

— A casa.

Abrió la puerta furioso. La motocicleta que habíamos alquilado estaba frente a nosotros. Jimin sacó las llaves de sus bolsillos y yo palpé los míos en busca de las mismas llaves, ¿cuándo me las había quitado?

Intentó encender el motor, pero sólo anduvo unos segundos y la luz nuevamente se apagó. No funcionaba.

— Nos han jodido la motocicleta —murmuró Jimin. Se bajó de ella y se acercó a mí.

Yo miré hacia la ventana de la mansión, Taehyung no estaba mirando desde la ventana del comedor, sonriendo.

— Jimin-ah... — noté que Jimin estaba mirando hacia múltiples direcciones, hasta que oí un disparo y, tan rápido como la luz, algo perforó mi espalda haciendo un agujero de salida en mi pecho.

— ¡¡YOONGI!!! — oí que Jimin gritó mi nombre como si fuera lo último que quedase de mí y caí al suelo de rodillas. Él recibió el otro disparo, y su pecho también fue perforado, cayó tan lejos de mí mientras nos mirábamos.

Sangre escupí de mi boca, él también y caímos tan separados. La sangre se impregnó en toda mi ropa e iba expandiéndose sobre la tela. Me giré con tanta dificultad y vi a Jimin tratar de acercarse a mí; ambos tratábamos de estar cerca del otro.

Pero no pude mantenerme despierto. Estaba... cansado. Después de todo, era humano también. Un hombre frágil al que mataban de un disparo en la espalda.

Sólo llegué a tocar la punta de sus dedos, las suaves yemas de ellos y luego me dormí.

Capítulo 34

La luz de la muerte se desliza sobre la piel de Yoongi, la luz blanca de la luna lo hace ver más muerto y ni siquiera mis jadeos provocados de mis esfuerzos por acercarme a él, son capaces de despertarlo. Parece muerto. Sus labios sólo están rojos por su sangre y eso me quema. Me quema por dentro, me arde, me derrite y traspasa como si fuera lava incandescente que destruye mi corrompida alma y soy incapaz de detenerlo. Porque no soy dueño de mí, nunca lo fui. Siempre anduve a la deriva de un mar frío y solitario, oscuro, sucio como mi propia personalidad falsa, rodeado de criaturas monstruosas que no son más que mis horribles pensamientos personificándose y matándome poco a poco.

Ahora, en el cielo nocturno sobre aquel perdido océano, de pinta el rostro de Min Yoongi. Sus ojos cerrados, la delicada hilera de pelo rubio platino que cae sobre sus delicados párpados y sus mejillas que van perdiendo su color cuando logro llegar a él, tomando su cabeza inerte, colocándola sobre mi regazo. Y no puedo tocar su rostro, no puedo llorar por él, mi naturaleza no me lo permite. Sólo puedo soltar lágrimas y sollozos vacíos y mudos, mientras palpo su fría piel viendo sus labios separándose; ellos me dejan ver sus dientes rojizos. Me hizo temblar.

— ¿Y-Yoongi...? — pregunté con dificultad, el dolor en mi pecho no me dejaba respirar y también sentí que no podría tenerme despierto tanto tiempo. Caería en cualquier momento, pero quería asegurarme de que él fuera capaz de decirme algo. De despertar...

Pero no lo hacía.

Lo zarandeé. Si aquello fuera alguna broma, no se lo perdonaría nunca.

— ¡Despiértate, joder! — espeté enfadado. Sentía las lágrimas deslizarse, rodando sobre mi piel pero sabía que no estaba llorando. O eso quise creer, pues nunca había llorado por alguien y creía que no lo haría nunca.

Arrugué su camisa entre mis manos y miré al cielo. Su rostro estaba acurrucado cerca de mi pecho, tocaba su piel con mis rojas manos, le acariciaba.

«Déjame salir...»

Cerré mis ojos.

«Yo me vengaré por ti. Tú no puedes, estás herido.»

— Y tú eres yo —le respondí.

«No. Yo soy un monstruo.»

Tomé la mano de Yoongi, él estaba muerto, en mis brazos, sobre mi regazo...

«Déjame salir, Jimin.»

Oí un disparo dentro de la casa y ni siquiera me volteé a averiguarlo; pero luego oí un sonido proveniente de los arbustos y una silueta que volvió a esconderse.

— Si te alejas de mí, yo me mataré, Yoongi... — murmuré acercándome a él y plantando un beso sobre su frente. — Me suicidaré... — me desplomé hacia atrás, miré la luna. La sangre que se filtraba por mi camiseta se expandía creando un círculo, entonces no pude respirar. No pude porque dolían mis pulmones; aún seguía sosteniendo la mano de Yoongi.

Y entonces morí.

....

Una persona caminaba acercándose a ellos dos. Había guardado el arma en el estuche que cargaba junto a su cinturón. Sigilosamente, llegó a ellos. Jimin yacía tendido en el suelo y Yoongi sobre su regazo.

Para asegurarse de su trabajo, tomó a Yoongi el pulso. Era débil, pero indetectable, por ello, le dio por muerto. Se acercó a Jimin después; colocó sus dedos sobre su cuello, esperó al primer segundo en que la frecuencia cardíaca se manifestare para dar por concluida su misión si no recibía respuesta alguna; sin embargo, Jimin abrió los ojos y tomó al sujeto de la muñeca sorprendiéndolo. Cómo es de esperarse, el sujeto en cuestión golpeó a Jimin en el rostro para que lo soltara y Park lo tomó del cuello asfixiándolo.

El individuo anónimo cogería su arma y mataría a Jimin para salvarse de no ser porque Jimin logró que la boca del cañón se diera vuelta a último momento y le volase la tapa de los sesos. El cadáver del sujeto cayó sobre Jimin, la sangre volvió a mancharlo, dejando la impresión de que realmente se había comido a su cerebro o su páncreas arrancando su piel con sus propios dientes. Los ojos salidos de sus órbitas, luciendo como resortes, se quedaron colgando de su destruido cráneo. Jimin lo apartó rápidamente, pero tomó su arma.

Jimin ya no era Jimin, sino el monstruo del que temía y, apartando a Yoongi de la misma

manera, se arrodilló ante él. Apuntándose con el arma. La boca del cañón se encontraba debajo de su barbilla y lloraba de tanto enfadó por que el Jimin que logró encerrar, estaba pidiéndole que se suicidara. Ambos Jimin que logró encerrar, tenían control sobre la bestia. Le decían que se suicidara.

Pero según aquel demonio, todo había sido muy divertido con Min Yoongi, no obstante, ¿por qué debía matarse? Entonces obligó al Jimin dominante, que siempre trataba de oprimirle para que no saliera, que se suicidara él. Que se durmiera por siempre, pues él se mataría cuando aburrido se encontraba. Pero todo en Jimin era contradicción. Jimin quería morir pero al mismo tiempo no, la personalidad que siempre atentaba contra su vida, de repente había dejado de anhelar la muerte.

A lo largo de la vida de Jimin, los tres habían convivido dentro de un mismo cuerpo, de una misma mente. Pero Jimin siempre había sido el que salía, el que respondía por ambos y saciaba los caprichos de los dos. Mientras Jimin era Jimin, Min Min —la personalidad tierna, dulce, amable y bonita de Jimin— quedaba satisfecho con que Jimin tratase bien a las personas. Aquella personalidad lo había desarrollado cuando era pequeño e inocente, le había gustado conservarlo y no perderlo, aun si viviera engañando a las personas, le gustaba complacer a Min Min, porque, cuando era él, podía recordar cómo había sido. Podía pensar: «— Puedo ser buena persona.» Pero luego estaba el otro, el malo. El que sólo salía cuando Jimin dormía, quien sumiso no era como Min Min y siempre acababa con salvajismo su estadía cada vez que lograba salir; su nombre era "Jimseung". Jimin lo había llamado así, que, literalmente, significa "bestia".

Jimin siempre había sido una combinación de ambos, pues Jimseung había nacido luego de que estallase tantos años de dolor acarreado por el propio Jimin. Jimin le había dejado vivir en su cuerpo y tomar el control, Jimseung había salvado a Jimin una vez. Entonces, cuando notó que Yoongi aún respiraba, soltó el arma y le vio con total deseo.

Deseo por desollarlo, por acabar con su vida él mismo. Y, cuando tocó su porcelana piel, Jimin batalló por volver al notar sus horribles intenciones. Y Jimseung maldijo con prepotente voz: «— ¡¡TE HAS VUELTO INÚTIL, PARK JIMIN!!» Antes de cederle la mitad del paso. Jimin estaba parcialmente consciente. El dolor del balazo había pasado, y eso se debía a la fuerza sobrehumana que conseguía con Jimseung presente.

Cogió a Yoongi en sus brazos, el hospital más cercano quedaba a 1 kilómetro de la casa de sus tíos, por ello, cogió el coche que en el garaje se encontraba, consiguió encender el motor haciendo un puente con un cable y condujo casi todo el camino, por una autopista muy cerca del hospital, se detuvo. Sacó a Yoongi del coche y lo puso en marcha. Este cayó por un barranco; también vació los bolsillos de Min y los suyos, deshaciéndose de todo el dinero y la cartera, mas no de las identificaciones, pues éstas fueron quemadas con un mechero que Yoongi traía consigo en sus bolsillos.

Se cercioró que Yoongi seguía con vida, pero no halló su pulso. Le tomó de los hombros y su grito se oyó envuelto en un lamento; hablaba Jimin, hablaba Min Min. Pero, por otra parte, Jimseung sólo maldecía y esperaba que en verdad se hubiera muerto. Pero tocó

cargarlo de nuevo y correr sin detenerse hacia el hospital donde, al entrar, armó un escándalo y reposó el cuerpo de Yoongi sobre una camilla. Alejándose vio a todas las enfermeras y algún que otro médico acercándose a Yoongi, rompiendo su camisa, deteniendo el sangrado, colocándole un respirador hasta que trajeron el desfibrilador.

El mundo de Jimin estaba colapsando como si fuera las alas de una mariposa que moría con cada aleteo que su respiración era. Todo daba vueltas, las consecuencias de correr para... ¿Salvarle la vida...? Pues en verdad desearía ser arrastrado al infierno con Yoongi si éste llegase a perecer.

Pero el infierno está allí, presente. Azotando desde el interior de su pecho cuando Yoongi ha dejado de responder y sólo oye un pitido muy largo que se dibuja en el marcapasos.

¿Es momento de entrar en negación?

— "Yoongi..." — lo llamó. Los médicos siguen intentando, incluso han dado la orden para una cirugía y sangre del banco para una transfusión.

— "¿Cuál es el tipo de sangre de su acompañante?"

Jimin pensó por un momento, imaginó sangre. Imaginaba tantas escenas en las que podía asesinar a aquella enfermera que, desesperada, esperaba alguna respuesta del desorientado Park. Pero se contuvo, incluso a ver bistrús, a personas cuyas conciencia y cuerpo aún no estaban rotas.

— "O..." — apartó a la mujer y siguió su camino, no podía sostenerse a sí mismo. Las voces decían que matara a todos. A los niños, a los bebés, a los ancianos y enfermos terminales. A todos. Su sed de sangre estaba desenfrenada, la respiración volvía a fallarle, pero llegó al baño donde, abriendo el grifo, se limpió toda la sangre que Yoongi había dejado en sus brazos.

Pero se había secado, no salía. El agua estaba volviéndose roja y Jimin temblaba, Jimseung lo abandonaba poco a poco.

— "¿Está bien?" —preguntaron unas personas que supuso y eran personal del hospital.

Jimin se giró, la sangre no había desaparecido del todo. Iba a matarlos. Iba a girar todas sus cabezas hasta oír el crujido de sus cuellos, no obstante, cayó al suelo perdiendo el conocimiento como consecuencia a la pérdida de sangre.

«Oh, Yoongi... No quiero vivir sin Yoongi...»

Capítulo 35

«Quiero tocarlo... Quiero tocar su boca de miel, sus labios de fresa y su lengua de cereza; quiero arrastrar su barbilla hasta que nuestras narices, que son astros, rocen su piel y brillen de un verdadero amor. Quiero besar su belfo que son mi eudamonia, beber del néctar de su saliva que me da vida. Hallar el océano de su desterrado amor, tan dañino y lastimado. Quisiera poder repararlo. Cocerlo. Quisiera que sus lágrimas supieran a dulce sal y no amargura de falsedad, que sus besos me amen como mi boca lo ama a él, que el cantar de los cantares que mi amante corazón recitan en su nombre, traspase su frío corazón. Quisiera que los Salmos que escribo sobre su piel, penetren sobre él hasta hacerlo amarme de una manera tan indiscutida como la ternura que soy capaz de poner sobre él. Quisiera que fuéramos ley sobre leyes; él mi génesis, yo su apocalipsis. El proverbio de su día a día, tan sólo el Éxodo que lo libere de su enjaulada prisión que lo hace ver como un monstruo.

Quisiera vivir para Park Jimin de una manera inmortal. De rendir culto a su persona, que fuera mi religio amoris, mi vita flumen; que su boca fuesen el punto culminante de los ríos que son la vida y yo la luna, que soy muerte. Que los soles de sus ojos, que la rosa de su boca de fragancia a cereza me lleve a lo más recóndito del universo desconocido, que me cante con devoción, las coplas a mi muerte, pues por él vivo y por él muero.

Por él vivo... por él... muero.

Hubiera querido muchas cosas, decirlas, por ejemplo. Pero nunca ha sido el momento, siempre fue demasiado tarde.»

Desperté tres días después.

Había dormido durante tres días, entré en coma.

Lo primero que había descubierto al despertar, fue que no me encontraba en casa, en mi casa, ni en la de Jimin. Me costó, por un momento, adaptarme a la luz que el fluorescente posaba sobre mis pupilas e hice un leve gesto de desagrado cuando noté que tenía un tubo en mi garganta; el respirador. ¿Había sido incapaz de respirar por mí mismo?

Aún seguía totalmente inconsciente, pero recordé el pasado. Lo que había sucedido anteriormente con Kim Taehyung y los tíos de Jimin. Recordé que me dispararon, que dispararon a Jimin. Que él cayó delante de mis ojos y mi corazón, afligido, latió con dolor.

Intenté moverme, pero no podía. Las órdenes que mi cerebro le daba a mi cuerpo, eran ignoradas. Tosí cuando sentí ahogarme con el tubo en mi garganta, pero ello me hizo mirar hacia un costado de la cama: Una cabellera oscura estaba recostada sobre el colchón y su cuerpo sentado sobre una silla. Vi su rostro de ángel, recordando el sueño que había estado teniendo con él. Donde era todo lo que necesitaba para existir, ya que él era la eudamonia para no desaparecer en la desgracia y, a veces, llegaba a preguntarme si todo lo que hubimos vivido fue verdadero. Si fue posible que, de nuestros corazones, hubiera florecido el amor.

Jimin sostenía mi mano, con fuerza. ¿Había pasado las noches conmigo? De tan sólo pensarlo, quise llorar. En lo recóndito de mi mente, aquello significaba que me quería, de alguna forma y era un gran paso.

Intenté sacar mi mano de la suya para acariciar su rostro, pero despertó cuando sólo moví un centímetro mi mano. Quizás se había quedado dormido tan sólo hace unos pocos minutos.

— ¿Yoongi? —cuestionó mirándome a los ojos y, por primera vez, vi que sus ojos brillaron por mí. ¿Estaba muerto acaso y todo eso era el paraíso?

Jimin corrió hasta la puerta y gritó un llamado a alguna enfermera.

....

Me habían explicado que, debido al balazo que recibí en el robo que Jimin y yo sufrimos, perdí mucha sangre y casi morí. Pero un milagro ocurrió y me tomó tres días despertar del coma.

Jimin me miraba y su mirada decía que todo estaba bien y actuara con naturalidad.

— ¿Qué has hecho realmente? —le pregunté cuando nos quedamos solos en la habitación.

— Me deshice de nuestras carteras y del coche que robé. —me respondió.

— No hablo de ello, porque ya me lo imagino... Hablo de Kim Taehyung.

— Kim Taehyung huyó —me dijo—. Dejé que lo hiciera, no puedo matarlo a él. Es más peligroso que yo —confesaba—, maté al que nos disparó y luego te traje aquí. También

perdí el conocimiento, pero sólo me hizo falta descanso y transfusión de sangre. Me negué a una operación, así que tuvieron que cerrar la herida de otra manera.

Lo había supuesto. Si se dejaba realizar la operación, habrían descubierto su otra dentadura, la real y entonces se habría vuelto más riesgoso para ambos.

— Gracias — le dije —. Por no abandonarme.

No me respondió. Su asentimiento de cabeza había sido tan tímido como la caída de un pétalo de rosa roja—como el color suave de sus mejillas — suspendida por el aire, meciéndose de un lado a otro, al igual que su mirada que desvía hacia otro lado para no mirarme. Y simplemente sonreí, no esperaba que me dijera algo, o el porqué lo había hecho; pero era feliz sabiendo que no me había dejado a mi suerte... otra vez.

A la habitación entraron dos hombres que, al sólo verlos, comprendí que se trataban de oficiales de policía. Jimin los vio y se levantó saludando con educación, estaba claro que debía ser educado, pues esa era la imagen que estuvo vendiendo toda su vida.

— Deseamos hablar con usted, señor Min —dijeron dirigiéndose a mí. Jimin se volteó a verme, quizás esperaba a que le dijera que no me apetecía hablar —. Sobre su her-...

— Jimin, déjanos a solas. — Dije cuanto antes, ya sabía el motivo y no quería que Jimin supiera sobre la existencia de Yoongyu. Cuanto antes volviera a prisión, mejor.

Jimin volvió a calmarme con la mirada en consecuencia al tono elevado que utilicé para hacer mi mandato, pero simplemente acató la orden y salió de la habitación cerrando la puerta antes de marcharse.

— Sé que Yoongyu ha escapado de prisión — confesé aferrándome a las sábanas —. Pero no sé dónde está.

— Hemos capturado a unos cuantos durante la fuga, no a todos, pero les hemos sacado información —dijo uno de los dos —. El caso es que Yoongyu había mencionado que iría a por usted, ¿ha contactado con él?

— No — mentí —. He cambiado de dirección y de teléfono para que no pudiera encontrarme. No he hablado con él desde que fue arrestado, y no quiero volver a verlo.

— Verá, señor Min... —dijo el contrario al que había hablado anteriormente — Desde que su hermano llegó a ser noticia, no hemos puesto ninguna foto suya, en ninguna parte por respeto a usted, que luce exactamente igual y la gente podría acosarla por ello.

— Y os lo agradezco.

— Sin embargo —prosiguió —, Yoongyu presume ser un peligro para la sociedad. Necesitamos capturarlo cuanto antes, por ello, si se pone en contacto con usted, póngase

en contacto con nosotros.

— Lo haré, no os preocupéis —dije—. El chico que acabó de salir, es mi pareja. No quisiera que él supiera nada de esto, por favor. Así que no le digáis nada, decidle que es confidencial o... algo así. Él no tiene por qué saber nada.

Simplemente asintieron. Salieron de la habitación y yo volví a tumbarme.

«Maldito Yoongyu...»

No podía entregarlo a la policía, por más que quisiera. Él sabía mi secreto, y aun si no lo supiera, él sabía otras cosas. Y si caía en la sospecha policial, Jimin estaría en peligro.

Tenía que hacer algo con Jimin, pero no sé el qué.

Era incapaz de matar a mi hermano porque siempre ha sabido manipularme y aún lo quiero, pero me había arruinado la vida y terminé cogiéndole odio, pero eso no significaba ningún incentivo para que yo decidiera acabar con su vida.

Pensar en un plan ahora, sería como volar sin aire o nadar sin agua. No tenía sentido, no tenía cabeza para pensar y, lo primero que antes había pensado la vez en la que él se puso en contacto conmigo, había sido abandonar a Jimin. Sí, exactamente como sonaba.

Entonces creí que a Jimin no le importaría, me odiaría, pero yo estaría protegiéndolo de Yoongyu hasta que tuviera el valor de matarlo.

Pero todo era diferente ahora.

Sabía que yo sin Jimin no podría vivir. Era una estupidez. Tarde o temprano trataría de retornar a su lado y eso lo pondría en peligro. No era capaz de abandonarlo, no era capaz de matar a mi hermano, y eso me convertía en un completo inútil.

Presentía que Jimin me quiere a su lado. En ese momento, no sabía si sus sentimientos correspondían a los míos, quizás aún faltaba trabajar más y pasar de ser su muñeco a su pareja oficial.

Me habían dado el permiso de salir de mi habitación hasta la sala de recreación, donde se reunían todos los pacientes para perder el tiempo. Me hablaron de un piano que había, usualmente se utilizaba para dar espectáculos para personas terminales que no tenían nada más que hacer, que oír un poco de música clásica antes de morir.

Hace mucho que no tocaba el piano. Antes siempre me distraía y como Jimin no había regresado, preferí estar tocando aquel instrumento que pensar en qué coño hacer para deshacerme de la carga que llevaba respecto a mi hermano y ser feliz con Jimin de una vez por todas.

Tocar el piano me daba paz. Pareciera que por fin era capaz de respirar adecuadamente en cuanto la melodía llegaba a mis oídos y era capaz de oírme hacer música.

— No sabía que fueras capaz de tocar el piano —me dijo Jimin. Me detuve un momento y sonreí.

— Hay muchas cosas que no sabes de mí —le dije, siguiendo con mi trabajo. Él se sentó a mi lado y observó cómo era yo capaz de saberme las teclas del piano al pie de la letra.

— Lo noto — me dijo —. Pero no voy a preguntar, presiento que me voy a estresar.

Solté una carcajada aspirada, me había hecho gracia que hubiera sonado como yo, pues era algo que diría.

— Yoongi —volvió a llamarme—. A las ocho, hay alguien que nos ha estado vigilando. No sé desde cuando, pero noté su presencia cuando salí de la habitación.

Toqué todas las teclas de manera seguida, desde la primera hasta la última, aquello significaba que había terminado la pieza que estaba tocando. Miré, entonces, a mi derecha, pues allí había una gran ventanal que daba hacia un patio y entonces vi a Yoongyu, pero llevaba una gorra.

— ¿Le viste la cara? —pregunté nervioso a Jimin.

— No. No fui capaz.

Presioné los labios e hice de mis manos abiertas, puños.

— Jimin —lo llamé atrayendo su atención—. Huyamos juntos.

Me miró con suma confusión y sonrió de lado incrédulo.

— ¿Qué?

— Dejemos esto, Jimin... Vayamos a otro país. Vivamos los dos juntos, solos... Sin necesidad de huir de todo. Tú me quieres, ¿verdad? Yo estoy dispuesto a dejarlo todo por ti e irme hasta los confines del mundo si me lo pidieras — tomé sus manos, él aún era incapaz de procesar lo que estaba diciéndole, lo sabía. Y también sabía que lo rechazaría.

— ¡¿Estás loco acaso?! — me preguntó exaltado — ¡No puedo abandonar todo lo que llevo haciendo! ¡No puedo abandonar mi carrera cuando estoy a punto de graduarme, Yoongi! Que te haya salvado la vida, no significa que sea tan estúpido como para seguirte a cualquier lado. Estás loco, necesitas descansar. Vamos, te llevo a la habitación.

Intentó cogerme del brazo, pero se lo impedí.

— ¿Y ahora qué cojones te pasa?

— Tu comportamiento es lo que me pasa, niño mimado —lo atacó—. No te das cuenta de las cosas, sigues volando y volando más alto. Pero te caerás, ya lo verás. Es la última vez que te pido algo así, tranquilo. No volveré a tocar tu orgullo de esta forma.

— ¡Vives en un cuento de hadas, Min Yoongi! — exclamó — Y yo no soy el príncipe a quien buscas ni el que mereces — me tomó del brazo y me obligó a sentarme —. No —dijo él—. Ésta vez soy yo quien se va.

Capítulo 36

Le di otra calada al cigarrillo que estaba fumando.

¿No era hermoso? El fuego es hermoso. Su calor y color, perfecta paranomasia.

El fuego sutil que quemaba la colilla, iluminaba mi rostro, pero no demasiado puesto que estaba escondiéndome en un lugar donde la luz de la luna no llegaba en su totalidad. Tan sólo si encendía el mechero, podía percibir un poco lo que a mí alrededor de encontraba. Pero sería redundante querer ver lo que me estaba rodeando al ya saberlo yo: hojas. Hojas de un árbol ancho, con muchas ramas que podían cubrirme y, a mi mira, estaba ella: la muchacha que había plagiado a Jimin.

La miraba mientras se desvestía, la miraba acariciarse a sí misma y qué asco me daba. Pero Jimin me había dicho que la vigilara, que pronto habría que matarla. Había pensado que desistió sobre aquella idea, no obstante, ese hombre no deja de sorprenderme; aun si, muy en el fondo, sabía que eso era tan suyo. Que él era predecible.

Apagué el cigarrillo con mis dedos y guardé lo que restaba en mi bolsillo. Sólo un tonto dejaría caer alguna evidencia como esa en el patio de la casa de su víctima. Cuando ella apagó la luz y cerró sus cortinas, llegó la hora de marcharme.

Y si os preguntabais, sí. Jimin y yo aún seguíamos peleados por aquel altercado en el hospital de Ansan, pero preferimos ignorarlo y hacer que no sabíamos de qué hablábamos cuando salía el tema. Ya habían pasado dos semanas y, alguna que otra vez, se me pasaba por la mente tirarme de un edificio para comprobar mi inmortalidad. Estuve al borde de la muerte tres veces, pero mi cuerpo también tiene su límite y mi voluntad la suya; tan solo esperaba que el tiempo no se acabara demasiado pronto.

Respecto a Yoongyu. Me llamaba todos los días, pero lo ignoraba. También me enviaba mensajes y dejaba de coger el móvil por ello. No podía cambiar de número porque Jimin me haría un enorme interrogatorio, además, ¿cómo le explicaría que tenía un hermano que quería hacerme de todo? Porque no siquiera yo sabía lo que Yoongyu quería de mí. Tan solo sabía que deseaba tenerme, no obstante, luego qué. ¿Me mataría cuando se aburriera de mí? Era tan complicado cómo entender a Jimin, que un día me dice que no quería vivir sin mí y que se mataría si me iba, pero al otro decía que no me seguiría, que estaba loco.

De todas formas, pensar en ello era algo que realmente no me apetecía. Preferiría disfrutar del tiempo en que nada me afectaba, aun si fuera corto y supiera que luego se pondría peor si lo dejaba para el final.

Suspiré y tiré el cigarrillo cuando llegaba a casa de Jimin. Estaba exhausto y sólo quería tumbarme sobre el sofá o tirarme al piso para dormir, era demasiado tarde.

— ¿Qué tal ha ido? — me preguntó Jimin nada más entré.

— Bien, supongo.

— ¿Supones?

— Sí —contesté— la seguí durante ocho horas, es una tía súper aburrida.

— Lo sé.

— ¿Qué tal vas con eso? — le pregunté ahora yo acerca de la nueva tesis que estaba preparando.

Se encogió de hombros y me dijo como si no pasara nada: — Me da mucha pereza porque he cogido otro tema que defender y no me gusta.

— Normal. Pero cuando muera conseguirás hacer la que tenías prevista, ¿no?

— ¿Eres tonto? — me dijo oyéndose ofendido. Me encogí de hombros, me había parecido lo lógico — Claro que no puedo hacerlo. Eso levantaría sospechas ¿Hacer algo tan evidente como eso? No, no. Seguiré con esto que ya he empezado.

— Entonces, ¿por qué tantas molestias?

— Porque me pica su existencia. No la quiero ver, me molesta.

Alcé las cejas cuando me senté en el sofá, me parecía que no tenía sentido. Pero seguro que para él sí lo tenía.

En ese momento, mi móvil comenzó a sonar. Me helé. Ya sabía de quién se trataba.

No era una llamada, sino mensajes tras mensajes. Había olvidado ponerlo en silencio desde que salí de la casa de la muchacha aquella. Jimin levantó la vista, miraba cómo titilaba la luz de notificación tras la tela de mi pantalón; volvió a mirarme después. Apartó la laptop y, colocando su barbilla debajo de su puño con su codo perfectamente acomodado sobre sus piernas, me miró esperando alguna explicación por mi parte.

— Qué.

— ¿Quién te envía tantos mensajes?

— Un amigo.

— ¿Me quieres ver la cara de idiota? Tú no tienes amigos, Yoongi. — Maldita rata, tiene razón.

— ¿Y tú qué sabes? — le dije, saqué el móvil para ponerlo en silencio. Él seguía desconfiando de mí.

— Mejor ve a darte un baño, apestas.

Entorné los ojos levantándome del sofá. Suspiré camino al lavabo y, cuando ingresé, me miré al espejo por un momento. A veces, en verdad, estaba cansado de que me tratara como si fuera una basura. A veces quería que fuera como me lo hube imaginado: gentil, cariñoso, risueño e inocente. Alguien que no se riera en mi cara cada vez que le dijera "te amo".

Palpé mis bolsillos cuando decidí enviarle un mensaje a Yoongyu. Pensaba decirle que dejara de decirme todas esas cosas y que se muriera. Me había citado en un lugar baldío e iba a ir a encontrarme con él. Pero primero tenía que pensar en una excusa que decirle a Jimin.

— ¿Eh? — palpé mis bolsillos, los de mi abrigo y no encontraba mi móvil. Un frío horrible me heló la sangre, el cuerpo entero y me sentí mareado. Recordé que lo había sacado para ponerlo en silencio, pero no recordaba volver a guardarlo — Mierda...

Cuando abrí la puerta, me encontré con Jimin sonriendo.

— ¿Qué pasa? — me preguntó mirándome fijamente a los ojos. Mi corazón iba a desembocarse, lo sentía. Creí que, por latir con tanta prisa, acabaría con un paro cardíaco.

— Mi móvil, lo he olvidado. —no quise hacer contacto visual con él, simplemente me deslicé por la pared para no tener que toparme, no obstante, él me detuvo.

— Toma —me dijo deteniéndome de inmediato. Lo sabía, él lo tenía. Sabía que lo olvidaría y entonces, seguramente, aprovechó para ver los mensajes.

Me giré para encararlo, mas no tuve el valor. Respiraba con tanta prisa y el corazón dolía cada vez más. Extendí mi mano para tomar el móvil que él me estaba entregando. Ojalá y no haya leído todo lo que Yoongyu me ha escrito pensé. Pero, cuando quise tomarlo, él intensificó su agarre.

— ¿Me lo das, por favor? —le pedí.

— Oh sí, claro...

Me devolvió el móvil. En ese momento, me giré y caminé hacia el oscuro pasillo tomando la gorra que tenía sobre la mesa de entrada, sin embargo, fui detenido nuevamente.

— ¿Adónde vas? — me preguntó. Sentí un escalofrío calar mi cuerpo y debilitarme. Fui casi incapaz de mentirle.

— A dar una vuelta, volveré tarde. No me esperes despierto.

—... Vale. —no fue necesario tener que voltearme para saber la mirada asesina que había puesto.

Tan sólo abrí la puerta con rapidez y salí. Huí por mi vida, había sentido el demonio de Jimin sobre mis hombros, y quería matarme.

Debía llegar cuanto antes con Yoongyu y aclararlo todo. Ya encontraría alguna otra excusa para Jimin después. Esperaba que me creyera.

Cuando estaba a mitad de camino del lugar de encuentro, miré de nuevo la dirección para evitar perderme o verificar que no me hubiera confundido. Entonces vi que alguien, que no fui yo, había mandado otra dirección diferente.

— ¡Jimin, hijo de puta! — maldije. Lo supuse, él había hecho aquello. Supuse que lo hizo en cuanto desconfié de él.

Fui en dirección contraria, corriendo. Antes que Jimin tenía que llegar, antes que Yoongyu tenía que evitar que se vieran. Tal vez... Sólo debía contarle la verdad.

Capítulo 37

Cuando Yoongi abandonó su móvil en el sofá, me abalancé sobre él y lo encendí. Me sabía la clave, no fue problema desbloquearlo. Yoongi era tan idiota pensando que no sabría que yo era su contraseña. Creía que no le creía tan estúpido, pero estaba tan equivocado.

En la barra de notificaciones, en la parte superior, estaban los mensajes que alguien le estaba enviando y que, quizás, si fuera algún amigo. Pero de esos que no me gustaban. Aunque no pensaba que Yoongi fuera capaz de hacerme algo así, de ponerme el cuerno, ¿desde cuándo? Si vivía para llamar mi atención y tampoco podía decir que no le consentía con sexo cuando él quería. Y, sí. Sabía. Sabía que él esperaba algo más de mí, como, por ejemplo: decirle las cosas cuando estuviera consciente. Que no le dijera cuando no estaba en sí mismo, que quería estar con él por siempre. No obstante, no pretendía hacer el ridículo frente a él, ni frente a nadie.

Deslicé la barra para leer los último que esa persona había enviado. Había mandado un total de cuarenta mensajes y luego saltaron otros más.

"Bebé", "amor", "caramelito", "Gigi", "mi vida", "cielo", "corazón"... "Ven, déjame follarte como antes, amor", "no me dejes con las ganas, hablemos", "deja al idiota ese, ven conmigo", "yo te amo", "encontrémonos hoy mismo, Gigi... Hablemos del pasado, recordemos lo que hacíamos..." "Ya sabes dónde, ¿cierto? En el terreno baldío que está detrás de la discoteca principal de Gangnam", "no faltes, o ya sabes lo que pasará".

Miraba todos esos mensajes mientras me mordía la mejilla desde el interior. Mi corazón latía con demasiada rapidez y el sentimiento no era diferente al de la ira.

"No, ahí no. Mejor detrás de la Torre de Seúl. A la hora que has dicho, ¿vale?"

Me levanté después de eso y caminé hasta el baño, bloqueé el móvil e iba a tocar la puerta. Mi intención no era armar un escándalo en ese momento, sino esperar a que decidiera irse y seguirlo para matar a su amante con el que tanto hablaba y parecía escaparse. ¿Era el mismo que la otra vez no estaba vigilando en el hospital? Si es así, me iba a cargar a ese hijo de puta.

Yoongi abrió antes de que yo lo hiciera, le sonreí cuando le vi.

Sus ojos me demostraron el temor que sentía, sin embargo, ¿por qué? ¿Acaso sabía que la había cargado ya? No me sorprendía. Dejé que dedujera que ya lo sabía, pensaba que no asistiría a su cita de mierda. Pero de igual forma se marchó, me dejó solo. Y no puedo expresar con palabras precisas la impotencia que sentí.

— ¿Ya no me amas? —le pregunté cuando cerró la puerta. Mi mirada estaba apagándose conforme sabía que se alejaba de casa.

¿Qué era lo que estaba sintiendo? No podía explicarlo tampoco. Sentía que mi estómago se volteaba, que mis intestinos se torcía como si fuera una toalla mojada, sólo un trapo sucio y mugriento. ¿Por qué me hacía sentir así? ¿Qué demonios tenía él en sí mismo para ponerme de los nervios? Porque deduje que eran nervios lo que sentía cada vez que pensaba en la posibilidad de que se fuera con alguien más. De que me dejara sin despedirse. La sensación dolorosa en todo mi cuerpo era parecida a cuando tenía miedo que mi madre me hallará escondido en el armario y me sacara a tirones de mi brazo lastimado y me lanzara contra la cama, sin importar que me lastimara la boca y sangrase; todo porque, de vez en cuando, robaba un poco de comida o no sabía ir al baño solo. Así me sentía.

¿Miedo? ¿Tenía yo miedo de que Yoongi me abandonara? Probablemente sí. Era la verdad o la teoría que más se acercaba a la realidad. No puedo decir que esté enamorado, porque no sé qué se siente eso. Creo haber leído alguna vez que tenía relación con la "empatía", no. Definitivamente yo era incapaz de ponerme en los zapatos de otro. Era terriblemente apático y así es como crecí. Pero, si me ponía a pensar verdaderamente ¿Qué era Yoongi para mí? Si no tuviera tiempo a pensármelo, probablemente respondería: nada.

Y la verdad es que sí, Yoongi no es nada para mí.

Yoongi lo es todo.

— Yoongi me hizo sentir amado — claramente no podía olvidar ese detalle. Incluso si supiera que lo nuestro no era sano, nos encantaba. Me encantaba hacerle daño, me encantaba que él me dejase hacerlo daño. Amaba cuando se ponía celoso y todo lo que era capaz de hacer por mí sin objetar.

Porque era mi muñeco.

Yo lo podía manipular: "Yoongi, haz esto", "Yoongi, haz lo otro". Decía vivir por mí y me lo demostraba, Yoongi era perfecto. Tan bien lo manipulaba, tan bien movía sus cuerdas que acabé enredándome en ellas y él me sedujo. Me sedujo sólo diciéndome lo que siempre hube querido oír: "Te amo".

¿Te amo? Yo no podía decir esa palabra sin mentir, pero él me lo decía con sinceridad y constantemente.

Y se volvió mi musa, aunque no lo supiera.

Despertaba por él, respiraba por él, vivía por él, creaba obras de arte pensando en él. Y en mis pensamientos siempre estaba él. Él, él y él.

Sus ojos oscuros como la noche albergando galaxias inexploradas pero abiertas a mí como su corazón, y su piel que era un lienzo donde podía moldear mis artísticas mordidas y su sangre era pintura para grabar los "te amo" que era capaz de recitar en mi nombre. Y su boca, cuando besaba la mía, besaba la piel de mi cuello, de mi pecho, mordiéndome también... Quería que me engullera, que fuera la bestia que esperaba que sea y me matara de una vez.

Pero no hacía falta que me clavara un cuchillo en el pecho y bebiera mi sangre para que supiera que estaba muerto. Yoongi estaba matándome de a poco. Tan rápido como decía mi nombre, sentía que perdía la vida porque iba perteneciéndole a él. Más y más, cada vez un poco más. Y temo por el día en que se lleve todo de mí y me deje como un cadáver tendido en medio de la acera.

Tenía miedo de perderlo.

Tenía miedo de que, quien fuera el que lo trataba de amor, caramelito, Gigi, me lo quitara cuando es mío. Cuando él juró que me pertenecía tanto como yo le pertenecía a él. Tenía miedo de que fuera mejor que yo, que le interesara más que yo, que se diera cuenta de que no me ama, que sólo está obsesionado conmigo de una manera enferma y se fuera cuando su obsesión florezca en alguien más.

Pero sabía qué hacer si llegaba a sospechar que quería dejarme por alguien más. La mataría. Mataría a la persona con quien quisiera huir y luego regresaría a mí, siempre a mí. Porque soy su hogar. Lo único que tiene.

Cuando llegué al sitio donde aquella persona lo citó, levanté el paraguas — estaba lloviendo de una manera torrencial, tan de repente. Cuando le seguí, me aseguré de camuflarme, lo único que conseguí a mano, fue aquel paraguas— cuando alguien se asomó desde la oscuridad. Tenía la misma gorra que Yoongi tenía, la ropa oscura y reconocí las facciones de su rostro cuando la luz le dio. Seguramente no había llegado su cita, y él me observaba como si hubiera visto un fantasma.

— ¿... Ji... min? — su voz se oyó baja, pero le oí a la perfección.

— Hijo de puta... — espeté enfadado — ¡¿Con quién pensabas encontrarte a mis espaldas?!

El paraguas cayó al suelo cuando lo empujé contra la pared, amenazando con darle un golpe.

— ¡¿Piensas ponerme el cuerno, imbécil?! ¡A mí nadie me pone el jodido cuerno! — lo golpeé. Le partí la boca, él se cubrió los labios y luego me miró arrugando el entrecejo. Pero ya tenía heridas en su rostro que no alcanzaba a recordar cómo se las había hecho.

— ¡¿Qué mierda te pasa a tí?! —gritó con más prepotencia que con la que solía hacer. Se levantó del suelo y su mirada era tan diferente, pero no me había dado cuenta de ello por el enfado que me nublaba.

Volví a empujarlo y sollocé (actuación, claramente): — ¿Pensabas abandonarme, Yoongi? ¡¿Acaso te importa muy poco lo que pueda pasarme si tú no estás?!

— Lindo drama el que montas, basura —me dijo, su voz... ¿su voz? —. Pero no tengo tiempo para esto. —no me fijé en la navaja que había sacado.

— Reconocería la voz de Yoongi en cualquier parte... —murmuré. Miré su boca, no había la cicatriz de mi mordida y su voz sonaba más profunda, al parecer.

— ¡Jimin! — giré cuando oí mi nombre y allí estaba Yoongi, en la otra acera, tomando aire, tratando de recuperar el aliento.

Mi corazón se detuvo por unos instantes. Volví a mirar a quien tenía frente a mí y le quité la gorra antes de que reaccionara.

No tenía el pelo rubio.

Hirió su propia lengua con la navaja que traía consigo, la sangre se deslizaba hacia el mango de esta, junto con la lluvia que arrastraba la hemoglobina. Luego me sonrió, lucía como Yoongi, pero jamás sería Yoongi tan peligroso como éste aparentaba con tan sólo verle.

— Soy su doppelgänger —me dijo con la voz de Yoongi, con la boca de Yoongi y mirándome con los ojos de Yoongi —. Y tú estás sobrando en esta relación.

Me atacó después.

The second one

Era tornado de invierno. Insano amor.

Era un lobo feroz, y destrozaba mi piel amándome. Me mordía. La sangre brotaba empapando sus blancos colmillos que me perforaban el alma.

Su lengua era una víbora que se deslizaba sobre mi destrozada piel, impregnada de su toxicidad; la serpiente se paseaba, me provocaba dolor de igual forma. Su veneno corría por mis venas y el mío por las tuyas, su voz era profunda, sonaba como el Averno al cual, luego de asesinarme, quería mandarme.

Ya ha puesto la mano sobre mí, me ha puesto de rodillas ante él y me ha obligado a rezarle ante la divinidad monstruosa de sus ojos, ante el brillo macabro de sus orbes de bestia. Tan sólo lo envuelven hojas de bestiarios, marcas de pecado y flores de diabólica tentación.

Era una animal. Era salvaje. Era un asesino. Era un cazador y la presa fui yo. Ha modificado mi alma, la ha vuelto su sierva. Me ha endemoniado el corazón, me colocó un hechizo.

Cada respiración que doy, cada movimiento que hago, todo lo está viendo desde arriba, porque mis hilos mueve.

Pero me gusta.

Me gusta ser comido por él.

Me gusta que mastique mi cuerpo, que me desmembre, que me saque los ojos y se los coma. Que mantenga una erección frente a mi cadáver; que sea un animal sanguinario, que beba de mi sangre. Que me ame más de lo que me odies.

Me gusta cuando me toma del rostro y besa mi boca, cuando daño me hace con sus dientes puntiagudo. Me gusta que me devore, que coma de mis entrañas, que morfe mi corazón. Que se bañe en la sangre de este animal que loco aúlla por él, por el amor que aún sigue esperando por más y más.

Rojo como el destino. Rojo ambivalente y roja su ambición que me engulle como si fuera luz frente a un agujero negro.

Quiero ser el animal que le guste, que me ame como si él fuera uno, que me caze como tal. Quiero que sea el monstruo que se oculte en mi cabeza y me siga incitando a enamorarlo.

Quiero que él sea el animal y yo el cadáver.

Animal que me toma de la cintura y me atrae hasta pegarme a su cuerpo que es infierno, que quema al igual que su frío corazón, allí donde ardo yo.

«Bon appétit. Morir, ha sido un placer».

Capítulo 38

Tal y como lo había predicho.

Yoongyu reaccionó mal ante la llegada de Jimin ya que, cogiendo una navaja de quién sabe dónde, le hirió en la cara y el brazo. Y Jimin chilló enfadado retrocediendo sobre sus pasos.

La sangre me hirvió y me acerqué a él para comprobar que no estuviera aturdido o que la herida no hubiera sido más grave de lo que percibí.

Le limpié la sangre con la manga de mi chaqueta mientras lloraba, aunque no era posible ver las lágrimas que derramaba al verlo herido por la lluvia que las camuflaba; no obstante, Jimin era incapaz de mirarme. Tenía los ojos puestos en Yoongyu.

— ¿Este es el hermano... —me dijo después, deteniendo mi acto y simplemente me helé — del que me habías hablado? ¿El que asesinó a tu familia?

Bajé la vista por un momento, me costaba afirmar aquello. Pero con la mirada de Jimin puesta en mí, contesté:

— Sí.

Miré a Yoongyu poco después. Él daba miedo.

Nunca fui creyente de aquello que se decía sobre los gemelos o mellizos. Aquello sobre que eran capaces de sentir lo mismo que el otro, en algunas ocasiones. Siempre había creído que eso era un mito. Pero, en ese momento, era capaz de percibir mediante escalofríos, la

ira de Yoongyu mientras me veía tratar con tanta calidez a Jimin. Quizás hubiera visto mal y no me miraba a mí directamente. No obstante, todo el odio que se reflejaba en sus ojos, eran para Jimin.

— Así que tú eres Jimin —dijo Yoongyu de repente, sonriéndole a él—. No creí que fuera capaz de adivinar, pero vaya que se me da bien.

Jimin no le había contestado. Pasó de él y se volvió hacia mí cubriendo su herida con la manga de su ropa.

— ¿Por qué no me dijiste que ibas a verte con tu hermano?

— Porque te dije que no lo he vuelto a ver. No quería que te hicieras ideas raras en la cabeza.

Me pegó en el hombro.

— Imbécil. Me hice ideas raras de todas formas —soltó.

— Jimin-ah... —atraje su atención, y sus ojos me miraron fijamente — Vuelve a casa... Prometo que te lo contaré, te contaré todo. No habrán más secretos entre nosotros.

Me acarició el rostro y olía la rabia de Yoongyu que, no sé si por fortuna, no era capaz de percibirse a simple vista.

— No quiero irme. Éste hijo de puta me ha rajado el rostro, ya no seré bonito para ti si tengo una cicatriz, ¿verdad? —se acercó a mí, iba a besarme. Y por un momento deseé que lo hubiera hecho, de no ser porque hube recordado que Yoongyu estaba allí. Fue la primera vez que me aparté de él y me negué a besar su boca.

— Jimin, por favor... Regresa a casa —le pedí.

Presionó sus labios y se alejó de mí. Asintió un par de veces hasta coger de vuelta su paraguas. Estaba empapado y yo también, la lluvia no paraba de querer nublar me la vista y hacerme pensar que Jimin desaparecería con cada parpadeo que fuera capaz de dar.

Se acercó a Yoongyu y sólo lo miró hasta cubrirse con el paraguas nuevamente.

— Me las pagarás —le hizo saber. Señaló la herida que, si bien no sangraba más, todavía estaba roja y se veía dolorosa—. Te arrancaré los intestinos como si fuese césped, hijo de puta.

Yoongyu le siguió con la mirada sin parecer inmutarse ante la osadía de Jimin. Me había preocupado sobre su reacción posterior a que Jimin le hubiera dado la espalda, pero no había pasado nada.

No fue hasta que lo había perdido de vista, que volví a mirar a Yoongyu. Y él, tan igual a mí o peor, deslizó una sonrisa absurda, dibujó una osadía sobre ese rostro que tanto odiaba ver. La razón por la que antes deseaba morir, para no volver a verme en el espejo, para olvidar que él era yo y que yo era él. Que éramos uno, porque nos formamos de la misma manera y, probablemente, moriremos de forma igual.

— Ven —me llamó. Caminó hasta adentrarse en el edificio abandonado donde había estado esperando y yo le seguí luego de suspirar y tragar todo el miedo que acarreaba conmigo —. Hablemos.

Ese lugar estaba en ruinas, pero era (o parecía) acogedor conforme nos íbamos adentrando. Él había hecho una hoguera aún con el suelo húmedo. El humo se salía por los agujeros que habían por las paredes y ese lugar apestaba a soledad. Como él.

— Hyung... —le dije sin haberme dado cuenta, aunque fue muy tarde para rectificar en cuanto vi su sonrisa formarse nuevamente — ¿Qué es lo que quieres de mí?

— Todo —me respondió acercándose a mí y yo no pude esquivar su tacto —. Lo quiero todo de ti, Gigi... —había intentado acariciar mi mejilla, pero lo evadí; no obstante, lo consiguió después pero era incapaz de mirarlo.

—Yo no quiero nada de ti, Yoongyu. —le dije — Así que preferiría que te fueras de mi vida. Que dejes de molestarme, no quiero volver a verte, no quiero odiarme como antes e intentar suicidarme porque llevo tu maldita cara en la mía.

Era tan descarado y desconsiderado que ni siquiera sintió empatía por quien decía estar enamorado. Hizo un puchero con los labios y luego se burló de mí, tomándose del cuello, de la nuca y acercándose más hacia él.

— ¿Es porque ese mozo te ha secado el cerebro, verdad? ¿Lo quieres mucho?

— Yo amo a Jimin. — le respondí y, claramente, no le había gustado oír aquello. Rápidamente sentí, por unos instantes, cómo me apretó el cuello.

— Pero tú no puedes estar con él.

— Y menos contigo, eres mi desgraciado hermano.

— ¿Ah no? ¿Y eso qué tiene que ver? — me atrajo hacia él hasta pegarme a su cuerpo y luego respiró con profundidad sobre mi boca —Antes no te quejabas cuando te hacía... el amor...

Me besó. Sus labios eran suaves, no habían cambiado en todos esos años, aunque ¿por qué habrían de hacerlo? Fueron los primeros labios que me besaron y los que besé. Eran tan pecador y estaba tan maldito como ese hombre que elevaba mi temperatura a escalas impresentables cuando succionaba mi músculo bucal y hacía los obscenos chasquidos

después de, por unos breves segundos, separarse de mí para coger aire y mirarme; mientras que, de nuestras bocas, había un fino hilo de saliva que nos unía. Incluso cuando volvía a atacarme, y besaba mi labio superior, luego mi belfo hasta que lamía mi piel, no podía separarme. Pareciera que no tenía el valor de alejar a mi hermano de mí. Y mi corazón se descontrolaba, latía como cuando estaba con Jimin. Y de mi boca salieron unos suaves chillidos que él había logrado sonsacarme después de morder mis labios con suma delicadeza.

«Jimin...»

Claro. Yo amaba a Jimin, no podía hacerle esto. Yo odiaba a Yoongyu, así eran las cosas. Así debían mantenerse.

Lo aparté de repente y me miró desconcertado. No había hecho falta se hablase, sabía que diría: "¿Qué ocurre ahora?"

— Te odio, Yoongyu... — le dije — Vete. Márchate ahora que nadie podría reconocerte, huye del país. Yo no quiero saber nada de ti, para mí estás muerto. Maldito enfermo incestuoso, ¡déjame en paz! ¡Déjame ser feliz con él hombre que amo!

— ¡El hombre al que amas soy yo! — me respondió con otro grito — ¡Maldita sea, Yoongi! ¡¿Por qué no te das cuenta! No hace falta pasar demasiado tiempo con Park Jimin para saber que es un manipulador como yo. ¡Es exactamente el mismo tipo de monstruo que yo! Te has conseguido a alguien que fuera capaz de reemplazarme y crees estar enamorado de él, pero en realidad estás enamorado de mí.

Las lágrimas salieron de repente.

— ¡Calla! — dije empujándolo. Mis lágrimas empaparon mis mejillas, las sentía más fría cuando la brisa soplaba — ¡Calla, calla! ¡Vete a la mierda! ¡Mátate! ¡Desaparece! No puede haber dos como nosotros. O te vas tú, o me mato yo... Maldita sea.

No me había dicho nada durante unos segundos y había pensado que realmente le callé, no obstante, cuando decidí darme vuelta para marcharme, él me volvió a tomar de la muñeca jalando de mí de manera bruta. Tropecé con su cuerpo apoyándome sobre su pecho y él me tomó de la barbilla y me volvió a besar, pero yo no quería. Me daba asco. Me daba asco a mí mismo y él era yo, en todo caso.

— ¡¡No!! ¡Suéltame! — gité tratando de alejarlo de mí, pero se oponía y ejercía más fuerza sobre mí. Entonces me tiró al suelo, me imposibilitó el movimiento, me agarró con fuerza las manos para que no pudiera defenderme.

Me removía para poder zafarme de él, pero me parecía tan imposible porque era más fuerte que yo y yo tenía miedo de él. De que me tocara. No había vuelto a llorar de aquella forma, de temblar como si fuera gelatina u hoja de otoño corrompida. Gritaba. Gritaba aun sabiendo que nadie vendría a rescatarme porque aquel lugar estaba vacío, ni siquiera había

un alma rondando por lo lares. Jimin le había dicho que fuera allí precisamente para matarlo si hubiera sido mi "amante".

— ¡Yoongyu, por favor...! ¡Me haces daño! — Llegué a preguntarme mientras era ignorado... ¿Cómo era yo capaz de tener un corazón frío ante personas que no conocía, ante animales muertos para descuartizarlos... Mas parecía un niño frente a mi hermano mayor?

Rompió mi camiseta, me desvistió y sólo me dejó de besar cuando se incorporó con las manos sobre la hebilla de su cinturón para desabrochárselo.

— ¡Detente! ¡No lo hagas! ¡Yoongyu, por favor! — No me oyó. Claramente no lo hizo, ni lo haría. Es más, ¿cuándo lo había hecho?

Asió mis brazos y me obligó a voltearme, me dejó boca abajo contra el suelo. Y yo lloraba al sentir la asquerosa humedad, el olor repulsivo en mis narices y su tacto asqueroso recorriendo sobre mi piel. Su lengua me empapaba el cuello, él se burlaba de mí cuando trataba de arrastrarme para coger alguna roca de escombros y poder defenderme, me tomaba de la cadera y volvía a atraerme hacia él para violarme.

Me había roto las uñas por aferrarme al suelo cuando me arrastraba. Dentro de mí ardía. Ardía dolor, ardía repulsión y sentí cómo me contaminaba, cómo me marcaba succionando la piel de mi cuello, dejándome un horrible moratón que Jimin vería después. Pero esa era su intención, declarar la guerra a Jimin.

Me embestía como si me odiara, pero al mismo tiempo sentía tanto deseo repulsivo sobre mí. Me jalaba del cabello y yo... ¿Por qué había dejado de luchar? Porque Yoongyu era más fuerte que yo, y yo siempre fui su presa.

Temblaba cuando traté de levantarme. No podía sostenerme por mí mismo, toda aquella sucia adrenalina se había quedado corriendo por mis venas porque había calado mi piel. Yoongyu se había vuelto a vestir y estaba mirándome, pero yo no le podía ver a la cara. Todo el temor que había creído olvidar, había florecido en mí como si fuera un clavel maldito; una flor del infierno. Ardiente como el Averno, que estaba matándome con sólo dejarme oírle respirar.

— Yoongi...

— No pronuncies mi nombre.

— Lo siento —me dijo. El llanto se hizo un nudo en mi garganta y no podía dar crédito a lo que estaba oyéndole decir —. No quise hacerlo, pero no me dejaste otra alternativa. No sabes lo que dices.

— ¡No! ¡Tú no sabes lo que dices! —espeté furioso, atreviéndome a encararlo pero sin levantarme del suelo aún, pues mis piernas no respondían a mis mandatos.

Levantó la mano para golpearme y yo aparté el rostro, había puesto mis manos frente a mí para frenar el golpe que jamás llegaría. Tan sólo oí su risa haciendo eco en todo el lugar, pues la lluvia había parado. Y ahora sólo hacía frío en el mundo.

— Me tienes miedo —me dijo—. No eres capaz de nada, y aunque jures matarme... Ya sea por deshacerte de mí o por mantener a salvos ese hijo de puta, no lo harás. No eres capaz. Sólo eres un niño asustado de mamá, pero ya no hay falda en la que detrás de ella te puedas esconder. Eres un ciervo bebé, y te voy a cazar.

Me tomó de la nuca nuevamente, atrayéndome hacia él para darme un beso en la frente. Luego reposó la suya sobre la mía y me miró.

— Eres nada sin mí, Yoongi... —susurró—. Me necesitas para vivir tanto como yo te necesito, lo de Park Jimin es un capricho. Cuando seas más inteligente, te darás cuenta de lo que verdaderamente te conviene.

— Tú no me convienes...

— Y él tampoco.

Mis labios temblaron y de mi boca salieron las siguientes palabras adornadas con un sollozo.

— Déjame tranquilo... Por favor...

No me respondió. Volvió a besarme y luego se puso de pie, yéndose del lugar y dejándome solo.

Me levanté del suelo, subí mis pantalones y abroché el botón de este. Mi camiseta estaba rota y sucia, colgaba de mí como harapos. Quise caminar para salir de allí pero caí de rodillas y lloré al caer en cuenta, por enésima vez, que Yoongyu no me dejaría en paz. Que la única forma de que lo hiciera, era muerto. Pero yo no podía matarlo... No cuando era tan débil, tan inútil ante él. No cuando me daba miedo mirarle a los ojos, no cuando pensaba en el suicidio para que me dejase tranquilo.

Mis manos sucias temblaban, se veían oscuras. Parecía sangre, pero no lo era. Tan sólo estaban manchadas y marchitas como mi alma, tan sólo estaban oscuras como mi vida.

— No puedo dejar que Jimin me vea de esta manera... —murmuré poniéndome de pie. Intenté limpiar mis manos con las gotas de lluvia que caían del techo, pero no hicieron mucho — No puedo dejar que Jimin se preocupe por mí... — y volví a llorar, porque sólo sabía llorar.

Parecía un pordiosero, un fantasma errante lamentándose camino a su hogar. Con un estigma enorme en el cuello y en todo el cuerpo. Me sentía sucio, quebrado. Con demasiadas grietas cubriendo mi piel, mi cuerpo. Con tanto odio comprimido y lágrimas que

habían mojado mis ojos hasta que ahora me quedé seco y mi rostro era la viva imagen de alguien sin emociones.

Metí las llaves luego de haber temblado demasiado e ingresé a casa. La luz de la cocina estaba encendida, por lo tanto, me asomé y ahí estaba Jimin esperándome.

Se volteó cuando me oyó entrar, miró mi ropa, luego volvió a mirarme a los ojos esperando alguna explicación.

Fingí una sonrisa para él.

Capítulo 39

Me senté al lado de él cuando ingresé a la cocina.

Él bebía whisky, lo había comprado el día anterior. La bebida estaba casi por la mitad, supuse que estaría ebrio, pero olvidaba lo muy tolerante al alcohol que Jimin llegaba a ser.

Se sirvió un trago más en el vaso que tenía, no me había dicho nada. Se había volteado nuevamente hacia la botella cuando me acerqué a él. Y yo le miraba sin saber cómo comenzar a contarle la verdad. Él no me decía que lo hiciera, pero yo sabía que estaba esperando a que comenzara a hablar.

—Se llama Yoongyu —dije.

— Vaya, tenéis nombres similares — mencionó sarcástico luego de un rato — ¿Por qué no me habías dicho que tu hermano estaba por aquí? ¿Acaso no hay confianza entre nosotros? Luchaste e hiciste cosas que nadie haría para ganarte mi confianza y luego la tiras así como así y bailas la macarena sobre ella. —Bebió otro trago. Tenía una mala postura al beber, me decía que estaba poniéndose ebrio. No debería estar bebiendo aún.

— Se ha fugado de la cárcel — le dije nuevamente. Jimin dejó el vaso sobre la mesa de mármol haciendo un ruido poco deseable para mis oídos; me había sobresaltado.

— ¿Le has metido tú en la cárcel?

— Contribuí con su arresto. — mencioné. Jimin asintió sin decir algo al respecto, sólo volvió a beber.

— Vaya. Si haces eso con tu propio hermano, ¿qué harías conmigo cuando te hartes? — murmuró pero no tan bajo para que no le oyese, su intención había sido la contraria.

— Jimin, yo no te haría eso jamás. Sabes que prefiero ir yo a la cárcel antes que tú —volví a decirle. Mi corazón latía adolorido, el tacto de Yoongyu aún no se iba de mi cuerpo, aun si la lluvia me hubiera "limpiado" los escombros del pelo y la piel.

Sonrió entonces, de manera irónica y me miró, pero su sonrisa desapareció cuando enfocó su mirada en mi cuello y rápidamente había caído en cuenta que estaba viendo lo que Yoongyu me hizo. Me lo cubría de inmediato con la mano y me levanté de su lado retrocediendo con la intención de alejarme de él. Mi respiración se descontroló al verlo ponerse de pie y caminando con aterradora lentitud hacia mí.

— Por favor, dime que os habéis peleado como lo hacen todos los hermanos y que eso no es una sugilación.

— Jimin, p-puedo explicártelo... — mentí. No podía explicarle nada sin obtener más cabreo de su parte.

— ¡Esto es increíble! — exclamó — ¡¿Te has acostado con tu hermano?!

— ¡Él me ha violado! —grité en defensa, hasta que me di cuenta de lo que había dicho.

Me dio la espalda y cogió la botella. Bebió de ella como si fuera la única bebida del desierto y luego, envuelto en rabia, ira, furia... la estampó contra la pared y el sonido del cristal me había espantado. Me dejó helado. Lo que quedaba del whisky se esparció por todo el suelo como río y le miré nuevamente, estaba secando el resto de alcohol que quedaba en sus labios y su mano temblaba.

— ¿Qué? —u respiración era agitada, no me miraba pero parecía que, en cualquier momento, iba a matar a alguien y ese alguien no iba a ser yo. ¿O quizás...? — ¿Qué has dicho?

Me quebré.

Nunca antes me había mostrado tan frágil ante nadie, pero supongo que me destruí frente a Jimin porque lo amaba y porque confiaba en él. Porque realmente sabía que no me juzgaría si me veía tan asustado, que no me menospreciaría al ver la otra cara de mi moneda.

Él se acercó a mí, yo me había sostenido sobre mis rodillas y sollozaba. Los ojos se

volvieron rojos, mi nariz igual y podía sentir el dolor horrible en mi pecho. No le podía ver a la cara, pero no hacía falta para saber que estaba parado frente a mí mirándome fijamente, sin siquiera hacer algún gesto de empatía respecto a mí. No obstante, sabía que no era tan monstruoso como aparentaba ser.

— Lo ha hecho desde que éramos adolescentes... — le dije — Me drogaba, me golpeaba y amenazaba con su vida para que nos acostásemos. Mató a nuestros padres cuando ellos nos descubrieron y decidieron que era mejor mantenerlo allí, en Daegu, mientras que yo venía a estudiar a Seúl. Él... Él huyó después pero se entregó, quería que lo encerraran de por vida para que no lo volviese a ver en mi vida porque le tengo miedo, Jimin... Él me hace tan vulnerable y sé que no puedo matarlo porque sigue siendo mi hermano, porque se ve como yo y, aunque me odie tanto como para haber intentado seis suicidios, irónicamente, soy incapaz de hacerle daño... No sé qué hacer, Jimin-ah... Iba a decirle que no quiero estar con él, que no huiría pese a que lo hubiera pensado para salvarte, pero no puedo vivir sin ti. Le dije que te amaba, entonces él... él... Lo siento mucho, Jimin... Lo siento, lo siento, lo siento...

Me tomó de la barbilla levantando mi rostro para poder verle a los ojos. Sus ojos lucían tan oscuros como siempre, tan faltos de empatía, pero había sido la primera vez que su sonrisa fue cálida conmigo, que no había sido algo que él hubiera fingido y entonces me erguí para ponerme a su altura.

—Tranquilo —me dijo secando mis lágrimas, acomodando los mechones de pelo que ya se habían secado y caían sobre mis ojos -. No le tengo miedo. Si viene, yo me encargaré de ese hijo de puta, no te volverá a hacer daño, ¿de acuerdo?

—¿Q-Qué harás...?

— Me lo cargaré.

Le sostuve de su playera y tiré de él asustado, le miré a los ojos y estos reflejaban mi paranoia.

— No puedes hacerlo, él es demasiado peligroso. ¡No le tembló el pulso a la hora de matar a nuestros padres!

— ¡A mí tampoco me tembló a la hora de comérmelos! —me gritó de vuelta — Yoongi, apártate. Debo ir a asegurar nuestro futuro.

— No quiero perderte por algo así.

— ¿Por algo así? ¿Con qué mierda estás saliéndome ahora? ¿Piensas en ti como "algo"? ¿Es eso?

— Jimin-ah...

— No. Cállate. Eres todo lo que tengo ahora, y soy todo lo que te quedará a partir de ahora — desasíó mi agarre e intentó caminar, pero perdió el equilibrio cuando dio unos cuantos pasos. Se había pareado como consecuencia del alcohol. Lo sostuve y, cuando lo tenía entre mis brazos, fue la primera vez que le había oído llorar.

— No quiero que él interfiera entre nosotros, Yoongi... —me dijo. Mi corazón palpitó tan rápido que pensé que había oído mal — Creo que te amo, Yoongi. Aunque no debería, no nací para amar, nací para odiar... Pero te odio de una manera distinta que me lastima el corazón pensar que alguien es capaz de hacerte daño y separarnos. No quiero separarme de ti, Yoongi...

Mi labio inferior tembló al gritar su nombre en silencio, al llamar a su belfo para poder amarlo como yo lo amo a él. Entonces cogí su pequeño rostro entre mis manos, sequé sus lágrimas. No me puse a analizarlo, no esa vez. Quería creer que lo decía en serio, que no estaba engañándome. Y lo sentí a así, en verdad que lo hice.

Besé su boca.

Saboreé la dulce miel de su saliva, empapé su labio con la mía y se formó un hilo de ella al separarnos que conectaba nuestras bocas amantes. Repasó la piel de mi cuello con su mano, entrelazó sus dedos con las hebras de mi cabello. Saboreaba la boca del hombre que amaba, me sentía purificado. Sentía que él era la deidad a la que culto tenía que rendirle. «Religio amoris». Me mataba con sus mordidas, con el leve tirar de mi piel con sus dientes, la sangre que me provocaba cuando agujeraba mi músculo y luego la limpiaba con la tierna serpiente de su boca en busca de la mía al entrar.

Era veneno. Era datura. Alucinante cannabis su aroma, embriagante vino el beber de sus labios vivos, que seguían mi beso. Y sus piernas me rodeaban el torso cuando lo sujeté, ahora su estatura había aumentado un poco más y miré a la luna nueva de sus ojos, a esos orbes que eran éxtasis y esos párpados que besaba tan ligero como un pétalo de rosa, tan caótico era su pestañear como el aleteo de una dulce mariposa.

Me gustaba oír el canto de su voz, de los gemidos que salían de su bella garganta. Tan provocativos, tan llenos de lujuria, música pasional para mis oídos mientras besaba yo su cuello, su piel, y dejaba rastros de mi pecado sobre la suya.

Llegar a los botones rosados que adornaban el centro de sus pezones era mi parte favorita. Estos sabían a cereza, a fresa, a todo lo hermosamente rico del mundo. Estos eran cerecillas con las que yo jugueteaba y encendían el fuego en mí que nada apagaría porque me hacía sentir vivo. Me purificada toda el alma. Y su cuerpo, escultura de dioses que yo poseía entre mis manos, caderas que se movían rozando mi entrepierna cuyo ritmo sensual era debido a la orquesta de nuestros besos osbsenos, nuestras respiraciones chocando entre sí.

Jimin era sangre que corría por mis venas. Era calor que quemaba por dentro. Era el frío corazón donde yo ardía.

Era sangre que se esparcía por el suelo cuando cortaba su piel con mis besos, era cascada roja que se deslizaba sobre la piel de su cadáver que seguía caliente por mí, y decía mi nombre entre jadeos. Decía que me amaba y yo le repetía que también lo hacía yo.

Me mordía la piel, cuando me acercaba a su cuerpo al follarlo sobre la mesa de la cocina.

Los mechones de su oscura cabellera se pegaban a la piel de su frente como consecuencia del sudor. La luz era tenue, no me dejaba apreciar el sonrojo de sus mejillas cuando por fin acabé sobre su abdomen y su pecho que se inflaba constantemente cuando cogía aire. Me sonrió y sus ojos brillaban como un cielo nocturno.

— Yoongi-yah... — me dijo — Te amo.

— Yo también te amo, Jimin — sonreí también cuando él lo hizo.

— Estaremos juntos para siempre, ¿verdad? Nunca vas a dejarme, ¿verdad?

— Nunca voy a dejarte.

Se incorporó un poco y me dio un beso en la mejilla.

— Déjame tu móvil.

No le había preguntado para qué. El ambiente estaba perfecto para arruinarlo.

— Ten —se lo di. Me había levantado para cogerlo, pues lo había dejado caer al suelo. Tenía una grieta en la pantalla.

Jimin lo desbloqueó. Entró a la conversación de Yoongyu y comenzó a escribirle un mensaje que no alcancé a leer. Luego firmó con su nombre y me lo volvió a entregar.

— Vayamos a dormir, Yoongi-yah.

Nos acostamos sobre sus sábanas blancas, nos miramos por un momento. Sólo había oscuridad pero nuestra vista se había acostumbrado a ella. Su sonrisa era leve, se mantenía como una primula en invierno. Cuando acaricié su suave piel con mis manos, él se quedó dormido. Y era lo más hermoso que había visto jamás, era de quien me había enamorado verdaderamente.

Quise pasar mis vidas enteras con él. Reencarnar después de morir anciano a su lado y volverlo a encontrar. Deseé tantas cosas con él, pero el deseo siempre se quedaría ahí: en deseo.

No hubo tiempo para los dos. Supongo que es verdad eso de "todo lo bonito, dura poco".

Jimin era lo más bonito que me había pasado, pero me duró tan... tristemente poco.

Capítulo 40

Me encontraba en la habitación de mi piso, acostado sobre mi cama, mirando la tarjeta de crédito que Jimin me había dejado.

«—Los dígitos son 3134. Puedes usarla cuando quieras, no tengo problema con ello. Confío en ti. Además, deberías comprar ropa nueva para esta noche.»

Me había dicho y reproduje eso mientras mantenía la tarjeta entre mis dedos. Suspiré una vez me decidí en salir a alguna tienda comercial de ropa. Jimin me había platicado que quien siempre le daba dinero, era Kim Taehyung. Pues este era jefe de ventas de armas ilegales en Seúl y repartía esos productos por todo el continente asiático y Oriente Medio, entre otras cosas que preferí no preguntar. Mencionó que aún le parecía extraño que siguiera habiendo dinero en su cuenta después de lo sucedido.

No compré gran cosa. Jimin me había dicho que allí había dinero capaz de comprar una casa en los suburbios más caros de Seúl, pero sinceramente no quería aprovecharme de él. Tampoco quise aceptar la tarjeta en un principio, pero era cierto que la carnicería cada vez estaba generando menos ingreso, y menos sólo conmigo al mando de todo. Los dos empleados que había, habían renunciado.

Había quitado dinero en metálico y con eso me fui a la discoteca donde Lee Hana (la persona que había plagiado a Jimin) había salido aquel viernes. Llevaba una falda corta e iba maquillada de una manera muy seductora. Mentiría si dijera que no era bonita, pues parecía una modelo de cosméticos. No obstante, ni siquiera eso era capaz de causarme alguna otra impresión; mi corazón era de Jimin solamente y siempre pensaba en él, en lo que hicimos hace tres días y en que ya habían menos peleas en nuestra relación. Era un progreso para mí.

Me acerqué a ella, estaba ebria. No me recordaba aunque no esperaba que lo hiciera. Platiqué con ella, me ofreció LSD mientras bailábamos, pero no lo había aceptado, en vez

de ello y para mantenerla conmigo, la acerqué a mí y la besé.

Ella me metió la lengua y yo la mía dentro de su boca. El labial rojizo que adornaba sus labios se esparció por su barbilla, estaba ida. Drogada. Pero aun así no paraba de acariciar mi entrepierna tratando de ponerme de la misma manera que ella. Sabía que deseaba sexo conmigo, por ello, pellizqué su muslo cuando se lió a mí y besé la piel de su cuello para poder tenerla aún más a mí merced.

— Vayamos a un lugar tranquilo... — me dijo en voz alta, para que fuera capaz de oírla sobre la música que retumbaba en nuestros oídos.

Entrelacé mis dedos con los suyos y tiré de ella hacia la salida, para mi fortuna, en ese momento no había ningún guardia de seguridad que pudiera verme salir con ella y, cuando hubimos salido, Hana volvió a besarme y tuve que apoyar su cuerpo contra el capó de su coche. Me abrazó y me atrajo más hacia ella, había abierto las piernas y estaba esperando a que mi erecto miembro (que de erecto nada) fuera introducido dentro de su vagina; sin embargo, logré convencerla de ir a un lugar más tranquilo y sin riesgo de que alguien nos viera follar y nos denunciaran a ser aquello ilegal.

Me subí al coche y conduje, ella estaba demasiado ida de sí misma, por ello me dejó a mí a cargo. Dejó que la llevara donde yo quisiera.

Entonces me detuve en las afueras de Seúl al conducir durante un largo tiempo, ella se subió sobre mis piernas cuando paré el motor del coche. Se quitó la ropa y llevó mis manos hacia sus senos para que la manoseara. Besé su cuello, hice una delgada línea de besos sobre su piel y acaricié sus pezones. Se removía sobre mi entrepierna, pero no lograba excitarme, y estaba hartándome de tenerla encima de mí.

La había seguido durante un mes y medio después de que hubiera plagiado a Jimin. Sabía todo de ella más que de mí mismo, por ello me asustaba seguir siguiéndole el juego sin saber qué ocurriría si seguía su juego.

La asfixié.

Al principio tomé su cuello y ella me sonrió, lo había tomado como si fuera un fetiche sexual de mi parte; no obstante, comenzó a darse cuenta que no quería follármela cuando le era imposible respirar. Me pegó, me pateó (o lo intentó) para que la dejara en paz, y lo hice. Se sobó el cuello y tosió. Me miró asustada y yo a ella, pero diciéndole con la mirada que, si no corría, la mataría de una manera dolorosa.

Me incliné hacia ella. Temblaba como si fuera gelatina. Mis dedos recorrieron su piel mientras en mi rostro se dibujaba una sonrisa tan cínica como ella lo había sido al tratar de joderle el futuro a Jimin.

— No lo sabes, pero te he estado observando —comencé a decirle—. Sé todo de ti y te he sedado durante todas las noches —ella me miró aterrada—. En el maletero de tu coche he

puesto una escopeta, y, si no huyes, te cazaré como si fueras la zorra que pareces ser, ladrona.

Se separó un poco de mí sin dejar de observarme como si fuera un monstruo y, ¿cómo desacreditar su observación cuando era irrefutable?

Era verdad lo de la escopeta. Se la había puesto después de que ella, exhausta, llegase de una actividad benéfica para animales callejeros a los que les daban un hogar. Pero como la conocía tan bien, me di cuenta al instante que no lo hacía por los pobres animales y que, además, los detestaba y hacía lo que hacía para dar una buena imagen.

— A ti... ¿Te gustan los animales? —mi sonrisa se había expandido como si fuera la sonrisa demoníaca de un diablo. Ella abrió la puerta y salió corriendo, pero sus tacones la echaron y se arrastró durante un tiempo mientras intentaba quitárselos. Me había dado el tiempo suficiente para abrir el maletero y coger la escopeta, me coloqué guantes de látex y cargué el arma. Le disparé en la pierna derecha cuando intentó correr, había caído otra vez.

Se arrastró con la mano sobre la herida, llorando y tratando de ponerse en pie para huir.

— No me has contestado, zorra... Te he hecho una pregunta: ¿Te gustan los putos animales? Tienes tres segundos.

— ¡Y-Yo...!

— Uno...

— ¡E-Espera!

— ¡Dos!

— ¡¿Qué quieres de mí?! ¡¿Quién eres?!

— ¡Tres! — le volví a disparar, ahora en la otra pierna y luego me acerqué a ella y le pisé los tobillos. Estos crujieron.

Gritó.

— ¿Te gustan los animalitos, zorrita?

— M-Me g-gustan...

— ¿Por qué?

— P-Porque... P-Porque... s-son li-lindos... — me hizo gracia.

Bajé el arma y le dediqué una sonrisa. Le di la espalda y caminé nuevamente hasta el

maletero del coche, de allí saqué un bidón de gasolina.

— ¿Quién eres...? —volvió a preguntarme.

— Ow, cariño... —derramé la gasolina sobre ella y su llanto se intensificó. Saqué una cerilla y la encendí — Soy el Animal Corpse.

Su mirada se centró en mí y se perdió por un momento.

— Pero no eres mi presa hoy —volví a decirle —. Eres la presa del otro cadáver, de Park Jimin; Cannibal Corpse.

Lancé la cerilla y ella ardió.

Sus gritos fueron agudos y se expandieron por todo el terreno. La tierra también ardió con ella. Se tiró al suelo y rodó; podía oír el sonido de su piel rostizarse y cómo el fuego la consumía y derretía su elástica piel. Llevé un cigarro a mi boca y lo encendí, tomé las llaves del coche y emprendí viaje de vuelta a casa. Jimin estaba esperando por mí.

...

Alguien había tocado la puerta y Park Jimin levantó la vista hacia el pasillo estando en el sofá y con la laptop encima de su regazo. Hizo caso omiso al primer llamado para asegurarse que no hubiera oído mal. Cogió la botella de agua, y las pastillas que tenía en la palma de sus manos, se las llevó a la boca y bebió luego para que pudiera ingerir mejor la medicina.

La puerta volvió a ser tocada. Una sonrisa se dibujó en su rostro y sus ojos brillaron nuevamente. Escondió los frascos de pastillas antipsicóticos debajo de un cojín y, dejando la laptop a un lado, se levantó del sofá y corrió impaciente hasta la puerta. Cuando la abrió, se encontró con el rubio, pero este no le sonrió.

— ¿Qué tal ha ido? — le preguntó Jimin a Yoongi, pero éste no le había respondido, se quedaron en silencio durante unos segundos y como la mirada del contrario se veía más indiferente de lo que nunca había sido con él, borró su sonrisa — ¿Yoongi?

Apretó con fuerza el mango del cuchillo que el pelinegro no había visto y la punta de la hoja de este, apuñaló el abdomen de Jimin y los ojos de Park se abrieron en demasía. Salieron

lágrimas al sentir el dolor del apuñalamiento, su sangre había pintado sus labios cuando tosió y el rubio volvió a herirle dando vuelta el cuchillo, desgarrándolo aún más. Jimin se sostuvo de él, cogió el hombro de su chaqueta y la arrugó mientras le miraba a los ojos confundido, sorprendido y decepcionado.

— Oh... —mencionó él — Ha ido genial. — Jimin reconoció la voz de inmediato, no era la de Yoongi. Porque Yoongi nunca sonaría tan frío como Min Yoongyu, sujeto que le obligó a retroceder mientras su sangre creaba un rastro en el suelo.

La otra mano de Jimin había asido la de Yoongyu y la luz que había dentro de la casa iluminó su rostro, la frívola sonrisa que ese demonio se atrevía a poner con la cara de Yoongi.

Jimin chocó contra la mesa que se encontraba en el pasillo de la entrada y sus labios temblaron mientras se lamentaba el no haber podido distinguir desde el principio, pues en su boca no había cicatriz, no había huella que antes hubiera en el rostro de su novio. No había algo que fuera del auténtico Min Yoongi.

Yoongyu sacó el cuchillo y volvió a apuñalarlo, Jimin se había inclinado hacia adelante mientras se quedó boquiabierto ahogando un grito y sus lágrimas por fin salieron de sus ojos y terminaron estrellándose contra el suelo luego de pender de su barbilla.

— Yoongi es mío — le dijo Yoongyu —. Yoongi me ama, tú sólo eres un reemplazo. ¿Crees que somos tan diferentes? ¿Crees que si yo te hubiera enviado aquel mensaje, te hubieras inmutado? Sé cómo piensas, Park. Sé cómo eres, porque eres mi copia, la primera puta que Yoongi se encontró en el camino mientras me esperaba. ¿No sabes que lo hice mío de nuevo? Sus gemidos y su llanto eran tan... ¡Majestuosos, Park Jimin! Tú nunca sabrás quién es realmente Yoongi, nunca sabrás algo de su verdadera esencia. Porque no eres yo, no eres él.

Volvió a sacar el cuchillo y a volver a apuñalarlo. Jimin lloraba, ¿cómo le había tomado desprevenido? Él había jurado matarlo para que dejase en paz a Yoongi.

«Mira cómo acabas, Park Jimin... eres un chiste. Nos arrastrarás a los tres.»

Jimseung habló y en su cabeza había podido oír el llanto de Min Min por él. Jimin había caído al suelo y estaba desangrándose.

— Lo cuidaré bien —le dijo Yoongyu refiriéndose a Yoongi —. Ya lo verás, haré que se olvide de ti. De pequeño siempre se olvidaba rápido de sus caprichos — se burló.

— Hijo de... — tosió sangre y cerró los ojos, la sangre estaba formando un charco a su alrededor.

Yoongyu llevó el cuchillo a su boca y su lengua repasó la sangre. Había lamido toda la hemoglobina de Jimin que quedaba sobre el metal.

— Hasta nunca, estorbo.

Capítulo 41

Había aparcado el coche de Hana a unas pocas manzanas de la casa de Jimin.

Claramente, mi intención no era dejarlo hasta el amanecer. Sólo pasaría a dejarle el recado, los detalles y luego llevaría el vehículo a una desguace.

Era ya muy tarde, ¿o muy temprano? A las dos de la mañana, la luna brillaba aún más de lo que lo hacía a media noche o a las nueve y media. Las farolas de las calles iluminaban mi camino frío, el viento no se apiadaba de mí y yo tampoco me había abrigado tanto para lograr mi cometido pasado.

Cuando yo caminaba en soledad, mantenía la mirada en el suelo, veía mi sombra y/o el pavimento. Me detuve cuando noté que estaba oscureciendo más de lo que imaginaba, así que, cuando levanté la vista, divisé unas nubes rosáceas cubriendo a la luna.

— ¿Lluvia? — Ya habíamos tenido bastante lluvia la última semana, y con el frío que hacía, lo más probable es que fuera aguanieve.

Desvié la vista nuevamente al oír unos pasos muy cerca. Una persona salía de la casa de Jimin y se detuvo a mirarme por unos segundos, y si pudiera alegar, verdaderamente, que no estaba loco, juraría que me había sonreído.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda y mis piernas reaccionaron antes de que lo hiciera yo.

— Jimin... —susurré su nombre para no olvidarlo, para no perder la cabeza en caso de que le hubiera pasado algo.

Yo sabía que Jimin era fuerte. Sabía que podía defenderse, pero de todas maneras, había

sentido que debería haber estado con él esa noche, aun si se hubiera enfadado al no salir a hacer el mandato que me había pedido y volver a las peleas nuevamente.

Su puerta estaba abierta y había luz en la sala, aquello me decía que estaría escribiendo o corrigiendo lo que llevaba de su nueva tesis mientras me esperaba; pero la luz iluminaba parcialmente el pasillo y vi su cuerpo tirado en medio.

Mi corazón se contrajo durante un largo tiempo, aun si sólo hubieran sido segundos, sentí aquello como la tortura a lo que estaba viendo. Había retrocedido unos pasos al notar que perdía el equilibrio y, por consiguiente, la conciencia; no obstante, supe mantenerme cuerdo y de pie. Corrí hasta entrar y me detuve frente a Jimin, arrodillándome. Mis rodillas se empaparon de su sangre y, como si toda la vida hubiera tenido hemofobia, creí que me desmayaría cuando mis manos se empaparon de su sangre.

Mis manos, que temblaban, se acercaron a su rostro y tomaron sus mejillas y él abrió los ojos. Su respiración era cortante, le costaba respirar, sabía que era porque, si lo hacía con más precisión, entonces se desangraría aún más rápido.

— J-Jimin-ah... Jimin-ah, Jimin-ah —mis lágrimas me empapaban la vista, caían poco después sobre su cuerpo y luego mi corazón sintió una punzada como el de un apuñalada cuando su mano sujetó la mía con fuerza.

Tenía la otra sobre las heridas, pero veía como de ella seguía brotando. Tan roja, tan viva y el charco se hacía cada vez más extenso que llegó a ocupar la anchura del pasillo.

Me levanté de inmediato cuando por fin pude pensar. Corrí al baño, abrí el botiquín que allí había, por suerte, quedaba venda; pero no sabía qué más hacer para que el sangrado se detuviera. No era médico, necesitábamos un médico.

Lo vendaré y luego lo llevaré a un hospital pensé. Pero él se había negado en cuanto hube acabado de cubrir su herida, su camiseta negra se había quedado empapada y lo había acomodado en su lugar, yacía recostado por la pared y era casi incapaz de mantener los ojos abiertos. Le golpeé el rostro delicadamente buscando que siguiera consciente, conseguía que me mirara e hiciera un esfuerzo por levantar sus manos para también tomarme el rostro.

— Te llevaré a un hospital... —le comenté. Tenía la esperanza de que hubiera olvidado su negación a ello luego de unos segundos, pero él era tan terco.

Negó con la cabeza.

— Tengo que hacerlo, te pondrás bien, ¿vale? — me había puesto a un lado de él, iba a cargarlo, pero me apartó haciendo un gran esfuerzo y volvió a negarse. Entonces no pude mantener mi fuerza, no pude seguir ante él diciendo que todo saldría bien y no llorar, porque lloré.

Me cubrí el rostro, sollocé y después apoyé mi frente entre el pecho de su cuello y lo removí al yo agitar mi torso como consecuencia del llanto.

— Por favor... — le supliqué. Pero sentí que había vuelto a hacer una negación.

Entendía que no quería ser descubierto, que no quería que descubrieran su dentadura real, ¿pero eso qué tenía de importancia ahora?!

— No quiero perderte, Jimin... ¡Por favor! ¡Por favor, deja de ser tan terco! ¡Déjame llevarte a un hospital! —le volví a decir al alejarlo de mí y mirarlo a los ojos, estaba enfadado. Enfadado porque siquiera era capaz de hacer eso por mí. Pareciera que no le importaba en absoluto — ¡Hace tres días me habías dicho que me amabas, Jimin! ¡¿De esta manera es como me amas?! Por favor, déjame salvarte la vida...

— Vive tú. — dijo él al final, haciendo demasiado esfuerzo. No me miraba a los ojos, estos estaban perdiendo brillo; miraba la boca, miraba a mis labios temblar — Vete, de aquí.... Yoongi-yah. — me había roto el corazón.

Escupió más sangre y oí cómo hacía un gran esfuerzo por no ahogarse con esta. Y ya era tarde para moverlo, si lo cargaba, aceleraría su desangramiento.

— No puedo vivir sin ti... — el dolor de mi pecho era enorme. Ardía. Ardía de manera dolorosa, era como el infierno. Sentía las torturas milenarias por haber matado a tanta gente. Y si dios realmente existía, ¿esta era su forma de castigarme?

Si la intención de dios era que me disculpara por mis pecados, estaba equivocado. No valdría la pena, no si Jimin estaba ausente en mi vida.

— C-Claro que puedes...

Me aferré a él un poco más. Quería que nuestra estadía juntos fuera eterna. Quería verlo mirarme a los ojos y que estos se encendieran, que estuvieran llenos de vida. Quería que me volviera a salvar... Sin él volvería al agujero donde estaba antes de que aceptara el puesto de trabajo en aquella carnicería y él entrara inocente a seducirme.

— Pero no quiero...

Su boca estaba pintada de su dolorosa sangre, está brillaba, estaba fresca aún.

Dibujó en el suelo, con su sangre, "Te amo". Luego dejó de moverse. Sus ojos se mantenían abiertos y me miraban el marchito corazón que estaba colgando en mis manos, llorando, lamentándose por él y pidiéndole a gritos que no se fuera.

— Jimin-ah... — susurré, luego chillé — Jimin-ah, Jimin-ah, Jimin-ah, Jimin-ah, Jimin-ah, Jimin-ah, Jimin-ah, Jimin-ah... — repetía su nombre manteniendo la esperanza de que volviera a desviar su oscura mirada hacia mí. No me importaba qué tan corrompido él

estuviera, yo lo iba a sanar, ¡podía hacerlo! ¡Podía!

Jimin era malo. Era venenoso, una serpiente. Tan fea era su alma como una culebra, pero yo lo amaba así. Sólo necesitaba que alguien lo amara y había llagado yo. Me habría las puertas de su muerto corazón y supe cómo revivirlo; sus manos se convirtieron en máquinas de escribir y él escribía sobre mí, lo había leído, aunque él no lo supiera, yo sabía que me tomaba como si fuera yo su musa.

Lloraba. Lloraba desconsoladamente. Nunca había llorado así en toda mi vida.

¿La sensación?

Sentía cómo mi corazón, ensangrentado, se resbalaba dolorosamente por la pared de mi pecho y todo ardió. Todo se había destruido y llovía de manera torrencial, había una tormenta de lamentos y gritos en mi interior. El rostro de mi novio yacía recostado sobre mi pecho y este se sacudía como consecuencia de los sollozos, acariciaba sus mejillas y sentía tanto odio dentro de mí, tanto odio contra mí mismo. Debería haberme quedado, debería haberlo ayudado, debería haber confiado en mi instinto. Consideré que, entre muchas otras cosas, todo era culpa mía.

Sentí su leve respiración chocar contra mi pecho. La vida que se había ido de mi cuerpo, volvió tan rápido como se marchó; susurré en su oído: "— Perdóname, cariño". Y lo cargué en mis brazos. La esperanza de que él, que era la persona más fuerte que hube conocido jamás, siguiera con vida. Aguantando. Soportando aquella adversidad, viviese. ¡Quería que lo hiciera! Por eso corrí y corrí. Corrí con él cargado en mis brazos, sintiendo la sangre que aún se derramaba y pensaba que no llegaría al hospital, pero llegué.

— ¡Socorro! —grité. Todos me habían mirado, vinieron en mi ayuda — ¡Ayudadme, por favor! ¡Mi novio está muriéndose, socorro! ¡Socorro!

Me dijeron que lo dejara sobre una camilla y todos los médicos se habían reunido a su alrededor, pero, estupefactos, se le quedaron viendo la dentadura mientras trataban de darle oxígeno.

— ¡¿Qué hacéis, maldita sea?! ¡Salvadlo! — grité de nuevo, tuvieron que sujetarme o, de lo contrario, iba a golpear a alguien.

«Ha perdido demasiada sangre» me dijeron después. «No podemos hacer más que esperar si vuelve en sí, lo siento mucho.»

Entonces comprendí que, aun si yo lo amara, él nunca estaría a salvo, porque él lo estaba antes de que apareciera en su vida.

Entonces el «quisiera», «deseo» se habían convertido en palabras con forma fantasmal. Intocable. Y Jimin se perdía cada vez más, él seguía la luz. Se había convertido en un cadáver y debía convencerme de ello, aun si no quisiera. Él había muerto.

Como yo.

Y su risa ya no la volvería a oír, porque pasaría de estación, perdiéndose en el cielo como trino de una jovial golondrina. Sus ojos color noche, su brillo estelar y su mirada de luna jamás volverían a verme; su boca de rojo clavel nunca volvería a pintar mi alma, me quedaría marchito con tal de que pudiera florecer, me apagaría para que consiguiera su luz.

Nuestro romance era toxicidad. Y debía purificar su alma, aun si fuera yo quien muriera por no morir.

Besé su piel de porcelana, que lucía más pálida que anteriores veces. Y mi beso había sonado con ternura, él dormía. Era hermoso.

— Gracias por haber convertido la suciedad de mi vida, en romance; aun si no era lo correcto, si no estaba bien, te amo y te amaré. Pero es momento... de seguir con nuestras vidas, Park Jimin.

Entonces le dije adiós al amor de mi vida. «Aurevoir, mon amour». Crucé la puerta de su habitación y no volví a mirar atrás, a verlo intubado, ya que no podía respirar sin ayuda, pues sabía que querría quedarme para amarlo por siempre. Por todas las eternidades, pero éste animal debía huir, éste lobo estepario debía dejar crecer.

«— Yoongi, ¿por qué «Animal Corpse»?

— Porque siento que tengo dos animales luchando en mi interior, desgarrándose el uno al otro, odiándose a sí mismos y ese odio me transmite tanto miedo. Ambos desean ganar, pero no han llegado a una conclusión. Uno es un cadáver rabioso y putrefacto, un demonio, una bestia lleno de odio y violencia, mientras que el otro es un pequeño lobo lleno de amor que se alimenta de los latidos que generas en mi corazón, Park Jimin.

— ¿Y cuál crees que ganará? — y no había sonado como si realmente esperara una respuesta seria de mí, pues así era él.

— El que yo desee alimentar más.»

Y es así, Park Jimin... he decidido alimentar al que ha quedado vivo desde que morí por ti.

Capítulo 42

2 años después.

Había dejado que mi pelo oscuro consumiera el tinte rubio.

Pareciera que la oscuridad se había expandido sobre mi cabeza y se tragó la luz, como si fuera un agujero negro. Entonces volví a ser el yo del inicio.

Habían pasado dos años desde que había dejado a Jimin. No he sabido mucho de él, y él no ha vuelto a verme, aunque... miento. Sigo sabiéndolo todo de él porque su esencia se ha quedado tatuada en mí y no puedo quitármela de encima, estaba poseído aún por el amor que sentía por él. Lo necesitaba o, al menos, lo había hecho; aprendí a controlar mis impulsos.

Dejé de rondar su universidad. Él había quedado absuelto de todo los crímenes relacionados conmigo y con él mismo. No sabía qué excusa había dado para lo de su dentadura, pero conociéndolo bien, sabía que alguna mentira habría dicho.

Se graduó de la facultad con honores y no he sabido de él desde entonces. Sólo sé que aún sigue viviendo donde era nuestra casa. Que tenía otra pareja, creo que una muchacha que conoció en una de sus prácticas y ya llevaban más de ocho meses saliendo pero un año y medio conociéndose. No la había matado, supuse que Yoongyu tenía razón, pero no sobre mí, sino sobre él. Que había lanzado la acusación de que él, para mí, era un capricho que dejaría de interesarme a la larga; no obstante, pareciera que el capricho había sido yo para consigo, pues volvió a una vida estable luego de que me hubiese ido.

Abrí la puerta de mi departamento luego de volver del supermercado. Oí los ladridos de quien ahora era mi mejor amigo: Copito.

Copito era el perro de los Kim. Aquel al que Jimin había silenciado de una patada, mas no mató. Copito era una pequeña cría todavía, un infante ante mis ojos cuando lo conocí esa noche, cuando limpié el escenario para salvar el pellejo a Jimin. Copito era blanco como la nieve; nieve como la que había caído el día en que me separé de Jimin y luz como la luna que siempre había sido testigo de cómo éramos cuando juntos estábamos.

Copito tenía casi tres años, aun si lo hubiera adoptado hace dos. No había crecido mucho, seguía pareciendo un cachorro y era muy juguetón. Yo lo había traído a mi casa y lo alimenté. Pedí a los vecinos que se hicieran cargo de él, pero ahora era yo quien podría hacerlo.

Me puse de cuclillas cuando entré, Copito me había saludado moviendo la cola y lamiendo mi rostro. Entonces levanté la vista y vi a Yoongyu sentado en una silla que había quitado del comedor. Suspiré.

Lanzó la pelota verde de Copito, y él fue tras ella de manera inocente, tal y como él lo era. Me acerqué a Yoongyu luego. Él también había dejado que el color natural de nuestra cabellera consumiera el tinte que se había puesto hace dos años para parecerse aún más a mí, pero todavía le faltaba una cicatriz en el labio inferior y más en el pecho.

— Quiero que te vayas de mi casa —le dije a él sin mirarlo. Yoongyu dejó de acariciar a mi perro cuando éste le devolvió la pelota.

— Vamos, Yoongi... En realidad no quieres.

— Deja de repetir lo que quieres oír, no sabes lo que quiero —le dije—. A no ser que sí, que sepas la única cosa que quiero en el mundo, pero, como no te conviene, no me dejarás en paz.

— Pensé que ya lo habías superado —me dijo tan cínico él...—. Han pasado dos años, te ha olvidado y tú deberías olvidarlo a él.

— No quiero.

— Te denunciaré a la policía. —amenacé.

Yoongyu no había caído tan fácil, pero, acercándose a la mesa de la cocina donde había dejado las cosas, tomó mi identificación y me miró fulminándome mientras se marchaba.

Yoongyu y yo nos parecíamos físicamente, salvo la cicatriz. Pero como en la foto de la identificación no llevaba yo alguna marca en el rostro, éramos prácticamente la misma persona y con eso se movía él por la ciudad desde hacía dos años.

Dentro de dos horas debería abrir la carnicería y recibir a un proveedor de carne porcina y vacuna, no obstante, ver a Yoongyu en casa me había puesto exhausto. Tan solo me dejé caer sobre la cama y cogí la laptop para navegar unos instantes en internet, entonces vi la foto que me había sacado con Jimin hace dos años y me dolió el corazón. Hoy más que nunca, que, si no fuera por que Yoongyu intentó matarlo, estaríamos cumpliendo tres años de habernos conocido.

No pude evitar acariciar la pantalla y cerrar mis ojos imaginando la textura de su piel, la de sus labios y el aroma de su pelo.

Claro que ahora lo llevaba rubio, me había enterado.

Él también había dejado de venir a la carnicería, el porqué no lo sabía y me preocupaba.

Pero Jimin simplemente actuaba como si lo nuestro nunca hubiera existido y eso era lo que más me dolía, ¿pero qué derecho tenía yo de quejarme? No era algo que a mí me sorprendiera, o debería sorprenderme dado que nunca me había presentado como su novio a su círculo de amigos. Además, yo lo abandoné. Le había prometido tantas cosas y lo abandoné. Seguro él pensaba de esa manera y me odiaba, pero estaba bien; aun cuando no era así, aun cuando lo había hecho por protegerlo.

....

Eran ya las diez de la mañana. Me había hecho un nudo por detrás para que el delantal no se desacomodara. Había puesto las carnes en el mostrador, todo estaba bien acomodado para comenzar el día.

Me había dado la vuelta un momento para buscar los cuchillos, cuando oí la campanilla de la puerta y los pasos de un cliente nuevo. Me giré y lo recibí con una sonrisa que había fingido.

Mi día volvía a ser la de antes. Sin emociones, gris. Era recibir proveedores, clientes y cortar animales para el consumo de los demás; pero siempre que bajaba al sótano, me encontraba con recuerdos que se reproducían en el establecimiento como si fueran fantasmas. Temblaba al bajar allí y hasta me daba miedo perder la cordura.

Aún podía ver los cadáveres de personas colgados de las agujas, despellejados o mutilados, aunque eso no era lo que más llegaba a impactarme, pues el responsable de aquello, era Jimin; aparecía de repente y desaparecía con un simple parpadeo de nuevo y todo volvía a verse y sentirse vacío.

Después de haberle entregado las costillas de cerdo a aquella señora, suspiré y saqué de mi bolsillo un frasco de pastillas y las tragué con agua que había comprado del bar a unas pocas cuadras antes de abrir la carnicería.

Las pastillas me ayudaban a mantenerme cuerdo durante el día, neutro. Como siempre aparenté ser antes de perder a Jimin. Luego sabréis por qué os lo digo.

La carnicería ha ido en progreso, me había asegurado de ello. Pero mi vida ha estado decayendo poco a poco... Quería volver a verlo. Tan solo de lejos... ¿Qué estaría mal en eso? Sólo era mirarlo un rato, comprobar si llevaba una buena vida, si comía bien. Si sus mejillas habían recuperado el color después de aquel día.

No pasaba nada si lo veía una vez después de dos años, ¿verdad?

Verdad.

Capítulo 43

Mi corazón estaba asustado.

Palpitaba, bombeaba miedo a través de mis venas y ese temor recorría dolorosamente. Jimin no podía abandonar mis pensamientos y, cada vez que su sonrisa se tatuaba en mi memoria, sentía la punzante aguja quemar mi alma; no había salida para este ahogado enfermizo amor.

Estaba tan enfermo de ti, Park Jimin. Estaba muriendo por no morir al lado de ti, agonizaba por no agonizar entre tus brazos y sangraba desdicha de no tenerte a mi lado.

Mentiría si dijera que no esperaba alguna llamada, cualquier cosa que me hiciera desistir de la decisión que había tomado. Pero todo se había quedado en un absoluto silencio putrefacto que infectó mi corazón, que lo dejó tan muerto que no bombeaba sino para darme tristeza en mi vida al recordar cada cosa de él.

Estaba enfermo. Necesitaba ayuda, ¿por qué nadie me había advertido de esto? El amor es tan dañino. Es como una plaga, un virus que se adhiere al alma y no se va hasta matarla por completo. Pero el dolor era tan satisfactorio; placebo era verlo desde lejos. Aun si hubiera dicho que sólo necesitaba mirarlo una vez, acabé por volver a acosarlo.

— ¡¡P-Por favor...!! ¡N-No le hagas daño! ¡P-Por favor, por favor! — gritaba ella. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero se arrastraba hacia el cuerpo de su hermana gemela aun si le hubiera cortado la pierna. Ella pensaba, o al menos fue lo que deduje, que la otra seguía con vida. Pero lo cierto era que le había abierto el pecho, le había cortado las costillas y le había quitado el corazón como si fuera algo inútil e inservible, y las venas se soltaron como simples y delgados hilos.

¿Cómo seguía viva luego de haberle yo cortado una pierna? Toda su habitación estaba cubierta de sangre y chilló en cuanto vio a su gemela muerta, hasta que finalmente cayó rendida al lado de ella y murió.

Ambas eran tan iguales. Eran como dos gotas de agua, y las odiaba por ello. Las odiaba porque me odiaba a mí mismo, odiaba ser Min Yoongi, hermano gemelos de Min Yoongyu y recordar el asqueroso tacto de mi hermano mayor sobre mi cuerpo. Tacto que no se disipó como el polvo en estos dos años, sino que perduró como flores de invierno a heladas furiosas o tormentas.

Toda la ira acumulada que había retenido de ese día, lo descargué. Le rompí el cráneo a una de ellas, a la que creía que se parecía más a mí. A la que había amputado, pues estaba incompleta como yo. Su sangre salpicó las persianas blancas de sus ventanas y también mi rostro, gotas de ellas se metieron dentro de mi boca cuando mancharon mis labios.

La masa perpetrada por el martillo que cogí de la caja de herramientas del novio de alguna de ellas, era pesado y había hecho puré el cráneo de la mujer. El primer golpe había destrozado su frente, su nariz, aplastado sus globos oculares y había dejado su lengua muy a la vista, algunos de sus dientes se había mezclado con la masa acuosa y carmesí que había hecho, su cabellera colgaba del martillo ensangrentado así como pequeños trozos de su piel.

Sentía un gran ardor en mi pecho que se expandía como si fuera un tumor en mi sistema. La sangre me recordaba a Jimin, todo lo que me rodeaba lo había estado haciendo durante esos dos años. El rencor hacia Yoongyu lo desquitaba asesinando a personas mientras lloraba y no dejaba de sentirme un monstruo horrible, algo completamente inhumano; dolor horrorosamente oscuro, negro, que oscurecía mi alma hasta, simplemente, volverla nada; hasta volverme desquiciado.

Perdí la cabeza, y sólo lo supe cuando escuchaba la voz de Jimin sin él estar presente, o lo veía detrás de mí cuando me asomaba al espejo, o en la oscuridad, acostado al lado de mí. En ese lugar también estaba él, mirándome desde una esquina, pero no hablaba. Sus oscuros ojos me miraban y apuñalaban el alma; yo tampoco hablaba con él. Él me seguía a todas partes como si fuera un fantasma atado a mí y lo había comenzado a ver desde que yo le había abandonado.

Me había seguido hasta el baño de la casa y lo miré, estaba detrás de mí, se reflejaba en el espejo y yo quería llorar porque, cuando me volteaba para encontrármelo, él no estaba. No había forma de que volviera a abrazarlo de nuevo.

— Jimin-ah... — lo llamé — ¿Estás viviendo bien ahora? — sonreí, él no me había respondido. Apartó la vista y luego desapareció.

Caminé hasta la salida de nuevo, había cogido el móvil de la muchacha y marqué a emergencias. Disfracé mi voz y di el comunicado de que, en aquella casa, se había

producido un triple asesinato; no di más detalles, me escapé después de haber escrito, en un charco de sangre, "AC".

....

La luna volvía a alzarse muy en lo alto. Luna llena; 2021 se sentía tan triste.

Saqué las llaves de mi apartamento, los ojos me picaban, había estado llorando durante todo el camino de regreso a casa; todo el dolor había vuelto.

La puerta chilló con brevedad y el olor a marihuana invadió mis fosas nasales, Yoongyu, al parecer, seguía siendo incapaz de respetar, al menos, el no llamar la atención con tanta tonelada de humo. Me había sentido mareado con tan sólo respirar.

— ¡Copito! —exclamé preocupado cuando encontré a mi perro en el suelo y no respondía. Las lágrimas se asomaron, aún respiraba, estaba inconsciente por la droga; no obstante, esperaba que sobreviviera — Hijo de puta... ¡Eres un hijo de puta! — empujé a Yoongyu cuando había intentado acercarse a mí. Se tambaleó y cayó sobre una mesa llevando consigo todo lo que había encima de ella.

— ¡Qué, ¿qué?! — contraatacó levantándose, sin despegar su asquerosa mirada de mí — ¿Esto te parece demasiado, puta?

Clavó sus dedos en mi hombro un par de veces, haciéndome retroceder mientras me empujaba.

— ¡No soy yo el que va desprevenido a cometer homicidios! ¡¿Qué harás si te atrapan?! ¡Imbécil!

— ¡No me toques, me das asco! — le grité.

Me había sentido más mareado conforme pasaba el tiempo allí dentro, quise evadirlo para salir a tomar un poco el aire, pero me detuvo cogiéndome del brazo y deshaciéndose de mí. Caí sobre la cama, me volví a él para encararlo, pero se abalanzó contra mí y su mano, nuevamente, había bajado hasta mi entrepierna y su boca buscó la mía, pero, al darme tanto asco, traté de sacármelo de encima; me golpeó en el rostro.

Tan sólo había intentado incorporarme y empujarlo, pero él ya se había quitado el cinturón y,

con la hebilla, me agredió, me hizo una herida en la mejilla que sangró tumbándome de nuevo sobre la cama.

— Cállate de una puta vez, Yoongi... Ya sabes que me gusta cuando estás en silencio —me dijo en un susurro. Me quitaba el pantalón con brusquedad; sin ninguna delicadeza también me despojó de la chaqueta y rompió mi camiseta empapada de sangre.

Cerré los ojos resignándome a mi destino. Sentí su lengua tibia sobre mis pezones y sus labios habían recorrido mi cuello, sus manos apresaron mi barbilla y besó mi boca pero no había correspondido sus besos, pero, ¿le importaba? No. Tampoco le importaba tratarme como si fuera un muñeco sexual; de cogerme de los brazos, mirarme a los ojos sin vida que tenía y que no lo observaban girándome e introducirse dentro de mí causándome dolor.

Arrugaba las sábanas, pero al mismo tiempo me asfixiaba con el humo mientras más aspiraba; abandonaba mi cuerpo, mi vista se ponía nublada, borrosa, oía su voz pero era lejana. ¿Por qué seguía preocupándome sus abusos? Si eso era lo que mantenía a Jimin con vida, a salvo, alejado de cualquier problema que estuviera relacionado conmigo. Sus violaciones eran una forma de mantener el trato que teníamos pactado y lo que infeliz me había vuelto.

Sentía su respiración chocar contra mi nuca, sentía cómo aspiraba el aroma de mi cabellera y cómo esperaba que reaccionara, esperaba que gimiera de alguna forma, pero no. Sólo era un muñeco vacío que se llenaba del odio, del resentimiento que luego sería descargado sobre alguna persona que mataría en la noche siguiente.

....

Caminaba por la calle un domingo mañanero. La carnicería yacía cerrada, era el único día en que podía librarme del trabajo y de Yoongyu; después de lo que me había hecho anoche, no quería verlo en lo que restaba del día.

Agradecí a una bonita joven que me regaló una rosa cuando había pasado por su puesto. Fingí que me importó su gesto, pero tiraría la rosa unos metros más tarde en algún bote de basura al no importarme ningún obsequio que no fuera de Jimin.

— ¡Yoona-yah! Vayamos juntooooos...— me detuve. Definitivamente, me había detenido. Había sentido como si alguien me había lanzado una saeta y aquello había perforado mi corazón.

Me volteé. Mis ojos repararon en la cabellera rubia de un joven que corría tras una muchacha de contextura delgada y elegante, con el cabello ondulado color chocolate y una luna en la mejilla que realzaba su mirada de ojos grandes y oscuros, su piel de porcelana brillaba bajo la luz del sol, pero quien brillaba más, era la cabellera de oro de Park Jimin y su sonrisa de labios sellados mantenían la armonía rosácea del conjunto de ropa casual que llevaba. Estaba en la otra acera, mi corazón había gritado su nombre y esperé a que se volteara a verme, esperaba que pasara lo que venía pasando en las películas; que oyera mi voz en su corazón y se volteara y me reconociera. No había cambiado demasiado en dos años, él debería reconocermé.

Y esperé mientras se alejaba con la tal Yoona; no obstante, él no volteó. Perdí mi oportunidad y mis lágrimas brotaron y cayeron como el rocío; mi piel era la verdosa hoja suave que soportaba el peso del dolor instalado en las gotas de mis lágrimas.

— Jimin-ah... —susurré.

«Jimin-ah, Jimin-ah...»

No me oyó, aun si esperaba que lo hiciera. Aun si aguardaba que volviera a mirarme a los ojos, pero no sé había volteado y se marchó. Yo también lo hice.

Yo también lo había hecho, pero me detuve en un lugar donde poca gente me vería y me derrumbé. Lloré como venía haciéndolo desde hace tiempo, ¿era esa su novia? No lo sabía. No quería saberlo. Dolería.

No existían noches y días en los que me arrepintiera de haberte dejado, Jimin-ah.

Todo seguía tan intacto en mí. El recuerdo de su cuerpo me salvaba de todo e imaginar que podía volver con él, algún día, dispersaba los pensamientos de suicidio. Pero mientras más iba esperando el momento adecuado, más negra se volvía mi alma y, si llegaba a morir, probablemente me convertiría en un maligno espíritu.

Había llevado caminado durante un buen tiempo, y no me había dado cuenta, hasta haberme detenido, de donde había llegado a parar.

La brisa nocturna sacudió mi pelo por un momento, llevaba una gabardina negra que era consciente de los latidos desenfrenados de mi corazón cuando la casa de Park Jimin se mostró ante mis ojos.

—De todos los caminos que habría podido tomar... ¿Por qué este? — hice una pregunta retórica al viento.

Mis piernas se movieron por inercia, me llevaron a dar los primeros pasos de los escalones hasta el portón oscuro que, sorprendentemente, estaba abierto, aunque no me lo hubiera esperado. Vi mis manos temblar por un par de segundos, ¿realmente era correcto hacer

esto? Era consciente de que no podría detenerme una vez que hubiera pisado los escalones cercanos a su puerta.

— Jimin-ah... — murmuré acercándome más y más a él. La luz de la sala estaba apagada, pero notaba que la de su habitación no.

Ingresé dentro de su casa, recorrí los pasillos que me trajeron recuerdos que no había podido olvidar. Había fragancia a rosas, era extraño pero en ese momento lo había dejado pasar.

Recorrí un poco más hasta que me detuve, desgraciadamente, cuando oí gemidos. Voz que no era suya y, a decir verdad, no había oído la de Jimin en los segundos eternos en los que me perdí en mí mismo. En los que dejé de ser yo y me volví una bestia.

Me acerqué a su habitación, la luz estaba encendida tal y como había mencionado anteriormente, pero, sobre su cama, había un hombre removiendo el cuerpo de Jimin con sus asquerosas embestidas y Jimin, sin moverse, tenía el brazo tendido hacia la orilla de la cama, con los ojos semiabiertos que me miraban pero al mismo tiempo no. Sobre la mesa que acompañaba a su cama, un frasco de pastillas para dormir. Había sido drogado. Drogado para posteriormente violado por ese hombre obeso que, seguramente, le doblaba la edad. Le lamía la cara, cogía su rostro para besar sonoramente su boca y jugaba con sus pezones mientras seguía tratándolo como si no fuera una persona, como si fuera un muñeco.

Caminé con furia alejándome de ahí, doblé a la izquierda del pasillo oscurecido y tomé el bate de béisbol metálico que Jimin siempre mantenía allí. Abrí la puerta de una patada llamando la atención del hombre que estaba encima de él. No se pudo defender, por sorpresa le había tomado y fue demasiado tarde para querer tomarlo y torturarlo, estaba demasiado enfadado que sólo fui capaz de lanzarlo al suelo y golpear su rostro tantas veces era yo capaz de hacerlo sin detenerme. Su repulsiva sangre me manchó el rostro y la ropa y las persianas de las ventanas de la habitación, pero Jimin estaba bien.

Noté, de soslayo, las lágrimas que habían salido de sus ojos hasta que los cerró por completo, rendido por los somníferos, quizás.

Creí haberle oído mencionar mi nombre antes de que desmayara.

Capítulo 44

« Los monstruos son reales y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan. »

— Stephen King.

Fracturé cada uno de sus huesos. Podía ver los hematomas que iban formándose alrededor de los golpes. Había cogido la sierra eléctrica que sabía que Jimin aún mantenía escondida tras unas cuantas maderas en el sótano. Lo descuarticé.

Me había manchado la cara y la ropa con la sangre de aquel sujeto e ignoré la situación en la que Jimin podía hallarse más tarde: si alguien más sabía que aquel hombre estaría allí con él.

Guardé sus restos en bolsas de basura y las dejé cerca de la puerta.

Jimin y yo solíamos compartir la talla de la ropa, confiaba que no me hubiera puesto más delgado o él hubiera ganado más masa muscular durante estos dos años. Le robé una camiseta y un pantalón, asimismo, una chaqueta que parecía mantener polvo sobre sus hombros; sonreí al recordar que él nunca la utilizaba, pero no sé deshacía de ella porque no tenía tiempo y le daba mucha pereza.

Guardé mi ropa en una bolsa de diferente color, esa me la llevaría a casa y me desharía de ella más tarde.

Me aseguré de que nadie pasara dentro de unos quince minutos, aún era un poco temprano, las diez y media de la noche, por lo que tocaba abandonar la casa de Jimin a eso de las tres de la madrugada. Me quedaba demasiado tiempo, aproveché para limpiar su sótano, me había dado cuenta del olor a humedad que lo había invadido y no el horrible olor a cobre (sangre) que antes había. ¿Él había dejado de matar? ¿De alimentarse de las personas? ¿Consiguió una relación estable con aquella mujer que, al parecer, parecía durar más que yo? Mientras fregaba el suelo con mis manos y un trapo, no quise pensar en ello, me daría mucha rabia y no podría concentrarme en lo que estaba haciendo.

Podía vislumbrar, con el rabillo del ojo, las piernas de Jimin, balanceándose al no llegar a tocar el suelo. Sabía que aquel fantasma que era producto de mi anhelo, estaba presente, sentado sobre la mesa donde antes practicaba nuestros asesinatos, mirándome fijamente sin decirme palabra alguna.

— ¿Qué quieres ahora? Vete, me estás distrayendo —le dije, aun si sabía que no esperaba respuesta de algo que era incapaz de mostrarse en su totalidad y sólo era la consecuencia de mi tormento desde aquel día.

Se bajó de la mesa, sus zapatos habían sonado cuando hicieron su debido contacto con el suelo y luego siguieron sonando a medida que se acercaba a mí. Me detuve y sólo miraba la punta de sus zapatos acercándose.

— Yoongi-yah... — me dijo él. Mi cuerpo se había helado por completo, había sido la primera vez en la que me había hablado luego de dos años de sólo aparecerse detrás de mí, al lado y en frente, sin haber dicho nada entonces — Mírame — reparó en mí, en el miedo que tenía en enfrentarme a él debido a que sonaba tan real para ser alguna ilusión. Entonces le miré, pero ese no era el Jimin que yo recordaba: sus ojos eran más negros y su piel más pálida; sangre seca y oscura pintaba sus labios y camiseta negra, su pelo se veía como hace dos años, negro. Parecía tener escombros sobre su cabellera y sus uñas estaban, también, negras, un poco azuladas. Lucía tal y como lo encontré el día en que Yoongyu había entrado a matarlo, pero muerto. Realmente muerto. — ¿Qué haces aquí? ¿No te había dicho que te fueras?

— No puedo irme. He matado a una persona, debo limpiar la escena del crimen... O, de lo contrario, la culpa recaerá en ti — le dije.

Sonrió. Sonrió mostrándome sus dientes que lucían negros, estaba, al parecer, en un estado de necrosis y la sangre que se acumulaba en el interior de su boca, era espesa, oscura; estaba coagulada.

— ¿A mí? — la risa aspirada había sonado tan a él; me acarició la mejilla después, sus dedos estaban fríos — Yoongi, ¿dónde crees que estás?

Solté el trapo que tenía, la sangre aún se conservaba en mis palmas y temblé al oír a su voz volviéndose profunda.

— ¿Eh...? —Temblaba como si fuera un copo de nieve envuelto en una tempestad. Mis manos fueron directamente al bolsillo de la chaqueta que había cogido y sentí el bulto duro de un frasco en él. Metí la mano y saqué los antipsicóticos que últimamente estaba ingiriendo para conllevar la pérdida de Jimin, la lejanía de su lado, no obstante, si yo me había cambiado de ropa, ¿por qué seguía allí?

— ¿Es esto real, Yoongi, o sólo te lo estás inventando?

Parpadeé un par de veces. Todo había cambiado.

El fantasma de Jimin creado por mi cerebro, ya no estaba, así como tampoco estaba el trapo con el que había estado limpiando el suelo, o la cubeta, la ropa que le había quitado y la luz no iluminaba tanto como yo esperaba, pareciera que, en cualquier momento, se apagaría por falta de intensidad.

Miré a mi alrededor, todo se encontraba cubierto de moho, el olor a putrefacción de repente me llegó y casi me tumbó al suelo dejándome inconsciente, pero había sido más rápido; me tapé la nariz con el brazo y me levanté del suelo polvoriento, y el polvo parecía una alfombra que cubría todo como si allí hubieran pasado miles de años. Habían manchas de descomposición que formaban la forma de los cuerpos, también estaban las cadenas y me acerqué a ellas; oxidadas.

Sentí pánico.

Subí las escaleras con tanta prisa que tropecé y caí al suelo cuando había llegado a la planta principal. Todo estaba oscuro, todo estaba abandonado. Las fotografías que Jimin solía colgar por las paredes ya no estaban, la cocina estaba vacía, así como los muebles de la sala y la habitación de Jimin. Allí no había nada.

Corrí hasta la entrada, donde había puesto las bolsas con los restos del cuerpo de aquel hombre, pero no había bolsa alguna, pero sí un gran charco de sangre, uno que cubría la anchura del pasillo; pero era sangre seca. Sangre que ya era incapaz de borrarse, era como un tatuaje en el suelo y yo no lo podía entender.

Mis sentidos me estaban fallando, no sentí el eje de mi cuerpo, me tambaleaba con miedo a desmayar. En un intento casi tonto por no caer, me sostuve de una cinta que estaba en la entrada, pero caí de todas formas. Oí un pitido horrible en mi oído, creí que me quedaría sordo.

Me estaba volviendo loco.

Desperté al día siguiente, me había quedado dormido o quizás me había desmayado, no lo recordaba; no obstante, al sentir la rigidez de mi cuerpo y el inmenso dolor que aquello ya estaba causándome, abrí los ojos y me incorporé esperando que aquel acto me sugiriera un indoloro despertar; pero no había resultado de aquella forma.

Tenía entre las manos aquella cinta que había sujetado para evitar caer al suelo, cuando la observé, noté su color amarillento y la inscripción que había en ella en negro.

Me levanté por completo y observé con mayor detenimiento aquella cinta que obstruía el paso de salida: era una cinta policial. "Escena del crimen, no pasar". Decía.

— ¿Crimen? —mi corazón se había detenido por un momento. Me quedé mudo, estático y todos los sonidos que me rodeaban, se habían ensordecido.

No había un Jimin en aquella casa, ni un hombre adulto que lo estuviera violando. No había muebles o algún recuerdo más que aquel charco de sangre que se quedó desde aquella noche hace dos años.

Llevé mis manos a mí cabeza, jalé mechones de mi cabello intentando obtener

entendimiento respecto a esto. Pero no había razón alguna que pudiera añadir a mi conocimiento, había creído que Jimin seguía viviendo en aquella casa; sin embargo, no era así. Ahora no sabía dónde estaba, no sabía siquiera si en verdad lo había llegado a ver o si me había confundido por no tomar la medicación como se me había recetado.

Estaba perdiéndome a mí mismo, o quizás ya lo había hecho y no podía hallarme dentro de aquella oscuridad que me engullía día a día.

Esperaba que alguien me salvara porque era tan inútil de intentar buscar una solución diferente a Jimin. Y así como era inútil de curarme a mí mismo, también era inútil para deshacerme del fantasma de mi hermano, un horrible espíritu maligno y vengativo que se pasaba pegado a mí como sarna, debajo de mi piel como un parásito que, cada movimiento que ejercía, me hería. Y ese parásito también habitaba mi casa, como si fuera un jodido poltergeist que me jalaba los pies por la noche y tocaba mi cuerpo para hallar satisfacción; sólo existía para recordarme el pasado, sólo estaba para volverme más loco.

Me encerré en el sótano de nuevo, allí donde había oscuridad. Abracé mis piernas tratando de hallar protección e imaginé que Jimin volvía, cuando abrí los ojos, él estaba frente a mí, observándome. Sabía que no era el real, su cabello seguía tan sucio, sus ojos tan negros y su piel pálida, con grietas y se veía áspera. Había sangre aún en su boca y en sus manos. Los recuerdos de cuando lo hallé desangrándose me invadían la mente como si fuera una cinta macabra de película.

— Jimin-ah... Estoy volviéndome loco, ¿verdad?

Sonrió antes de contestar:

— Estás loco. Has perdido completamente la cabeza. — me dijo.

Me sentí como si fuera un niño asustado, temeroso de salir de su escondite y ser hallado por el monstruo que se escondía en el armario. Aquel Jimin cadavérico no era alguien que me transmitiera paz, pero seguía enamorado; incluso si fuera tan perturbador ver cómo un gusano levantaba un poco su globo ocular izquierda y salía de su cuenca.

— Pero sigues siendo mi Yoongi-yah... — volvió a decirme — Ahora somos uno. Deja que seamos uno, Min Yoongi.

— ¿Cómo ha de ser posible eso?

— Permíteme habitar dentro de ti. Susurrarte cosas... ser tu otro yo.

No le había respondido, hubo de suponer que le había dado el permiso y sólo tomó mi corazón entre sus manos y lo apretujó. Lo rompió y ese fantasma entró dentro de mí y jamás salió.

En ese momento no me había dado cuenta. En ese momento no sabía que aquello sólo era

una nueva personalidad que había adquirido producto de un trauma como lo fue dejar a Jimin.

Y tenía razón. La oscuridad estaba tragándome poco a poco, los lobos estaban comiendo de mí como si fuera carne muerta, podrida.

Capítulo 45

Aquel día había iniciado con otro cualquiera.

Me levanté, desayuné, me vestí y salí lo más rápido de casa para no tener que encontrarme con Yoongyu. Le di a Copito su desayuno, algo que le pudiera saciar hasta que yo volviera, sabía que Yoongyu era incapaz de alimentarlo y, si chillaba por tener hambre, él lo mataría. Siempre le llenaba más el tazón de lo que debía y le enseñé a que hiciera sus necesidades en una caja de arena y que lo escondiera como si fuera un gato. No me había costado educarlo, llegó a mi vida — o quizás yo a la suya — cuando aún era un cachorro.

Copito me mantenía cuerdo.

Copito lloraba y ladraba cuando lloraba estando debajo de Yoongyu y, gracias a él, aprendí a callar para mantenerlo a salvo. Una vez, Yoongyu tiró un objeto pesado y contundente a Copito cuando él comenzó a aullar, a ladrar y gemir mientras yo era violado. Desde aquel día, me mordía la mano cuando Yoongyu decidía entrar en mí a la fuerza; pero últimamente me drogaba. Me drogaba y no sentía el daño, me quedaba mirándole y, como Copito no lloraba, podía sonreírle, aunque no podía negar lo triste que se veían sus ojos.

También me drogaba para imaginar que Jimin era quien me hacía el "amor". Aunque doliera, de ambas formas.

Jamás seré libre.

Donde quiera que vaya habrá algo que me ate a una prisión. Ya sea el trabajo, Yoongyu y sus violaciones apoyándose en mi cobardía por deshacerme de él o los trastornos que me

he diagnosticado al saber que imaginaba a Jimin parado en la esquina de mi habitación viendo el acto sexual de mi hermano sobre mí.

La vida nunca es justa. Ni para los inocentes, ni para los culpables. La vida es una mierda, todos seríamos más felices si fuéramos ignorantes respecto a la vida, porque no sabríamos qué es estar vivo, ya que, incluso cuando pareciéramos estarlo, es peor que cualquier infierno cristiano, judío, japonés o griego. La ficción nunca supera a la realidad. ¿Pensáis que arder eternamente sería castigo suficiente? Pues no. No lo es, en mi caso —y sin abarcar vuestros pesares—, preferiría arder que estar preso y depender de todo; depender de alucinaciones, de cómo se sentiría un animal si me viera llorar o de cómo podría encontrarse Jimin si yo sufría a costa de su bienestar.

Los pocos estudios profesionales de psicología me habían servido después de tantos años. Sabía que debía buscar ayuda, cuanto antes, o entregarme a la policía declarándome el hacedor de todos esos atroces crímenes; pero me gustaba tener mi falsa libertad. Me gustaba pasear por la calle, respirar aire fresco y saber que era un dios frente a las personas débiles, pero no más débiles que yo. Aun si yo me pusiera a acabar con la vida de muchas personas, ninguna de ellas estaban tan rotas como yo, ninguna de ellas eran más débiles que yo, a quien le persiguen traumas y trastornos. Era tan fácil librarse de mí, pero nadie lo sabía. No les daba tiempo. Temía sentirme inferior ante mis víctimas también; era preso de aquello de igual manera.

Los apuñalaba, los desmembraba y los torturaba psicológica y físicamente para que tuvieran en cuenta una falsa verdad: que era más fuertes que ellos, cuando no era verdad.

Anhelaba una libertad que no era posible. No me entregaba a la policía para deshacerme de mi hermano porque el mundo era una prisión gigante y nunca podría ser libre del mundo, de la sociedad. De quienes forman parte de ellas: Jimin y Yoongyu.

Y era tan irónico, ¿sabíais? Pues repudiaba a Yoongyu, quería que me dejara en libertad; en cambio, si Jimin me ataba a la prisión de su cuerpo, de su boca, su tacto u ojos, me habría encantado ser prisionero toda mi vida.

El sonido de la campanilla me devolvió a la realidad. Aún estaba ido, saludé al cliente que había entrado sin observarlo, hasta que unos finos dedos femeninos se posaron sobre mi mostrador.

Había levantado la vista para conocer a mi cliente, aunque no me apeteciera. Y reconocí esos ojos oscuros y grandes; esos labios de durazno y la piel de porcelana; su cabello castaño miel y las ondas que se formaban en él. Era la muchacha que había estado con Jimin la otra vez. ¿Yoona? Creo que se llamaba algo así, y, si ella estaba en mi establecimiento, significaba que Jimin estaba en alguna parte también.

— ¿Qué desea?

— He venido a por carne porcina —me dijo ensanchando aún más su sonrisa—, que sena

tres kilos por favor.

Asentí.

Tomé el cuchillo y abrí la ventana que estaba hacia mi lado del mostrador y cogí la carne de cerdo que allí estaba.

— Es demasiada carne para una muchacha tan delgada como tú —le dije yo.

Estaba dándole la espalda, pero supuse por el tono de voz utilizado en su contestación, que se había alegrado tal halago de mi parte.

— No es para mí, bueno... en parte. Es que mi novio quiere. A él le gusta. Haremos una cena de navidad junto con nuestros amigos, también es el cumpleaños de uno de ellos.

Apreté el mango con fuerza, tuve que contenerme. ¿Novio? Ahora sí esperaba que fuera un juego mental y que su pareja no se llame Jimin y se apellide Park, aun si supiera que ella era la posible novia.

— ¿Novio? — me atreví a preguntarle cuando me di la vuelta nuevamente.

— Sí, mi novio — colocó énfasis al adjetivo que estaba dándole a su pareja —. Será un escritor famoso, se llama Park Jimin. Algún día lo verá en entrevistas de televisión. —me comentó.

Detrás de ella estaba el fantasma de Jimin, aquel que era como un cadáver. Sentado sobre la mesa pequeña que antes utilizaba para colocar algunos recados que sobrecargan mis brazos a la hora de llevarlos al depósito.

Ladeé mi cabeza mientras le observaba, él imitó mi acto mientras sonreía. Oía la voz de la muchacha, mas atención era incapaz de prestarle.

— ¿Me acompañas al depósito? —le pregunté. Ella se calló de inmediato y me miró confundida.

— ¿Eh?

— Que si me acompañas al depósito, aún falta para que llegue a tres kilogramos y necesito ayuda.— le miré nuevamente.

— Pero... ¿Con eso no basta? —apuntó a la carne que estaba en el mostrador.

— No. No basta. — contesté rápidamente, sonando borde y ella se sobresaltó cambiando su expresión.

Sabía que no iba a negarse a ayudarme, aunque bajara con miedo detrás de mí.

— De acuerdo.

— Sígueme.

Salí de mi puesto, pasando al lado de ella. Me dirigí a la entrada que mantenía cortinas de plásticos y las corrí para que ella pudiera pasar antes que yo.

Bajó y se detuvo un momento cuando sintió el frío y vio la oscuridad que allí había, no tenía confianza. Encendí la luz para ella y se vio obligada a seguir bajando para no obstruir mi paso.

—Este lugar se ve muy tétrico... —mencionó con una fingida sonrisa.

Entonces le partí el cráneo con un hacha de cocina y cayó al suelo al instante.

La miré por un momento. La odiaba.

Cogí de sus piernas y tiré de ella para encerrarla en el refrigerador.

La dejé tirada, pero algo me detuvo cuando iba a marcharme de allí. Arañé mis dedos y luego volví a voltearme a verla, la sangre que había dejado como rastro, era demasiada.

Me abalancé sobre ella y le quité la ropa, lo rompí con mis propias manos, sin usar las tijeras esa vez y limpié el suelo con sus prendas. Ella yació desnuda dentro del refrigerador y yo finalmente cerré la puerta.

...

Diciembre se veía hermosa adornando la noche en Seúl, pero se sentía tan fría.

Un joven caminaba por unas calles poco transitadas; nadie lo miraba andar, ni él observaba a nadie.

Se detuvo frente a un departamento y caminó hasta la parte trasera, jaló la escalera de incendios que estaba averiada; de aquella manera, fue capaz de subir hasta el cuarto piso, pues era ligero de peso y había subido con total paciencia, como si no tuviera prisa por matar a aquel hombre quien era el producto de algún maleficio en su interior. Asió el mango

de la ventana y entró luego de forzar la cerradura. Él había aprendido tanto en prisión que, si lo hubiera querido "habría salido más antes de la cárcel".

Yoongyu cerró con delicadeza la ventana antes de que se colara un viento fresco en la habitación de Park Jimin y, cogiendo el cuchillo, se acercó a su cama y levantó la mano sosteniendo su alfanje; no obstante, se detuvo cuando le faltaron centímetros para perforar su cuello. Jimin se había movido y se volteó despertando hacia el lado de Yoongyu.

Sus miradas se habían encontrado y Yoongyu se deshizo del cuchillo cuando se dio cuenta de que no podía matarlo, no si se veía de aquella forma.

— ¿Yoongi? —mencionó su tierna voz. Yoongyu le perdonaría la vida un rato más.

Era verdad que ellos, en ese instante, eran como dos gotas de agua. Pero a Yoongyu seguía faltándole la cicatriz en el labio que caracterizaba a su hermano menor. Pero en la noche y dentro de aquella habitación oscura, el menor no habría podido vislumbrar bien y, además, estaba casi muerto. Pues, cuando los ojos de Yoongyu se adaptaron a la oscuridad, notó las pastillas que había tomado y que, por consiguiente, le habían dejado "fuera de juego" al pobre Park Jimin.

Él levantó la mano, queriendo tocar a Min Yoongyu pensando que se trataba de su amor desesperado, de su amante eterno... básicamente, de quién le daba vida. ¿Había vuelto con él de verdad? No había nada que perdonar porque el enfado se había esfumado hace tiempo; aceptaría su cuerpo sobre el suyo y los latidos de su enamorado corazón si le dijera: "He vuelto, amor".

Yoongyu se aprovechó de la situación, pues él había estado observando a Park Jimin desde que fue dado de alta del hospital. Él había actuado como si fuera Yoongi, pues pensaba que eran uno mismo, incluso si Yoongi refutara aquello con desprecio, aunque... ¿Por qué motivo no podría ser eso verdad?

Se inclinó Yoongyu hacia Jimin y se metió bajo las sábanas. No habló, no se delató a sí mismo con su voz más infernal y corrupta que Yoongi; pues Jimin sólo le había querido abrazar.

Tal vez había sido efecto de las drogas que consumía para mantenerse cuerdo, quizás sólo era un sonámbulo, pero a Yoongyu le había gustado sentir el calor de alguien más. Yoongi parecía... muerto.

Capítulo 46

La sangre estaba esparcida por todas las paredes de la sala de aquella casa. La muchacha, la única a la que había dejado con vida, me miraba con la mirada llorosa. Sus lágrimas se resbalaba por mis mejillas; sin embargo, eso no me había detenido para alzarle la voz y obligarle a que hiciera lo que yo quisiera:

— Acércate... ¡Vamos! — dio un respingo en su lugar, y luego se arrastró hasta acercarse por completo a mí — Muérdeme... — le dije.

La muchacha, como es natural, me miró confundida. No había comprendido el porqué le había pedido aquel mandato.

La tomé del cabello y la acerqué a mi pecho desnudo. Su vista podría estar cubierta de la sangre de sus seres queridos, quizás no había demasiada luz que iluminara la habitación donde nos encontrábamos; sin embargo, ella visualizó sin problema alguno todas las heridas cicatrizadas que se tatuaba en mi pecho: mordidas.

La dentadura de Jimin se había quedado grabada en mí; había partes, cicatrices horribles como estigmas que demostraban la extracción de piel en mi cuerpo.

Ella temblaba como si fuera una gelatina agitada. Le había fracturado el fémur y también los tobillos para que no escapara posterior a desatarla ya que, previamente, la había sujetado con fuerza a una silla para que viese cómo su hermana gemela moría de una forma cruel, cómo la desollaba como si fuera un animal y cómo desmembraba al resto de su familia. Había vomitado un par de veces.

— Me odias, ¿no es así? —la acerqué a la fuerza a mí, a pesar de saber que lo único que ella quería, era estar alejada de alguien como yo — Entonces, muérdeme como si quisieras matarme.

Vaciló por un momento, pero después sentí cómo sus dientes perforaban mi piel y ahogué un grito.

Me dolió, claramente que iba a doler; pero era lo que necesitaba. Necesitaba dolor. El dolor me alejaba de otros dolores, otros pesares. Sentir la mordida de alguien más me recordaba a Jimin; casi era capaz de sentir sus manos subiendo por mi cuello y apretándomelo. También podía verlo alejarse de mí con el cuero entre sus dientes y su mirada frívola como

el hielo.

Ella se había alejado de la misma forma, sólo me había dejado la marca de sus dientes, no había mordido más allá de lo que yo hubiera deseado y eso me había enfadado; no era lo suficiente como Jimin.

La agarré de la nuca entonces y la acerqué con velocidad hacia el cuchillo que había levantado a unos pocos centímetros; su cabeza se quedó incrustada en él. Estaba muerta y yo pude arracarle cada diente de sus encías que contuviera mi ADN; más tarde quité el cuchillo de su cabeza y me marché justo después de firmar mi obra artística; a la que título no había puesto, pero, de todas formas, todo mundo sabría quién había sido el hacedor de ese cuádruple homicidio.

....

« En lo que llevamos de estos dos años, ha habido múltiples asesinatos perpetrados por un ser anónimo que se hace llamar "Animal Corpse". La teoría radica en el supuesto primer asesinato: la familia Kim. La familia Kim había sido asesinada a finales de 2019, hoy en día, aún recordamos su partida con dolor y esperamos que ellos puedan ser capaces de descasar en paz, asimismo, las víctimas de meses anteriores, cuyas muertes no han quedado en el olvido. La policía ha trabajado —y lo sigue haciendo — muy duro para detener al culpable; no obstante, no se ha encontrado cualquier indicio que lleve al asesino, sino que, el primer crimen, dirige a toda la investigación a un joven asesinado a finales de noviembre de años anteriores. El mito de quien se hace llamar "Animal Corpse" ha ido en ascenso, por lo que varias páginas adorando su imagen y alabando sus macabros actos, se han realizado. Muchos administradores de dichas páginas ya fueron arrestados y aún se siguen deteniendo a personas que vuelven a filtrar y/o crear nuevas páginas como acto de adoración a esta persona, aunque, ¿persona? Quien ha hecho todo esto, realmente es un monstruo. »

Apagué la televisión.

Me recosté nuevamente en el sofá y Copito se subió sobre mi regazo, acaricié su pequeña cabeza mientras él seguía mordiendo algún juguete que ignoraba en ese momento. Sonreí.

¿Me estaban haciendo un... culto?

La gente realmente era capaz de sorprenderme día a día. ¿No se cansaban de superarse?

Las personas realmente aman el morbo, incluso han creado algunas historias paranormales sobre mi persona, o, quizás deba decir, mi «álter ego».

Y sentía que tenía poder.

Poder sobre las personas ahora, personas imbéciles que idolatraba a alguien más peligroso que el diablo, pues yo existo y puedo hacerles daño. Pero claro, el morbo por sobre todas las cosas. Resultaba irónico, ¿no es así? Yo era nadie, pero también era alguien.

Alguien había abierto la puerta de manera bruta. Miré sobre mi hombro, obviamente debía ser Yoongyu quien tendría algo inteligente para decirme.

— ¡¿Eres idiota o qué te pasa?! — me gritó nada más verme sentado en el sofá. Yo volví a darle un sorbo a la cerveza que había quitado del refrigerador, no le di importancia ni siquiera me he inmutado ante su tono histérico latente. — Yoongi, estoy hablando contigo.

Copito se marchó cuando lo bajé al suelo, quizás él ya sabía que esto se pondría horrible entre los dos. Pero, realmente, estaba volviéndome inmune a todo lo que él quisiera hacerme. Si algún día me mataba, pues no habré de decirle por qué lo hizo.

— ¡Tu puto seudónimo de los cojones está en todos los malditos periódicos y en las noticias de la televisión!

— Déjalo estar, ¿qué más te da? — le respondí.

Me agarró de la camiseta obligándome a levantarme de un tirón, acabé a centímetros de su boca y él miró mis labios.

Intenté apartarlo, pero él había sujetado con fuerza el cuello de mi playera. Comencé a agitarme.

— Hyung, por favor... —susurré y mi voz había sonado floja, casi al borde del llanto como consecuencia del temor.

Se acercó a mí entreabriendo la boca, buscando la oportunidad para besarme; pero lo aparté de un empujón y tropezó con la televisión.

Nos miramos de repente, se vio enfadado. Me asustaba verlo enfadado.

Sabía de lo que yo era capaz de hacer cuando estaba enfadado, entonces... ¿Él?

Retrocedí unos pasos, levantando mis manos en señal de defensa. No me había dado cuenta en ese momento, simplemente estaba pensando en que no quería ser tocado por él. No quería ser corrompido de nuevo.

— Yoongi, ven aquí.

— No.

Copito había comenzado a ladrar al haberse percatado del silencio generado por nosotros hace sólo unos momentos.

— ¡Calla al puto perro o lo callo yo a golpes, maldición! —espetó.

Copito chilló y luego se quedó callado, lo miré casi orgulloso y aliviado de que lo hubiera hecho. Entonces, cuando había bajado la guardia, Yoongyu me tomó de la muñeca haciéndome daño y me jaló hacia él.

— ¡Yoongyu, no! ¡Por favor, no quiero! ¡No lo hagas! — grité intentando zafarme inútilmente de su agarre; sin embargo, me fue imposible.

Me volteó al mismo tiempo en que, por la fuerza, intentaba deshacerse de mi cinturón para, posteriormente, bajarme los pantalones y violarme; como ya lo venía estado haciendo.

Me cogió del cabello cuando intenté escapar, aquello provocó que perdiera el equilibrio, por lo que caí al suelo estampando mi barbilla contra este. Me había mordido el labio por accidente y ahora sangraba. Intentaba arrastrarme, intentaba salvarme de alguna forma, pero sólo recibía golpes y emitía gritos que encallaban antes de llegar a sus oídos.

Entonces vi los zapatos de alguien frente a mí. Levanté la vista, me encontré con aquel Jimin putrefacto, cadavérico; cuyo cada movimiento era precedido de un horrible sonido tieso, forzoso; rigor mortis.

— Mávalo. — me dijo él pasándome una botella de vidrio, fue una botella de vino vacía la que se hallaba frente a mí.

Lo cogí sin dudarlo y rompí el cristal sobre su cabeza. Se tambaleó alejándose de mí, pero no había desmayado. Se palpó la cabeza y vio sangre, me miró más enfadado que antes.

Copito comenzó a ladrar, se acercó a mí. Yo me había subido los pantalones, preocupado por que se enfadase aún más. Me acercaba a él intentando calmar aquella mirada que me estaba asesinando.

— Ah... Te voy a matar, Min Yoongi.

Capítulo 47

Golpeé mis muslos, Copito había entendido el mandato de inmediato y saltó hacia mí; para nuestra propia suerte, ya estábamos cerca uno del otro.

Lo cogí en mis brazos y me largué antes que Yoongyu me tomara de la camiseta de nuevo. Afuera hacía frío y mis mejillas se sentían más heladas de lo que acostumbraban estar, el único que me proporcionaba calor, era Copito; yo iba desabrigado.

— ¡Yoongi! —me llamó Yoongyu. Aceleré mi caminar para alejarme de él; sin embargo, logró detenerme y sollocé en alto, sin mirarlo cuando me exigió hacerlo.

— ¡Déjame en paz! ¡Joder, déjame en paz!

Me tomó de la nuca sin decir algo en absoluto, me acercó a él y me abrazó. Aborrecía su tacto, pero en ese momento no me quedó otra alternativa que aceptar su gesto hipócrita y sus caricias asquerosas; si quería estar calmado, me faltaba un poco de comprensión, me faltaba Jimin, irónicamente Jimin.

— No me dejaste otra alternativa... —le comenté, él seguía sin pedirme explicaciones pero sabía que debía dárselas, o, de lo contrario, era capaz de estrangularme.

Ese día, le pedí tantas veces (y entre llantos) que me dejara, por favor, en paz. Pero él siempre conseguía callarme dejando de lado mis peticiones. No entendía cuán hijo de puta debía ser, cuánto le gustaba verme sufriendo.

Pero estaba... cansándome.

....

Un quejido escapó de mi boca cuando volví a abrir los ojos. Me encontraba recostado en sobre mi cama, miraba al techo por demasiados minutos sin poder ordenarme a mí mismo

algún movimiento para reaccionar. Estaba drogado.

Logré moverme poco a poco: inicié tratando de emitir algún sonido, entonces sentí que había algo ardiendo sobre mi piel, quizás era una herida y también por mi ojo derecho y mi pómulo. Traté, además, de incorporarme; el simple hecho de despegarme de las sábanas ocasionó un terrible dolor corporal. Todo dolía, me habían molido a golpes, pero, ¿cuándo? No lo recordaba. Al menos era consciente de una cosa: tenía, aún, los estupefacientes mezclados en mi sangre, en mi organismo, por lo que me provocó el mareo.

Me tumbé de nuevo en la cama echando un grito que logró calmarme por un momento, sentí que había alguien debajo de mí, quizás boca abajo y volví a hacer el esfuerzo para incorporarme.

— ¿Hyung...? — cuestioné al hallarlo allí. La cama estaba manchada de sangre, su rostro también había recibido alguna paliza y vi restos de vómito sobre las sábanas con marihuana — Mierda... — fue cuando reaccioné.

El pulso se me había acelerado considerablemente, sentí miedo al ver que él no reaccionaba y me obligué a recordar lo que había pasado antes de todo eso. Pero no lo lograba. Sabía que él me persiguió pero me detuvo, nos habíamos quedado un tiempo a solas con un incómodo ambiente; sin embargo, ¿qué había pasado más de ahí?

Traté de voltear a Yoongyu. Él estaba inconsciente y desnudo, yo también lo estaba, pero no del todo. Había restos de vómito en su boca, imaginé la situación extrema: se había ahogado con su vómito, pero, ¿cómo?

Había sangre en las sábanas, mucha, como si alguien se hubiera desangrado. Pero yo no estaba herido de aquella manera y él tampoco.

Exhalé el aire y lo sentí caliente, pero temblaba de frío.

Me alejé del cuerpo de Yoongyu. No reaccionaba, no esperaba que lo hiciera, mas miedo sentía de que hubiera muerto. ¿Cómo me desharía del cuerpo? Irónicamente, no sabía cómo, aun si ya me hubiera deshecho de más de setenta cadáveres. Si llegaban a relacionarlo conmigo, estaba perdido. La mayoría de mis víctimas, no tenían relación con mi persona; pero Yoongyu era el hermano al que había negado esconder.

Caí al suelo cuando di mi séptimo paso de la cama. Jamás había sentido un dolor como ese y un mareo de la misma manera, ni siquiera la peor de las resacas me había hecho aquello.

Caminé por el pasillo hasta llegar a la cocina, no me había detenido a lo que estaba en el baño; más tarde me lamentaría por ello.

Me detuve nada más asomarme a la cocina sintiendo un frío horrible recorrer mi cuerpo y un cosquilleo en el pecho y estómago. Cuando adquirí el valor de ponerme frente al cadáver de la sala sin parecer exaltado por habérmelo encontrado.

Sobre la silla había un cuerpo mutilado de un hombre adulto, tenía pantalones de vestir como había observado, y los intestinos estaban fuera. No me había dado asco, estaba acostumbrado pero sí había vomitado —o intentarlo — cuando vi esposas, una placa y un chaleco que decía "policía" en el charco de sangre rodeado de las tripas que habían caído (y seguían haciéndolo) sobre el charco coagulado y negro de sangre.

Había sido apuñalado. Varias veces, de una manera que no sabría decir si la culpa fue mía o no; sólo estaba preocupado porque el cadáver de un policía estaba en mi cocina.

Visualicé mi laptop sobre la silla que estaba cerca de la mesa. La mano del sujeto colgaba y las gotas de sangre que habían caído en la "noche" —o más concretamente, antes de que coagulara —, estaban sobre ella. La tomé de inmediato.

La abrí por inercia y me encontré con las teclas manchadas de sangre también. Entonces dudé más sobre la veracidad de aquellos hechos; no sabía qué había ocurrido; habían lagunas en mi mente.

La encendí y rápidamente llevé mis dedos a mi boca para morder mis uñas. Era un hábito que siempre tuve y no me daba cuenta sobre ello a menos que alguien me lo dijera.

Mientras esperaba que la sesión se abriera, miré (por despiste, quizás) hacia adelante, hacia el charco de sangre y vi huellas de patas caninas que se pintaban sobre el suelo. Aparté la laptop levantándome con brusquedad de la silla, dejé a un lado la laptop y miré por todas partes.

Había comenzado a silbar para que Copito viniera a mí. A veces tardaba, más cuando se encontraba dormido, pero siempre acudía. Pero no acudió.

— ¿Copito? —lo llamé. Caminé hasta la sala, observé sobre el sofá, en las esquinas. Incluso volví a mi habitación y miré por todas partes pero no lo hallé.

Me había quedado sólo el baño por observar. Caminé un poco temeroso, tratando de alejar cualquier pensamiento sobre probabilidades horribles respecto a lo que le había pasado en alguna de esas lagunas que tenía.

— ¿Copito...? — volví a mencionar su nombre cuando encendí la luz, pero ahí me quedé. Observando el suelo sin poder reaccionar o volver en mí.

Todo el dolor acarreado durante todos esos años me pasó factura en ese instante. Instante en el que me pasé mirando con dolor el charco de sangre que rodeaba a mi perro, más bien, al cadáver de él. Su cuerpo estaba mutilado, su cabeza separada de su pequeño cuerpo y estaba tan cubierto de escarlata, cuando siempre había sido tan blanco y puro como la nieve.

No tuve nada que decir al respecto.

Tan sólo me derrumbé.

Me acerqué al espejo y me miré con odio sin poder respirar como era debido. Tanta furia, tanto desagrado dentro de mí se reflejó en mi mirada. Hasta que finalmente lloré, grité y rompí el espejo en un ataque de ira.

Realmente estaba loco. Había perdido la cabeza.

Copito, pequeño ángel que me supo acompañar durante mi dolor, ahora también me había abandonado y no sabía cómo lidiar con ello. Había cogido entre mis brazos sus restos y había llorado desconsoladamente.

— Lo siento, lo siento, lo siento... — sollocé muy cerca de su cuerpecito, pero él estaba tan tieso y aquello me desgarraba el alma — Lo siento mucho... Te merecías algo mejor, lo lamento, lo lamento, lo lamento...

Ah, ¿por qué no sólo podía morir yo también?

Oí el tintineo virtual de algún mensaje que me había llegado a la laptop.

Levanté mi vista rojiza y aguardé otro segundo para cerciorarme de que no había oído mal.

Otro tintineo.

Me levanté del suelo y llevé los restos de Copito a la cocina donde cogí una bolsa negra y lo metí dentro de ella. Me dolía que se viera como si fuera basura, pero no podía hacer otra cosa más.

Más tarde me acerqué al ordenador y allí había un mensaje, en la esquina superior derecha de la pantalla, una notificación de Skype. Había olvidado que tenía una cuenta allí, pero no me sorprendió tanto, al menos cuando entré a ese contacto desconocido y pinché en el enlace que me había mandado de la nada.

Ese enlace me llevó a una página oscura, otra página dedicada a Animal Corpse. No me sorprendía que abrieran páginas tras páginas una vez la policía cibernética las hubiera cerrado; pero sí me había sorprendido y me dejó de piedra. ¿Por qué, precisamente y de todas las personas que podían existir en Corea del sur, me llegaba a mí ese enlace?

"To you :)".

— Para mí... — murmuré. Mi cuerpo entero heló, la sangre se me había helado también. ¿Cómo que "para mí"?

Me había enviado un enlace de tal forma que, cuando yo ingresé allí, entré como administrador de la página y sabía que sólo había un único público. La página entera

permanecía en privado, pero no podía saber quién era aquel espectador.

"Min Yoongi, ¿te gustan los animales?"

Había escrito aquel usuario misterioso en el tablero.

Capítulo 48

«— Nos está mirando.

Yoongi miró hacia donde su hermano tenía puesta la mirada, pero no había visto nada sospechoso.

— Nadie nos está mirando, hyung. — advirtió el menor, reparando en el comportamiento extraño que tenía el muchacho.

Yoongyu no le dio explicaciones cuando simplemente se apartó de él dándole un empujón. Yoongi vio a su hermano acercarse a una persona gritándole que se detuviera.

Cuando Yoongi vio que en verdad había alguien que los estaba observando tras un árbol, se alarmó al ver que era un policía.

— ¡¡Yoongyu!! — lo llamó. En vano.

Yoongyu le había agarrado del cuello, lo había estrangulado y, como si fuera poco, cogió la navaja que llevaba en su bolsillo y lo apuñaló tres veces. El hombre había muerto por aquello y por la asfixia, de manera rápida. No le había dado tiempo quitar el arma o el móvil para pedir refuerzos.

— ¡¿Qué demonios has hecho?! — espetó Yoongi, viendo con sumo temor lo que había ocurrido y cómo la sangre estaba a punto de empapar el suelo.

— Nos estaba mirando. — volvió a decir.

—¡No nos estaba mirando!

— Ayúdame, llevémoslo a casa, rápido — le ordenó.

— ¡Yoongyu!

Su hermano colocó la punta del cuchillo en su barbilla y luego le miró a los ojos con seriedad.

— Ayúdame he dicho.»

Cogí el cuchillo de cocina más grande que había encontrado. Primero marqué, sobre la piel, dónde debía cortar e hice unos leves intentos antes de partir el cuello del hombre de una única vez, pero, como no contaba con mis utensilios "profesionales", tuve que cortar las vértebras moviendo el cuchillo como si fuera algún serrucho.

La coagulación de la sangre me había ayudado bastante. No es que antes mi cocina no estaba echa una porquería debido a no sé qué pasó y toda la sangre ya estaba dispersa sobre el suelo; pero la sangre coagulada no salía a chorros, es más, ni siquiera lo hacía y si se daba el caso, caía al suelo en una masa oscura como bolas de grasa.

Repetí el proceso con todas las partes del cuerpo lo más rápido que había podido, los intestinos los había puesto en otra bolsa. Después, me dirigí a la habitación y cogí a Yoongyu de las manos, mientras más pasaba haciendo aquello, más rápido recordaba lo que había pasado anterior a todo ese desastre.

Arrastré a mi hermano hasta la cocina. Apoyé mi oreja sobre su pecho, aún percibía sus latidos, aunque era débiles y hube que concentrarme para percatarme de ello. Lo dejé sobre el sofá, mientras limpiaba toda la sangre que había en el baño, en la habitación, sobre las sábanas y en el suelo de la cocina. Acabé cuando ya era muy de noche, por lo que cogí el cadáver de aquel oficial, el de Copito y salí llevando conmigo una pala. Más me valía ir por donde nadie transitaba a esas horas, entonces llegué al cementerio que no se situaba demasiado lejos; enterraría el cadáver en una zona donde no hubiera demasiadas tumbas, ¿quién se fijaría en un cementerio para desenterrar a alguien que llevaría desaparecido toda su vida? Pero debía cavar más hondo, de modo que el olor a putrefacción podría confundirse al de una rata muerta u otro animal callejero —porque sucedía —, de esa forma, pasaba desapercibido.

Acabé de deshacerme del cuerpo, no me limité siquiera a quitar los restos de la bolsa, había lanzado de la misma forma en que lo traje y luego tiré toda la tierra sobre él. Después, me concentré en Copito y mi corazón volvió a partirse.

Mis labios temblaron por inercia, respondían al ardor y al dolor que se suscitaba en mi pecho. Recogí los restos de su cadáver con delicadeza y, de la misma manera, los saqué de la bolsa depositando su cuerpo en el hoyo que había cavado para él.

Y sólo lloraba, sólo sabía llorar.

Tan solo cuando cubrí su tumba, unos sollozos contingentes abrasaron mi cuerpo y mi corazón. Me sentí tan solo, de nuevo.

Pensaba— ¿cómo podía siquiera hacerlo? — en sus ladridos, en cómo movía la cola cuando me recibía al llegar a casa y lo cálido que era cuando se subía sobre mi regazo y dormía. No podía imaginar qué sería de mí después de él.

Saber que alguien me esperaba y me amaba como yo también lo hacía, sujetaban aquellos hilos finos de cordura que quería prevalecer fuera lo que fuere. Pero, ¿y si ya no estaba? Tan sólo antes de conocer a Jimin, había pensado en morir muchas veces, pero siempre fallaba porque era un cobarde o un inútil y tocaba seguir despertando sin ganas de hacerlo. Jimin había traído luz a mi vida, me destapó los ojos y me enseñó un camino a su lado. Todo habría sido perfecto si él hubiera accedido a huir conmigo, Yoongyu no nos encontraría de aquella forma. Entonces estuvo al borde de la muerte; había confiado, ¡me había confiado...! En que él era capaz de defenderse a sí mismo, que él podría lidiar, pero, claro... ¿Por qué no contaba que algo dentro de él también confiaba en mí? No se habría esperado que una persona con mi misma cara entrase a su casa y lo apuñale cuatro veces.

Me alejé de Jimin y creí morir sin él, sin su cercanía; sin sus besos y su voz; sin su boca y su piel; sin su aroma y su cuerpo.

Y Copito había sido mi otra salida y también lo perdí. ¿Qué sería de mí? La cordura la volvería a perder, cometería demasiadas estupideces, sería atrapado seguramente. El ego que creció con Animal Corpse no serviría de nada. Moriría. Moriría solo, bajo el cuchillo de Yoongyu, de mí mismo. Vería mi rostro antes de morir y mis ojos me mirarían, porque Yoongyu y yo éramos iguales, la misma persona, éramos monstruos.

Por eso temía recordar más acerca de lo que había pasado anteriormente, temía descubrir que fui yo quien acabó con Copito en un acto de descontrol y locura. No podría vivir sabiéndolo, sería lo mismo con Jimin, pues yo había sido el causante de su casi muerte.

— Yoongi-yah... —Me habló de nuevo aquel fantasma, extendiendo sus manos pálidas y yo levanté la vista para verlo — vámonos de aquí, vayamos a descansar...

Le vi las manos, se veían celestes bajo la luz de la luna y mis lágrimas habían brotado de mis ojos deslizándose como perlas de diamantes, y entonces la tomé.

— Sí... —murmuré.

No me había dado miedo su rostro, que estaba, cada vez más, putrefacto y en algunas zonas habían algunas protuberancias debido a la hinchazón de su cadáver en descomposición; pero su voz seguía siendo tan cálida, la había escuchado antes... Me pregunto, ¿dónde?

Su rostro era horrible pero su voz era pacífica, tranquilizadora y convincente.

«Jimin-ah...»

Era horrible porque era parte de mí. Y estaba tan podrido por dentro, que lo veía a través de aquella ilusión que proyectaba mi mente.

— Debes matar, Yoongi... Mata. — me dijo él.

— Debo matar... —repetí en un susurro, completamente abandonado de mí mismo — Debo matar...

Dejé que me llevara él, tirando de mi mano y caminando sobre las tumbas; a veces se volteaba a verme y sonreía y sus dientes se mostraban negros, su piel se ponía verde, como si estuviera sumergido en el agua, mirándome con esos ojos de plata tan fijamente hasta domar mi alma.

— Debo matar... — volví a susurrar cuando ya me encontraba frente a una casa y la verja no se veía tan alta — Debo matar, debo matar...

— Si matas, te sentirás mejor. Desahógate, Min Yoongi... Deja tu dolor en los demás.

— Dejaré mi dolor en los demás.

....

Los gritos se propagaban por toda la habitación, era dulce música pero veneno para mi corazón.

El joven al que había atado a una silla, no paraba de lamentarse y pedir por su vida. ¿Copito había sufrido de tal manera?

— Cállate — le dije. Él me miró por uno momento a los ojos, y mi mirada era tan fría, incluso yo podía percibirla de aquella manera —. No quiero oírte, sólo quiero ver cómo mueres.

Corté la tierna piel del cuello con el filo singular del cuchillo que había hallado en la cocina. La sangre había salpicado tanto, debió haber sentido demasiada tensión durante sus

últimos minutos de vida; de no ser así, no me explicaría el chorro de sangre que su cuello había escupido y me manchó gran parte de la cara. Entonces su cabeza rodó por el suelo cuando cayó y terminó casi cerca de la punta de los pies del otro joven —su hermano gemelo — y éste chilló, pero no le había oído con demasiada claridad puesto que lo había amordazado.

Me acerqué a él y le quité la mordaza. No había gritado cuando estuvimos tan cerca y nuestra respiración se cortaba por sí sola al no querer siquiera toparse.

— Tu hermano ha sufrido... —le dije — pero no más que lo que yo sufro todos los días al lado del mío —acaricié sus labios con la yema de mis dedos, mi mirada era triste, casi apagada y yo estaba fuera de mí. Jimin me miraba desde una esquina, sentía su falsa presencia cerca de mí y aquello conseguía callarme a momentos —. He perdido a mi mejor amigo hoy —volví a mencionarlo —, tú también lo has hecho, ¿no? Vi las fotografías del salón, erais muy unidos —le sonreí —. Copito y yo también lo éramos, pero ha muerto... y creo que lo he matado yo, aunque no lo sé... No sé qué sería peor: si fuese yo quien lo hubiera matado o mi hermano, sin que pudiera hacer algo para defenderlo.

Nuevamente lloré, sollocé por un breve minuto y finalmente le di el golpe de gracia arrebatándole la vida al clavar en su ojo derecho, un palillo de comer metálico. Abandoné en esa casa, todos mis recuerdos con aquel perro y todo mi amor. Ese cariño era real, quería pensar que fue así, quería que él descasase en paz sabiendo que fue amado porque yo sí lo supe.

Mis recuerdos de consumirían cuando esa casa ardiera con los dos cadáveres que había cazado y ahora eran mis presas. Las llamas del encendedor iluminaron mi vil rostro y dije mis últimas palabras a un cadáver:

— Arde, hijo de puta.

Había bañado la cocina, el salón y el baño con gasolina del coche que estaba en el garaje cerca del jardín. Y el fuego se expandió sobre el cadáver y luego se alzó por el techo, por el marco de la puerta y después consumió toda la casa.

«— ¡Eres el primero que va diciendo que no haga tonterías y tú apuñalas a una persona en media calle! ¡Imbécil! — gritó Yoongi cuando estaba con su hermano ha dentro de casa.

— ¡Cállate, no me dejas pensar! — respondió furioso, dándole un golpe a Yoongi que lo tumbó al suelo.

Debido a que Yoongi había gemido por el dolor, Copito salió de su escondite y comenzó a ladrar.

— ¿¿De verdad ahora estás haciéndote la víctima, Yoongi!? ¡¿Quieres que te recuerde lo que pasó hace unos cuantos años, ah?!

— ¡Cierra la puta boca, maldito hijo de perra! — Yoongi también lo había empujado cuando se incorporó, Yoongyu chocó contra algo que estaba detrás de él y cayó al suelo.

Se abalanzó más tarde hacia su pierna y tiró de ella, Yoongi había caído y sobresaltado a Copito quien comenzó a ladrar más fuerte y a morder la ropa de Yoongyu y tirar de la tela para que soltara a Yoongi.

— ¡Copito, sal de aquí! — le ordenó su dueño.

Yoongyu soltó a Yoongi entonces, pero, en cambio, tomó del cuello al perro y le oyó chillar. Lo lanzó lejos y Copito se retorció en el suelo por el dolor.

— ¡¡Copito!!

Yoongyu tiró de la ropa de Yoongi, el menor trataba de aferrarse al suelo con sus uñas pero, finalmente, fue volteado y recibió golpes y golpes de parte del mayor de los Min.

Copito tenía una pata coja, pero había dejado de llorar y se acercó a su dueño para lamer la sangre que le provocaba el mayor, mientras lloraba. Y, al verlo llorar de nuevo, Copito mordió a Yoongyu previamente del gruñido.

— ¡Puto perro de mierda! ¡Me tienes harto, animal! — le gritó Yoongyu.

Cogió al perro de las orejas y caminó hasta la cocina. Yoongi se levantó con rapidez, pero el dolor en sus costillas lo derrumbó de nuevo.

— ¡Detente, hyung! ¡No lo hagas! — pidió extendiendo los brazos, arrastrándose — ¡No le hagas daño, hyung! ¡Por favor, por favor!

Las lágrimas de Yoongi se deslizaban por sus mejillas mientras se acercaba a la habitación donde se hallaba su hermano.

— ¡Hyung! ¡Hazme daño a mí, hazme daño a mí! ¡Por favor, hazme daño a mí pero no a él! ¡Hyung! ¡Hyun-...! — fue tarde. Yoongyu degolló a Copito frente a Yoongi y dejó caer su cadáver sobre las tripas del cadáver de policía que reposaba sobre la mesa.

— Es una pena —mencionó Yoongyu con descaro—. Es una pena... Pero es tu culpa.

Yoongi se arrodilló ante el cadáver y recogió los restos y los abrazaba mientras lloraba amargamente, como si fuera un niño.

Yoongyu cogió a Yoongi de los cabellos, tiró de él y Yoongi lloraba y le pedía que se detuviera, al mismo tiempo en que aún se aferraba al cuerpecito de su mejor amigo. Al llegar al baño, Yoongyu lanzó a Yoongi contra la bañera y el impacto le había dolido tanto que pensó que se había partido la espalda y, por consiguiente, soltó los restos del perro.

Tomándole del cuello, Yoongyu apretó con fuerza y Yoongi luchaba para zafarse de su potente agarre; pero se quedaba sin oxígeno, pensaba que moriría en cualquier momento.

Yoongyu arrastró a Yoongi hasta la habitación y lo tiró encima de la cama.

— Eres débil, Yoongi... —le dijo — Eres débil, un maldito cobarde. ¿Por qué entonces crees que Park Jimin ha decidido acostarse conmigo desde que lo has dejado?

Yoongi sintió que su corazón se había roto. Y su espíritu abandonó su cuerpo. Yoongyu se abalanzó sobre él, le quitó la ropa, rasgó sus prendas y lo violó de nuevo.

Yoongi miraba al techo. Sentía que si cuerpos era corrompido de nuevo y el hilo de su cordura se rompió, no podía pensar en nada más que en su asquerosa vida.

Yoongyu lo drogó, él también se había drogado. Había humo de marihuana inundando la habitación, Yoongyu le había hecho daño, Yoongi había sangrado por tantas penetraciones sin su consentimiento. Hasta que cerró los ojos y esperó a morir.»

Caminé un rato más, estaba desorientado y hace un par de momentos que dejé de ver a la alucinación de Jimin. Me dolía el cuerpo y hacía frío, mi prenda estaba manchada de sangre y el humo aún persistía en mis fosas nasales con su desagradable olor.

Me detuve cuando sentí que caían copos de nieve del cielo. ¿En qué momento se había nublado? Ah, ni siquiera había notado hasta ese momento que hacía demasiado frío y yo no estaba bien abrigado.

Dejé que un copo de posara sobre la palma de mi mano, y sonreí... Pues era tan blanco y puro como Copito.

Oí un ruido a mis espaldas después y me volteé. Vi un faro de luz con una caja al lado que se movía. Me había acercado a ella sin ninguna intención más que mirar, pero un maullido me desconcertó. Allí dentro había un pequeño gato, una cría, muy chiquito. Con el pelaje castaño como la miel y los ojos más grandes y preciosos que había visto nunca.

Lo sostuve en mis manos y le vi bien, él temblaba de frío y maullaba.

— ¿A ti también te han dejado solo, gatito? — le pregunté, sabiendo que no me respondería. — No pasa nada... Todo estará bien... ¿Quieres venir conmigo? Yo también me siento muy solo... Necesito que...

«Necesito que me amen.»

— ¿Podrás amarme tú?

Capítulo 49

Llegué a mi casa cuando estaba amaneciendo. Necesitaba dormir.

Pero el miedo de encontrarme con Yoongyu era alto, asimismo, la rabia que sentía contra él. Apreté las llaves por un momento, hasta que decidí entrar para que mi nuevo amigo consiguiera calor dentro.

Pensaba ¿Cómo era yo capaz de llevar a otro ser inocente a esa casa? Tan sólo sabía que ahora sí lo protegería, pase lo que pase.

Cuando entré, todo estaba oscuro. Tal y como lo dejé. El pasillo de veía gris, las habitaciones negras y el ambiente era frío. Mis pasos retumbaban al caminar, pero dejé al gato sobre la cama que acababa de cambiar en la mañana y me marché hasta la cocina, que también se quedó tal y como yo lo había dejado.

Cogí un cuchillo. Uno grande y afilado, que brilló con los rayos de la aurora que se colaban por la ventana del salón. Vi el cuerpo de Yoongyu allí y apreté el mango del cuchillo con rabia.

Me acerqué, se subí sobre él y le miré. Él lucía tranquilo, como yo, su semblante era oscuro pero estaba dormido.

La punta del cuchillo pinchó su piel y presioné más aún. Provoqué más fuerza sobre él y la sangre brotó. Debido a que salió tan sólo al atravesar su tierna piel, me indicó que aún seguía con vida; por lo tanto, me espanté y le miré cerciorándome que no despertara o se moviera; no lo hizo. Seguí enterrando la hoja del cuchillo en su abdomen, y la sangre se deslizó hacia los costados de su torso.

Tosió sangre a medida que iba recuperando la conciencia y levantó la cabeza para verme. Sabía que su vista no se adaptaba a la oscuridad que aún había en la habitación, por ello, no era capaz de verme llorar y sonreír como un maníaco.

— Y-Yoongi... —susurró mi nombre viéndome asombrado e incapaz de defenderse de mí.

— He decidido que no quiero que me vuelvas a hacer daño jamás —le dije. Presioné el apuñalamiento y él se retorció por el dolor cuando giré el cuchillo y sus tripas hicieron un desagradable sonido.

Golpeó el cuero del sofá, escupió sangre y gritó.

Mientras ello, alguien tocaba la puerta pero no estaba oyendo, hasta que escuché que alguien me había llamado en un grito.

— ¡Señor! ¡¿Está usted bien?!

Me separé de la locura a la que estaba siendo sometido, dando una bocanada de aire. Un pitido producto del silencio ruidoso llegó a mis oídos y me encontré en la oscuridad de nuevo. Miré hacia abajo y el cuerpo de Yoongyu no estaba.

Entonces oí mi respiración y sentí el calor engulléndome poco a poco. Comencé a temblar. El cuchillo en mi mano estaba manchado de sangre, lo veía. Brillaba en rojo. Pero... ¿Cómo estaba manchado de sangre y no había cuerpo? Miré por todas partes, no había siquiera un alma.

— ¿Señor?

Volví de nuevo al mundo real. Debía abrir la puerta, decir a la vecina molesta que no había pasado nada, que todo estaba correcto.

Cuando me había incorporado, sentí un dolor inmenso en mi abdomen. Incluso había gemido, pero me mordí los labios para evitar que me oyera o yo mismo me sintiera de lo peor y sucumbiera a la locura que estaba matándome día tras día.

— ¿Sí...? — cuestionó cuando había abierto la puerta, pero sólo me asomé un poco

— ¿Se encuentra bien?

—... —la observé por un momento. La miré de arriba abajo antes de contestar — lo estoy.

— Oh... está bien, me había preocupado —me dijo.

Sólo le sonreí, pero pensaba que iba a desmayarme allí mismo por el dolor. No podía dejarme caer frente a ella y esperé a que se marchara.

Cerré la puerta tras su ida y me deslicé por ella hasta llegar al suelo. Entonces respiré con dificultad, me era imposible.

Me saqué la chaqueta, la camiseta y vislumbré , en mi abdomen, una herida que escupía

sangre de su boca y ardía y tiraba de mis nervios. No podía respirar, estaba desesperado y no entendía lo que había ocurrido.

— Y-Yoongyu... Yoongyu... ¡Y-Yoon... gyu! — espeté, pero aquel acto tan inútil me había sacado sangre de un escupitajo. Me cubrí la boca, mis manos rebosaban de ella.

Me tumbé sobre el suelo, oía mi respiración y sonaba horrible. Me quejaba a través de ella porque iba a morir por mi propia mano. Me había apuñalado, pero aquello no era lo peor.

— Yoongyu... — lo peor era pensar que estaba viviendo una mentira otra vez.

Me incorporé haciendo un gran esfuerzo. El fantasma de Jimin había vuelto a salir, y su rostro era horrible. La piel se le caía y era verde. Se despegaba de sus pómulos y de sus cuencas salían larvas que hacían un ruido totalmente desagradable.

— «Pobre... ¡Pobre...! De mi Yoongi-yah... — sonrió él mientras fingía un llanto que era casi palpable por su acto descarado — sigue creyendo que todo lo que ve es real. Dime, Yoongi... ¿Recuerdas lo que pasó en casa de mamá y papá el día en que cogiste el cuchillo y los mataste a los tres?»

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

— N-No... — murmuré como si fuera un niño pequeño — Yo no los maté, fue él... fue... él...

Chasqueó la lengua varias veces, veía el hueco en su mejilla y se acercó a mí. Olía el olor putrefacto de su alma, de mi alma.

Se burló en mi cara. Y yo comencé a comprenderlo todo, aun si no quisiera, mi cerebro estaba procesando la información.

— Tómate las pastillas, Min Yoongi —me dijo.

Me arrastré hasta el baño, oía sus carcajadas seguirme y yo lloraba. Me dolía el corazón más que la herida. ¿Por qué estaba diciéndome esas cosas? Él no sabía nada de mí, sólo yo lo sabía... ¡Sólo yo lo sabía! Me incorporé apoyándome por el lavabo, vi mi rojo rostro envuelto en lágrima cuando me miré al pedazo del espejo y abrí el botiquín sacando vendas. Traté de curarme, pero resbalé y caí en la bañera, en el agua y mi rostro se empapó. Junto con aquel accidente, llegaron varios recuerdos de todos esos traumas que había reprimido en mi vida.

«Jimin-ah...» lo llamé «Sálvame, por favor...»

Capítulo 50

Había ocurrido hace cinco años, aproximadamente, o quizás más. El hecho es que Min Yoongi no podía recordar nada de ello. Su mente se bloqueaba cuando quería indagar en el pasado; no le era permitido acceder a esos recuerdos traumáticos de su vida en familia. No recordaba el rostro de su madre o su padre, pero sí el de su hermano, pues lo veía todos los días cuando al espejo se miraba.

No hay un inicio pulcro en todo esto, Yoongi no sabría decir con exactitud qué es lo que había ocurrido aquel día. Claramente, sabía con suma confianza cuál fue el detonante de toda aquella tragedia: Min Yoongyu. Sin embargo, ¿cómo había ocurrido toda aquella psicosis que acabaría matándolo en la actualidad? No hay líneas de tiempo que lo refuercen.

Quizás todo habría comenzado cuando Yoongyu nunca recibió la debida atención y fue creando una especie de burbuja donde, a sí mismo, se encerraba y veía cómo su hermano menor recibía las mejores cosas y él no. O, quizás, desde el primer beso hasta la primera violación que ejerció sobre su hermano mientras creía que estaba enamorado de él y el sucesivo incesto que lo llevó a romper su cordura.

El primer suceso— si bien ya está explicado en capítulos anteriores — comenzó cuando ellos tenían trece años y Yoongyu le robó un beso a Yoongi explicándole que fue un accidente; el segundo suceso fue similar, pero hubo más movimiento de labios por parte del mayor hacia Yoongi, ¿la excusa ahora?: "Sólo quería saber qué se sentía". El tercer, cuarto y quinto suceso fueron de la misma manera, hasta que todo se descarriló y el tren cayó al abismo debido a que Yoongyu drogó a su hermano pequeño mientras sus padres no estaban y abusó sexualmente de él mientras Yoongi aún seguía consciente pero inmovilizado.

«Escuché la tensión de algo, de un cuerda o hilo. No estoy seguro, pero se veía tan tenso hasta que las primeras hebras del hilo de soltaron y sólo quedó, por mucho tiempo, una delgada línea que aún me mantenía con los pies sobre la tierra...»

Yoongi y Yoongyu fueron creciendo juntos. Había una relación más que de hermanos gemelos que se comprendían el uno al otro, ya que, básicamente, Yoongyu era incapaz de comprender a su hermano. No sabía que ser su juguete estaba doliéndole y Yoongi también nunca había dicho algo al respecto.

Yoongi habría comenzado a estudiar psicología para ayudar a su hermano. Aun si le hubiera hecho tanto daño, todavía seguía sintiendo lástima por él y quería que se curara. Yoongi se veía capaz de hacerlo, se veía capaz de estar con alguien más y que su hermano mayor hiciera lo mismo; su tacto ya le daba asco, se sentía incómodo, a pesar que nunca le había dicho que aquello le molestaba. ¿Por qué? Pues porque Yoongi pensaba que Yoongyu sólo necesitaba ser amado por alguien, y creía que poseer su cuerpo y hacerlo suyo le ayudaba, mas sólo era una mentira. Yoongyu estaba más que enfermo. No tenía autoestima, no estaba bien. Varias veces ya había amenazado a Yoongi con quitarse la vida si le dejaba por alguien más o si pensaba ir a estudiar al extranjero o, simplemente, a un internado que le facilite sus estudios en la universidad.

Debido a ello, Yoongi se leyó todos los libros de psicología habidos y por haber que encontraba en la biblioteca pública o PDFs en internet. Entendía sobre el tema y también comprendió que su hermano podría negarse a algún tratamiento. A los locos no les gustaba que se les trate como tal y, además, si hiciera aquello, ¿qué le diría a sus padres después? ¿Cómo explicaría que su hermano no estaba bien por estar obsesionado con él y que le había violado durante cinco años de su vida? Matarían a Yoongyu si es que él no acababa suicidándose por el "bienestar" de Yoongi.

Yoongi siempre había sido un chico con principios. Siempre había sido alguien al que le gustaba la justicia; por esa razón, ayudó a la policía con varios perfiles psicológicos a pesar de sólo estar en sus primeros años de carrera universitaria; lo calificaba como "el mejor".

Un día le tocó charlar con un hombre que había sido arrestado por el asesinato de siete niñas y catorce mujeres adultas. Le había dicho lo que todos le decían, al principio, Yoongi había detectado aquello como otra psicopatía más, hasta que le dijo su razón de hacerlo.

Como era normal, Yoongi esperaba lo típico: "No sé por qué lo hice, sólo lo hice", "las voces me lo dijeron", "quería saber qué se sentía matar" o cosas por el estilo; no obstante, lo que le había dicho ese sujeto, lo había sobrepasado.

— «Matar me hacía sentir feliz, completo, satisfecho... ¿Nunca te has sentido vacío? Intenta llenarlo con las vidas de alguien, seguro me darás la razón después.»

Yoongi salió de allí con preguntándose lo mismo, obviamente, jamás se le había cruzado por la mente, asesinar a alguien; sin embargo, cuando Yoongyu le había llamado desesperado por oír su voz, Yoongi tuvo que contarle lo que le había ocurrido con aquel hombre y, poco después, Yoongyu colgó sin siquiera despedirse de Yoongi. Al principio, no le había parecido extraño, pero luego se había puesto a pensar con más detenimiento y corrió hasta su casa llegando tan solo media hora después con la lengua fuera como corbata.

— Yoongi — lo llamó Yoongyu cuando se asomó desde la sala.

Había un pasillo al entrar a su casa y una mesa que estaba cerca de la puerta, la sala

estaba cerca, también el baño y la habitación de Yoongyu y Yoongi, el sótano y, más hacia el fondo, la de sus padres junto con la cocina.

— Hyung, ¿estás bien? — le preguntó él.

Los ojos del mayor habían brillado en respuesta, pues su hermano se había preocupado por él y aquello sólo lo había enamorado aún más.

Corrió a abrazarlo.

— Te amo — le dijo en un susurro.

Sus padres aún no llegaban, Yoongyu y Yoongi habían pasado aquel día de manera normal. Comieron, vieron televisión, jugaron a los naipes, Yoongyu ayudó a Yoongi a estudiar (Yoongyu se había leído todos los libros de psicología de Yoongi en secreto, pero, cuando lo descubrió, se habían vuelto como su alumno, aunque desconocía las verdaderas intenciones del muchacho para consigo mismo), charlaron por poco después sobre el hombre al que Yoongi había interrogado. Yoongyu se mostraba atento en todo momento, amaba oír a su hermano hablar.

Ambos tenían el mismo timbre de voz, los mismos ojos, los mismos lunares en el cuerpo; la misma nariz y forma de los labios; el mismo corte de pelo y modelo. Vestían las mismas ropas y sus manos rubias eran similares. No parecían gemelos, parecían copias exactas y, de lo único que podría tomar cuentas para diferenciarlos era: la actitud.

Mientras que Yoongi era un chico serio, aislado, asocial, reservado y un poco borde, Yoongyu era un chico alegre, extrovertido y feliz, pero estaba loco. A pesar de que Yoongi no mostrara lo mucho que apreciaba a su hermano (pese a todo), Yoongyu lo sabía y utilizaba esa sabiduría para manipularlo.

Yoongyu era consciente de todo lo que hacía. Era consciente de que era un manipulador de mucho cuidado, un mitómano y que también violaba a su hermano y eso no estaba bien. Que el incesto no era legal, que podrían ir a prisión por ello... Pero Yoongyu sólo necesitaba ser... amado.

Pensaba que Yoongi lo dejaría de amar si él se demostraba consciente de sus actos. También temía que se alejara de su lado, vivía con el miedo de que alguna persona llegara a su vida y la quisiera más que a él. Pero Yoongyu tenía una solución en caso de que aquello llegase, algún día, a ocurrir: la mataría.

— Yoongi... — lo llamó después, interrumpiéndole mientras estuvo hablando. Nunca había pasado aquello; Yoongi le prestó atención — Jamás me dejarás, ¿verdad?

Yoongi no sabía cómo responder a ello. Él era bueno. Él quería a su hermano y lo conocía bien, por ello, sabía que, cuando dijera lo contrario, Yoongyu armaría un escándalo y podría atacar contra su vida.

— Jamás te dejaré, hyung — le respondió con una sonrisa que, si bien había sido falsa y forzada, Yoongyu la había recibido con todo el cariño del mundo —. Siempre estaré contigo, pase lo que pase. Jamás te abandonaría; incluso si muriera, seguiría viviendo en ti. Cada vez que te mires al espejo, estaré yo allí, viéndote... porque somos uno.

Yoongyu había llorado. Sus lágrimas brotaron de sus ojos, empañando sus pupilas; no tardó en abalanzarse sobre él y darle un beso.

La noche había caído poco después.

Yoongi gemía debajo de Yoongyu. El mayor de los hermanos estaba encima de él penetrándolo, Yoongi se aferraba a la espalda de su hermano mientras sus cuerpos se pegaban como consecuencia del sudor. Yoongyu lo besaba y Yoongi correspondía sus besos dejándole un paso entre sus dientes, de manera que sus lenguas se tocaban, se acariciaban y se movían dentro de manera exótica. Yoongyu besaba los pezones de su pecho, su piel y también le hacía una relación cuando acabó por correrse en su abdomen después de haber salido de su interior; sin embargo, cuando Yoongi se había por el placentero tacto de la boca de su hermano — a pesar de que sintiera asco, se sentía de una manera hipócrita al gustarle lo que le hacía a su cuerpo —, sus padres llegaron a casa cuando se suponía que no llegarían hasta el día siguiente.

Cuando su madre pegó un grito, ambos se separaron y, como no se habían desnudado del todo, se vistieron con rapidez, pero no con la suficiente para que su padre no los pudiera encontrar in fraganti poco después.

— Padre... — había murmurando Yoongi mientras temblaba — p-puedo explicarlo... — intentó convencer a su progenitor; sin embargo, el mayor de los Min ya se había quitado el cinturón y se acercó con violencia a Yoongyu propinándole un golpe en el torso.

— ¡Padre! — gritó el mayor, Yoongi intentó alejarlo al ver que Yoongyu lloraba por las golpizas que estaba recibiendo por ambos.

Su padre siempre había destacado más a Yoongi por sobre su hijo mayor. Así que, los golpes de algún error, fuera suyo o no, Yoongyu los recibía.

— ¡Padre, por favor! ¡Detente! — pidió Yoongi entre lágrimas.

El hombre se separó por un momento y gritó una grosería a su hijo, ese fue el momento en que Yoongyu corrió hacia la cocina, apartando a su madre cuando esta, furiosa, quiso detenerlo. El señor Min apartó a Yoongi empujándolo y siguió a Yoongyu.

Gritó su nombre, Yoongyu sólo estaba debajo de la mesa abrazado sus piernas y llorando, pidiendo a dios si existía, que no muriera ese día. Que sólo fueran golpes, pero que no muriera, porque no quería dejar a Yoongi con aquel peso, aun si le hubiera manipulado de demasiadas maneras respecto a sus intentos de suicidio.

El hombre cogió a su hijo del brazo cuando lo halló. Lo arrastró hasta sacarlo afuera por completo y luego apoyó su rodilla sobre su pecho, dándole golpes en el rostro. Le partió los labios, le dejó rasguños en las mejillas junto con moratones, pero, sobre todo, le había lastimado la mandíbula con demasiada brutalidad.

Entonces Yoongi cogió una botella de vino y la rompió en la cabeza del hombre que cayó aturdido a un lado. Yoongyu fue ayudado por Yoongi para ponerse después, luego se abrazó a él y se apartó hasta el lavabo. Vio en los ojos de Yoongi lo muy asustado que estaba por haber roto aquello de una manera peligrosa.

Su padre se levantó poco después, amenazándolos con matarlos y su madre también, se lamentaba el haber parido dos degenerados como ellos y, cuando el hombre iba a atacar a Yoongi por primera vez en su vida, Yoongyu cogió un cuchillo y apuñaló a su progenitor en el abdomen.

Una vez, dos veces, tres, cuatro... cinco.

La sangre del padre creó un charco en el suelo y Yoongyu sintió que eso le estaba dando vida, algún sentido en ella; tal y como aquel asesino le había dicho a Yoongi.

Yoongi lo miró aterrado, pero no pudo decirle nada, el grito de su madre lo obligó a mirarla; iba a correr. Yoongyu fue tras ella. La cogió del cabello y la echó al suelo, se montó sobre ella y la mató apuñalándola en la cabeza hasta que su masa cerebral se salía por los agujeros que había creado como si fuera puré.

Yoongyu cogió un martillo después. Su padre guardaba la caja de herramientas en el armario que estaba en la sala. Yoongi no se había movido de su lugar, estaba tan aturdido e incrédulo. Vio cómo Yoongyu remataba a su padre. Cómo golpeaba su cráneo hasta que no quedase nada más que algo irreconocible. Yoongyu fracturó todos sus huesos, repitiendo lo mismo con su madre, su cuerpo se entraban en la entrada y la sangre había abarcado la anchura del pasillo. Las manchas pintaron de un rojo intenso las paredes. Sus progenitores estaba muertos, Yoongyu estaba manchado de sangre, Yoongi también, pero sólo porque la hemoglobina de su padre le había salpicado.

— Hyung... — murmuró cuando volvió a la cocina y todo se había quedado en silencio los primeros instantes — ¿por qué...?

— Habían hablado de separarnos, probablemente ya lo sabían. Todo esto fue una trampa, para que hubieran pruebas que no pudiéramos refutar. — le contestó. Yoongi comenzó a llorar, se había dado cuenta de la verdad: su hermano no tenía arreglo —. Tranquilo... — le dijo con una sonrisa para calmarlo — No te haré daño.

Yoongi caminó, sus pies descalzos pisaron los restos de sesos de su padre y llegó hasta su hermano mayor; mirándole con lástima, tomó sus manos y se aferró a ellas sin poder decir nada durante unos instantes.

— Perdóname... — le dijo Yoongi mientras le miraba.

Yoongyu no lo entendió. Sonrió confundido, y luego ladeó su cabeza en busca de una respuesta.

— ¿Perdonarte por qué?

En ese momento, Yoongi cerró los ojos con fuerza y atrajo el cuchillo hacia el centro de su abdomen, apuñalándose a sí mismo. Luego giró el mango del cuchillo y cayó al suelo, precedido de los brazos de su hermano mayor que intentarlo sujetarle.

— ¡¡NO!! — había gritado Yoongyu cuando Yoongi escupió una cantidad de sangre considerable, ya en el suelo — ¡Yoongi, no! ¡No, no, no, no, no! — intentaba detener el sangrado cuando le retiró el cuchillo, pero fue lo peor que había podido hacer. La camiseta negra de Yoongi escupía sangre — ¡¿Por qué, Yoongi?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

Yoongi cogió la mano ajena, sonriendo cuanto podía a Yoongyu y le dijo:

— Es lo mejor para ambos... no soy bueno en tu vida, nunca s-serás feliz teniéndome a tu lado... — escupió sangre de nuevo, Yoongyu llevó su mano hacia su mejilla, quería asegurarse de sentir su calor, de saber que seguía viviendo — Perdóname, hyung... por no poder curarte, perdóname... por no poder s-salvarte...

— Calla, por favor... — pidió desesperado, chillando.

— Encontrarás a-a alguien, lo s-sé... — le dijo él, sonriendo — Te amo, hermano... Te amo.

Yoongyu lloró. Lloró y lloró.

Había mirado hacia todas las direcciones, había observado todo lo que había hecho. El móvil de su padre estaba allí, él lo cogió y llamó a la policía, inventándose una historia.

«Mi hermano menor nos ha atacado. Lo he matado en defensa propia... pero todos están muertos ahora...»

Fue lo que dijo.

Cogió el cuchillo. Lo cogió con la camiseta de Yoongi y limpió sus huellas, más tarde, manipuló las huellas que deberían estar en el cuchillo. Dejó que su hermano se llevara toda la culpa, por una vez.

— Perdóname, por favor... no me queda de otra...

La policía acudió al hogar. Como Yoongyu estaba herido, y todas las pruebas apuntaban hacia Yoongi, el caso se cerró rápido. Yoongyu fue libre, se encontró solo desde entonces.

Quería morir, la culpa lo carcomía.

Hasta que un día...

Un día...

Dejó de ser Yoongyu para convertirse en Yoongi. Min Yoongi.

La mentira había crecido de tal manera que adoptó forma. Min Yoongyu, para Yoongi, estaba en prisión. Pagando por sus crímenes. Yoongi había hecho una nueva vida, había ocultado en el fondo de una caja, los recuerdos y la única verdad que se había adoctrinado a sí mismo, fue la de: "Tienes un hermano mayor, se llama Min Yoongyu. Está en prisión por intentar matarte, pero ha dicho que volverá a por ti. Tú lo odias, le temes porque te ha hecho daño en el pasado. ¡Él es el culpable de tu vida miserable! Debes odiarlo. Él no está muerto, pero no puedes matarlo. Eres débil ante tu propio demonio ahora..."

— «... Ahora que eres Min Yoongi.» — Le dijo el fantasma de Park Jimin, a un agonizante... Min Yoongyu.

Nota:

Por si no lo habéis comprendido...

Yoongi nunca fue Yoongi realmente. Yoongi está muerto, fue asesinado por su hermano. A raíz de ello, Yoongyu se creó una personalidad alterna y vivió los últimos años creyendo que su vida actual, siempre había sido la verdadera.

Capítulo 51

» Las almas más oscuras no son aquellas que eligen existir dentro del abismo del infierno, sino aquellas que deciden escapar del abismo y vivir silenciosamente entre nosotros. «

Desde muy joven, siempre quise dedicarme a la carrera de literatura.

Me gustaba leer, me gustaba escribir. Amaba leer poemas, escribirlos y mi hermano siempre me había dicho que tenía un don para expresarme. ¿El problema? Mis padres fueron el problema: nunca me apoyaron. En nada que yo quisiera hacer.

¿Que si quería ser escritor? No. Voy a morir de hambre.

Acabé siendo nada y me sumergí en los libros de universidad de mi hermano. La psicología me pareció un tema interesante, aprendí cientos de nombres y definiciones de las enfermedades mentales que constaban allí. Ayudaba a mi hermano a resolver sus casos policiales, y, a veces y a escondidas, interfería en ellos. Visitaba a los criminales y les hacía un cuadro donde representaba sus síntomas y luego los diagnosticaba o les sacaba la verdad. Él nunca se había enterado de lo que yo hacía; pude haberme dedicado a ello. Sin embargo, no era lo que me gustaba hacer, aun si era demasiado bueno, un prodigio como lo era mi hermano, yo quería escribir mil poemas donde describiera mi amor por él.

De tal manera que, cuando conocí a Jimin, sentí una atracción a él como si fuera él un imán y me enamoré. ¡Por fin había sanado la herida que tenía desde hace años! Él me recordaba tanto a Yoongi. Él era tan dulce, tan tierno, tan bello como Yoongi. Incluso si hubiésemos sido gemelos y la comparación con Jimin era tonta, yo era horrible; pero Jimin era hermoso y quise estar cerca de él; sin embargo, lo había vuelto a hacer. Me había vuelto a obsesionar, aun sabiendo lo mal que estaba. Volvía a mancharme de la misma mierda que en el pasado.

Acosaba a Jimin, sabía todos sus movimientos en redes y en la vida social. Me enteré, cuando ya éramos realmente cercanos, que él era capaz de hacer llorar a las personas con sus escritos. Recordaba también ser yo de aquella manera alguna vez, entonces le pedí que me escribiera un poema. No importaba si sólo fueran cuatro versos o dos, quería saber si era capaz de sentir que él también me amaba; que alguien lo hacía.

Suena ridículo, ¿verdad? Necesitar ser amado por alguien a toda costa. Pensar que no existes si alguien no te ama, o si no eres capaz de amar. Y luego ese amor se convierte en un coágulo de toxicidad. Y es tan horrible sentirlo en tus venas como si fueran trombos que duelen y perforan hasta llegar al alma.

Pero había tenido la suerte de conocer a alguien que no tenía arreglo al igual que yo. Que

tenía más enfermedades mentales que yo, y que, a lo mejor, sufría más que yo al drogarse de sobremanera con las pastillas para aparentar ser una persona normal. Incluso si deseaba que Jimin fuese normal, fuese aquel chico dulce de quien creí enamorarme, lo cierto era que tampoco quería dejar de sentir el dolor que ejercía sobre mi piel; de contemplar cuan inhumano era capaz de llegar a ser.

No había muerto ese día. Desperté poco después. Estaba malherido, era verdad. No obstante, fui capaz de levantarme, de sobrevivir y de dormir tanto como pudiera para poder recuperar la fuerza. La carnicería permanecería cerrada, había dicho que tuve un accidente; nadie fue a trabajar. Los proveedores me matarían, pero no me importaba algo como eso en estos momentos.

En diez días había recuperado la movilidad completa, pero me había quedado una cicatriz de seis puntos en medio del abdomen.

Recibí un mensaje de correo electrónico esa mañana, cuando desperté completo, en una pieza y consciente de lo que pasaba a mí alrededor, al menos que no había otra persona con mi mismo rostro o mi mismo timbre de voz.

Lo abrí y era un enlace que, cuando le di clic, me llevó a otra página rápidamente y, por ende, a un vídeo correspondiente.

En el vídeo se veía una multitud de gente que se cubría la cara con pañuelos amarillos o negros; algunos llevaban pasamontañas. Parecía una protesta.

No comprendí demasiado cuando pasaron los primeros segundos. Me había sentado en la cama y Hyunmi —mi pequeña gatita— escaló con sus débiles garras por mi pantalón hasta instalarse sobre mi regazo y jugar con un trozo de hilo que sobresalía de mi venda, yo prestaba atención al vídeo, algo me decía que era importante lo que estaba esperándome allí.

El vídeo se mostraba oscuro porque era de noche, sin embargo, era posible vislumbrar el escenario donde todo ocurría. Había alguien pintando una pared con pintura en aerosol en rojo, me sorprendió un poco ver el acabado: "Animal Corpse is our King."

Abrí en grande los ojos, ellos trajeron arrastrando a una persona con un saco en la cara, el cual se lo quitaron de manera brusca. Y procedieron a decir:

«— ¡Animal Corpse se ha vuelto una religión para nosotros! ¡Animal Corpse es un artista! Tan sólo deberéis de ver las posturas de los cadáveres, la forma en que los desolla, la taxidermia que logra, los cortes limpios en los huesos y encontraréis majestuosidad, ¡estamos en contra de su arresto! ¡Si lo arrestáis... — con un cuchillo, le cortaron la garganta a esa persona y luego le prendieron fuego — esto es lo que pasará con todos vosotros!»

Abrí los ojos en demasía, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. ¿Qué demonios

había ocurrido? ¿De dónde había salido ese séquito de personas que decían alabarme? Pero más importante, ¡¿quién demonios era esa persona y cómo cojones sabía a quién debía enviar aquello?!

Cogí el ordenador con más confianza, tuve que apartar a Hyunmi con cuidado; comencé a escribir:

«¿Quién eres?»

No iba a contestar de inmediato. Lo sabía, aparté el aparato de mi regazo y cogí a Hyunmi entre mis manos; era tan pequeña. Le sonreí.

— Alguien sabe mi pequeño secreto — le dije cuando me tumbé y la coloqué sobre mi pecho. Ahora que ya sabía quién era, se sentía diferente seguir siendo quien pretendía ser —... ¿Crees que puede ser él?

La acaricié. Ella ronroneó.

— Me gustaría saber si al menos él fue real... y no producto de un vil sueño — murmuré lo último. Las lágrimas volvieron brotar de mis ojos, el nudo en la garganta se hizo presente y tuve que incorporarme para tomar aire.

«Encontrarás a alguien... Lo sé. Te amo, hermano...»

Cerré mis ojos por un momento. Aún era capaz de sentir el tacto de Jimin sobre mi piel y quería estar seguro de él, de su vida junto a la mía; en el pasado que hubimos forjado y los lazos. ¿Se habría referido a él? No tenía mucho que perder si el que debía encontrar no fuese él.

«Animal Corpse es nuestra religión.»

— Religión... — sonreí.

Sabía cuán vacío estaba y no había suma exacta de los litros de sangre que fueran capaz de llenar mi alma. Yo, que ahora era Min Yoongi, me había convertido en un monstruo y ahora no sabía cómo dejar de serlo.

Me gustaba la violencia, el dolor y el lamento de la gente. ¿Cómo podría dejar de ser una bestia? No podía porque la necesidad crecía. Se hacía cada vez más grande y llegó a un punto en el cual, acabó por aplastarme.

Algo dentro de mí se rompió, no hubo reparo. No se podía volver a cocer; estaba roto. Quizás, de alguna manera, en el pasado pude haberme salvado. Si no hubiera cometido los errores que cometí o si hubiera sabido amar sin error.

Pero los muertos, muertos estaban y los errores, cometidos se quedaban.

Animal Corpse era parte de mí. Yo lo había creado, pero él había cogido forma en soledad. Todos sus actos estaban siendo reconocidos como en un principio debían ser: arte. ¿Arte? Sí. Pues si no pude dedicarme a la escritura, si no pude plasmar poesía... El lienzo nuevo se convirtió en la piel de los demás y viceversa, tinta era la sangre y escritos sus heridas.

Fui llevado a todo esto.

Es inútil decir que la culpa la tiene "la sociedad", mis traumas de pequeño; el monstruo era mío, el monstruo era yo. Yo mismo era a quien más odiaba y a quien más amaba. Había guerra dentro de mí, y las rosas blancas, pintadas de sangre se habían quedado.

Las rosas se marchitaron, se convirtieron en pétalos negros cuando la coagulada sangre de mi putrefacta alma había caído a gotas sobre ella. Era un paso inocente, a uno quebrantado de oscuridad; lleno de maldad.

Soy un animal ahora. Uno salvaje y desquiciado, uno cambiante; que muda piel como si fuese una serpiente. Soy un cadáver también, me pudro y un día llegaré a estar hecho polvo; no obstante, ¿por qué no habría de dar a la gente lo que pidiendo estaban?

Por fin desperté.

Estoy completamente solo.

Ya no soy un hombre. Ya no hay sentimientos. Dolor abunda en esta alma que llora en su propio océano profundo; no hay luna llena, la luna nueva es eterna. Es fría y oscura; tan negra y marchita se ve mi alma, desprende un fétido olor a muerto.

Ellos me aman ahora, ellos me quieren como si fuera un rey; me necesitan... Ellos necesitan ser cazados de la misma manera.

Muerde, come, mata, despelleja. Ya no queda nada más... Sólo el placer de morir, Bon appétit.

En mi jodida paranoia, soy mi propio dios.

Capítulo 52

» El pájaro rompe el cascarón. El huevo es el mundo. Quien quiera nacer, tiene que romper un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios es Abraxas. «

— Demian.

Se ha hecho algo viral. Todo mundo está hablando sobre ello.

Hay una manada de gente defendiéndome en sus protestas.

¿Es la gente estúpida?

Algún día yo, sin saberlo ellos, podría entrar a su casa y asesinarlos de una manera tan brillante por la falta de piedad que, quizás, se arrepentirían de promover el terrorismo en mi nombre. En nombre de Animal Corpse. La gente en verdad está loca; está más loca que yo.

Aquel día el cielo estaba nublado. Hacia un poco de frío, comprensible: estábamos al adviento de navidad. El cielo se encontraba gris, había un silbido producto del gélido viento que se colaba en mi establecimiento cada vez que alguien entraba a hacer su pedido y, posteriormente, se marchaba.

Era agradable, ¿sabéis? A veces me sofocaba el calor de allí, que la brisa entrara de vez en cuando, era una caricia invernal que adoraba.

Yo me sentía extraño. Ya había pasado más de dos días desde aquel suceso con aquella persona degollada en cámara. Se había hecho noticia viral, todo el mundo estaba al tanto de la situación; probablemente, yo, para los medios de comunicación, era el nuevo Charles Manson, el líder de aquella secta que yacía adorándome desde a saber cuándo.

No he vuelto a actuar respecto a los homicidios. Prefería maternarme al margen por ahora.

Si se había dado una alerta contra cualquiera que pareciera sospechoso, no me convenía ser un estúpido y actuar cuando podrían detenerme.

Comenzaba a comprender muchas cosas. Tenía demasiadas preguntas para mí mismo, pero sentía que no podía responderlas todas por el momento.

La gente había desmembrado a cinco personas frente a una iglesia y luego la quemaron, ¿por qué? En nombre del Animal Corpse.

No sabía, tampoco, si sentirme halagado o llegar a sentir un poco de asco por la gente que

cometía aquello blasfemando mi persona. Como era de esperar, esas personas habían sido atrapadas, murieron cinco de ellas a manos de la policía; más de setecientas personas se habían reunido para sacrificar a cinco mendigos que encontraron durmiendo en el metro subterráneo por la noche, sobra cajas de cartón y un trozo de pan al lado.

Pintaban a Animal Corpse como Satanás. Jugaron a la sokatira con un cadáver hasta partirlo por la mitad, yo había estado presente. No me involucré, ellos no me habían notado casi y la mayoría de las personas habían participado.

Se tomaron fotos con el primer cadáver al que partieron por la mitad, sus intestinos cayeron sobre el césped del templo y el sacerdote, junto con unas cinco monjas, estaban amarrados y amordazados. Le decían a gritos que el Animal Corpse era un artista, que era el Diablo y se había adelantado a Dios respecto al apocalipsis.

Colgaron los cuerpos que destrozaron e hicieron un festín con su carne. No sabían de mi actividad caníbal, entonces, ¿cómo podrían saber que eso también era parte de lo que hacía? Bueno, de lo que hice junto a Jimin en algún momento.

Con una daga, habían escrito mi propia firma. Habían doce cuerpos, once víctimas elegidas al azar y una persona del mismo culto que se había sacrificado y ellos la despellejaron mientras estaba con vida. Sus gritos no me habían inmutado, yo miraba a aquella mujer y pensaba si yo estaba tan desquiciado como ella cuando Jimin había decidido comerme aquella vez, aunque, ¿eso también había sido una mentira? ¿Me lo habría imaginado?

Miré mi pecho, aún seguían las cicatrices de sus dientes y en mi labio también estaba la correspondiente a la mordida que me había dado.

Mis alas, que eran de un fuego ardiente y rojo sanguinario, se abrían para dar vuelo. Sentía que estaba resurgiendo, volviendo a nacer, de las cenizas de quien hube sido alguna vez: Min Yoongyu.

Había nacido, la primera vez, con ese nombre. Nombre el cual detesto, escupo sobre él y lo aborrezco; me odio a mí mismo, pero he sabido canalizar ese odio y ahora no hay más que ego que crece sin parecer querer detenerse a su paso. Todos los cuadros psicópatas de asesinos seriales que leí y estudié, me habían dicho alguna vez que para un psicópata, no hay algo más importante que el orgullo, la soberbia.

Y ese lado ya había resurgido.

Había lanzado la moneda al cielo y cayó dándome cara. Cara para renacer, cruz para morir.

El tintineo de la campanilla que anunciaba la llegada de un nuevo cliente, me había sacado de mis pensamientos.

Como yacía apoyado sobre el cristal del mostrador, dirigí mi mirada primeramente allí y limpié la marca que se había quedado. Me di vuelta para dejar el trapo nuevamente y

aproveché para cuestionar la petición del cliente que había llegado. No me había fijado quién era, sólo necesitaba estar solo cuanto antes.

— ¿En qué le puedo servir?

—... ¿Podría...? ¿Podría darme medio kilo de costilla de cerdo...? Por favor — aquella voz había sonado como el viento siendo cortado por el filo de la hoja de una katana.

Me paralicé.

Había olvidado cómo darme vuelta y encarar a la realidad. Creía que no podría hacerlo, que me quedaría viendo la pared mientras trataba de recoger toda la seguridad en mí mismo que había construido, porque él me destruyó en un instante.

Entonces volteé.

Sus ojos negros no habían cambiado. Eran tan oscuros y arrastraban mi ser hacia lo profundo de su abismo infinito, y yo quería volver a caer para descansar en él.

Nos separaba el mostrador. Sus labios lucían tan ansiosos de decir otra palabra y su pelo ahora se veía más brillante que la última vez; era miel, olía a miel. Había podido percibirlo en medio de tanta putrefacción. El día entonces tuvo sol nuevamente para mí, pero no había dicho nada al respecto; no demostré alguna ilusión de tenerlo tan cerca de mí luego de dos años creyendo que también me había inventado todo mi amor por él.

Jimin esperaba por mi respuesta.

— No hay — le dije de manera cortante. Su filosa mirada no se había separado de mí en ningún momento —. Pero en el depósito tendré, si me espera, señor, se lo traeré.

Simplemente asintió.

Me moví sin despegar mi mirada sobre él, él me seguía con la vista. No se movió. No oí que lo hiciera, aun si hubiera entrado al depósito al bajar los escalones.

El frío me envolvió, pero de alguna manera estaba acostumbrado a ello. Era extraño, pero no le había tomado el respectivo cuidado a ello.

Odiaba sentirme tan débil frente a Park Jimin. Odiaba darme cuenta que nada respecto a él había cambiado; sin embargo, ¿eso era bueno? Para mí significaba que era verdadero todo lo que había sentido por él. Que no me quedaría de brazos cruzados cuando él estuviera en peligro más allá en un futuro donde perdiera la poca y casi inexistente humanidad se quedaba en mí.

Cogí la cabeza de la chica.

Era casi irreconocible, incluso su cabellera ondulada y larga, que antes aparentaba un sano color claro; ahora lucía un oscuro enfermo y sus ojos estaban tan grises que parecían blancos; no obstante, sus facciones se habían conservado. Si la miraba bien, aún estaba como la había conocido el primer día.

Cuando subí, él estaba allí. Me miró de inmediato. Quise exacerbar mi seguridad respecto a él, quería reparar en su lenguaje corporal; su mirada no me había engañado. Era tan fría como el invierno, tan oscura como un vacío insaciable y su sed de sangre era palpable en el aire.

Me acerqué a él. Me miró a los ojos, sentí su añoranza y quería abrazarlo, atraerlo hacia mí y sentir su calor corporal. Llorar en su hombro y pedirle perdón; no obstante, mi nuevo yo no me permitía ser de aquella manera. Había renacido, no podía actuar como si no hubiera cambiado después de todo.

Él recibió la bolsa negra que le di, sintió la distancia que había puesto entre nosotros o al menos creí percibir aquella respuesta de su parte.

Jimin miró dentro de la bolsa con una lentitud impecable. Los ojos sin párpados de su ex novia — a la que había visto en cantidades de carteles de "Se busca" — estaban viéndole sin verlo y su boca, hinchada, simplemente se mantuvo sellada. Jimin no había gritado, creí que había sido incapaz de reaccionar. Si él no era quien yo creía, era comprensible que no lo hiciera; esperaba a que desmayara o suplicase por su vida de ser así. Pero no. Jimin... Jimin era antimateria: inusual.

La bolsa cayó al suelo, la cabeza de la mujer había rodado como un balón cuando se salió de la bolsa y Park Jimin tomó mi rostro entre sus manos pequeñas y me acercó lo bastante para tomar mis labios y besarme de manera salvaje. Estaba hambriento de mí y yo de él.

Sus dientes, al separarse, se mostraron como realmente eran: afilados, se había sacado los postizos, el paladar entero y los dejó sobre el mostrador. Me besó de nuevo. La lujuria que crecía en mí era tan impetuosa, se hacía tan grande como un dragón y tenía sed de todo él; quería beber de sus labios, tan dulces y suaves. Quería que volviera a danzar dentro de mí con su músculo bucal; que estirara de mi belfo y lo mordiera sin alguna pizca de piedad.

Jimin logró sacarme demasiada sangre cuando casi me había quitado un trozo. Lo separé de inmediato.

Jimin me miró por un momento. El silencio no había envuelto con sábanas de seda que nos acercaba cada vez más al cerrar el paso.

Sus labios estaban cubiertos del carmín de mi sangre, tan escarlata brillante, como una cumbre que cubría lo más hermoso y majestuoso de él; boca que me daba vida con tan sólo tocar mientras supiera que es real. La cúspide de mi enamoramiento, la cumbre de sus labios, me incitaban a querer ser devorado por él y el simple acto suyo, tan provocativo y

privado de ética, me llevó a los emblemáticos tronos olímpicos, me sentí un deseado dios.

Pasó, por el rojo líquido de mi sangre, la yema de su pulgar y luego chupó su propio dedo degustándome de manera indirecta.

De soslayo, vislumbre el letrado que decía que podía pasar. Me acerqué y le di vuelta, anhelaba volver a sentirme deseado. Estaba tan podrido por dentro, como un cadáver; como el mismo cadavérico Jimin que se reía de mí en una esquina y que el auténtico no podía ver. Aquel me veía con un solo ojo, la plata de su iris se centraron en la ambrosía de mi cuerpo al estar cerca de él. En mis se manos resaltaban venas y esas serpientes bajaron hasta sus caderas y tomaron posesión de ella. Él volvió a gemir, él me volvió a llamar como si un coro de ángeles acompañasen a su melodiosa voz:

— Yoongi-yah... — murmuró. Me miró a los ojos tomándome del rostro — Te amo.

Habíamos bajado al sótano. Había audiencia allí, cadáveres colgados con ganchos que les atravesaba la mano o el cuello. Algunos no tenían piernas, otros cabeza o brazo.

Jimin se bañaba en impureza debajo de las luces tenues que daban un tono tan verdoso, tan apagado y carente de vida. Habían sombras tétricas en su rostro y su sonrisa era majestuosa, me puso los pelos de punta.

No había tiempo para hablar. Para pedir perdón, simplemente repetía con el aliento que no le robaba, mi nombre: "Yoongi", aún si no hubiera sido así, amaba ser "Yoongi" para él y ser amado por él.

Me tumbó sobre la mesa de metal, allí donde habíamos consumado nuestro amor demasiadas veces y aún seguía ardiendo por él, aún seguía brillando como la luna cuando él, mi sol, se encontraba cerca. Jimin se montó sobre mí.

— Te he añorado tanto, Yoongi... Tanto, tanto, tanto, tanto... — siguió besándome. Rasgó mi ropa, yo le quité la suya y, cuando se separó, contemplé sus cuatro cicatrices en el su abdomen. Todas de apuñaladas ejercidas por alguna navaja.

Las toqué. El relieve me traía dolor, pero él simplemente tomó mi mano alejándome de los malos pensamientos y besó cada uno de mis dedos hasta conseguir chupármelos. Sentí choques eléctricos que recorrían mi cuerpo provocándome espasmos. Jimin, después, bajó su mirada a la reciente cicatriz que aún seguía de un tono rosáceo en medio de mi abdomen, con tres puntos a los lados. También lo palpó y su tacto me hizo cosquillas de un momento a otro, me picaban sus dedos; lamió mi herida desde abajo, subiendo hacia arriba done acabó sobre la primera cicatriz que me había hecho y sentí sus dientes volver a perforar mi piel.

Eran agujas como caricias. Eran fríos pedazos de hielo puntiagudo que llegaban a dañarme, pero me gustaba. Electricidad totalmente reconfortadora, aun si sintiera el líquido metálico y rojizo deslizarse sobre mi piel, parecía tocar el cielo con orgasmos.

Me aferraba a su cabellera, olía el dulce aroma a miel y besaba sus carnosos labios pintados de mi sangre; él buscaba con desespero mi lengua y danzaba de manera prohibida dentro de mi boca.

Cuando se irguió, el balde donde guardaba la sangre que drenaba de mis víctimas, cayó sobre nosotros y nos bañó enteros.

Nos miramos por un momento, el parecía estar completamente excitado, veía la protuberancia del bulto entre sus piernas.

— Cómeme, Yoongi. — me dijo él.

Me incorporé mirándole a los ojos, limpié sus mejillas pero sólo había conseguido correr un poco la sangre de esta; estaba sonrojado, caliente, podía ver el vapor que salía de su pequeña boca cuando mencionaba mi nombre.

— Hazme tuyo de nuevo — volvió a decir —. Quiero asegurarme de lo nuestro, no importa si para ti ha muerto, Yoongi... Todo lo que he hecho fue para llamar tu atención. Haz actuado como lo había esperado y sólo siento que nada cambió, por favor... Muérdeme, acéchame, ¡mátame! Bebe todo de mí... Pero vuelve a ser mío, por favor...

No respondí con palabras, sino con actos. Hice que se inclinara, hice que me volviera a sentir dentro de él, de su mojado ser; había vuelto a oírle gemir, a moverse de bajo de mí, a sentir sus uñas clavándose sobre mi piel.

Sentía tan cálido su interior, y me encantaba mover mis caderas de manera rápida, sentir que estábamos conectados y el calor nos envolvía. Movía y movía mis labios sobre los suyos, sonidos obscenos se oían y habían pares de ojos plateados viéndonos.

Llevé un dibujo sobre su piel, mi lengua dejó un rastro de saliva sobre la sangre que había drenado y finalmente me detuve en la zona donde era capaz de oír los latidos de su corazón. Entonces mis dientes se encajaron y mordí.

De su garganta salió un potente alarido, pero no quería parar. La sangre tibia salió de la herida, se deslizó dentro de mi boca y el sabor metálico había sido la gloria para mí; afrodisíaco.

....

«Yoongyu había huido de prisión hace dos años, aproximadamente. Pero, ¿de verdad lo había hecho?»

Yoongi tenía las pupilas dilatadas en ese momento, estaba masticando cuero; algo sumamente duro y crudo. Sabía a metal, la textura era rasposa y salada, pero nauseabunda.

«El miedo había corrido por sus venas ese día, cuando aquella reportera había mencionado el nombre de su hermano en televisión. Él había olvidado, por completo, que él era Min Yoongyu.»

Siguió masticando y sentía que, en cualquier momento, desearía todo lo que estaba consumiendo; pero ya la carne humana estaba colgando de su boca; había masticado hasta llegar a los huesos.

« "Min Joonggu". Ese había sido el nombre que realmente se había dicho ese día. Pero los fantasmas del pasado querían acecharlo por su pecado, el asedio había venido como consecuencia a sus errores y culpas. Min Yoongyu se materializó en algo que él aborrecía y odiaba con todo su ser: él mismo.»

Yoongi se separó del cadáver con el que había practicado canibalismo. No había sido Jimin, su mente le había jugado otra maldita mala pasada; no obstante, dentro de sí mismo, todo estaba más que roto.

El cadáver de Jimin estaba riéndose de él, de todo lo que había cometido al haber estado ausente durante más de tres horas.

«Violación. Maltrato. Golpe. Manipulación... Todo aquello había ejercido su yo del pasado materializado como un cáncer que podía hablar. Las violaciones eran etapas de corrupción a su mente. Mientras más violaciones creyera que él había sufrido durante esos dos años, más putrefacto, podrido y horrible se sentía dentro de sí, como si fuera un asqueroso cadáver cuyas larvas devoraban su carne y las hormigas su piel.»

— Cállate de una puta vez — le ordenó Yoongi al fantasma de Jimin, que no era nada más que su propia conciencia corrupta, el espejo de su miserable alma —. No me gusta oír cómo hablas igual que él, maldita basura.

— Soy lo que eres, Min Yoongyu. Y lo que siempre serás; un asqueroso cadáver de un muerto animal. Al que nadie ama e importa.

Había una especie de montaña de restos de cadáveres que él mismo había descuartizado horas atrás, mientras no era él mismo; cuando actuaba como un salvaje animal. Y se los había comido también.

Yoongi vomitó las partes del cuerpo que no había masticado bien junto con sangre y alguna

que otra víscera mal troceada. El sonido de sus arcadas sólo le incitaba a seguir sufriendo y lagrimeando. Había ingerido demasiada carne y, en ese momento...

«¿Desde cuándo yo hago estas cosas? ¿Por qué me ha fascinado sentir el cuerpo de otra persona cruda en mi boca?»

— Te sientes tan vacío, no hay nada que pueda llenar tu podrido interior — volvió a decirle su conciencia personificada por la apariencia de un muerto Park Jimin.

— ¡¡He dicho que te calles!! — Gritó. Había cerrado los ojos y, cuando los abrió, no había nadie con él más que los cadáveres de los que debía deshacerse. Su ropa, empapada por sangre, se adhería a su piel.

Se quedó solo por un momento y el silencio lo abrazó.

— Y si yo, en todo éste tiempo... ¿He sido Park Jimin también? — sonrió por un momento — Por eso éramos tal para cuál. Porque éramos las mismas bestias; nuestros demonios se habían enamorado porque éramos el mismo monstruo. Qué ironía.

Capítulo 53

Ya se conocía mi *modus operandi*.

La prensa e incluso los bastardos de mis innecesarios seguidores que vivían poniendo mi nombre en lápidas y pedestales lo sabían.

En realidad, nunca fue mi intención ocultar la manera en la que iba matando, básicamente y por si no lo habíais pillado, me centraba en: escoger víctimas, dos. Que sean mellizos o gemelos (me bastaba con que fueran hermanos, no era muy probable encontrar a varios gemelos sólo en Seúl). Torturar al mayor de ellos — a veces con el menor — y, finalmente, destrozarse sus cuerpos y colgarlo en la entrada de las casas; como si fueran carnes de ternera.

Habían demasiadas pistas que podían ir detrás de mí.

Yo tenía conocimientos, sabía cómo destrozar un cadáver —ya sea humano o animal—, trabaja en una carnicería y vivía solo. Pero era una persona demasiado aburrida; el detective que estaba tras mi rastro, quizás podía llegar a las mismas conclusiones que yo, si estuviera en sus zapatos.

Según mis conocimientos, él habría deducido de mí: mi edad; entre 20 y 30 años. Mi masa corporal y mi altura, habría pensado que era alguien con un cuerpo promedio, pero con mucha fuerza. Me habría diagnosticado varios trastornos, quizás una depresión crónica ¿por qué? Porque, la manera en la que destruía a mis muertos, eras triste que iracundo; se podía ver en el trato que le daba a los cuerpos.

Quizás había descubierto que era de Seúl. La mayoría de los asesinatos los cometía aquí, pero escogía a víctimas que fueran lejanas. Que ni siquiera hubiera constancia de sus pasos cerca de mi establecimiento, ni por casualidad. ¿Más trastornos? Pues, el típico: psicopatía.

Había demostrado lo cruel que podía llegar a ser. Dado el primer incidente — con el que nada tuve que ver — de la familia Kim, habrían deducido que no era alguien a quien le importara el ser más inocente del mundo, como lo fue ese bebé que Jimin — joder... "Jimin" — había asesinado de aquella manera tan atroz; sin embargo, seguramente ya había llegado el momento donde hubieron deducido mis problemas familiares; ¿traumas familiares? ¿Quizás maltrato? ¿Complejo de "hermano sombra"? Claramente se había notado mi aborrecimiento hacia un lazo de hermandad. Los hermanos siempre morían al final, eso estaba claro; incluso mi séquito lo sabía.

Y, ¿por qué?

El pasado me perseguía. Era demasiado hijo de puta. Me encargó una conciencia con la apariencia muerta y podrida del hombre que amaba para atormentarme, pues también era yo. A "Jimin" se le caía la cara; ya se le había podrido la lengua, pero aún podía hablar como si nada. No tenía ojos, pero sentía que podía verme, y siempre me decía: «— Mátalos para sentirte bien...»

Era extraño, me sentía de aquella manera. Era como si estuviera atado a los hilos de unas maderas pequeñas que se movían por el arte de algún diabólico titiritero.

Ya había comprendido la realidad, no era estúpido. En balde seguía tratando de convencerme de la veracidad de la existencia de Park Jimin. Recordaba actos, pero seguramente jamás los había perpetrado él. Jimin apareció en mi vida como un ángel, y probablemente seguía siendo así. Quizás me lo había inventado todo, quizás era yo quien asesiné a la familia Kim, asimismo, como a todos esos desaparecidos que Jimin tenía en su sótano.

¿Me importaba? Me dolía.

Me dolía imaginar que toda mi vida había sido una ilusión, creada por mí para mí, porque soy tan cobarde y era incapaz de olvidar el pasado que debía crearme espejos que lo volvieran a reflejar; a Yoongi en Jimin, por ejemplo. Ah, era frustrante...

Tan frustrante como pensar que tampoco podía ser yo mismo, que igual ni siquiera era Yoongyu, pero sí Yoongi. Quizás yo había matado a mi hermano mayor para salvarme e ideé este mundo para salvarme.

— Qué estúpido... — susurré después.

No era como si pudiera cambiar todo lo que creo ahora. La paranoia no podía conmigo en estos momentos, no iba a dejarme engañar; era Min Yoongyu y le había robado la vida a Min Yoongi, mi hermano.

Aunque era curioso y me preguntaba, hasta ese momento, qué le había pasado a mi familia. La policía no dejó que velara sus cuerpos; aunque... miento. Sí había visto el de mis padres, pero no me permitieron reclamar por el cuerpo de Yoongi. Ellos tomaron la iniciativa de trasladarlo a una universidad de medicina para las prácticas de los próximos médicos.

Y no me había dejado, ¿con qué rostro vería yo a mi propio hermano? Yo mismo, tirado sobre una mesa metálica y apuñalado en el abdomen bajo una tenue y terrorífica luz.

Incluso tuve pesadillas, las recuerdo bien. Ahora no me afectan.

Las pesadillas consistían en: sueño que puedo ver a mi hermano, sobre una mesa de autopsias, con la incisión en "Y" en el cuerpo que, de repente, se levanta y me grita que soy culpable, ¡que yo le hice eso! Y luego se pudre como un cadáver hasta volverse cenizas.

Jimin me dice que estoy muriendo. Me dice que mi tiempo se acaba y debo encontrarlo cuanto antes. Me pregunto, ¿qué sabe mi propia conciencia que no sepa yo?

A veces trato de sonsacarle información, hasta que recuerdo que hablo conmigo mismo y cada vez estoy más loco. La enfermedad me está consumiendo, la medicina no funciona, ya no queda; veo cosas y oigo cosas que no existen. A veces estoy al borde de un precipicio hasta que vuelvo en mí y me alejo de la orilla.

— ¡¡Calla, mierda!! — le ordeno fugazmente a la muchacha a la que, con unas pinzas, estoy quitándole los dientes y ella no para de gritarme.

Su hermana menor ya está muerta. No responde más, no tiene piel. Se veían sus músculos a viva carne, sangre de manera descontrolada y miraba sin vida a su hermana mayor, a quien estaba torturando yo.

Le saqué los dientes, y luego le corté la lengua. Su boca sangró, escupió una cantidad de sangre considerable.

Miró mi rostro, la máscara que lo cubría. Temblaba, sangraba pero era fuerte; aún vivía.

Le había cortado los pezones, le quité muelas y le corté la lengua.

— Te dejaré vivir... — le dije yo. El sonido de mi voz se oía filtrada, la piel humana cadavérica que cubría mi rostro, no me dejaba hablar con mi voz real — Quiero que, cuando llame a la policía, sigas con vida. Ellos te ayudarán, tranquila... Lo único que debes decir es que he sido yo, "Animal Corpse".

Hice la llamada. Di la dirección y urgencias me dijo que llegarían lo más pronto posible. Me marché de allí, pero no sin antes sonreír a la chica que estaba rodeada de los cadáveres de su familia, amarrada a un silla. Levanté mi máscara un poco, le dediqué mi sonrisa pero había sido lo único que vio de mí.

Oí sus gritos, pero no les di importancia.

¿La máscara? Me la había hecho yo. Me gustaba. De esa forma, no tendría que ver mi rostro siempre; en casa había roto todos los que había. No quería lucir como el pasado que me atormentaba.

La hice de piel humana. Tomé el consejo de mi buen amigo, Ed Gein.

La conservaba refrigerándola, pero siempre debía cambiar. Por eso, el número de víctimas había aumentado y la piel de la hermana mayor, vino conmigo.

Hoy Seúl estaba tranquila. A pesar de las revueltas que hubo el día anterior, parecía que esta noche estaba en calma. Me pareció sospechoso, pero no le di demasiada importancia; si alguien aparecía frente a mí, no me confundiría con algún asesino en serie. Iba limpio. Llevé una muda de ropa que vestí tan solo cuando salí, en un pequeño callejón al lado de la casa familiar.

Cuando me acerqué a un sitio más concurrido, las patrullas pasaron cerca de mí, iban en dirección a la casa donde la chica se encontraba desnuda y moribunda. Esperaba que la salvaran, tenía curiosidad.

— Aún no es suficiente... — oí la voz de Jimin hablando a mis espaldas. Sostuve con fuerza mi mochila y volteé — ¡Aún no estoy satisfecho, estoy hambriento!

— Es todo por hoy. Yo sí estoy satisfecho.

— Esto no te ayudará a hallarlo. Hace frío donde está y es oscuro, debes seguir haciéndolo, ¡debes volver!

Caminé a toda prisa. Otra vez las voces estaban hablando con demasiada prisa. Me detuve en una calle poco transitada, iba a darme un ataque de pánico.

El fantasma de Jimin estaba, prácticamente, pegado a mí y me susurraba cosas al oído; lo hacía con su inexistente lengua, con los sonidos bruscos de su habla y repulsiva voz rígida.

Me golpeé lo oídos, no quería oírle. ¡No quería! Pero al final de todo, era yo mismo, era la voz de lo irracional que vivía en mí y crecía como fuego soplado por un tornado, sus llamas se avivaban, ¡crecían de tal manera que yo, Min Yoongi, era incapaz de negarme!

Lancé la mochila al suelo. Con mis manos temblorosas, busqué en el interior el cuchillo de carnicero que guardaba. Había una casa con las luces encendidas cerca de mí. Sentía las frías manos de aquel horrible monstruo (que no era nadie más que yo), empujándome para que lo hiciera.

Su baba caía como coágulos de sangre hasta el piso, formándose unos desagradables hilos negros. Daba miedo. Me daba miedo y, sucumbido por ello, me arriesgué a cometer el primer error de todos: realizar algo sin premeditación.

Estaba asustado pero la adrenalina corría por mis venas como corrientes eléctricas. Me costaba respirar, sentía que el grito de dolor de alguien me complacería dándome el sentido de la vida y yo... ¡Y yo! ¡Yo!

Tiré la puerta, sediento de sangre. Buscando cometer mi primer fallo en dos años, cuando, de repente, un macabro paisaje se pintó frente a mí.

Solté el cuchillo que cayó al suelo haciendo un ruido prepotente, pero no me había sorprendido, me preocupó más lo que mis ojos veían.

Habían siete cuerpos en el pasillo de la entrada, amontonados en pilas y sin grandes partes de sus rostros; comidos, mordidos... ¡Masticados de manera salvaje! Como si alguien los hubiera cogido y mordisqueado como si se trataran de carroña... Y, en la pared del fondo, había sangre, palabras escritas con sangre:

« Bon appétit :) »

Me había declarado la guerra.

Capítulo 54

«Era horrible...» Escribió la muchacha. Tenía vendas en la boca y no paraba de llorar.

«Tenía una máscara de pieles humanas, daba tanto miedo... Me obligó a ver cómo desollaba a mi hermana... No sé por qué me ha dejado viva, pero no puedo creerlo...»

Los dos oficiales leyeron las notas de la muchacha. No daba ninguna pista más, sólo mencionó que le mostró su boca por unos instantes en los que sonrió y que, de manera macabra, se había llevado la piel de su hermana presuntamente para construirse más máscaras.

...

Me pesaba el pecho, sentía que no podía respirar más; me eché al suelo al no poder coger el equilibrio correcto.

Había cogido todo lo que encontraba a mi paso, para curar la herida, que encontraba en aquella veterinaria. No me había costado forzar la puerta pero, como era natural, la alarma había sonado y no tenía mucho tiempo. Me habrían de localizar tarde o temprano si seguía allí, aun si lo primordial era detener el sangrado del orificio de entrada y salida de la bala en mi brazo, sentía que había otra cosa más primordial que esa: mantenerme vivo.

Ya había sido herido tantas veces a lo largo de mi vida. Sobreviví a cosas inexplicables e, incluso, me había cuestionado mi propia mortalidad. Pero era evidente que yo era capaz de morir.

Las piernas estaban fallándome. Sólo había sido un disparo que no me mató por suerte, pero había perdido sangre, aunque no mucha como lo había hecho en el pasado. Sin embargo, notaba las consecuencias sentirse a flor de piel. Me dolía. Me dolían.

Me dolían las heridas que no habían cicatrizado bien, el fémur que me había roto en el pasado cuando fui atropellado; los dedos de la mano y el pecho; el abdomen y los brazos; las piernas y el labio. Estaba pasándome factura. Todo.

Arrastré mi pierna como había podido, traté de huir pero me sentía como si me hubiera caído de un barranco mientras huía de animales salvajes que me atacaron en medio de la carretera.

Mi casa no estaba cerca, había perdido a los dos agentes que me persiguieron. Pero ya sabían cómo iba vestido. No era conveniente, no era algo que alguien inteligente habría de hacer; pero me deshice de mi ropa y traté de correr medio desnudo hasta llegar a mi piso. Nadie me había visto, era ya muy tarde. Estaba muriéndome de vergüenza; no obstante, fui capaz de seguir adelante. Las manos me temblaron, las llaves cayeron dos veces y, cuando pensé que no lo lograría, abrí la puerta de mi casa y entré.

Deslizándome por la puerta una vez la hube cerrado, traté de respirar, de obtener el oxígeno suficiente para recobrar la compostura, aunque me hacía falta un largo descanso, quizás una muerte menos dolorosa a todo lo que llevaba sufriendo, pero algo indoloro debería ser imposible para una bestia como yo.

Y todo esto no habría ocurrido si me hubiera resistido, si no hubiera escuchado a la voz de aquel putrefacto espejo. Todo había sido un error. ¡Entrar a esa casa lo había sido!

Tuve ganas de vomitar. Tuve ganas de correr al baño y aferrarme al váter hasta desechar todo el asco que me provocaba pensar en que cometí un error.

Los asesinos seriales, al fin y al cabo, a la larga cometían errores, ¿no es así?

Me había metido a esa casa, había observado los cadáveres apilados. Sentí una electricidad recorrer mis venas y una serie de sentimientos iracundos que me poseían. No comprendía quién era capaz de hacer algo así, pero tenía una ligera sospecha. Mi corazón... Mi corazón latió con fuerza, quise gritar, salir y correr en su búsqueda; pero la policía cayó y tuve que echar a correr pisoteando los cuerpos.

Caí al resbalarme con la sangre que había en el suelo y la palma de mi mano tocó el suelo, se formaron mis huellas dactilares sobre ella. Una completa cagada de mi parte, lo sé.

Rompí mi camiseta y traté de borrarla, pero dos personas entraron justo en aquel momento. Me dijeron que eran policías y que pusiera las manos detrás de la nuca y me volteara con lentitud. Al principio, entré en pánico. Pero había tomado la decisión contraria. Me cubrí el rostro con ese pedazo de tela, volteé a verles un momento y luego traté de huir por la puerta trasera de la cocina.

Abatieron fuego contra mí. Me hirieron en el brazo. Si no era aquello suerte, ¿qué demonios había sido? Ni siquiera habían ordenado rodear el terreno, había sido más fácil.

Estaba temblando.

El miedo que tuve fue increíble. Fue como una llama que iba consumiendo mi alma, que iba

quemándola de manera dolorosa. ¿Y cómo deberías tomar yo aquello? Se supone que yo había dejado de temer; sin embargo, ese escenario me había recordado a Jimin y no debería parar de pensar en él aquella noche; y no lo hice.

Fue difícil. Creí que fallecería en cualquier momento, que si me tumbaba sobre la cama y decidía dormir, no despertaría.

Esperaba por eso.

Pero llegar a una muerte impasible, sin dolor, no era cosa fácil. No lo era. Ella me odiaba, le gustaba verme vivo y sufriendo; quizás esperaba a que yo mismo la llamara cometiendo un suicidio, quizás esperaba que la ocasión fuera dolorosa.

Al día siguiente desperté. Perdí sangre, pero no demasiada. Tuve mareos pero había sabido controlarme.

Hyunmi me había hecho compañía. De nuevo me habría de negar a asistir a mi puesto de trabajo, aunque era yo el único que lo atendía. El inspector de sanidad no vendría hasta dentro de un mes, aproximadamente, no había por qué preocuparme.

Cuando encendí el televisor, lo primero que me había encontrado era un reportaje sobre él, y decía:

«— Ha habido una masacre tan sólo ayer en la noche y sólo una ha podido sobrevivir una muchacha. El primer asesinato involucra a una familia de siete integrantes y los hechos son bastantes perturbadores. Sus rostros han sido desfigurados a mordidas y sus cuerpos descuartizados, pareciera que lo ha hecho un animal salvaje; sin embargo, según las pruebas forenses y palabras oficiales del encargado de la investigación, la conclusión obtenida a partir de los moldes sacados de la forma de las mordidas, es que son humanas.»

Decía el hombre. Detrás de él había una pantalla gigante y allí se mostraban fotos del escenario del crimen, pero la parte exterior y también fotografías de los fallecidos.

«— El segundo asesinato ha sido perpetrado por Animal Corpse; las víctimas fueron cuatro, pero sólo una ha logrado sobrevivir y, con su ayuda, se ha creado un retrato robot a partir de su testimonio y el testimonio de los oficiales que aseguraron encontrarse con él en el anterior crimen. Después de dos años y diez meses, por fin existe la primera pista de este asesino. Por favor, si lo veis por la calle, denunciad.»

Me quedé anonadado.

El retrato, por obvias razones, no era exacto pero me parecía a él.

Estaba temblando. Mi pulso temblaba, quise apagar el televisor cuando dijeron cómo habían decidido nombrar al segundo asesino y el discurso, al parecer, lo estaba dando el encargado de la investigación.

«— No se trata del mismo Animal Corpse como decís vosotros, es un imitador. Alguien que quiere llamar la atención, que quiere acaparar la atención. Nuestras sospechas se dirigen hacia el líder de la Secta en nombre de Animal Corpse; no obstante, como ya habíamos declarado con anterioridad, éste será llamado Cannibal Corpse mientras lleguemos a descubrir ambas identidades... Animal y Cannibal Corpse, vais a caer.»

Entonces sí logré presionar el botón de apagar y me quedé en silencio en la sala. Estaba temblando de nuevo, no sabía si era porque tenía frío pero pareciera que me había tomado un ataque de epilepsia por sorpresa y era incapaz de controlarme.

— ¿Cannibal... Corpse?

Era consciente de que, de esa manera, había nombrado yo a Jimin cuando estábamos juntos.

....

Había tomado demasiada popularidad.

Cannibal Corpse era como el propio Jesucristo para los morbosos. Decían que era arte también lo que hacía, y lo glorificaban junto con mi nombre; en parte estaba agradecido. Ojalá me quitara aquel repugnante puesto.

Entender a las personas, su psicología, era complicada. Era verdad que era bueno con ello, aun si ni siquiera hubiera estudiado como mi hermano lo hizo, podía deducir qué tan desequilibrada estaba una persona. Irónico, ¿no? Pero, a diferencia de los demás psicópatas en el mundo, yo sabía que lo era y que estaba mal todo lo que hacía. Pero era satisfactorio sentirme superior, era satisfactorio olvidar el pasado por un momento y reflejar mi dolor en el cuerpo de otras personas.

No podía asomarme a la calle. Me había quedado los últimos días en casa y sobreviví pidiendo comida rápida que recibía sin mostrarme ante el repartidor, parecía un agorafóbico y no era errado pensar en que, quizás, pudiera volverme uno.

Cannibal Corpse estaba tan desquiciado como yo. Hambriento. Era cruel, despiadado y malvado. Él no era silencioso, no se movía por la noche, no calculaba las cosas, lo hacía con tanta brutalidad, pero, al final de todo, no dejaba huellas o pruebas y eso entorpecía la

investigación.

Estaba curioso por saber quién era.

No había recibido correos de nuevo, ni vídeos terroristas; pero la ciudad estaba en guerra.

Se hizo viral un vídeo en el que un sujeto enmascarado afirmaba que, los seguidores de Animal Corpse, pertenecían a una secta satánica que ya estuvo involucrada en muchos sacrificios humanos en el pasado y en la actualidad, pero de manera sigilosa. Eso explicó varias cosas y por qué estaban tan locos como para crear y hacer cosas en mi nombre. O sea, yo sabía que el morbo por la psicopatía era una reacción y fetiche que era ¿Normal? Pero ellos estaban pasándose cuarenta pueblos.

Me llegó una carta un día y estaba escrita con tinta roja que hacía metonimia con la sangre humana, en ella, se decía explícitamente que Cannibal Corpse era su mayor admirador y, también, el que lideraba la secta. También mencionaba que estaban esperándome, que ellos estaban dispuestos a matar por mí — como si no lo hicieran ya —, también a morir si fuera necesario.

A la policía también le había llegado, lo habían dicho por televisión. La carta no estaba escrita a mano, estaba escrita a ordenador y no había huellas en el papel de la carta o el sobre.

En ella se describía todos los asesinatos que fueron llevados a cabo por la Secta y que el principal hacedor de todo, el Cannibal Corpse.

Decían además, que me adoraban como si yo fuera un dios. Que era Satanás, el anticristo, que por fin había venido antes que Dios a raptar a la gente ingenua y que Cannibal Corpse era una especie de profeta, el mesías del infierno.

Seúl se había vuelto peligrosa. Más de lo que ya era conmigo en ella.

Las manifestaciones eran imparables, las personas que estaban en mi contra se manifestaban y las que me adoraban tanto a mí como a Cannibal Corpse, perpetraban en su contra. Asesinaban. Colocaban bombas y se morían por mi causa. Mi nombre había cruzado fronteras.

Debido a que ya había un rostro circulando, todos estaban al tanto de las personas queriendo hallarme.

No tardó el día en que fui perjudicado.

Habían lanzado una bomba en el patio de mi comunidad. Quedé aturdido pero abrí la puerta de inmediato cuando pensé que la tirarían.

Personas con máscaras jalaron de mi ropa y me lanzaron por las escaleras, dispararon pero

no me habían dado. Yo, al levantarme, corrí y uno de ellos comenzó a seguirme mientras el otro, después de asesinar a una joven, arrastró el cuerpo y un grupo de personas la rodearon para tirar de su cuerpo y desmembrarla a apuñaladas para luego comérsela. Parecía un apocalipsis zombie.

Llegué a donde había más ruido que en cualquier lugar y me colé entre las personas. Era un matadero. Los que defendían la justicia, eran los primeros en asesinar y también eran asesinados. La policía, la guardia civil fue abatida a tiros por unos sujetos que tenían armas. Eran también atacados en manada de caníbales que, seguramente, liderados por Cannibal Corpse, tomaron su ejemplo.

Me detuve.

Intenté respirar, por el momento, nadie me había visto y, al lado de mí, había un callejón por donde habría de quedarme escondido hasta poder volver a mi casa, estaba preocupado por Hyunmi.

Un sujeto intentó robarme la cartera y algo dentro de mí volvió a quebrarse. Le grité. Le perseguí. Le detuve y, montándome sobre él, le golpeé hasta que dejé de sentir las manos y mis nudillos sangraron.

Me separé de él. Lo había matado.

Ya no había aire caliente de respiración que expulsase de su pecho. No obstante, no era momento para ello. Me levanté y traté de huir, entonces escuché una voz que era... familiar.

— ¡Suéltame! ¡S-Socorro! ¡Socorro! — Provenía del callejón.

Tuve el corazón en la garganta, latiendo como una bomba a punto de ser detonada y, cuando me asomé, vi, perfectamente, esa boca que amaba, esos ojos que adoraba y esas lágrimas que empapaban la piel de las mejillas de las que me enamoré.

Me rompí de nuevo.

Cogí una botella de vidrio rota y tomé a ese sujeto que agredía a Park Jimin y lo apuñalé diecisiete veces, con todo el odio que era capaz de sentir.

Jimin sollozaba. Temblaba. Estaba asustado, pero manchado de sangre y con el belfo roto.

Había estado llorando desconsoladamente, había sido agredido con brutalidad y, lo que más me asustó de él fue que... no parecía la misma persona que yo añoraba.

Capítulo 55

Su mirada se mantenía fija en mí y era diferente. Se sentía diferente.

Se clavaban sobre todo mi cuerpo como si fueran dagas, espinas de alguna rosa hermosa y peligrosa; éramos diferente en ese entonces, en aquellos intervalos de segundos que, si bien no eran eternos, lo parecían. Jimin se encogía en sí mismo mientras todo a su alrededor de tornaba de un silencio agotador y fatídico; yo sentía que iba a desmayarme en cualquier momento si él no reaccionaba.

Aunque, ¿de qué manera debería hacerlo? Parecía que no me conocía, estaba totalmente asustado, temblaba y cada temblor era temor. Era como si nos viéramos por primera vez y no en mucho tiempo, sino la primera vez en nuestra vida y aquello me dolió como no podía imaginar que algo hiciera tanto dolor.

La imagen que tenía sobre Jimin estaba desapareciendo, disolviéndose en el aire y haciéndose uno con el oxígeno que luego volvía a respirar, haciéndome entender que jamás podría huir de las marcas que algún Jimin violento y sádico hubo ejercido sobre mí; y yo le miraba, de arriba abajo, con total desilusión pero, al mismo tiempo, amándolo de manera agónica, pues no le podía dejar ir, estaba rehusándome a voltearme y abandonarlo de nuevo como hace dos años — y quien supiera si en realidad lo había hecho en ese tiempo también —. No conocía a ese Park Jimin que tenía las lágrimas de cristal empapándole las mejillas.

Una imagen más clara iba tomando color en mi mente, quizás el principio de una idea: sólo me había fijado en Jimin porque, en cierta parte, era igual que mi hermano.

Yo conocí a Park Jimin de una manera dulce, cercana y tierna. Mi hermano me causaba ternura, pero yo se la había destruido y ahora estaba muerto. ¿Cabía la posibilidad en sólo estuviera yo imaginando todo aquello como algún montaje para expiar mis pecados con respecto a mi hermano menor? Antes de Jimin, pensaba mucho en él y en el castigo que estuviera a mi altura para recibir por su muerte; sin embargo, nada me convencía y lo mejor que se me había ocurrido, fue cortar el problema de raíz antes de que ramifique en más dolor; entonces conocí a Jimin y me salvó.

Quizás yo también cometí todos los delitos que pensaba que eran culpa de Jimin. No me sorprendería, sólo me decepcionaba.

— Yoongi — me dijo, llamándome por mi nombre cuando decidí marcharme e iba volteando para dejarlo en paz. Me volví hacia él con total lentitud casi incrédulo y con el corazón latiendo a mil al oír su voz.

Su mirada había cambiado radicalmente y respiraba de manera acelerada. Me odiaba, pero, de todas maneras, corrió hacia mí y me abrazó como si temiera a perderme.

— ¡Maldito desgraciado! ¡¿Dónde has estado todo este tiempo?! — sus manos arrugaban mi camiseta y sus lágrimas empapaban la tela que cubría mi hombro y yo... yo...

Caí de rodillas mientras lo abrazaba. Mi mente, aquella maldita paranoia me había hecho otra horrible jugada, pero no podía confiar en nada.

— Ji-Jimin-ah... — murmuré mientras lloraba — J-Jimin-ah.. Jimin-ah, Jimin-ah... ¿En verdad eres tú? — pregunté separándolo de mí y palpando su rostro para cerciorarme — ¿Eres tú, Park Jimin?

— ¿Quién sería si no... idiota? — las yemas de mis dedos pulgares se habían empapado por el río en sus mejillas, que eran de sus lágrimas, que brillaban como estrellas y su boca, roja, temblaba al repetir mi nombre, dominando mi alma.

Lo atraje hacia mí.

Quería sentirme vivo.

Bebí de sus labios, el más viejo y dulce vino. Mi lengua, envuelta en un exacerbado deseo, se introdujo dentro de su boca, abriéndose paso entre sus dientes y, aun si hubieran bombas y gritos; tiros y lamentos, todo se oía tan mudó a nuestro alrededor. Nos habíamos centrado en nuestro propio universo, en la creación de nuestras propias galaxias que colisionaron de manera fortuita como consecuencia del sino.

Y pasaba mis manos temblorosas por su espalda, por su cuerpo, por su rostro y su cuello; me enamoraba de él, me hacía sentir vivo; adoraba oír su suave e inocente respiración chocar contra mis labios, cómo se plasmaba su poesía sobre mi piel. Y el hilo de saliva que brillaba con el sol formándose al separarnos, decía, a gritos silenciosos, cuán unidos estábamos en realidad.

Y entonces todo se estaba volviendo claro, como el agua de un río cristalino que tropieza con las piedras que hay debajo de él; yo tropezaba con la verdad que me explicaba su mirada, que me decía que todo estaba bien ahora, que no habría nada que temer, al menos a la mentira que estuve creyendo desde que lo había dejado a su suerte.

— Te amo... — le repetí sollozando en su oído.

Me agarró con más fuerza, su abrazo me había quitado el aire y todos los males que habían

estado golpeándome el cuerpo desde hace tiempo y sólo sabía llorar.

— Pensé que... Pensé que... ¡¡Pensaba que no eras real!! ¡¡Pensaba que me había vuelto loco!! ¡Jimin! ¡Loco! — exclamé completamente desahuciado de mi cordura. Él me sostenía con fuerza, era mi razón.

— Soy real, Yoongi... — susurró — Tan real que puedo tocarte y tú a mí; tan real que ahora puedes besarme y yo puedo tenerte... — me obligó a que le volviera a mirar — Pensé que moría... Cuando desperté y tú no estabas a mi lado. ¿No te había dicho que prefería morir sin ti? Lo había intentado varias veces y no respondías; ni a mis mensajes o llamadas. Pensé que me habías usado y desechado justo cuando yo comenzaba a tomarte aprecio, Min Yoongi... yo...

— Pero te herí... — le dije, él me abrazó más fuerte mientras las bombas sonaban y los gritos se convertían en atroces aullidos escalofriantes — con un puñal y yo... te maté...

— No. No fue con un puñal o un arma de fuego. Simplemente me heriste con tu infidelidad: te marchaste al despertar y no dijiste nada. Te fuiste al alba, huiste de mí... Te busqué y no te hallé. Entonces creí que si dejaba de hacerlo, vendrías a mí. Y lo hiciste.

Se levantó la camiseta, me mostró las marcas recientes de una dentadura y las estrías generadas por la presión ejercida al ser la piel mordida. Me mostró el contorno violáceo y rojo alrededor, era reciente pero al mismo tiempo no. Tenía tonos verdes y marrones, y aún sangre coagulada depositadas en los huecos dejados por los dientes.

— Esto me lo hiciste tú... Cuando fui en tu búsqueda y te hallé. Me dijiste que me amabas y me mostraste los restos del cebo. Me diste un espectáculo, me amaste como yo te amo y te amaré... — Dibujaba rastros con su dedo sobre su delicada y dolorosa piel — Prométeme, Yoongi... que no volverás a dejarme jamás.

Le miraba consternado. Estaba repleto de dudas y, entonces, sólo pude recordar aquel encuentro que creí que no era real.

¿Había sido real?

— ¡Prométemelo, Yoongi! — me volvió a repetir alzando la voz cuando hubo más ruido.

— Lo prometo. — tomé su mano.

Y siempre a lo mismo, siempre tratando de aferrarme a algo; pero a él lo sentía tan real.

No quería morir solo de nuevo.

Jimin sonrió, se secó las lágrimas y jaló de mi mano para huir.

Nos escabullimos entre la multitud. Pasamos entre los manifestantes y por encima de los

cadáveres descuartizados, esquivando a los policías que eran atacados, pero siempre juntos, sin soltar nuestras manos. Sin alejarme de él de nuevo.

Entonces oí los gritos que llamaban aclamando a «Cannibal Corpse». Me detuve.

Por alguna razón, quise ver de quién se trataba si es que era visible; y sí lo fue.

Había un hombre parado sobre un coche y la gente lo rodeaba. Parecía que abría las manos creyéndose el dios de un mundo: este.

Disfrutaba del caos.

Era un joven sujeto, un hombre. De cabello castaño y alto. Parecía tener un porte ejercitado.

Se volteó entonces. Su rostro lo cubría una máscara de pieles humanas, era la forma de un conejo; con orejas largar y los dientes humanos incrustados para que pareciera los delanteros de una liebre.

— ¡Vamos, Yoongi! — me llamó Jimin y tiró nuevamente de mí.

El hombre encima del coche, alabado por todos los psicópatas del séquito que lo seguía, me miró. Se sacó la máscara mostrándome la mitad de su rostro. Estaba tan manchado de sangre.

Sus ojos eran abismos oscuros, donde luz jamás accedería. Su sonrisa era retorcida, era sádica, sin sentido alguno sobre la ética, como si todo el mundo debería girar a su alrededor.

La curvatura de su sonrisa cargaba consigo versos de un despiadado poema, el él, el más vil poeta, me dijo entre líneas que, las páginas de mi libro, estaba incompletas; que acabaría cuando él chssquease los dedos.

Miré a Jimin rápidamente, habíamos desviado y lo perdí de vista. Ahora sólo tenía a Park delante de mí; me miraba a momentos, me sonreía limpiándose el alma.

¿Acaso algo más que poco fue real al lado de él?

Sin embargo, no paraba de pensar en aquel que se hacía llamar «Cannibal Corpse», todo este tiempo había pensado que era Jimin; pero ahora no estaba seguro e improbable resultaba. Jimin estaba conmigo. Jimin daba miedo. Pero no más miedo que él.

Capítulo 56

Había ocurrido hace dos años.

Cuando, a traición, Jimin asesinó a sus tíos y enseñó los cadáveres conservados de sus verdaderos padres a Yoongyu, cuando él todavía creía ser su difunto hermano Yoongi. Min Yoongi.

Jimin había asesinado a alguien más, a parte de a su familia: a un hombre que intentó matar a Yoongyu enviado por Taehyung, como advertencia. Como era natural, Jimin estuvo teniendo una batalla consigo mismo, con Jimseung, si debía dejar a Yoongyu morir o no, o si debía aferrarse para no morir; aun después de todo lo que había pasado dentro de aquella casa.

Jimin había llevado a Yoongyu al hospital. Quiso salvar su vida. ¡Quiso seguir viéndole vivo! ¡Oír su voz y tenerlo consigo!

— Jimin-ah... P-Perdóna... me... — había susurrado Yoongyu antes de que Jimin consiguiera entrar al hospital y gritar por ayuda — T-Te mentí...

— ¡Calla, joder! — exigió quien, en aquella vez, había sido su pareja.

— N-No s-soy... Yoon... gi... — consiguió decirle antes de desmayarse y antes que el joven pudiera ingresar al hospital y gritar por el socorro de los médicos.

Quizás había sido la primera vez— desde que decidió olvidarlo todo — que decidió ser sincero. Quizás porque estaba al borde de la muerte, quizás porque tenía la necesidad, al ver su vida pasar frente a sus ojos, de decirle al hombre que adoraba... la verdad sobre él, esperando a no despertar al día siguiente. Llorando. Llorando por pensar que no podía cumplir la reciente promesa que se habían hecho. ¿Por qué? Porque Jimin también estaba herido, había recibido un balazo en medio del pecho, ¿cómo entonces era capaz de andar? ¿De correr? ¿De hacer todo lo que estuvo a su alcance para salvar su vida? Yoongyu sentía las fibrilaciones, sentía el sobresalto de su cuerpo con las descargas eléctricas y, cuando reaccionó, vio cómo socorrían a Jimin, quien se había desmayado en el baño luego de dejarlo al intentar limpiarse la sangre de su amado en el baño más cercano.

Tan sólo trajeron una camilla cerca, había demasiado movimiento y Yoongyu era incapaz de oír o ver con claridad; pero vio el rostro de Jimin, tan sereno, con los ojos cerrados y

también presencié el acto desesperado de los médicos al tratar de salvar su vida porque no respondía. No había pulso, gritaban que trajeran el desfibrilador para devolvérselo; sin embargo, luego de cortar su camina, de intubarlo, y darle descargas eléctricas. Una, dos, tres veces...

La mano de Jimin colgaba y temblaba cuando su cuerpo era sacudido. Estaba solo a centímetros y Yoongyu recibía suero también, trataban de alejarle de él; no obstante, se aferraba a él, estaba tratando constantemente en tocar su mano, en cogerla... pero no pudo y, llorando en silencio, sólo había podido pensar:

«Oh, Jimin-ah... No puedo alcanzarte...»

....

Me había dicho que lo abandoné. Era algo tan complejo de explicar las sensaciones al tener un poco de certeza respecto a lo había estado creyendo.

Su mano era tan real, podía palparla. Era tan suave, como la recordaba y todo de él me arrastraba a los prohibidos recuerdos que, antes, en la soledad de mi casa, completamente creyente a la mentira que quiso manipular mi vida, me destruían poco a poco pero ahora sólo me hacían sonreír mientras lloraba.

Me detuve por un momento, intenté coger aire y Jimin se detuvo conmigo e intentó cubrirme y ayudarme de nuevo para seguir huyendo.

— Estás tan débil... — dijo él, preocupado.

Tenía razón. Estaba tan débil.

¿Por qué? Porque todo el daño recibido en ese par de años, estaba comenzando a pasarme factura. Ya no sentía las piernas, los pulmones me dolían, pareciera que desvanecería con tanta rapidez sobre el suelo manchado de pólvora y sangre. Un daño más... Sólo un daño más... Y estaría muerto, descansaría en paz.

Jimin cogió las llaves de mi casa, guardadas en el bolsillo de mi pantalón. Había cargado conmigo, nadie estaba a los alrededores pero aún era capaz de oír los gritos y, tan sólo con oírlos, la imagen de Cannibal Corpse se pintaban en mi memoria, me dejaba ausente; me dejaban completamente absorto en mis pensamientos. ¿Por qué alguien como él decidiría

crear un culto en mi nombre?

Me quejé de dolor cuando Jimin me tumbó sobre la cama. Había oído a Hyunmi maullar al apartarse del lugar, me alegraba oírla bien. Me había preocupado de lo que le hubiera podido ocurrir. Jimin me miró, me inspeccionó por todas partes buscando alguna herida, pero no encontró nada y entonces, esperando alguna respuesta, me miró impaciente.

— Estoy cansado — le dije —. Todo esto... lo odio.

— Desde que te fuiste, Yoongi... Quiero hacerte una pregunta y quiero que respondas con total sinceridad.

— Yo también quiero preguntarte algo, Jimin.

Ambos nos habíamos quedado callados por unos instantes, hasta que asintió dejándome formular mi pregunta primero.

— ¿Es lo nuestro real, Jimin? — le cuestioné.

Jimin se quedó mudo, durante los primeros segundos, estaba totalmente confundido y pude notarlo.

— ¿Qué quieres decir? ¿Para ti lo nuestro no es real?

— Quiero saber si definitivamente estás aquí. Si no eres producto de mi retorcida imaginación.

— Yoongi...

— ¡Respóndeme, maldita sea!

— ¡¿Quién te crees que eres para hablarme de esa manera?! — contraatacó.

Yo siempre mantenía escondida una pequeña navaja debajo de mi almohada, estaba paranoico. Pensaba que él podría volver en cualquier momento y temía tanto que me volviera a hacer daño, a mí mismo, y, sin embargo, le hice daño a Jimin.

— ¡Estoy cansado de pensar que todo ha sido una mentira! ¡Que cuando despierte tú no estarás conmigo y tenga que volver a reconstruir mi jodida alma putrefacta porque muero cuando no estás! ¡Muero porque no puedo morir! ¡No quiero vivir de esta manera, Park Jimin...! Ya había aceptado que no eras real... — me acerqué a él y él retrocedía mirando la navaja, yo lloraba y gesticulaba con las manos mi dolor representado — Ya había aceptado que eras parte de mí y ahora... ¿Ahora resulta que sí existes? ¿Que me amas? ¿Pero a quién amas verdaderamente? ¿A mí o... A Yoongi?

— ¿Cómo?

— ¡Responde! ¡¿Estás aquí o no?! — exigí.

Jimin me arrebató la navaja de la mano y se hirió a sí mismo en el muslo; gritó. La sangre había brotado pero no parecía ser demasiado profunda; se la quitó después y me la devolvió.

— ¿Soy lo suficientemente real para ti ahora, Yoongi? — su pierna temblaba, él lo hacía también y respiraba de manera entrecortada.

Yo me acerqué a él y tomé su mano.

No hubo ninguna fricción de rozamiento en los segundos que yacían matándose por que nuestras bocas de besaran lo más rápido posible; y fue él quien volvió a mis brazos y besó mi boca. El vaivén de sus labios me daba el afrodisíaco necesario para volverme loco. Su cuerpo era caliente, el calor tan brusco, tan vivo y necesitado me incitaba a amarlo eternamente.

Él me juró amor eterno. Yo le juré amor eterno.

«Amor...»

Su lengua repasaba la piel de mi cuerpo, de mi pecho, sobre las cerezas de mis pezones y sus dientes reposaban sobre mi piel hasta clavar-se como puñales dolorosos y placenteros; blancos y luego rojos; saliva y luego sangre. Goteaba la hemoglobina de sus labios, yo había gritado.

Jimin me masturbaba, me sentía vivo y completo. Lo veía junto a mí. Sentía el tacto suyo sobre mi piel palpitante y mi cálido miembro erecto. Jimin introducía mi miembro dentro de su boca y su lengua jugaba de manera exótica, bañándome en lujuria, en la necesidad de su cuerpo y la sangre que fui capaz de extraer posterior a sus gritos mientras, de su pecho, le quitaba un trozo de carne; produciendo dolor en aquella zona amoratada que ya tatuaba su piel extendiéndose como virus visible y dañino.

Mi saliva había servido como lubricante cuando se introdujeron dentro de su orificio anal. Él gemía, lo hacía dulce; lo hacía bonito. No había momento donde faltase su melodiosa voz desistiendo de llamar mi nombre o sus manos rodeándome el cuello mientras me besaba y destruía mi cuerpo con sus dientes. Todo se había formado como si fuera un festín malévolo, de audaces y carroñeros cuervos.

Cuero entre mis dientes; cuero entre los suyos. Mi cuero colgando de su boca y su cuerpo colgando de la mía. Yo había masticado lo que decidió poner sobre mis labios y él me arrebató la piel que yo sostenía con mis dientes después.

Habíamos sangrado. Todo a nuestro alrededor estaba tan pintado de carmín que mi boca sólo era una fosa roja, esperando a ser taponada por la lengua de Jimin al volver a

besarme; y lo hizo.

Todo era perfecto, todo era real. Lo amaba. Joder, cómo lo amaba.

Amaba cada parte de él, cada cosa que era. Amaba su forma de amarme, amaba que estuviera enfermo; que pudiera comprenderme aun si la empatía no esté configurada en él.

Jimin me miró después, sonriéndome.

Me había cogido de la mano, tiró de mí, me sacó fuera cuando ya no había gente y la luna se encontraba alta.

— Vamos — me dijo —. Llévame a donde tú quieras...

— ¿A dónde yo quiera?

Donde yo quiera es, básicamente, tenerte entre mis brazos y morir juntos sin que nadie pudiera interponerse en nuestro camino.

Estábamos heridos. La sangre se filtraba por la tela de nuestras camisetas, pareciera que hubiéramos recibido un balazo en el pecho con anterioridad. Pero nada de lo que había visto era real, lo había supuesto en cuanto vi, a través del espejo de la motocicleta, que habíamos atacado a dos personas en conjunto que estaban desfiguradas, sentadas cerca de la otra con un charco de sangre rodeándolas.

Jimin me cogió de la cintura, se sujetó a mí. Sentí el bulto de sus mejillas, estaba sonriendo.

Estábamos manchados de sangre y habíamos tenido sexo con unos cadáveres que nos miraba mientras, en nuestra encerrada psicosis, nunca habíamos entrado en casa y éramos los dos solos.

Conduje la moto. Jimin reía, oía su ligera carcajada galopando sobre el viento que se cernía sobre nosotros al igual que el oscuro cielo.

Se había soltado tan de repente, pero sólo para abrir los brazos y gritar como si hubiera sido libre; volvió a abrazarme poco después y sentí lo mucho que quería aferrarse a mí como yo a él. Sin embargo...

— ¡¡No os movais!!

Detuve la motocicleta. Había una vía cortada en pleno puente.

Realmente, no sabía hacia donde deberíamos haber ido. Lo iba a descubrir conforme siguiéramos un rumbo incierto, pero Jimin tenía puesto el caso, a él no lo habían reconocido.

— ¡Hacia las barandas! — nos exigió.

Bajamos de la motocicleta como nos había pedido y caminamos hacia la orilla de puente.

— ¡¿Lo que lleváis en la camiseta es sangre?! — preguntó con cierta indignación la mujer. Sus compañeros se habían acercado, pero sólo ella nos apuntaba con arma.

— Jimin... — susurré. ¿Desde cuándo todo había tomado un tono tan oscuro? ¿En qué momento nuestra felicidad se había vuelto a arruinar? — quítate el casco pero no la mires — le dije yo cuando la mujer gritó esa petición, Jimin me hizo caso sin haberlo dudado y yo le sonreí.

— Yoongi... ¿Y-Y ahora...?

— Perdóname Jimin-ah, pero sé que tú podrás huir. Tranquilo, yo volveré a ti. Te lo prometo.

Cuando la mujer se acercó para esposarnos, yo me había aprovechado de mi altura y un poco de mi peso, a pesar de que herido me encontrase. Forcejeé con ella hasta acabar quitándole el arma. Le disparé en la cabeza y luego, al ver a Jimin, le volví a sonreír y lo tiré del puente hacia el río.

No había caudal, pero estaba frío. Confiaba en Jimin tanto como en sus ojos se pintaba la confianza que tenía puesta en mí.

Antes de empujarle para salvarlo, leí sus labios. Me dijo: «Te creo». Entonces no opuso resistencia cuando lo empujé.

Maté a una oficial de policía. Maté a los otros dos y recibí una rozadura de bala en el muslo, pero herí a los demás antes de escapar en mi motocicleta.

Me habían visto la cara, estaba perdido. ¿Pero qué en esta jodida vida había yo ganado? ¿Cuándo realmente me había encontrado...?

Capítulo 57

La noticia se había propagado más rápido de lo que yo hubiera creído y esperado. Mi rostro estaba en todas las pantallas de móviles y televisión, me habían identificado como Animal Corpse después de haber huido al matar a una oficial de policía.

Llovía. Hacía frío. Aun si era una putada ver cómo la gente me miraba al pasar cerca de ellos, mi mente estaba centrado en Jimin, en su caída y en lo helado que el agua debería estar; ojalá hubiera salido a tiempo. No era estúpido, había calculado el nivel con la lluvia reciente de esta mañana. El agua habría amortiguado su caída, él debería haber salido, ¡confiaba en él!

Había llegado a mi casa, pero la puerta estaba abierta. No recordaba haberla cerrado, no recordaba siquiera haber estado consciente y los cadáveres que habíamos cercenado con nuestros dientes, aún seguían fuera. Alguien más los vería, a decir verdad, podría pasar desapercibido de no ser porque la gente me ha visto caminar hacia aquí, de esa manera, no será culpa del tal Cannibal Corpse, sino mía.

— ¡Hyunmi! ¡Hyunmi! — la llamé. Había hecho sonidos con los labios para llamar su atención, hasta que llegó y yo me eché sobre el sofá y la tuve cerca de mí.

Estaba temblando, tenía frío pero me era imposible levantarme y cambiarme de ropa o simplemente tratar de secarme, estaba cansado. Mi cuerpo no daba más; se había descompuesto camino aquí y el dolor muscular de las piernas y los brazos estaban matándome. Cualquier herida que cubriera zonas de mi cuerpo, me dolía como el infierno. Las que tenían años allí de igual manera, las cicatrices que mis padres me dejaron y el propio Jimin, las veces que he sobrevivido también.

Hyunmi no hacía ruido, era tan mimosa y callada. Sólo se limitó a seguir durmiendo muy cerca de mí proporcionándome su calor corporal, aun si fuera tan pequeña. Me quedé dormido.

Comencé a visualizar un sueño, un extraño sueño.

Había fuego frente a mí, pero no era cálido como los besos de Jimin sino ardiente, y oía el crujir de unos huesos y veía la carne de alguien derretirse como si fuera cera; oía los gritos femeninos de una mujer. Entonces la recordé: Lee Hana.

Ese día era. Lo sabía y lo sentí. Pero no podía moverme, me costaba respirar. Sentía que alguien más me observaba pero, cuando logré voltearme, no había nadie.

Me vi a mí mismo después pero, por alguna razón, no podía sorprenderme sobre ello. Me había parecido hasta usual.

Y yo caminaba desorientado. Conduje el coche de Lee Hana y llegué hasta una casa, me había detenido justo en frente. Abrí la puerta como si fuera mi casa, pero no podía entrar;

por lo tanto, llamé a la puerta y alguien me abrió poco después.

— ¿Quién es usted? — me preguntó. No reconocía su voz, pero me sonaba de algo. Tampoco podía verle la cara.

Le había apuñalado tres veces hasta arrastrarlo dentro de su casa, el muchacho gritó por el dolor e intentó zafarse de mí y aún así podía ver su rostro. El cuchillo bañado en sangre brillaba, pero esa casa no era la de Jimin como yo recordaba y yo sólo salí de ahí pero luego me detuve, pero no sabía por qué.

Sentí que alguien entró a mi casa.

Estaba tan adolorido, estaba medio muerto.

Definitivamente estaba llegando a... ¿mi límite? Pensaba que el límite se encontraba en la vejez, cuando todo mi cuerpo era frágil y mi memoria comenzaba a fallar.

Veía a Jimin en una silueta que se hacía más cognoscible ante mis ojos. La textura de los tonos fríos de mi habitación, se apoderaban de su rostro. Jimin se acercaba a mí; anteriormente, había entrado al baño. Había recogido los trozos de vidrio manchados con sangre seca, aquellos que no había recogido en un buen tiempo porque odiaba reflejarme en los pedazos de la espejo. Supuse que había ido a por el botiquín, por algo que hiciera que no se infectara la herida en mi pecho. Me curó. Me curó con ternura, el valor frío de su mojado cuerpo se arraigaba a mí. Iluminaba mi oscura alma con su tenue oscuridad; me miraba algunas veces, soplaba las carne viva y luego tapó las marcas de sus dientes con las vendas y la gasa.

— Perdóname, Jimin-ah... — le dije yo, con mi voz ronca, con mis párpados cansados que en cualquier momento desistirían de mis órdenes y se cerrarían, quizás (y esperaba que sí) para siempre — no soy quien tú creías que era...

Él se detuvo.

Ya me había curado, en ese momento él estaba curando la suya; pero no me miró.

— Min Yoongyu, ¿no? — cuestionó tan de repente, echando aquel asqueroso nombre como si ya lo supiera — Lo sé, Yoongi... Lo sé. Pero no es algo que me incumba, no considero aquello una mentira, puedes estar tranquilo.

— ¿De-desde cuándo...? — mis ojos brillaron por el cúmulo de lágrimas que se habían formado.

— Desde que me dijiste, en el hospital, que no podías alcanzarme — me tomó de la mano y por fin me miró —. No te preocupes, Yoongi... En caso de que tú no puedas alcanzarme, yo me arrastraré hacia ti. Yo te alcanzaré... como lo hice ese día.

Sollocé. Sollocé y me lamenté en silencio.

Dejé que me cogiera y me cargara a sus espaldas, y lloré sobre su hombro mientras corría conmigo sobre él.

Yo no podía caminar. No sentía las piernas. Recordaba el primer atropello y el hecho de haberme quedado cojo durante meses hasta aprender a lidiar con el dolor, y de eso se trataba: de haber soportado el dolor que luego me pasaría factura en mi lecho de muerte.

La lluvia era violenta. Azotaba con demasiada rabia al pavimento.

No había personas, no habían coches en las carreteras. Sólo oía truenos y Hyunmi se escondía en mi bolsillo, estaba también empapada, pero Jimin me había jurado llegar a su casa tan rápido como pudiera para que ella no muriera, pues se había fijado que me importaba.

Yo tenía calor, pero estaba temblando. Tenía fiebre. Estaba tan enfermo y, la visión que tuve de mí mismo al pasar por un escaparate y reflejarme, sólo había aclarado mis dudas: era un cadáver.

Parecía un cadáver. Uno podrido, putrefacto y lleno de larvas que comían todo lo que ya no servía.

Jimin cargó conmigo incluso al subir por las escaleras de incendio, y yo oía su respiración tan pesada y sentía que sus energías se agotaban. Pero si intentaba caminar, desfallecería. Me sentía como si fuera un muñeco de trapo, uno sin uso, inservible; y pensé... ¿Por qué Jimin querría a un muñeco tan descompuesto como yo?

— Abrígate con esto... — me dijo Jimin cuando ya estábamos dentro de su hogar. Había encendido la calefacción, me había arropado y me dio algo caliente (café) para recuperar el calor corporal cuando ni siquiera él se había quitado la ropa mojada y, en vez de hacerlo, me dio de su ropa y le dio a Hyunmi un sitio donde refocilarse en el calor.

Le di un sorbo al café. Era dulce, me encantaba... Pero no merecía tanto como esto.

Miré a Jimin. Los mechones de su pelo se pegaban a su rostro, su piel estaba pálida y sus labios morados. Él estaba tan frío que temía que le fuera a dar hipotermia. Quería decirle que se cambiara, que bebiera él el café y se arropara. Pero sólo podía llorar ante su tacto y su calor, cuando me tocaba la piel, cuando acariciaba mis mejillas y me sonreía.

— Un día desperté en el hospital. Lo primero que me habían cuestionado eran las modificaciones dentales, a lo que contesté: "mis padres abusaban de mí, ellos me hicieron esto cuando era muy pequeño." En parte, era verdad... Y yo sólo preguntaba por ti, pero ellos me dijeron que te habías ido, hace una semana. El tiempo en que permanecí inconsciente. Me dijeron que te quedaste conmigo los dos primeros días y llorabas ante mi cama, pero luego dejaste de venir. Ni siquiera volviste para quitarle los puntos del balazo —

él me destapó un poco y, por debajo de mi playera, pasó su mano hasta subirla y hallar la cicatriz que la bala me había dejado, pero no era tan notoria, no como la que tenía en la espalda, la herida de entrada —. Y yo te esperé. Te esperé y te esperé, pero nunca apareciste. Decidí suicidarme porque creí que te habías olvidado de mí, que me habías utilizado en venganza cuando fui yo quien comenzaba a abrirte mi corazón; no obstante, cuando oí de los asesintos en masa, sabía que aún estabas esperándome y debía ser yo quien te hallara... Oí cómo pedías ayuda...

Bien podía sentir el desgarró de mi alma, el cómo era pisoteada una vez más. Me creí indestructible, pero soy más vulnerable que una hoja de otoño delicada que se posa sobre las veredas húmedas diurnas.

— Entonces... — susurré llorando — ¿A quién hice daño esa vez? — estaba claro que Jimin no había sido. Él tenía una cicatriz visible en el pecho, por aquel disparo y con certeza sobre lo que acontecía, me dije a mí mismo que mi delirio había comenzado ese día. — ¿A quién he apuñalado y socorrido? ¡¿A quién?! A no ser que... ¿también había sido eso mentira? — me sequé las lágrimas, Jimin sólo se abstenía a mirarme.

Estaba comprendiéndolo y, de todas aquellas imágenes que había creído con total fidelidad, se dispersaban como humo en el aire.

Todo lo que creía había sido mentira.

Nunca fui víctima de nadie más que de mí mismo. Mi cabeza jugó conmigo y me acabó. ¿Violaciones? No. Nada de violaciones, aquello era una forma cruel de demostrarme cuanto daño a mi hermano le había hecho en el pasado porque aún me sentía culpable por su muerte. ¿Golpes? ¿Insultos? Era producto de las alucinaciones por los estupefacientes que consumía para que actuaran de placebo, creía que, entonces, el ardor en mi cuerpo cuando era agredido por "Yoongyu", no me dolería y sólo era yo convenciéndome que la culpa ya había dejado de ser mía.

Cuando fui a encontrarme con Yoongyu, sólo había sido yo, en algún episodio psicótico. Cuando creí que Jimin llegaría, sólo había sido yo, viendo lo que no era. Y yo recibía mensajes de mí mismo en el móvil que era de Jimin al habérselo robado cuando salí del hospital, entonces... sí. Había creído que era él. Que estaba enfadado y quería explicaciones y, por eso, me mandé el mensaje de "cambio de cita" a mi otro móvil y fui allí creyéndome Park Jimin, enfadado conmigo mismo.

Como sabía que Jimin era consciente de la existencia de mi hermano, me inventé algo oscuro, algo parecido a Yoongi. Sin cicatrices en el labio, con un toque astuto, malvado y rebelde, como si estuviera enfurecido conmigo por todo el daño que le había hecho; entonces, esa noche, me lo había pagado. Y mi mente, tan maquiavélica, propició un delirio horrible donde me violaban en un lugar desolado luego de que hubiera imaginado a Jimin marcharse.

Lloraba, lloraba y lloraba...

Hasta que luego me senté. Me recosté por algún pilar y susurré sus últimas palabras: "Siempre estaremos juntos".

Aquella noche de pasión, donde me hizo suyo y yo le hice mío también había sido mentira.

Todo había sido mentira desde que dejé salir a mi peor demonio: Min Yoongyu.

Luego me paré. Caminé sin rumbo. Asesiné a Lee Hana porque había descubierto su jodido plagio al no haberme podido separar de Jimin y seguí acosándolo desde la lejanía. La quemé. Adoré verla arder como el demonio que era, y entonces... entonces me subí al coche, llegué a cierto lugar y maté a alguien siendo "Yoongyu" quien odiaba a Park Jimin y luego, aún desorientado, volví a ser yo y ayudé a esa persona.

Y ella era la única que conocía mi verdadero rostro después de Jimin.

— Yo lo maté... — murmuré herido. Presioné la tasa y mis lágrimas salieron seguidas de un alarido doloroso de mi garganta — yo maté a Copito...

Odiaba ser yo. Siempre lo odié, pero no me asustaba.

Ahora me horrorizaba despertar otro día más en el mismo cuerpo, en la misma conciencia y en la misma vida.

Daba miedo ser como yo.

Capítulo 58

Soñaba con alguien que olía a podrido y tocaba el piano. No. No era un piano, era un órgano y la melodía era fúnebre, un réquiem.

Oía la melodía lejana y un gran telón blanco se levantaba dejándome ver a mi propio cadáver tocando una última sonata a su vida. Y lucía tan horrible como el cuerpo putrefacto

que solía ver de Jimin; y yo tocaba lo que, cuando era niño, me hacía feliz.

La última tecla había sonado tan fuerte, creó un eco y yo desperté de mi sueño.

No reconocí el techo ni el aroma de la habitación, el color ni la textura del sofá donde me encontraba durmiendo; no obstante, recordé vagamente y con un dolor intenso de cabeza lo que había ocurrido anoche.

Sentí un golpe repentino en mi corazón al recordar lo que reflexioné. Todas las mentiras que mi vil mente —que no era más que yo mismo — había creado, encerrándose en una burbuja que no podía reventar porque era demasiado gruesa y, si lo hacía, caería a un vacío infinito de depresión y sinsentido.

Recordé a Jimin.

— ¿Jimin? — lo busqué por toda la habitación, pero aún me costaba levantarme, sólo por un momento. — ¿Jimin-ah?

Lo llamé y no contestó. Definitivamente, el miedo al pensar que, tal vez y sólo tal vez, había vuelto a delirar y crear su existencia en mi memoria podrida para dejar de sentirme miserable.

No quería, no quería, ¡no!

— ¡Jimin! — lo llamé envuelto en lágrimas.

La puerta se abrió y el apareció con el semblante preocupado y aturdido.

— ¿Qué pasa? — me preguntó exaltado.

Cuando lo vi, mi acelerado corazón me incitó a levantarme. Me tiró del sofá y yo corrí hacia él tropezando con su cuerpo palpable, tangible y cálido. Lo abracé. Lo acerqué contra mi pecho y me quedé allí hasta convencerme de que él estaba allí y no había sido producto de mi retorcida imaginación tratando de jugármela anoche.

— Estás aquí... — le dije, temblando, actuando temeroso. Muriendo cuando recordaba mis pensamientos acerca de su nula existencia.

Jimin me correspondió el abrazo nuevamente.

— Claro que estoy aquí, Yoongi-yah — su voz me calmaba... —. Y el desayuno está listo.

....

Ese día había comenzado bien. Jimin me platicó de lo que había ocurrido en su vida, ahora trabajaba para una editorial como corrector.

— Yoongi — me dijo cuando notó que no había tocado el té que me había preparado — ¿Recuerdas lo que me habías pedido?

Me preguntó mirándome casi con desconfianza, quizás pensaba que no lo recordaría, pero aquella mención consiguió que sonriera en todo lo que llevaba de día y tiempo con él.

— Mi poema, Jimin-ah... ¿Lo has acabado?

Sus ojos brillaron como dos diamantes bajo el sol. Rápidamente sonrió mostrándome sus dientes, pero no los reales ya que se había puesto el otro paladar para ir a trabajar.

— No está terminado, me ha costado cuando ya no estabas a mi lado — me dijo. Sacó un papel doblado en cuatro partes y lo extendió hasta mí —. Pero es lo que he podido hacer, Yoongi... Espero que sea de tu agrado.

Tomé el papel, él se levantó para recoger los recipientes; pero se detuvo para decirme algo antes:

— No lo leas ahora, me da vergüenza —lo dijo en un tono serio—. Por favor, sólo ábrelo cuando me haya ido.

Jimin, además, me había hablado de él también. De su pasado. Sus padres le habían maltratado, no era algo que ha no supiera y, como me lo había mencionado anoche, ellos también fueron culpables de esos dientes que tenía ahora; Jimin, en venganza, los había asesinado con ellos.

Yo también le conté mi historia, pero parece rehusarse a llamarme por mi nombre real. Me dijo que no importaba cómo me llamara o cómo decidiera llamarme, eso no cambiaba la persona que era.

Me contó de los disturbios con el "Cannibal Corpse". Me comentó que él también recibió mensajes extraños. Que él también recibió una carta, pero, en vez de ser una como la mía, de un fan obsesivo y trastornado, a él le llegó una de amenaza.

Ya no la conservaba, no le había tomado importancia a ello. Yo no sentía especial miedo por la amenaza en sí, sino por el tipo de persona que podía llegar a ser ese imitador. Ya que,

¿crear un culto en mi nombre para adorarme? No. Ese culto era para él, él era el dios que me utilizaba para hundirme. No me quería, lo sabía y lo intuía.

Jimin se marchó a trabajar.

Aproveché para mirar su casa, la nueva en donde vivía y todo me parecía tan familiar, como si ya hubiera estado allí antes. Mi mente creaba escenarios donde yo estaba. Reconocía su cama, su habitación, la puerta del sótano y el pasillo; la cocina y el baño. Todo estaba tan en orden, mis recuerdos se ordenaron tan de repente. Pero aún no sabía por qué había acabado en una casa equivocada la última vez.

Tampoco sabía de quién había sido la casa que había sido la escena de un crimen.

Intenté no darle demasiadas vueltas a eso. Sólo me acerqué hacia la mesa de nuevo, pues había abierto la nevera para confirmar una cosa —y, en efecto, había demasiada carne cruda. La nevera estaba repleta de ella, pero supe que era de animal —; cojeaba. Me dolía todo el cuerpo, parecía que perdí tantos años en mi vida. Cogí el papel doblado en cuatro partes y decidí leer el poema.

Las lágrimas saltaron cuando leí el primer verso.

«Tus ojos son hoyos oscuros...»

Mis labios temblaron.

«Que miran dentro de mí.
Penetrantes espinas,
punzantes dagas de ti.»

No había más que cinco estrofas, mis manos arrugaban el papel y yo lloraba.

«Estoy, desde que os conocí,
atado a vuestra existencia.
Pintado sobre vos soy
y calado en mí sois...»

Ah, me sentía amado. Amado por las palabras de un hombre que yo también amaba.

«En mis huesos,
en mi piel,
en mi sangre...»

«Y dadas las penumbras de mi ser,
que claman el dolor de vuestro ver,
pues ya no veo si no sois vos,
ya no siento si no es por vos.»

«Y vuestra boca llama a la mía,
y mis labios besan los vuestros
enrollándose en perfecta simetría.»

Acababa ahí.

Cada verso escrito tenía tinta y trazo diferente, habían sido escritas con lapsos de tiempos distintos y luego dejó de ser escrita.

Tomé un bolígrafo, estaba feliz. Algo en mi interior lloraba de felicidad y recordé que yo también quería ser como Jimin, un escritor.

Realmente, no era necesario graduarse de filología, saber de literatura, publicar un libro y ser famoso para ser un escritor; bastaba con escribir y expresar los sentimientos a través de la escritura y amar lo que se redacta. Eso yo no lo sabía cuándo mis padres destruyeron mis sueños, pero amando a Jimin lo comprendí. Me tomé la libertad de completar el poema.

— Ah, qué patético te ves... Yoongi — oí una horrible voz que sonaba tan ida.

Oía el despegue de algo, los horribles cuchicheos muy cerca de mis oídos y quise evitar seguir oyéndolos; sin embargo, fui obligado a levantar la mirada.

El cadáver, el horrible fantasma de Jimin estaba frente a mí. Ya casi no tenía la piel y se pegaba a su cráneo como si fuera momia.

— Cállate... — mascullé, pero lo cierto era que no tenía tanta valentía frente a aquello que me sonrió con descaro.

— Estás engañándote de nuevo. Tu lugar no está aquí, debes ir a por él... Debes hallarlo — me dijo.

Todo a mi alrededor se sintió frío, se vio gris, opaco. Los matices tristes bañaron mi vida nuevamente.

No...

— ¡Levántate, Min Yoongyu! ¡Mátalos! ¡Están burlándose de ti! No los has dejado lo suficientemente muertos... ¡Ve! ¡Mátalos, mátalos! — me hablaba con prepotencia y yo sólo temblaba.

Jimin había tomado sus medicinas antes de irse, necesitaba tomarlas. Pero caí cuando intenté ponerme de pie.

— Eres un inútil, Min Yoongyu... Has matado a tu hermano y te has atado a ti mismo a un sujeto que ni siquiera te ama, ¿qué te ha ocurrido? Sólo eres un fracasado que ni siquiera

tenía verdaderas aspiraciones en la vida, ¡no mereces llamarte "Min Yoongi"! ¡Eres una escoria!

— ¡No soy una escoria! — tomé impulso y corrí hasta la puerta, pero estaba cerrada con llave.

— ¡Lo eres! Sólo sirves para hacer daño a la gente, ¡por eso sólo sabes matar! Jimin no es real, ¡el único Jimin que estás viendo soy yo y por eso debes encontrarme!

— Tú... ¡estás podrido, eres horrible! — comencé a gritar y llorar.

— Soy tú. Soy tu maldita conciencia personificada, ¡como yo me veo es como tú te ves por dentro! — sentí su áspero y frío tacto y lloré aún más.

— ¡No! ¡Por favor, déjame en paz! ¡Por favor, por favor! — traté de huir, pero su infernal voz me detuvo como si hubiera ejecutado un mandato sobre mí.

— No puedes escapar de mí, de ti mismo... Estás hecho para ser un monstruo, eres un monstruo. ¡Mata!

Oía la risa de aquel sujeto. Retumbaba por el solitario pasillo y yo temía que me alcanzara y me despertara como la última vez. ¡Este sueño, donde Jimin y yo estamos juntos, es hermoso! ¡No quisiera despertar!

— ¡Yoongi, corre! ¡Vamos! ¡Cometer un crimen te llevará hasta él!

— ¡No sé de quién me hablas!

— Lo sabrás. — y llegó a mí, me tocó y volví a dormir.

Lo peor de todo es que yo sabía lo que ocurriría si me mantenía inconsciente y todos mis temores se confirmaron cuando, al despertar, estaba en un lugar oscuro y que desconocía. Había un cadáver frente a mí y yo sostenía un martillo con carne humana, piel y pelo adheridos a éste.

Había matado a alguien.

Me encontraba exhausto, cansado. Me dolían los brazos, pero no por las secuelas sino por el cansancio. Le había destrozado el cráneo y las muelas blancas se bañaron en el puré sangriento que se formó en su boca a simple vista, con la lengua descansando sobre el jugo de la sangre. No tenía cabeza. Los globos oculares saltaban, reposaban sobre la masa cerebral y la hemoglobina roja y repugnante había manchado mi ropa, mi rostro...

Solté el martillo.

Retrocedí sobre mis pasos y lloraba.

Mi boca tenía un fuerte sabor a metal. Había pelo entre mis dientes y cuero crudo que me provocaron arcadas. Me incliné hacia adelante sosteniendo mi estómago como si se fuera a caer, pero sólo había dolor dentro de mí y mi llanto se escapó en un alarido. Estaba tan harto de no poder controlarme, de no saber qué era real, qué no... ¡Estaba harto de vivir! ¡Estaba harto de odiarme, de querer morir porque no podía seguir en este cuerpo y viendo éste rostro! Y no porque era yo, sino porque era el estigma de mi culpa, de mi pecado.

— ¿Ves cómo eres? No puedes resistir a hacer daño a los demás... — me dijo aquel sujeto horrible.

Ya había anochecido. Ya la luna estaba en su máximo esplendor y yo no tenía idea de dónde estaba, qué había hecho y, lo peor, me di cuenta de lo grsveneo descuidado que había sido.

— Eres un monstruo y te odias. Deberías suicidarte, deberías cortarte el cuello o las venas; deberías sufrir de una manera cruel por tanto daño que has ocasionado — me decís cuando se acercaba más —. ¡Ahora, vete! ¡Encuéntrame, Min Yoongyu! Muérete cavando mi tumba y encuéntrame.

Salí corriendo. Estaba llorando, corría sin hallar salvación. La sangre aún estaba fresca, se pegaba la tela a mi piel.

No podía respirar y me detuve de repente, pero oí la voz de un hombre gritarme. Era un oficial de policía, me había tomado desprevenido al verme en aquel estado.

Joder, soy tan estúpido.

— ¡Las manos detrás de la nuca! ¡Ya!

¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! Me han cogido...

— He cometido un error... — susurré al oír los pasos de aquel hombre acercarse a mí.

Levanté la vista, el cadáver con apariencia de Jimin me miraba, esperándome.

«He... cometido un error...»

....

Jimin había vuelto a casa y notó que su puerta había sido forzada.

Se adentró y notó que todo estaba tan oscuro.

— ¿Yoongi? — llamó al chico, pero no recibió respuesta.

Desesperado, lo buscó por todas partes y no lo halló. Cogió las llaves de la motocicleta de nuevo y volvió a salir, preocupado, en su búsqueda. Esperaba que no le hubiera pasado nada malo...

Capítulo 59

Se había acercado a mí para colocarme las esposas; sin embargo, yo había perdido el sentido en ese momento. Me sentí tan a la deriva; como si alguien hubiera lanzado un bomba y esta hubiese explotado tan cerca de mí como para dejarme secuelas de sordera de por vida.

No sentía mi cuerpo. Mis párpados estaban abandonando su postura y parecía que, en cualquier instante, caería al suelo desmayado. Y, ¿por qué? Porque había cometido un error. Me habían atrapado, lo habían hecho hace unos días atrás; no obstante, jamás me habría imaginado que sería de esta manera tan tonta y fácil.

Me tomó de la muñeca y la bajó para poder colocarme las esposas, pero, de repente... Sentí y oí el sonido pitante en mis oídos que me dejaban sordo.

Lo golpeé en la nariz con mi codo y las esposas se le habían caído. Él tomó el alma, pero yo me había abalanzado pensando que podría con alguien que estaba entrenado. Forcejeé, pero estaba débil. Me dolía todo el cuerpo y él había colocado su rodilla sobre mis costillas y ejercido presión sobre estas; dejé escapar un alarido de dolor cuando, en mi boca, sentí el sabor metálico de mi propia sangre y vi al sujeto tratando de meterme un tiro en medio del entrecejo.

Fue ahí, en aquel momento, cuando alguien lo había cogido de la ropa y lanzado a un costado para dejarme respirar con libertad. No le vi el rostro, él se había lanzado encima del oficial. Luchó. Luchó por mí y yo había estado tratando de ponerme en pie.

El sonido de dos disparos produjeron una exaltación en mí y rápidamente me volteé. Era... Era él, de nuevo.

Sus ojos oscuros me miraban; eran los míos. Su boca, con la cicatriz en el labio, temblaba al verme; eran la mía, era el mío. Su desordenado cabello, azabache como la misma noche, yacía desordenado; como el mío.

— Tú... — lo llamé, tratando de acercármele y, a medida que lo hacía, todas esas características mías iban desapareciendo. Y, entonces, el demonio que yo había creado, que yo había llamado por mí nombre y que me violaba, golpeaba e insultaba, ahora no era nadie más que mi propio hermano menor y sabía que era una alucinación mía, porque estaba vestido como la última vez que lo vi con vida.

No me habló, no dijo algo ni dio indicios de que estuviera escuchándome.

Apoyé mi mano sobre su pecho y estaba tan frío, su corazón no latía. No había vida dentro de él, pero sus ojos, ¡oh, sus ojos...! Ellos brillaban aún, pero luego me di cuenta que eran por las lágrimas que escaparon de sus orbes.

— ¡Perdóname! — Grité — ¡Perdóname, Yoongi! ¡Perdóname, perdóname, perdóname! — ¿Por qué estaba gritando a algo que no estaba presente?

Me arrodillé frente a él, como si fuera un feligrés y él un Dios al que debía pedir clemencia por todos mis pecados. Y me bañé en mi desolada alma, que me abrazó y abrasó. Sentí el ardor de la culpa, y entonces... Entonces...

— Perdónate a ti mismo, Yoongyu... — oí que me dijo, pero simplemente era yo quien tenía la misma voz que él; no obstante, me daba tanta calma oír su voz de nuevo — Yo, en serio, no tengo nada que perdonar... Hyung.

Me levanté del suelo y lo abracé. ¡Sentí su cuerpo físico! Me helaba la sangre, la piel... El fuego y la culpa retrocedía y la lluvia de lágrimas dentro de mí, por fin había escampado. Sin embargo, caí de nuevo cuando sentí que había desaparecido y me hallé solo de nuevo y adolorido.

No fue demasiado, pero... Por fin había logrado perdonarme un poco. Por fin el peso se hacía más liviano, pero aún quedaba camino por recorrer.

Me dolía la pierna. Había sangre que chorreaba y mi muslo temblaba. Yo sostenía el arma de fuego y, claro, había sido yo también quien asesinó a ese oficial.

El primer disparo que había sonado, me hirió la pierna; el segundo, lo mató a él atravesando la tierna piel de su cuello.

Cojeaba.

Cojeaba al caminar. Temblaba y sudaba, el frío recorrió mi espina dorsal. Pero la gente ya me había visto, se encerraron en las tiendas de conveniencia al verme y me dejaron ir; seguramente ya habían llamado a emergencias.

Conocía éste lugar. Jimin me había traído por aquí anoche. Ahora también lo era pero no llovía.

Llegué a su casa, subí por las escaleras de incendio y me metí por la ventana después de romperla.

— ¡J-Jimin-ah...! — grité. Estaba tan ofuscado y aturdido, juraría que la fiebre me había vuelto a subir — ¡Jimin-ah! — volví a llamarlo, pero no había nadie dentro y lloré.

Me eché al suelo y grité, golpeé el piso y me regocijé en la desesperación. ¡Estaba tan cansado de que todo sea mentira! ¡¿Qué parte de mi maldita vida era real?!

Llegó la salvación a mí. Tan sólo cuando levanté la vista, hallé a Hyunmi y la cogí entre mis brazos. Ella escaló por mi ropa y se colocó en mi hombro.

Veía las sirenas de la policía, las oía también.

— Debes encontrarme — la voz de aquel Jimin horrible volvió a hablarme y yo sólo me detuve y tapé mis oídos, no quería oírlo.

— ¡Cállate! — le exigí.

Estaba tan asustado. Volví a salir por la ventana que había roto y salté desde los tres últimos escalones de la escalera de incendios. Me había dolido en demasía, sentí como una punzada infernal; pero logré huir.

Me mantuve por la sombra y caminé cubriéndome la cabeza con una capucha. Intentaba caminar con normalidad, pero dolía.

El único lugar que se me ocurría para esconderme, era la carnicería. Pero me encontré con una patrulla dentro y, finalmente, desistí de hacerlo. Desvié mi rumbo y seguí caminando hasta que aceleré el paso y terminé en la casa. Aquella casa. Donde habían cintas de las escenas del crimen y charcos de sangre totalmente seco y adherido al suelo.

No había nadie. Todo estaba sumergido en un caótico silencio...

»Alguien me había abierto la puerta de una casa como esta. Alguien me recibió y,

confundido, me observó hace dos años atrás.

Levantó la voz cuando yo levanté el cuchillo, intentó detenerme, incluso había puestos los brazos a la altura de su rostro en defensa. Pero yo me sentí más fuerte que él.

Lo apuñalé.

Lo apuñalé una vez, luego dos y tres más. Repetía con ira y resentimiento que Yoongi era mío y que él no debería interferir.

Como era natural, yo no estaba en mí mismo. Por alguna razón, me había vuelto completamente ajeno de mí, de mis principios y herí a alguien que creí que se trataba de Jimin; pero su cabello castaño y esos ojos oscuros; sus labios finos y esos dientes blancos que mordía su belfo para soportar el dolor; aquella nariz un poco más grande que la de Jimin y esos brazos más gruesos que los de él; la altura y su voz, que no sonaba como un terciopelo, me dieron la pista que no recibí en aquel momento.

— H-Hyung... — musitó él cuando yo saqué el cuchillo de su abdomen, se revolcaba en el suelo y gritaba por el dolor. La sangre formaba un charco demasiado rápido — ¡H-Hyung...! — gritó.

Me había detenido y regresé en mí mismo en ese momento, quise socorrerlo pero él me gritaba cuánto me odiaba y que sabía quien era. Me dijo que me mataría.

— J-Jeonghyung... — susurró antes de, definitivamente, perder el conocimiento. — yo... y-yo... ¡m-me vengaré...! — Escupió en mi rostro y no se movió más.

Yo no estaba en mí, estaba tan fuera. En otra órbita y oía voces que no eran, oía palabras que no eran y veía el rostro que no era.

Sentía el pulso, veía su pecho aún moverse y lo llevé a un hospital.

Eso fue lo que había pasado aquella vez.»

....

El joven se había quitado el abrigo del smoking que traía. Le gustaba lucir bien.

Olía a perfume caro, era lo único que olía bien y se veía bien. Los cadáveres a su alrededor y las personas que se veían tan pordioseras que estaban devorando lo que restaba del cuerpo de la ex novia de Park Jimin y los demás cadáveres que habían logrado robar del depósito de Min Yoongi —y, por si fuera poco, llamaron a la policía y dejaron una nota donde decía, explícitamente, quién lo había ocasionado—, lo miraron, pero no hicieron mucho caso ya que, él, les había dicho con tan sólo una mirada que ellos podían seguir en los suyos.

Llegó una persona a entregarle una copa de vino.

— En estos momentos, seguramente, estarán arrestando a Min Yoongi — avisó. No le molestaba oír los sonidos obscenos de aquellas mordidas y desmembramiento; o, quizás, el sonido del coágulo de sangre caer al suelo —. La pena que recibirá, será de muerte. ¡Muchacho! Estad al pendiente y preparaos... La cacería apenas ha logrado comenzar.

Capítulo 60

» La esquizofrenia no puede entenderse sin comprender la desesperación. «

Olía a humedad.

El suelo de madera rechinaba bajo mis pies y el silencio era tan ruidoso. Podía sentir el frío calar en mis huesos y la incertidumbre envolverme. Sentía, además, el peso de Hyunmi estaba en mi hombro, ella temblaba. Tenía frío pero no podía hacer nada para proporcionarle calor.

— Yoongi-yah — oí la voz de él nuevamente. Di un respingo y me volteé para verlo.

La oscuridad lo bañaba, daba tanto miedo y su rostro estaba desfigurado. Veía la silueta de su piel caer por los lados con los débiles hilos de sangre que quedaba como si fuera pegamento. No era capaz de verle a detalle, y prefería aquello.

— Encuentra mi cuerpo, por favor. — me pidió. Su voz, entonces, no sonó tan aterradora

como antes lo hacía. Sino que fue calmada, como una ligera sonata en un tibio atardecer. Tan serena, parecía que sólo estaba esperando a que yo volviera a aquella casa para hacer lo que estaba pidiéndome.

Yo siempre traté de ignorar sus mandatos. Había vivido dos años con él susurrando cosas a mis oídos; no obstante, llegué a dónde él quería y estaba a punto de hacer lo que me mandaba.

Caminé y él me siguió. Me dirigió como si fuera una marioneta hasta el patio trasero, había tierra removida. Tenía años, parecía que jamás se había cubierto y sólo el viento y las tormentas hicieron el trabajo por la persona que había cavado esa tumba.

Miré de reojo a aquel fantasma. Noté cómo la luz de la luna dibujaba un fino contorno blanco a su alrededor; él me señaló al agujero y yo acaté su orden sin que me lo hubiera dicho. Quería que desenterrara, que volviera yo a cavar ese agujero.

No supe por qué, pero sabía dónde se encontraba la pala polvorienta y no estaba tan lejos de mí como había pensado.

Parecía que ya había estado ahí.

Tomé la pala y me aferré a ella vacilando al principio; pero luego comencé a cavar mientras el fantasma de Jimin me miraba hacerlo. Había demasiada profundidad y yo me había equivocado, en parte: era verdad que el hoyo no se había tapado en un tiempo, pero también era cierto que la naturaleza había hecho lo suyo y me dolieron los brazos mientras los hacía. Sudaba. Entonces contra algo duro cuando la pala tocó fondo.

Me incliné y sólo palpé tela, o lo que parecía y quedaba de ella. Estaba sucia y, lo que venía a continuación, me aceleró el corazón.

La tela cargaba con algo que tenía peso. No supe qué era en ese momento, pero tiré hacia arriba; cuando aquello salió del agujero, yo tropecé y el cadáver que había exhumado, cayó sobre mí.

Pegué un grito y lo aparté.

Las gotas de lluvia comenzaban a caer, cada vez más rápido.

— Yoongi-yah — me devolvió en mí mismo de nuevo. Miré a aquel fantasma y, de repente, todo en él volvió a ser hermoso. Estaba recompuesto; su piel y sus ojos; sus labios y su pelo; las partes carcomidas por las larvas y el color rosáceo y vivo.

Era Jimin de nuevo.

Miré yo al cadáver. La ropa que llevaba era oscura y era, exactamente, como lo llevaba aquel monstruo que ahora miraba a mi persona sin odio o resentimiento. Todas aquellas

veces en las que me había persuadido para que viniera a este lugar, se había calmado. No parecía estar enfadado, no me odiaba y sólo me sonrió.

— Ahora puedo irme en paz. Muchas gracias, Yoongi-yah... — me dijo él. Yo levanté la mirada y luego me volteé llamándolo en grito y suplicando que se quedase.

— ¡¡Espera!! — pero, cuando volteé, él ya no estaba. Mis hombros se sintieron más ligeros, más livianos y cada vez más indoloros.

Otro peso se había ido; no obstante, ¿por qué?

Volví a mirar el cadáver que había sacado a la luz. Se había conservado, pero no demasiado, su rostro estaba en los huesos, pero aún tenía piel arrugada y rígida en sus brazos. Las costillas se veían por los agujeros en la playera.

Y todo ese conjunto lo reconocía. Toda aquella ropa oscura, tan sólo me devolvía a aquel momento en que fuimos abatidos en la casa de la familia de Jimin; yo había pensado que ese cadáver era suyo y que mi mente, de nuevo, me había engañado. Y era justo lo que había pasado, mi cabeza estaba jugando conmigo y me había hecho creer que Jimin no existía.

Y por eso lloré, desconsoladamente y me abracé a mí mismo mientras, junto con Hyunmi, me hallaba en el pasillo de aquella casa. Ella me miraba sin hacer nada, era tan amable y sus ojos denotaban compasión. Yo, envuelto, en ira y tristeza, arremetí contra el suelo y di golpes. Me convertí en un hombre de violencia; me dañé los nudillos y estos sangraron. Me golpeé a mí mismo, en el rostro y en el estómago; en los brazos y en las piernas y quería desaparecer.

Debía desaparecer.

¡Necesitaba encontrar calma! Estando muerto lo encontraría, ¿no? Necesitaba dormir para siempre. No me importaba lo que sucediera con mi cuerpo después. Quería descansar; descansar del dolor físico, del psicológico; quería dejar de llorar por todo y acumular ira que luego desembocaría en las desgracias de los demás. ¿Quién me extrañaría? Aún pensaba que Jimin era un invento de mi imaginación en ese entonces, pensaba que no existía y todo lo que ocurrió entre nosotros aquella noche había sido una asquerosa mentira.

Llevé el arma a mi boca. Iba apretar el gatillo y despedirme de todo de una buena vez, pero los ojos de Hyunmi me miraron de repente. ¿Cómo iba a dejarla? No la salvé del frío aquella noche para dejarla sola de nuevo.

— Buena chica... — murmuré acariciándola. Sabía que ella tenía una especie de cariño conmigo, pero sólo habíamos pasado menos de dos semanas juntos o algo parecido.

Era un ángel.

Ronroneaba y su pelaje al pasar por mi mano era suave y cálido.

— Buena chica, buena chica — le dije de nuevo, rascándole debajo de la mandíbula y ella cerraba sus pequeños ojos mientras maullaba y su voz era chillona y tierna.

La apunté con el arma y sufrí. No quería hacerlo, ¡no quería! La mano me temblaba; pero finalmente apreté el gatillo y ella dejó de maullar. Murió y su sangre se esparció por el suelo.

Grité.

Volví a golpearme la pierna con el mango de la pistola mientras presionaba mi mandíbula soportando mi llanto. Me dolía el corazón, todo estaba desgarrándose por dentro y estaba acabándome.

Quiero soltar.

¡Quiero soltar esta vida que tanto daño me ha hecho! ¡Quiero morir! ¡¡Quiero hallar paz en este jodido mundo!! ¡¿Por qué resulta tan difícil esto?! ¡¿Por qué tengo que sufrir de esta manera?! ¡¿Por qué he tomado las decisiones que tomé?! ¡¿Por qué he destruido la vida de las personas a quienes amaba?!

— ¡Jimin! — grité su nombre cuando su rostro resplandeciente se dibujó en mi memoria. Su rostro al sonreírme, al mostrarme todo lo que podía volver a ganar; ya fuera siendo un chico que era amable e inocente o uno tan monstruoso y culpable como yo.

Luego apareció la sonrisa cálida de Yoongi, mi hermano y mi dolor se intensificó aún más.

Me cubrí la boca con la mano que sostenía el arma, ahogué mi grito allí. Encallé toda mi pena y después... Después apunté a mi sien.

Sólo debía apretar el gatillo.

¡Eso es! ¡Aprieta! ¡¡APRIETA!!

El descanso que tanto buscas y la felicidad que tanto anhelas, está tan cerca como una última herida en tu cabeza.

Capítulo 61

» Me encanta matar gente. Me encanta verlos morir. Les dispararía en la cabeza y se menearían y se retorcerían por todo el lugar, y luego simplemente se detendrían. O los cortaría con un cuchillo y vería sus rostros volverse realmente blancos. Amo toda esa sangre. «

Las esposas me apretaban las muñecas, me sentía incómodo. La posición de las manos hacia atrás, realmente era un martirio para mí, que tenía múltiples hematomas y, con el acto reciente de cavar para exhumar aquel cuerpo, me había pasado factura.

Había gente alrededor de la casa, oía los cuchicheos y también los insultos por parte de las personas. Me tiraban latas de bebidas o restos de comida, me deseaban la muerte e insultaban toda mi presencia. Los seguidores fieles no estaban allí.

La policía había interrumpido mi suicidio. Ellos irrumpieron la casa y me quitaron el arma antes de que pudiera dispararme en la sien. Me trataron de basura y patearon la pistola para que no tuviera la intención de cogerla de nuevo. Después me esposaron y me sacaron de la casa.

Me metieron al coche patrulla, vi por la ventana cómo sacaban el cadáver que desenterré y también oí a los sabuesos ladrar porque habían detectado más olor a descomposición —ellos podían detectarlo aun si el cuerpo hubiera estado enterrado durante cinco o más de años—, y no sabría explicar si fue una casualidad o algo hecho con un propósito en específico pero indentifiqué a alguien observando el cuerpo que creía que pertenecía a Jimin con algo de nostalgia. Las luces de la patrulla me dejaban distinguir sus lágrimas, pero luego se marchó y se perdió entre la multitud.

La gente no nos dejaban marchar, movían el coche y perdían mi cabeza. La policía tuvo que intervenir por mi patética seguridad, pues servía más vivo que muerto.

Estaba acabado.

Después de tantos asesinatos perpetrados por mis manos, finalmente cometí un error y ese error me mandaría a prisión donde me pudriría por el resto de mi vida, seguramente. Los policías parecían ser profesionales ya que no me habían dirigido la palabra en todo lo que restaba del camino, me ignoraban y estaba mejor así. Aunque, de todas formas, si llegaban a insultarme, realmente no me habría de importar lo que dijeran.

Llegué a la prisión, no a la comisaría. Para mi seguridad y el de cualquier otra persona, era evidente que me llevarían a un lugar más seguro. Cuando salí del coche patrulla, fui escoltado por los guardias de seguridad y la guardia civil; ellos realmente se habían

comunicado para este momento, estaban tan preparados. La prensa también estaba allí y comenzaron a tomar fotografías y gritar mi seudónimo para pedir alguna respuesta por todo lo que había hecho, si tenía motivos.

¿Motivos?

El motivo inicial había sido Park Jimin, hasta que le cogí cierto morbo y gusto. Todo comenzó por un accidente y una obsesión desmesurada hacia otra persona, y acabó siendo la razón que me mantendría con vida.

La gente me odiaba. Toda esa muchedumbre enfurecida estaba deseando la pena capital para mí, y no dejé de oírlos hasta que ingresé y fui metido a una sala de visita que, más que una de visita, parecía una sala de interrogación o aislamiento.

No me quitaron las esposas, me dejaron allí durante horas y, cuando alguien por fin vino, yo me había despedido y mirado de frente. Era una mujer, muy elegante por cierto. La miré de arriba abajo y ella, con amabilidad (como si supiera con quien estaba tratando) me sonrió.

— Hola, mi nombre es Lee Minyoung — me dijo.

— Ay, parece que hoy ando muy preguntón — le respondí con cierto sarcasmo y ella lo acató.

— Vale... — dijo — ¿Podrías decirme cómo se llama? Es para acelerar el proceso.

Tuve un pequeño conflicto y no respondí al instante. Al contrario, jugué con mis dedos provocando percusión sobre la mesa. Eventualmente, sonreí para ella devolviéndole el descaro y contesté: — Min Yoongyu.

— Señor Min Yoongyu, ¿podría usted aclarar las razones por las que ha llevado acabo todos sus delitos? Somos conscientes de que no hemos encontrado todos los cuerpos aún, si prefiere cooperar...

— Ahorra lo que tengas que decirme — le dije yo, sin usar alguna pizca de respeto hacia su persona en mi vocabulario —. Sea lo que llegue a hacer, no me dejarán tan tranquilo. No hay tratos. Si dices tener uno para mí, será mentira — ella se quedó muda, como si en verdad le hubiera leído la mente —. Cooperaré, no me importa nada, no tengo nada que perder. Lánzame ese cuestionario.

Me puse cómodo y ella, carraspeando, comenzó con lo suyo.

— ¿Cuál es la razón por la que lo hace?

— Satisfacción — dije —. Siento tanto odio dentro de mí y de alguna forma tenía que dejar de golpear las paredes. He asesinado a mi familia hace años, los cargos cayeron sobre mí

hermano muerto, luego me obsesioné con alguien y dejé que todo fluyera. Si te soy sincero, no lo sé. No sé cómo he llegado a ser el monstruo que soy.

Ella me observó un momento más, iba a objetar algo; no obstante, la volví a interrumpir.

— Me declaro culpable ante todos los cargos. No necesito un abogado. ¿Cadena perpetua? Adelante, ¿pena capital? Adelante. Lo que vosotros decidáis. Mi vida ya no es mía, nunca lo fue. Lo único que me mantenía merodeando por lares desconocidos, era la satisfacción desmesurada de oír los gritos de las personas cuando encajaban los cuchillos en sus ojos, en su abdomen; a veces en zonas no letales para que se desangraran de manera lenta. Las destilaba como si fueran ovejas y me las comía. ¡Me he comido a mis víctimas, señorita! La sangre cruda, el repulsivo pero sabor a metálico de la sangre que se escurría de sus destrozados cuerpos y la excitante experiencia de follarme sus rígidos cuerpos, con la piel áspera y ojos de color plata, cuando estaban más de unos dos días en el refrigerador. Era realmente satisfactorio verlos colgar como si fueran carne de ternera, con un agujero en los pies donde tendían de un gancho. Sin partes de su cuerpo, algunos sin las pieles que cubrían sus músculos; con cúmulos y cúmulos de sangre coagulada que reposaba como vísceras en el suelo: blandas. Ya no era líquido lo que me encantaba ver, sino algo sólido y congelado. Me gustaba desollar a los gemelos que mataba y hacerme máscaras para ocultar el odio irrefutable que sentía hacia mí...

Respiré. Traté de hacerlo, aún no había acabado y sentía que la había consumido el miedo, que temblaba y quería huir.

— Recuerdo haber quemado viva a una muchacha cuyo cuerpo jamás encontrasteis. También asesiné a mi compañero de trabajo y a un profesor universidad, ¿qué hice con los cuerpos? Los distribuí. Vendí las carnes troceadas haciéndolas pasar como carnes de porcino a las personas que iban a mi puesto de trabajo, una carnicería, y, de repente, la clientela aumentó. Todos vosotros sois unos monstruos, ¡y no os habéis dado cuenta aún!

Di una palmada a la mesa metálica y luego una carcajada.

— Usted es un monstruo... — me dijo, su mirada brillaba. Estaba a punto de llorar — ¿Cómo alguien es capaz de hacer tanto daño? No habrá un juicio con usted presente, me encargaré de eso. He grabado toda la conversación, no hará falta su presencia. Haré todo lo que esté en mis manos para que pague por todo lo que ha hecho.

— Le deseo suerte. — sonreí.

— ¿A cuántas personas ha matado usted?

— A doscientas setenta y una personas.

— ¿Dónde están esos cuerpos? — siguió interrogándome — Hemos hallado un total de cuarenta pilas de cadáveres en aquella casa donde has sido arrestado.

Sonrió de nuevo y luego la miró.

— Bésame el culo, puta. Jamás sabrás dónde están los otros.

Se marchó de ahí y me dejó solo.

Me habían dejado en esa sala durante dieciséis horas seguidas, había comenzado a contar los minutos desde que ella se había ido. Hasta que dos personas entraron y me dieron un uniforme de reo. Supe que debía cambiarme y sólo me dieron un minuto para hacerlo; cogí la ropa y me la puse, dejé la mía a un lado y luego ofrecí mis muñecas para que me volvieran a esposar.

Salí de ese lugar para ir a las celdas, estaban. Sin embargo, tuve que salir al exterior. Ya había amanecido, calculaba, por la postura del sol, que era mediodía. Los civiles y los reporteros hicieron un bullicio cuando me vieron salir, más de diez escoltas me acompañaron y quien supuse que era el oficial a cargo de mi caso, habló dio un discurso y juró en nombre de todas las víctimas que me daría lo que merecía.

En un principio, no había comprendido por qué me habían sacado. Si quería dar un conferencia, lo había podido hacer sin hacerme pasar por eso; pero cuando me llamó para que dijera unas cuantas palabras como contestación para las preguntas de la sociedad, me acerqué y esperé a que me lanzaran una pregunta.

— ¿Usted ha matado a la familia Kim? — me preguntó.

— ¿Qué familia? ¿Cuáles Kim? ¿Sabe usted cuántos Kim hay en Corea y a cuántos, seguramente, maté?

— Me refiero a la familia asesinada hace dos años, la segunda escena con su firma, señor.

— Sí, en efecto. Yo los maté.

— ¿Por qué?

— Porque estoy mal de la cabeza.

— ¡¿Fue ese su primer asesinato?!

— No. Los anteriores a ese sin identificar, también ha sido obra mía.

— ¡¿Tiene algún cómplice!?

—... No. No lo tengo. Todo lo que he hecho, lo hice en soledad.

— ¡¿Y Cannibal Corpse!?

— Ese psicópata no tiene nada que ver conmigo. Sólo es un imitador que trata de ser como yo, pero claro, no ha nacido para ser un dios. Espero que deje de querer ser igual que yo, que sea original. Me repugna su existencia.

— ¿Tiene algo más personal que decirle?

— Sí — dije acercándome hacia los micrófonos —: eres lo que comes, niño... Así que deja de comer tanta mierda.

Segundos después de haber dicho aquello, oí un disparo al aire y toda las personas presentes se tiraron al suelo o intentaron huir en busca de refugio.

En medio de toda esa gente, había una persona, una mujer que me apuntaba con un arma e iba a apretar el gatillo y yo había creído que, quizás, de la mano de quien fuera, todo eso había sido tan malditamente orquestado; no obstante, cuando ella iba a dispararme y darme en medio del pecho, una persona totalmente salida de sus cabales se abalanzó sobre ella y entonces, la manada de seguidores míos, que me idolatraban aparecieron.

¿Qué habían hecho con la guardia civil que aguardaba un poco más hacia la salida del recinto? No lo supe, no pude pensar. Me obligaron a agacharme cuando se oyeron más disparos y, entonces, una granada llegó muy cerca de nosotros y no tuve ninguna otra opción de lanzarme hacia un lado, cayendo por las escaleras totalmente aturdido, previamente de la explosión; partes de cuerpos llegaron hasta mí; sin embargo, era incapaz de ponerme de pie.

Escupí un poco de sangre, me había lastimado las costillas y mi visión borrosa sólo me había permitido centrarme en la gente que intentaba huir porque, de la nada, habían salido aquellos seguidores de la secta consagrada en mi nombre, luchando por que me liberasen.

Llegaron helicópteros. Llegaron quienes habían decidido rescatarme porque les convenía; no obstante, a mí búsqueda también llegaron otras personas, con metralletas que comenzaron a disparar a los periodistas, a los civiles que antes me habían estado insultando, llevándose por delante a algunos de quienes estaban luchando a mi favor, los sectarios.

Reconocí vagamente a quien comenzaba a dar órdenes, quien gritaba a las personas que mataban a tiros a los demás por sus facciones y su profunda voz: Kim Taehyung.

— ¿K-Kim...? — no pude acabar de formular mi cuestión, porque alguien más apareció detrás del coche con un casco de motocicleta (y con una Harley, a decir verdad) disparando a quien se interponían. Entonces lo reconocí, era Jimin.

Reconocería sus manos y su cuerpo en cualquier circunstancia si estuviera cuerdo. Y en ese momento lo estaba.

¡Las lágrimas se salían de mis ojos como ríos caudalosos! ¡Sentía que volvía a florecer! ¡A

salir como el sol al alba! Y sonreí, lloré y grité totalmente entusiasta de verlo con vida y existiendo, acercándose a mí. Mi corazón dio un brinco, sentí un vuelco dentro de mí pecho y oí el minúsculo llanto ruidoso de mi alma podrida que comenzaba a curarse.

Pero alguien lo derribó de la motocicleta de un disparo.

— ¡¡NO!! — Exclamé, tratando de huir. Pero el pie de alguien se había posicionado encima de mi espalda y me había lanzado de nuevo al suelo.

Como era natural, había pensado yo que se trataba del oficial a mi cargo; pero cuando levanté mi cabeza para verlo, reconocí esa máscara de piel y esos dientes humanos decorándola como si fueran los dientes saludos y amorfos de una liebre.

— ¡¡ÉL ES MÍO!! — Exclamó él a Jimin — ¡Él es mío! ¡Es mío, es mío! ¡¡ES MÍO!!

Gritaba como un desquiciado y reconocí su voz, pero no la conocía de verdad, sólo me había sonado familiar por unos instantes; sin embargo, ¿de qué?

— Te dije que me vengaría. — me dijo después. Lo había dicho con su profunda voz, ronca y cubierta de resentimiento — Esto es por mi hermano, capullo. — Me apuntó, pensé que moriría.

Pero Jimin se había levantado y le disparó tres veces en la espalda y eso lo hizo caer al suelo.

— ¡Ji-...! — no podía exclamar su nombre; pero eso sólo me había motivado a levantarme del suelo y correr hasta a él. No había sangre en su pecho, llevaba un chaleco antibalas debajo de la camiseta.

Nos abrazamos cuando nos reencontramos y sentí que todo el mundo comenzaba a cobrar sentido nuevamente. Él se aferraba a mi cuerpo y sentí su abrazo eterno y quise que se quedara así de la misma manera, pero debíamos huir.

— No es momento — me dijo cuando quise retroceder y ver quién se escondía detrás de aquella máscara y decía ser Cannibal Corpse.

Jimin tenía razón.

Jaló de mi mano, ambos corrimos por una leve brecha entre los cadáveres y los ataques. La gente se mataba entre sí y salían otras personas a tratar de defendernos mientras Kim Taehyung nos esperaba en aquel coche blindado y negro.

La gente moría a nuestro alrededor. La guardia civil no se atrevía a contraatacar con la gente inocente en medio, pero eventualmente morirían; y así lo hacían.

Destripamiento, sangre, violencia... por doquier. Cerré los ojos tratando de calmarme,

estaba totalmente casando. Casi me había separado de Jimin unas cuantas veces.

Entonces oí algo que me había dejado helado.

— ¡PARK JIMIN! — y me volteé viendo a ese sujeto parado de nuevo y supe que Jimin había sido el único que tomó medidas preventivas con respecto a los chalecos antibalas...

Él apuntó con su arma a mi novio cuando él se había alejado un poco de mí y se volteó por inercia cuando su nombre oyó.

Él quería matar a mi novio. Al hombre de mi vida, a Park Jimin... Ah.

Primer disparo: me dio en el pulmón izquierdo.

Segundo disparo: en la zona lumbar y la bala hizo un agujero de salida que hirió a Jimin en el muslo, pero sólo había sido una rozadura.

Tercer disparo: en el lomo, también logrando crear un orificio de salida en mi abdomen.

Y caí. Me sentí azotado por el impacto, sólo caí en cuenta que Jimin también se había arrodillado ante mí para sostenerme; pero no llega, aún se situaba lejos. No estaría a tiempo para amortiguar mi caída.

— ¡¡YOONGI!! — me llamó.

Si alguien, definitivamente, como asesino me preguntara por mis últimas palabras, diría algo como: «No me arrepiento de lo que hice, en parte, tenía un motivo y no conocía a las víctimas. No habían lazos... Y por los crímenes por los que se me acusan, son una pequeña parte de todo lo que he hecho.»

Nunca había creído que iba a dejar de ser, en algún momento, alguien soberbio. Alguien que dejase de preocuparse por sí mismo y estuviera mirando por otra persona más.

Y ya no llegaba sus gritos. Todo estaba siendo amortiguado por aquel descanso que tanto anhelaba.

¿Por qué no dolía?

Las balas me habían arqueado la espalda y pude visualizar a Cannibal Corpse yéndose, huyendo. Las balas, los disparos deberían haberme dolido; pero no... porque me sentía como si estuviera flotando en un tierno y tibio mar. Con un día soleado, de esos que ya no salían desde que mi vida se había nublado.

Era frágil.

Me volví frágil.

Sabía que llegaría un momento en el cual no aguantaría otro daño más. Y este era el momento, ¿verdad?

Y si como persona me hubieran preguntado por mis últimas palabras, antes de morir, diría:

«Ah, Jimin-ah... no puedo alcanzarte de nuevo... No puedo... alcanzar a Park Jimin.»

Capítulo 62

» ... and I will always love you... «

Jimin llevaba a Yoongyu en un taxi que había robado, cómo no, apuntando al conductor en la cabeza para que arrancara de una vez. El conductor, asustado, lo hizo pero aún seguía esperando que alguien apareciera para que lo rescatara; dada su incompetencia, Jimin le disparó en el cráneo y echó su cuerpo a la calle; tenía una suerte desmesurada al contar con personas trastornadas que adoraban la figura de Yoongyu como lo hacían, como si él fuera un dios.

Le dieron paso a Jimin cuando quiso escapar. Mucha de esa gente dieron su propio cuerpo como escudo cuando la guardia civil intentó atacar al coche; sin embargo, Jimin y Yoongi, quien estaba en el asiento de atrás, lograron salir. Jimin condujo en auto hasta llegar a la carnicería de Yoongyu, había recibido el aviso de algún compañero del sujeto que había matado diciéndole que las calles por donde él pretendía ir estaban cortadas por los civiles y la policía tratando de calmarlos. Jimin tuvo que detenerse frente al establecimiento y, por si fuera poco, no había nadie a su alrededor. Parecía desierto, y también le pareció extraño. Quizás nadie habría pensado que él terminaría regresando a ese lugar.

Jimin cogió a Yoongyu por debajo de los brazos y tiró de él, confiaba en que soportaría, pero había recibido tres balazos y dos de ellos habían conseguido tener agujeros de salida en su abdomen. La sangre había dejado un rastro inmenso, Jimin lloraba, sollozaba al ver a su pareja en aquel estado. ¡Quería salvarlo! Yoongyu no lo podía dejar de aquella forma, ¿verdad? Ellos lo habían prometido, y Yoongyu ya había pasado por muchas cosas

similares antes, podría soportar un poco más, ¿no? No.

Jimin lo sabía. Sabía con demasiada certeza lo que ocurriría después de alguna herida más. Lo había encontrado, prácticamente, rendido, cansado. Parecía que el mínimo viento lo desplomaría de inmediato, pero Jimin no quería aceptarlo. Yoongyu le había dado un sentido a su vida, los dos años que había pasado sin él, fueron como un infierno. No quería volver a estar sin él, no lo soportaría. Sonaba demasiado egoísta, ¿cierto? Jimin lo sabía. Nunca le había preocupado serlo porque estaba en sus genes, era un psicópata: pensar en sí mismo ante que en los demás, estaba en él. Sin embargo, le dolía imaginar que Yoongyu podría despertar de nuevo en un cuerpo que odiaba, en una persona que odiaba y cada vez más frágil, además, ¿qué le esperaba si sobrevivía? Una cacería. Aquel dichoso Cannibal Corpse estaba loco, desquiciado. ¡Quería matar a Yoongyu!

Jimin dio una patada a la puerta que estaba clausurada con las cintas de: "escena del crimen" que le obstruyeron el paso. Ellos bajaron al sótano; ¿Por qué? No tenía ni la más remota idea, tan sólo esperaba a que Taehyung, su primo y quien le había ayudado con el rescate de Yoongyu a cambio de un gran favor posterior —dejando de lado el hecho de que él hubiera asesinado a sus padres —, llegara a tiempo, pero no cogía las llamadas.

— ¡Maldición, Taehyung! — gritó enfurecido, pensaba lo peor, que su primo lo había dejado abandonado.

Jimin arrastró a Yoongyu hasta llegar al depósito. Habían marcas y muchos artilugios de los forenses en el piso, la escena del crimen no había sido limpiada aún. Se quitó el casco y lo lanzó a un lado y dejó a Yoongyu reposado en el suelo. ¡Aún respiraba, aún mantenía los ojos abiertos! Aunque todavía seguía escupiendo sangre y sus manos temblaban, la izquierda, por ejemplo, le mostraron la sangre que estaba perdiendo y empapándole cuando Jimin le dijo que esperara porque alguien vendría a por ellos.

Aferrándose a la prenda de Yoongyu, Jimin comenzó a llorar de una manera sincera por primera vez en su vida, ya que veía cómo estaba perdiendo a lo único que había conseguido amar en su vida.

— ¡Y-Yoongi...! ¡Escúchame! No hables, no digas nada... Sólo escúchame, ¿sí? No quiero que te duermas — Yoongyu daba vueltas a sus ojos, trataba de seguir el mandato de su novio, (quizás de su futuro prometido si lograba salir de esa) — ¡Tienes que quedarte conmigo! ¿Sí? Por favor...

Yoongyu lo miraba. Sabía que era capaz de soportar, pero, aun si estaba siendo indoloro, no quería despertar de nuevo y seguir viviendo la misma vida. Eso lo sabía bien.

Yoongyu tomó la mano de Jimin con fuerza, manchándole de sangre y Jimin soltó aquí nudo doloroso y lloró.

— G-Gracias... Jimin... — habló haciendo el máximo esfuerzo — Has salvado m-mi vida... me ha-has aceptado y y-yo... Te amo. Perdóname... Ya no podré e-estar contigo, pero yo

s-sé que tú... Q-Que tú... lograrás seguir adelante... L-La promesa que t-te hice... no podré cumplirla. Me habría gustado Conocerte de otra manera porque te amaría de la misma. ¿Crees que podrás perdonarme, amor?

Ahora la mano de Yoongyu se había elevado y acariciaba el rostro de Jimin, secaba sus lágrimas; pero él lloraba. Jimin lloraba y negaba. Le dolía, ¿por qué le dolía ver esa tonta sonrisa de satisfacción en su rostro mientras se moría y lo abandonaba? Jimin no se lo perdonaría.

— Yoongi, yo-... — la mano de Yoongyu cayó. Se resbaló golpeando su hombro y luego sus ojos perdieron su brillo vital.

Había muerto.

Había descansado y se hallaba en paz. Su muerte no había sido dolorosa, no había sufrido como tal vez él creyó que se merecía. Murió en los brazos del hombre que amaba y Min Yoongi, quizás, estaba esperándole al otro lado. Había conseguido paz...

— ¿Y-Yoongi? — Jimin lo removi6. Golpe6 sus mejillas, quería convencerse de que s6lo haba intentado dormirse y que, con eso, volvera a despertar. Pero no lo hizo, no lo hacfa...
— E-Eh... Yoongi, por favor... Despierta...

Ya cuando no haba nada m6s que remediar o intentar creer, Jimin cubri6 su rostro al esconderlo cuando apoy6 su frente sobre el pecho de su novio. Los ojos de Yoongyu se mantenfan abiertos y su cuerpo era sacudido por los desgarradores sollozos sonoros de Jimin.

— ¡Yoongi, despierta, por favor! ¡Por favor, te lo estoy pidiendo! — exclam6 atrayéndolo hacia él, pues no querfa dejarlo marchar — ¡Yoongi, abre los ojos, por favor! ¡No puedes dejarme, me lo prometiste! ¡Me lo prometiste, joder! ¡Joder, joder, joder...!

Jimin estaba tan desesperado. ¿Qu6 era ese sentimiento? Era tan desgarrador y vacfo. Era como una bomba que quemaba todo a su alrededor y lo dejaba hueco, pues un abismo enorme y oscuro se apoderaba de él. Y sus lágrimas empapaban sus mejillas, su alma, todo era tan doloroso para él. ¿Qu6 era lo que estaba sintiendo? Era la primera vez que perdfa a alguien que le importaba, ¡alguien quien lo haba hecho vivir! Le haba dado su vida, su alma y coraz6n, y Min Yoongyu se los haba llevado consigo a su sepultura.

— ¡Min Yoongyu! ¡Despierta, por favor, por favor! ¿Sf? — Apoy6 su mejilla contra la suya, la acariciaba. Besaba su piel y recorrfa su rostro hasta detener en sus labios — ¡¡Min Yoongyu, regresa!! ¡Te amo, te amo, te amo! ¡En verdad te amo! ¡Por favor! ¡No, no, no, no, no, no!

Jimin besaba una boca que ya no le volverfa a besar, abrazaba un cuerpo que se volverfa frfo y vea con dolor, la herida que ya no escupfa sangre por los orificios. En un acto inútil, a punto de enloquecer, él cubri6 con sus manos la herida de Yoongyu tratando de enlentecer

un sangrado que ya no existía.

Trató de reanimarlo, trató de traerlo a la vida como fuera; pero no sirvió de nada.

Jimin vio sus manos manchadas de la sangre de Yoongyu, estas temblaban y fue la única vez en la que deseó no tener las manos de esa manera.

Se llevó la mano a los labios y sus dedos pintaron su belfo de una delicada manera. El sabor metálico de su sangre era exquisita, tal y como él lo había sido en vida.

No pudo detenerse.

Chupó los dedos. Saboreó la sangre y luego mordió la herida de Yoongyu y comenzó a masticar posterior a haberse sacado el paladar postizo. Sus dientes de sierra perforaron su piel, la sangre estaba aún tibia y desbordó por el agujero que se había creado.

Jimin estiraba el cuero totalmente embelesado por el sabor tan excitante de Min Yoongyu que llegaba a ser una ambrosía, y su sangre bebida afrodisíaca que disfrutaba como un desquiciado energúmeno.

Estaba bañando en la sangre de su pareja, y el cuerpo de este se movía cuando Jimin volvía a hurgar en su interior. Sus intestinos salían al exterior, eran visibles y estaban desordenados. Había un agujero en el abdomen de Yoongyu que cada vez se hacía más grande y todo lo que Jimin lograba comerse de él, era un gustoso apetito iba calmándose gradualmente.

Jimin lo amaba. Lo amaba tanto que decidió que Yoongyu estaría con él para siempre, dentro de sí mismo, como su último platillo y la más rica presa.

Pues, desde el principio, él había pensado en asesinarlo y comérselo. Se había deshecho de su novio de aquel entonces, para salir con Yoongyu y comérselo; ese era su protocolo. Pero acabó, según él, enamorándose.

Y como era incapaz de dejarlo ir, quiso estar con él para siempre. Sentir su calor y saborearlo; que las mordidas en las prácticas sexuales vayan más allá y el elevado placer se vuelva como un orgasmo y clímax.

Yoongyu era delicioso. Yoongyu, como el cadáver de lobo estepario que era, acabó siendo devorado por quien estaba encima de él en la cadena alimentaria, Jimin.

¿No era aquello lo que estaba planeado desde un principio? ¿Ah? El sonido de la sangre enfriándose, de los dientes masticando el cuerpo del difunto... Eran como aullidos y canciones de cunas para Animal Corpse.

FIN.

Epílogo

Tus ojos eran hoyos oscuros
que miraban dentro de mí.
Penetrantes espinas,
punzantes dagas de ti.

Estaba, desde que os conocí,
atado a vuestra existencia.
Pintado sobre vos sois
y calado en mí sois...

En mis huesos,
en mi piel,
en mi sangre...

Y dadas las penumbras de mi ser,
que claman el dolor de vuestro ver;
pues ya no veo si no sois vos;
pues ya no siento si no es por vos.

Y vuestra boca llama a la mía,
y mis labios besan los vuestros,
enrollándose en perfecta simetría.

Y vuestros ósculos son cuchillas,

y vuestros dedos dagas
que deslizáse sobre mi cuerpo...

Quemándole,
ardiéndole,
matándole...

Envuélvese vuestro deseo sobre mí,
atándome al miedo de perderos;
de no volver aquí,
de no volver a sentirlos.

Se abre la herida cuando vos lloráis,
lágrimas de sangre
cuando, como animal, os desgarráis;
ciego por vuestra hambre.

Los colmillos que son de veneno
inyectáse en mi cuello,
hemoglobina oscura;
alma oscura... no huyas;
no vayas... estaros a mí atado.

Devoradme el alma,
bebed mi sangre y comed mi cuerpo,
me ofrezco yo, soy vuestro cordero
que me he enamorado en aquella alba.

Y ya no espero por mí,
porque vivo en ti.

¿Pueden vuestras lunas de ojos,
vuestra boca de mar,
vuestro cuerpo de cumbres malditas...
obsesionarme hasta llorar?

¿Puede vuestro elixir mortal,
vuestro afrodisíaco oscuro...
obsesionarme hasta matar?
Pueden, lo pueden.

Tanto tiempo ha pasado,
Todo se ha parado,
Todo ha muerto porque habéis fallecido,
Todo ha fallecido porque he muerto.

Abajo queda vida que son los ríos
y desembocan en la plateada mar,
porque todo ha muerto porque habéis perecido,
Todo ha perecido porque he muerto.

Vuestros orbes me miran sin mirarme,
vuestra boca me besa sin besarme,
suyo es el cuerpo inquieto que no se mueve
y el corazón que dejó de amarme.

Ahora suena un requiém como canción de cuna,
las aljabas de mis dientes
penetraron sobre vos
y os dieron final.

Lo habíamos sabido.
Fuimos principio y final,
fuimos horrendos y oscuros monstruos
atados a una unión fatal.

Fuimos un buen apetito,
placentera muerte y destrucción.
Fuimos enfermos
y enfermiza pasión.

Tan descompuestos estábamos
en prisiones letales
y enfermamente nos amábamos
como cadáveres de animales.

Nota de autora

Si no has acabado la historia, no leas esta nota. Contiene spoilers.

Finalmente ha acabado, ¿eh?

Siento como si hubiera sido ayer que todo comenzó sólo porque estaba nostálgica y necesitaba escuchar a Adam Levine para dejar de estar triste, calmarme y abandonar el llanto por algo duro que aconteció en mi vida.

Casualmente, la primera música que se reprodujo, fue Animals. Entonces yo dije: "¿Y por qué no crear una historia de esa manera?" Inicialmente, no iba a ser nada parecido a lo que llegué a escribir; sin embargo, me he quedado bastante satisfecha con lo que quedó.

Animal Corpse, inicialmente, iba a ser una historia pequeña y fácil de llevar, sin mucho transfondo; de unos 15 a 20 capítulos y luego seguiría en su segunda parte Cannibal Corpse; pero no sé en qué momento todo se volteó y acabó convirtiéndose en una historia de 63 capítulos. ¡Estoy muy feliz!

¿Por qué "feliz"? Porque os ha gustado mi historia y habéis dedicado momentos de vuestras vidas para leer alguna actualización. Las veces que recibía comentarios vuestros diciendo que estaban esperando con ansias el capítulo, me ponía la piel de gallina porque significa mucho para mí que gente tan bonita como vosotros os hayáis fijado en mi cosa escrita mientras pasaba por inseguridades.

Antes tenía una amiga (con la que ya no hablo por cosas) que me insistía tanto en actualizar esta historia. Como hemos perdido contacto, dudo bastante que haya seguido la historia o que, como mucho, llegue a leer esta nota algún día, pero estoy agradecida con ella. Si no hubiera sido por su insistencia, no habría actualizado el capítulo 2 y no me habría concentrado tanto en acabarla como ahora.

¡No sé cómo debería hacer esto, ah! No es la primera vez que lo hago, pero cada vez se siente diferente porque con cada historia me siento diferente, aunque, al final, acaba siendo lo mismo: no quiero dejarla ir.

Animal Corpse es mi bebé y ahora ha crecido y tengo que dejarlo ir, para que sea leído, votado y comentado por las personas posteriores a este mensaje que vayan llegando. ¡Cabe recalcar que estoy tan, pero tan feliz por recibir cada uno de vuestros comentarios y votos!

Jamás sabré si agradecí lo suficiente, pero que sepáis que os amo y estoy muy agradecida por todo el apoyo que habéis dado a esta historia.

Estoy tan contenta de que hubierais conectado con los personajes, aunque sólo hayan sido unos cuantos y no hubieran aparecido los demás. Me encantó ver que erais capaces de odiar a Yoongyu al inicio y a Jimin, pero acabarais encariñándoos con ellos hasta el final. Eso me dice que he hecho un buen trabajo y es lo único que me importa.

Estoy pensando en añadir una playlist porque siempre ha existido, sólo que no me animaba

aún.

Recordad que Animal Corpse es una saga. Quizás el protagonista de esta primera entrega ha muerto; no obstante, los demás libros son con protagonistas diferentes.

El segundo libro se titulará Cannibal Corpse y el protagonista será Jungkook junto con un personaje de aquí. También se resolverán los misterios que quedaron al final; no significa que los agujeros que dejé, se quedarán de esta manera.

Si preferís este final y te interesa leer otras historias de mi autoría, estaré trabajando muy duro para traer más fanfics a la plataforma.

Ha sido un bonito recorrido, si no os importa, me gustaría que dierais una reseña a la obra. Claro que no os obligo, pero me gustaría saber.

¡No elimineis la historia de vuestra biblioteca aún! Estaré avisando sobre el segundo libro porque sé que mucha gente de aquí no me sigue y entonces, si está interesada en leer, no se enterará.

Responderé a todas vuestras dudas si os habéis quedado con alguna.

Sin nada más que decir, ¡adiós!

*@DontCryMurder off!
Cambio y fuera.*

๖•ω•๖ <3